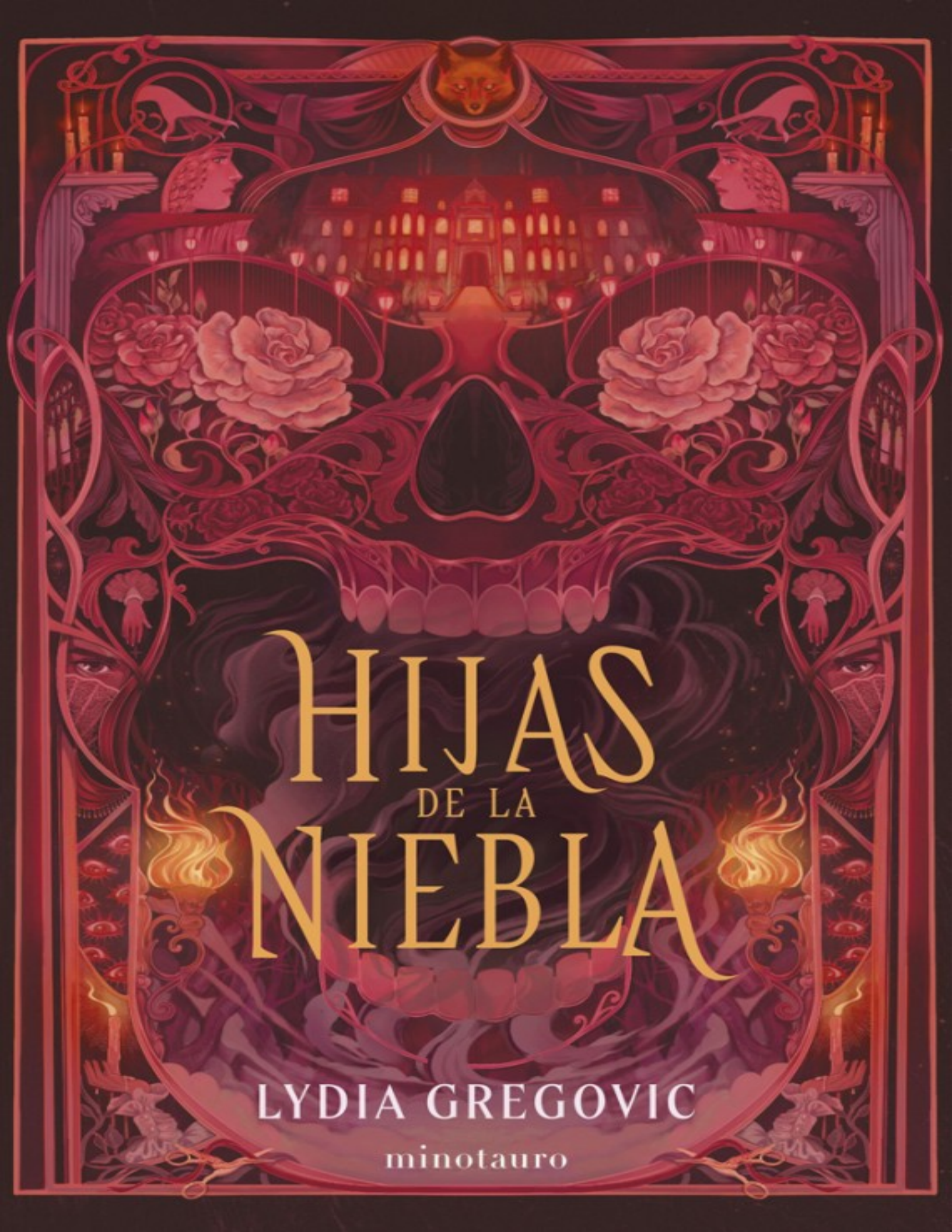
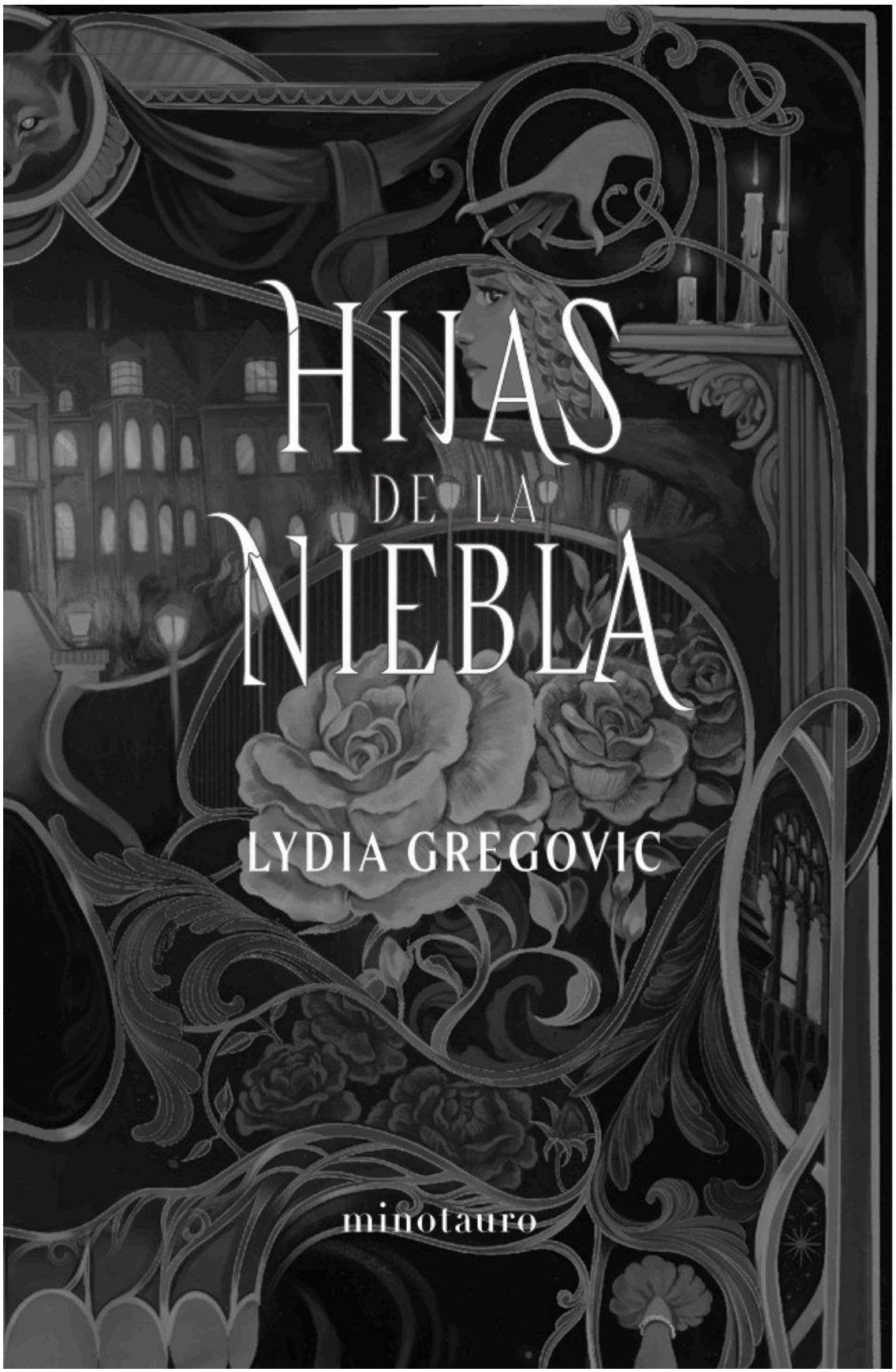

HIJAS
DE LA
NIEBLA
LYDIA GREGOVIC
minotauro

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Guía de las casas del humo
Primera parte. Historias de fantasmas
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Segunda parte. Casa vacía
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Tercera parte. Resurrecciones
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Epílogo
Agradecimientos
Créditos


HIJAS
DE LA
NIEBLA
LYDIA GREGOVIC
minotauro

Para Nevenka y Geneva, por ser los
primeros que creyeron en mí, y para
Milan y Merlin, que me dieron mi historia




El Humo
EL LLANTO BLANCO
EL MAR PÁLIDO
PROVINCIA - CASA
CAEL - SAVAGER
UMBERLAND - BALLANTINE
ROCHESTER - WARCHILD
HEATHERTORN - VANNETT
CARDIFF - SAINT
LEVATH - CACHEMAR
SOUTHHOOK - CARRINGTON
SUSSEX - DARLING
QUEENSBRIDLE - IRELAND
NORRIN - FAULK
RIDEWELL - IBE
KYRIE - TUDOR
LAS TIERRAS GRISES
CAEL
UMBERLAND
ROCHESTER
HEATHERTORN
RIDEWELL
LEVATH
QUEENSBRIDLE
CARDIFF
SOUTHHOOK
SUSSEX
NORRIN
KYRIE
CLOUD ABBEY
DELAFORD HALL
NUEVA LONDRES
EL NIDO
HEATH
NORLAND HOUSE
BOSQUE DE BARTON
SHOREHAM-BY-SEA
ESTRECHO DEL CIEGO


QUEENS-
BRIDLE
NORRIN
CLOUD ABBEY
NUEVA LONDRES
DORWICK
HILLGUARD
CARDIFF
SUSSEX
EL NIDO
BOSQUE DE
BARTON
HEATH
SHOREHAM-
BY-SEA
NORLAND HOUSE
ATAQUE CONTRA
EL CARRUAJE DE
MERRICK

GUÍA DE LAS CASAS DEL HUMO

Savager

Los Savager, que reinan en el indómito Norte, son enemigos con los que es mejor no cruzarse: salvajes como la tierra que habitan y con memorias tan profundas como los famosos archivos que conservan en las entrañas de su tenebrosa fortaleza de Castle Mount.

Señor de la casa: Warden Savager.

Territorio: Cael.

Ballantine

Atrapados entre los volátiles Savager y los sanguinarios Warchild, los nobles del linaje Ballantine nacen mirando por encima del hombro… Pero cuidado porque, igual que sucede con todas las bestias acorraladas, muerden sin pensárselo dos veces cuando se sienten amenazados.

Señora de la casa: Hyacinth Ballantine.

Territorio: Umberland.

Warchild

Sin rival en el campo de batalla, los Warchild hacen honor a su nombre y, como criaturas guerreras, protegen su provincia con ferocidad. Sin embargo, bajo el mando del joven lord Percival, han intercambiado las espadas por sedas y las batallas por bailes.

Señor de la casa: Percival Warchild.
Territorio: Rochester.

Vannett

Los Vannett son una casa leal e incondicional, muy apreciada por todos. Pero, en sus prisas por ayudar a sus muchos amigos a ascender en la escala social, a menudo se encuentran abandonados en el escalafón inferior.

Señor de la casa: Corinth Vannett.
Territorio: Heatherton.

Saint

Los Saint, pueblerinos que gobiernan la provincia rural de Cardiff, han sido ignorados durante mucho tiempo por sus colegas cosmopolitas. Pero dejar una casa en las sombras durante mucho tiempo conlleva el riesgo de desconocer qué se está tramando en la oscuridad.

Señora de la casa: Ianthe Saint.
Territorio: Cardiff.

Cachemar

Un dicho popular en Levath advierte que «los Cachemar y las aves se desplazan en bandadas». Los miembros de esta casa rara vez se presentan en público sin estar acompañados de al menos uno de sus parientes y, cuando atacan, lo hacen siempre unidos.

Señora de la casa: Lavinia Cachemar.
Territorio: Levath.

Carrington

Relegados al extremo más recóndito de El Humo, los Carrington están acostumbrados a observar desde lejos los juegos políticos de los nobles de las otras casas. Si deciden entrar en la refriega, hay que desconfiar porque tienen muy buen ojo y no se les pasa ni una.

Señor de la casa: Florabelle Carrington.

Territorio: Southhook.

Darling

El orgulloso árbol genealógico de la Casa Darling ha sufrido duros golpes en los últimos años, siendo el último el fallecimiento del señor de la casa, Silas Darling. ¿Cuál de sus dos hijas ascenderá para continuar con su legado?

Señor de la casa: Silas Darling (fallecido).

Territorio: Sussex.

Ireland

Los detractores de esta casa suelen decir que el amor de los Ireland por el lujo da trabajo a la mitad de las costureras del país. Sus partidarios, sin embargo, defienden que en los salones de baile de lord Clare Ireland se han lidiado y ganado más batallas que en cualquier otro lugar del país.

Señor de la casa: Clare Ireland.

Territorio: Queensbridle.

Faulk

Las cinco nietas de lord Elodie Faulk son famosas por su belleza en todas las provincias. Pero hay que andarse con cuidado en presencia de estos diamantes, pues se dice que cortan.

Señora de la casa: Elodie Faulk.

Territorio: Norrin.

Ibe

Maestros de las buenas maneras, los nobles del linaje Ibe son famosos por considerar un rechazo a una invitación para cenar como un ataque a sus fronteras. Sin embargo, ganarse la amistad de esta casa es hacer un aliado para muchas generaciones.

Señor de la casa: Reginald Ibe.

Territorio: Ridewell.

Tudor

Los Tudor, una casa violenta y despiadada, afilan como dagas a sus jóvenes desde su más tierna infancia. ¿Los primeros oponentes de estos desgraciados niños? Normalmente, miembros de su propia familia.

Señor de la casa: Albion Tudor.

Territorio: Kyrie.

El Faro de Nueva Londres

Sábado, 13 de septiembre, año 211 después de El Cambio

No habrá apenas un solo corazón en todo El Humo que no quede compungido al conocer la triste noticia que nos ha llegado hoy: Su Eminencia, el estimado lord Silas Darling, falleció ayer en su mansión de Norland House, sede de la Casa Darling. Sin duda alguna, la llegada del otoño se verá acelerada, ya que incluso los árboles derramarán sus hojas ante la pérdida de tan gran hombre, que guio con nobleza el rebaño de la provincia de Sussex durante más de dos décadas, salvaguardando a aquellos que moran en ella del hambre voraz de la horda de Fantasmas. Con su muerte, todos los sajones han perdido un padre.

Exterminador de bestias y protector de fronteras, lord Silas fue precedido en la muerte por su esposa, nuestra amada lady Artemis Darling, y le sobreviven sus dos hijas, las archidoncellas Estella y Merrick Darling.

PRIMERA PARTE



Historias de fantasmas

«¿Quién es la doncella que llama a tu puerta de noche?
Sus brazos lucen desnudos, sus ojos son blanco puro.
Conociste bien su rostro antaño,
el de la desposada perdida en la niebla del páramo.
Pero, aunque llore, no te dejes llevar por la carne.
Es una desconocida; es tu muerte segura.»

La doncella que llama a la puerta de noche, canción para saltar a la comba, El Humo, *circa* año 32 después de El Cambio

CAPÍTULO UNO

Al final, es la muerte la que me reclama de vuelta a casa.

Descanso la frente contra el frío cristal de la ventanilla del carruaje e intento perderme en esa sensación de tarde gélida que desprende sobre mi piel, en una suavidad similar a la de la impoluta capa de hielo que cubre un estanque. Cuando hui de Norland House en mayo, la primavera estaba en pleno apogeo; ahora, el inicio del otoño ha perfumado el ambiente con un aroma a podredumbre. Debajo de las ruedas de mi vehículo, los gusanos se deslizan por la tierra oscurecida por el verano y esperan que, igual que muda una serpiente, la naturaleza se deshaga de la piel de la estación pasada para poder darse un banquete.

La ruta por la que viajo debería resultarme familiar. Al fin y al cabo, es el mismo camino que seguí cuando me marché de casa, aunque en sentido contrario, hacia nuestra provincia y no alejándome de ella. Pero cuando observo por la ventana la extensión de paisaje escabroso, el escenario me parece tremendamente ajeno, como si cualquier recuerdo hubiera sido expulsado de mi mente meses atrás, como un guante que se me hubiera quedado pequeño.

¿Para qué habría necesitado recordarlo? Hasta hacía una semana, creía que jamás iba a volver.

«Merrick, papá se ha ido. Si no tienes obligaciones sociales más apremiantes, te insto a que regreses a Sussex de inmediato.»

Las palabras de mi hermana se me habían quedado marcadas a fuego en el interior de los párpados y me abrasaban cada vez que pestañeaba.

Incluso antes de leer la carta con el sello de los Darling —el sello de mi casa—, sospeché que algo iba mal cuando el mayordomo de los Eaves me la entregó hace tan solo dos mañanas, a la hora del desayuno. No había tenido noticias de mi hermana desde mi apresurada partida de Norland House, hace justo cuatro meses. En poco más de quince días, mi marcha había sido el segundo golpe que recibía nuestro orgulloso árbol genealógico; tres semanas antes de aquello, el carruaje de la estimada lady Artemis Darling había sido encontrado volcado en los lindes de las Tierras Grises y lo que quedaba de ella, que localizaron unos metros más allá, parecía arrojado como una servilleta que cae de la mesa. La tragedia, aunque no podría calificarse exactamente de inesperada, había consumido a toda velocidad nuestra provincia. Porque incluso en un lugar tan bien protegido como Sussex, todo el mundo conocía los riesgos de viajar tan cerca de la frontera. Todo el mundo sabía qué habitaba al otro lado de las intensas luces, escondido entre la niebla; todo el mundo había visto los huesos de las víctimas que aquello dejaba a su paso, fragmentos de marfil totalmente limpios, puros y blancos como corderos en el altar del sacrificio.

El sentimiento de culpa cuando pienso en mi familia me produce una fuerte presión en el pecho, es como un puñetazo en el esternón. Después de la muerte de mi madre, tendría que haberme quedado al lado de mi padre y mi hermana. Tendría que haber guardado luto por ella. Pero solo había permanecido un mes a su lado, después del cual había huido lo más lejos y lo más rápido posible, como el conejo que sale corriendo de la madriguera.

«No me dejes aquí sola.» La voz de mi hermana es un murmullo en mi cabeza, una súplica que he arrastrado detrás de mí como un tren de carga cada kilómetro que he viajado, que ha serpenteado entre los asistentes de todas las lujosas fiestas a las que he asistido en Nueva Londres. Essie y yo ya nos habíamos distanciado incluso antes de la muerte de mamá —con la edad, se había hecho más y más difícil negar que, más allá de nuestros lazos de sangre, éramos

nuestra mutua competencia— pero, aun así, la distancia entre nosotras no había disminuido la punzada de dolor que había sentido al negarme a acceder a su petición. Aquel día me había pedido ayuda y yo la había abandonado sin ni siquiera volver la vista atrás después de que las criadas terminaran de sacar todo mi equipaje por la puerta.

La verdad era que me había marchado porque no soportaba estar en la misma provincia que ella y mucho menos en la misma casa. No después de que el recuerdo de lo que me había contado mi padre se cerniera constantemente como un cuchillo sobre mi cuello y me dificultara incluso respirar.

Siento un escalofrío cuando, desde su puesto en el banco del carruaje, el cochero guía los caballos para que doblen una curva y, de repente, aparece ante mí el perfil de la costa de Sussex. Bañados por el feroz resplandor mandarina del atardecer, los escarpados acantilados muestran sus colmillos de piedra caliza a un cielo que empieza a oscurecerse, mientras a sus pies se escucha el choque acallado de las olas contra la estrecha franja de guijarros, un sonido que me recuerda al de los perros cuando suplican los restos de la comida. Una línea de farolas de hierro se extiende por el borde del acantilado hasta perderse de vista, fuegos que arden constantemente en las linternas que cuelgan de todos sus brazos y que iluminan la noche que se aproxima.

Y más allá, la niebla.

Hace mucho que se tragó la playa entera, enroscándose cual hiedra por las paredes de los acantilados antes de alcanzar su cima como la espuma del mar. Bancos de niebla del color de la cera de las velas nublan mi visión; se ondulan delicadamente, como un nido de anguilas, para quedar convenientemente lejos del alcance del fuego. Allí donde el débil sol del atardecer la impacta, la niebla reluce con un brillo metálico, como monedas cuando capturan la luz.

«Las Tierras Grises.» Así es como las llamamos: las extensas franjas inhabitables y asfixiadas por la niebla de nuestro país, El Humo, contenidos tan solo por legiones de lámparas de frontera como las que tengo delante de mí. Mis antepasados erigieron la primera de estas barreras hace casi dos siglos y, en los años

transcurridos desde entonces, se han convertido en nuestra principal línea de defensa para la lucha contra la niebla que, de no ser por ellas, se filtraría en nuestra tierra como el pus que brota de una herida.

Lo cual traería consigo a sus monstruos.

La inquietud se cierne sobre mí como una capa de rocío. Cuando era pequeña, las Tierras Grises solo rozaban la base de los acantilados. Pero ahora, a pesar de todos los esfuerzos de mi familia, la niebla acecha a solo un par de metros de la carretera y la atisbo por el rabillo del ojo como si fuese un invitado no deseado. Unos cuantos años más, y unas cuantas brechas más, y nos veremos obligados a redefinir esta ruta por completo.

Me obligo a alejar los pensamientos de este tema. Los nacidos en los siglos posteriores a la llegada de la niebla nos hemos acostumbrado a vivir como veraneantes en marea baja. Comemos y bebemos, incluso reímos de vez en cuando, pero sabemos que, por muchas defensas que levantemos, llegará el día en que el agua entrará y nos barrerá por completo.

«Igual que se llevó a mis padres», pienso. Por desgracia, el obituario que publicaron los periódicos con motivo de la defunción de mi padre era tan parco en detalles como la carta de mi hermana. Pero, como Señor de las tierras de Sussex, Silas Darling tenía más contacto con las Tierras Grises que la mayoría de los habitantes de nuestro país. Era algo que formaba parte de nuestro sagrado acuerdo, tal y como siempre me explicó mi padre, el acuerdo establecido cientos de años atrás entre mis antepasados, los señores originales de las doce casas, y aquellos a los que gobernaban. Los de linaje noble, como mi familia, utilizamos la inmunidad que nos ha sido concedida contra el contacto cambiante de la niebla para proteger a nuestras respectivas provincias: reparar las lámparas de frontera que se estropean, supervisar patrullas y, en caso de necesidad, matar a las bestias que se filtran a través de las brechas de nuestra armadura. A cambio, una parte de los ingresos de cada provincia se reserva para las arcas de la casa gobernante. Se trata de un sistema que se ha ido perfeccionando a lo largo de

generaciones, un derecho de nacimiento que se transmite entre el linaje como una antorcha encendida, indefectiblemente, sin titubeos.

Recuerdo la primera vez que seguí a mi padre para adentrarme en la niebla. Tenía trece años y apenas si había tenido mi primera regla cuando pasó: un Fantasma, detectado en la cresta sur de los acantilados de Sussex, que al parecer había burlado nuestras patrullas. Mi padre y yo le seguimos juntos la pista, recorriendo la línea de la costa antes de sumergirnos en las Tierras Grises tras él para tratar de dar caza a la criatura que intentaba escapar a la lechosa oscuridad de su hogar. Es como si aún estuviera viendo la escena, el modo en que la niebla se separaba en penachos, como enormes alas emplumadas, alrededor de la espalda de mi padre, que cabalgaba como si fuese un guerrero divino enviado desde el cielo, intocable para el resto de los simples mortales.

Pero ahora, cuando observo la niebla, no puedo evitar preguntarme si se ha acercado un poco más durante el tiempo en que he estado ausente, si una de las criaturas que cazaba mi padre fue lo que acabó con él.

Me recuesto en el asiento y palpo el interior de mi bolso en busca de algo con lo que distraerme, y me veo recompensada cuando mis dedos acarician la superficie basta de un periódico doblado. Con cuidado, lo saco del bolso y me lo aliso sobre el regazo. Los Eaves, amigos de la familia desde hace mucho tiempo además de pilares de la escena social de Nueva Londres, son suscriptores acérrimos de *El Faro de Nueva Londres*, el periódico sensacionalista más destacado de nuestra capital y de lectura obligatoria para cualquier joven dama que pretenda navegar por las traicioneras aguas de la temporada. Conseguí hacerme con el último número justo antes de partir, con la intención de guardármelo para cuando necesitara un toque de drama con el que interrumpir la monotonía del viaje.

Observo de nuevo los bancos de niebla al otro lado de la ventanilla, los kilómetros de campiña vacía que se extienden delante de mí como un lienzo inacabado. Ahora, pienso, es el momento adecuado.

El Faro es fácil de leer por encima. Repaso rápidamente los primeros dos párrafos antes de que la mención de mi nombre me llame de repente la atención y me obligue a encorvarme de forma decididamente poco elegante para leer mejor las palabras escritas en tinta:

> «Los lectores estarán encantados de saber que la joya de esta temporada, la seductora archidoncella Merrick Darling, continuó su brillante reinado en el baile ofrecido por lady Fairfax el pasado viernes. A pesar de que el carné de baile de la archidoncella estaba completo con admiradores dispuestos a conquistar su corazón, nuestro ojo observador se percató de que únicamente concedió dos bailes a un caballero: sir Fitzgerald Vannett, de la Casa Vannett. ¿Sería posible que la paloma más preciada de Nueva Londres hubiera encontrado por fin un nido en el que aposentarse? Fuentes bien informadas nos comentan que no se ha realizado aún ningún tipo de proposición, pero si algo hemos aprendido con la observación de la cacería del año pasado, es que un venado preciado atrae siempre cazadores.»

Me inunda una sensación de alivio y cierro los ojos. De modo que estaban observándome, tal y como esperaba que hicieran. Bien. Fitz resultó ser un acompañante agradable durante el baile de lady Fairfax, aunque no lo bastante como para justificar las horas extenuantes delante del tocador que me había visto obligada a soportar antes de bailar con él. Pero lo más importante era que, como miembro de una de las doce familias gobernantes en El Humo —aun siendo el hijo de un Rouge de bajo rango y no de un poderoso duque Rojo o de un marqués de la Sangre—, su atención debería despertar el interés de otros pretendientes.

Interés que necesitaré cuando regrese a Nueva Londres después del funeral de mi padre. Y desesperadamente, a ser sincera. Tal y como los últimos meses me han enseñado, lo único que los de linaje noble aman más que una mujer adorada por la alta sociedad es una chica despreciada. Por mucho que *El Faro* me ría las gracias en este momento, mi resplandor se vería empañado rápidamente si se conociera la verdad.

La razón por la que, a diferencia de mis antepasados, la única caza en la que actualmente estoy consagrada es la caza de un

marido.

El relincho agudo del caballo es una espada que me atraviesa los pensamientos. Abro los ojos de golpe cuando el carruaje se sacude, su esqueleto de madera cruje y mis dientes chocan entre ellos por el impacto. Me sujeto al banco acolchado con ambas manos para estabilizarme y vuelvo la cabeza hacia la ventanilla como un pajarillo asustado.

Contengo la respiración. A menos de diez metros del carruaje, una niebla opaca cubre por completo el camino, una auténtica masa que brilla con un aura plateada espectral que resplandece más cuanto más la miro. Directamente en medio del camino que debemos seguir.

Presa del pánico, dirijo la vista hacia la línea de farolas buscando protección en forma de algún destello de luz naranja. Una sensación gélida se me expande en el pecho cuando vislumbro un vacío en la fila de lámparas, un punto oscuro como un absceso: una de las linternas está apagada y crea un pasillo por donde se está filtrando la niebla. Zarcillos lechosos se enroscan cariñosamente por el poste de hierro, acariciando el metal. Estrujándolo con fuerza.

Una brecha. En Sussex. No puedo respirar. Si bien está lejos de ser imposible, desde que nací, el apagón de una farola fronteriza ha sido un suceso tan excepcional como para que una persona pueda olvidar el último antes de que se produzca el siguiente. En otras provincias, gobernadas por casas más débiles, las brechas son una preocupación diaria, pero aquí no. Al menos, bajo el gobierno de mi padre. El fuego debería estar conteniendo las Tierras Grises.

El mundo se paraliza durante unos instantes febriles, el tiempo se contiene como si también dudara entre seguir o no seguir avanzando. Pero, entonces, el chasquido del látigo del conductor me libera y regreso a mi cuerpo, precipitándome hacia la niebla.

Me tambaleo hacia delante y choco con tanta fuerza contra la división de cristal que separa el compartimento de pasajeros del asiento del conductor que casi espero que se haga añicos.

—¿Está loco? —Las palabras salen de mí enronquecidas por el terror. En su banco, el conductor se está peleando con las riendas, tirando de ellas hacia la izquierda, hacia la derecha, sin resultado. El

caballo carga hacia delante. Subo la voz—. ¡Detenga el caballo, antes de que…!

Nos engulle una pared blanca.

Observo en pasmado silencio cómo, delante de mí, la niebla envuelve con sus fauces al conductor y lo sumerge en sus profundidades. La sangre ruge en mis oídos. Noto piernas y brazos anegados, pesados e hinchados; miro, sin poder moverme, como si estuviera en el fondo de un lago, cómo penachos algodonosos de niebla se entrelazan delante de las ventanillas del carruaje hasta cegarme por completo.

En el exterior no se oye nada, todo está amortiguado como si hubiera quedado envuelto en una manta, y noto que el carruaje cruje hasta detenerse.

La bilis me asciende por la garganta. *El conductor*. ¿Dónde está? Fuerzo la vista para intentar ver algo más que la cortina marfil que cubre mi entorno. Independientemente de que sea de linaje noble o no, todos los niños de El Humo aprenden, incluso antes de caminar, qué es lo que tienen que hacer en caso de que se produzca una brecha. En primer lugar, hay que taparse la nariz y la boca. Para todo el mundo, excepto para los de linaje noble, respirar en la niebla significa una muerte más segura que la que pueda producir el impacto de una bala.

Y la segunda regla, casi tan esencial como la primera, es mantenerse en movimiento. Porque es cuando te paras —durante esa minúscula pausa que se produce entre respiración y respiración, cuando piensas que por fin has dejado atrás el peligro— cuando pueden encontrarte.

Aún estoy forzando la vista cuando lo oigo: un sonido húmedo y orgánico, como un compañero de cena maleducado rebanando una pierna de cordero. Una masticación; el pulposo rechinar de los dientes contra la carne.

Mis náuseas se arremolinan y se solidifican en forma de miedo plomizo y caliente. Por muchas veces que me haya adentrado en las Tierras Grises con mi padre y sus hombres, es un terror que nunca deja de sorprenderme. Un pánico similar al de una pesadilla, un veloz descenso a esos reinos de realidad corrupta donde los

monstruos son reales, donde pueden salir de las páginas de un libro de cuentos y sentarse en la mesa del desayuno.

Y devorarte.

Un Fantasma. Está aquí.

Como queriendo dar respuesta a mis dudas, un crujido repugnante resuena entre la niebla, más allá del carruaje: el seco chasquido de un hueso al partirse. Un surtidor carmesí mancha la ventanilla de mi derecha, gotas de sangre que salpican el cristal como una lluvia repentina. Mi instinto entra por fin en acción y me llevo la mano al tobillo para levantar la falda y retirar el cuchillo que llevo atado a la pantorrilla. Habría preferido el peso tan familiar de mi matafantasmas, pero me había visto obligada a prescindir de mi pistola favorita al llegar a Nueva Londres. Los Eaves consideraban que las armas eran accesorios indecorosos para la gente de la alta sociedad y nada adecuadas para los salones de té.

Por suerte para mí, el señor Eaves es un caballero y nunca se tomó la molestia de registrarme a mi llegada porque, de haberlo hecho, mi actual situación habría sido mucho peor si cabe.

La masticación se detiene.

El poco aire que me quedaba en los pulmones se evapora por completo cuando una sombra me cae sobre el regazo, al principio rozando apenas el borde de mi falda y luego, cuando su propietario se acerca con determinación, extendiéndose sobre ella. Mantengo la mirada clavada en la ondulante mancha de color carbón, aferrando con fuerza la empuñadura del cuchillo y con la voz de mi padre resonándome en la cabeza.

«Sé la primera en atacar y ataca con fuerza. Enfócate en sus puntos más débiles: la base de la columna, la entrepierna, las rodillas. Recuerda que las criaturas fueron hombres en su día. Mueren igual que puede morir un hombre.»

Tac, tac. Como la llamada de un invitado tímido, oigo unos golpes tentativos en el cristal. Vuelvo a oírlos un segundo después: tac, tac, tac.

Rezo una oración rápida y silenciosa a los Tres Divinos: el Rey Ardiente, el Guardián de la Luz y el Sangrador, el triunvirato de dioses que velan por El Humo y que, según la leyenda, fueron los

que bendijeron con la inmunidad a los primeros señores de las casas. Levanto la vista.

Por un instante casi pienso que la criatura que veo al otro lado del cristal es humana. Y lo fue, antes de que la niebla se le filtrase en las venas e hiciera que lo que corre por ellas fuera de color marfil en vez de rojo, antes de que la niebla se le introdujera en la mente y la devorara hasta no dejar nada. Ahora, los ojos del Fantasma son de color blanco puro, bulbosos como huevos de araña plantados en una cara huesuda. La escasa piel que todavía le cuelga del cráneo está marchita y dura; es como si su cabeza fuera una manzana seca a medio pelar. Tiras fibrosas de tendones y músculos le mantienen unidos los huesos y, en la boca, dientes astillados y amarillentos que asoman en encías ennegrecidas crujen y chirrían al chocar entre sí, entonando una canción depravada.

Al ver aquello, algo en mi interior se cierra de golpe y aísla mis partes blandas hasta dejarme transformada en un cascarón duro, decidido y preparado para luchar. «Esto.» Por mucho que me haya negado a reconocerlo, esto es lo que he echado de menos los últimos meses, mientras estaba ocupada dejando que los Eaves me pulieran hasta convertirme en la joya más valiosa de la temporada, bonita, resplandeciente y frívola. Este desafío, esta frontera efímera entre la vida y la muerte, cuando la supervivencia no es más que un juego, una apuesta que haces contigo misma.

Esto es para lo que me he entrenado. No para ser la chica que mi padre me obligó a ser cuando…

El Fantasma se arroja con violencia contra la puerta del carruaje —cerrada, aunque no durará mucho tiempo así— y sus manos de uñas quebradizas rascan los laterales del vehículo. Sin posibilidad de ir a ninguna parte, levanto un poco el cuchillo, me armo de valor y espero.

El cristal de la ventana se hace añicos bajo las garras del Fantasma. Salto, dispuesta a enfrentarme a él, y esbozo una mueca de dolor cuando una astilla de cristal que ha salido volando me roza la mejilla. Justo antes de que el cuchillo conecte con el pecho del Fantasma, atraviesa la niebla un estallido de sonido similar a un trueno y caigo hacia atrás. La garganta del Fantasma emite un

aullido de agonía, un chillido terrible que zumba como un enjambre de abejas, inhumano, sobrenatural. Estupefacta, no puedo hacer otra cosa que ver cómo la criatura se desploma y choca con el marco de la ventanilla antes de perderse de vista en el suelo.

A mi alrededor, la niebla late sin hacer ruido y el eco de un disparo tiembla en el aire como el murmullo persistente de un violín. Me llevo la mano al pecho, que me arde dolorosamente, como si hubiese estado esperando dejar de funcionar y no supiese ahora cómo volver a arrancar.

«Estás bien, Merrick. Estás viva, estás…»

Astillándose, la puerta del carruaje se abre de repente. Apenas me da tiempo a ver la cara medio oculta por un pañuelo anudado del hombre que emerge de la niebla como un fantasma. Una mano me envuelve la cabeza y acerca a mi nariz y mi boca un trapo de algodón. El hombre me levanta del asiento, me coge en brazos, me saca…

CAPÍTULO DOS

El fuego llena mi visión: una antorcha arde como una baliza en la otra mano del hombre. La llama es una guadaña que corta la neblina asfixiante, la cual, al recibir el beso del calor, sisea como una vela cuando se apaga.

Me siento arrastrada por un estrecho corredor de aire fresco y la niebla se vuelve a entretejer a mis espaldas. Se me desliza por encima de las zapatillas —de seda negra y escasamente adecuadas a las circunstancias—, acuosa y con el color del vientre pálido de un pez muerto. Quiere tirar de mí a cada paso que doy y se me aferra a la piel como una enredadera.

El estómago se me revuelve con su resbaladiza caricia, con la sensación húmeda y oleosa que me asciende por las piernas. Me he aventurado a las Tierras Grises en otras ocasiones, pero nunca he conseguido acostumbrarme a la experiencia de viajar por ellas. A la sensación, penetrante como la humedad de un estanque cuando atraviesa un abrigo de lana, que produce la niebla cuando la tienes tan cerca.

La niebla asciende y me roza la parte posterior de la rodilla. El contacto resulta casi familiar; es como si me recordara, como si hubiera estado aguardando pacientemente el día en que regresaría a ella. Resisto el impulso de vomitar y examino mi entorno en busca de algún movimiento, de la precipitación de un cuerpo corriendo hacia nosotros. La blancura es opresiva, su mirada vacía imposible

de diseccionar, aunque eso, en sí mismo, no dice nada. A diferencia de sus hermanos humanos no cambiados, los Fantasmas son capaces de moverse sin problemas entre la niebla gracias a su sentido del oído agudizado, un desafortunado don de su pálido creador, y rara vez merodean solos.

A lo lejos, a mi izquierda, creo vislumbrar un temblor en la neblina, como si se abriese, como si se perfilase alrededor de una forma encorvada…

El hombre tira de mí con fuerza y la atravesamos de golpe para emerger a un atardecer despejado. De inmediato, me suelto y retiro el paño que me cubre la cara. El sabor de la campiña me inunda la boca con su dulzura: la salmuera húmeda del mar, el deje almizclado de las aves marinas que anidan en las orillas. Siempre he preferido el aroma a humo y sudor de la ciudad al olor salvaje y penetrante de la naturaleza, pero ahora lo aspiro a bocanadas, como si fuese agua bendita, como si solo eso pudiese limpiarme del contacto que acabo de tener con las Tierras Grises.

A mi lado, mi salvador —¿mi secuestrador?— barre los bancos de niebla con su antorcha, quemando sus bordes rizados. El efecto no durará mucho, pero, por suerte, la niebla es tan mortal como lenta. Deberíamos disponer de algunos minutos, como mínimo, antes de que recupere el terreno perdido y nos envuelva de nuevo en sus brazos.

Cuando termina, el hombre se baja el pañuelo y deja al descubierto la mitad inferior de su cara antes de clavar la antorcha en el suelo y empezar a buscar alguna cosa en su costado. Veo el destello de una pistola de plata —un matafantasmas, con su forma fina y compacta diseñada específicamente para ser transportada en circunstancias como esta— enfundada en su cadera derecha y me tenso en un acto reflejo, pero el hombre pasa de largo del arma y deposita en mis manos un objeto frío y metálico.

—Debería beber.

Su voz es suave, no especialmente tranquila, sino más bien medida con cuidado y precisión, como si se le fuera a agotar de gastarla en exceso y de una sola vez. A pesar de ello, a pesar de la ayuda que me ha brindado, siento una oleada de ira ante su forma

brusca de dirigirse a mí. De pequeña, Essie me reprendía a menudo por mi forma de ser exaltada, porque me irrito muy fácilmente ante cualquier cosa que pueda percibir como una afrenta, mientras que ella es como el mar que ahora se extiende a mi lado: se agita muy lentamente, pero cuando lo hace resulta mortal.

Mi padre prefería el estilo de enfado de mi hermana —controlado y calculado— a mis emociones tempestuosas, que, según él, podían resultar perjudiciales para un gobernante. Aunque, claro está, casi siempre prefería todo lo que hacía Essie.

Reprimo mi enojo y estudio el objeto —una petaca, sencilla y sin adornos— antes de llevármelo a los labios y dejar que el agua fresca se me deslice por la garganta. Deja a su paso un regusto amargo, como a cobre oxidado.

Algo más estabilizada, devuelvo la petaca y levanto la vista para examinar al hombre que tengo delante. Cuando lo miro por segunda vez, me sorprende descubrir que es un chico muy joven, apenas un par de años mayor que yo, que tengo diecisiete. La luz menguante del sol rebota sobre una colección de crestas que recorren su piel al azar. Cicatrices, comprendo sorprendida, que han ido emblanqueciendo y cobrando grosor con la edad. Una de ellas le atraviesa como un relámpago la ceja derecha y pasa rozando la comisura del ojo en dirección a la mejilla; más abajo, una hendidura salvaje le parte el labio superior, como si le hubieran arrancado un trozo de piel. Recorro con la mirada una marca especialmente nudosa que le desciende por el cuello y me pregunto si se la habrá hecho un Fantasma, si, quizás, no soy la primera chica que libera de un carruaje asfixiado por la niebla y con un monstruo aporreándole la puerta.

De ser así, ¿qué estará haciendo aquí, vagando por las costas de mi provincia como un granuja en busca de damiselas a las que poder salvar del peligro?

El chico me mira mientras lo observo, silencioso y calculador, y sus ojos recorren mi rostro como si estuviera marcando los segundos a medida que pasan. Tiene un ojo marrón, otro azul claro, del color puro y cristalino del hielo en enero. Su mirada es intensa, desconcertante, y cuanto más lo miro, más me abrasa.

Aparto la vista.

—Gracias por rescatarme —digo, sintiéndome un poco como si acabara de perder algún tipo de concurso—. Aunque —añado, volteando mi cuchillo y apuntándolo con él por la parte de la empuñadura— tenía la situación bajo control.

—¿La tenía? —cuestiona el chico. No lo dice en tono burlón, sino en el mismo tono de voz de antes, un sereno tenor. Pero cuando levanto la vista, capto el destello de una mueca de suficiencia en sus labios—. En ese caso, no hay necesidad de darme las gracias. Supongo que, entonces, no ha sido un rescate.

Nuestras miradas se topan de nuevo y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, sus manos me arrancan el cuchillo con la ensayada facilidad de un carterista.

—Una buena arma. —El chico interrumpe mi grito de protesta y voltea el cuchillo en el aire hacia un lado y hacia otro. El filo parece que sangre bajo el naranja rojizo del atardecer. Me lo ofrece para devolvérmelo—. ¿Hacia dónde se dirige, si me permite la pregunta?

Recupero el cuchillo y lo cojo como si me fuera la vida en ello.

—Hacia mi casa —le espeto.

El chico arquea una ceja, sin alterarse.

—¿Su casa?

—Sí.

«Cálmate, Merrick. Quienquiera que sea este chico, es inferior a ti en rango. No cedas el control.»

Me muerdo el interior de la mejilla para obligarme a bajar el tono.

—Como debe saber bien, mi padre acaba de fallecer. He sido reclamada para asistir a su funeral.

—Su padre…

Por primera vez, la incertidumbre le excava arrugas en la frente. La mirada del chico vuelve a repasarme de arriba abajo, ralentizándose en mi cabello —rubio y rizado, desprendido ahora del pulcro moño que lo recogía y arremolinándose en torno a mi rostro —, en mis cejas gruesas tan poco a la moda y en mi afilada nariz Darling, antes de doblarse por la cintura para hacer una reverencia. Casi noto el momento en que sus ojos me abandonan; me escuece

la piel, como si su mirada fuera una cosa tangible y dejara a su paso un residuo pegajoso.

—Perdóneme, archidoncella Merrick —dice, y dos puntos rosados le estallan en las mejillas—. No… No la había reconocido.

Cualquier sensación de victoria por obtener unas palabras de disculpa queda rápidamente usurpada por la incomodidad que me produce su súplica. Porque, a pesar de que todos los descendientes de las casas recibimos el don de la inmunidad, estamos divididos según nuestros rangos y deberes: en lo más alto del sistema nobiliario se encuentra el Señor de la casa, el jefe de la casa, que gobierna la provincia y dirige sus defensas, seguido de cerca en el poder por un puñado de duques y duquesas Rojos, que suelen tener un parentesco directo con el Señor y pueden ser sus hermanos o sus hijos casados. A continuación, y en orden descendiente de influencia, están los marqueses y marquesas de la Sangre, los Sanguinos y las Sanguinas, los Rouges y las Rougesas y, finalmente, los simples sir y *lady*. Mi título, el de archidoncella, es muy excepcional y se utiliza únicamente para las hijas solteras del Señor de la casa.

Pero mi señor ha muerto.

—¿Y usted es…? —pregunto con rapidez, con excesiva rapidez, aunque no me parece que el chico se dé cuenta.

El hecho de que haya entrado en la niebla me da a entender que también es de linaje noble, aunque no se parece a ninguno de los Darling que yo conozco. ¿Habrá viajado hasta aquí desde otra provincia, quizás para presentarle sus respetos a mi padre? Lo miro entrecerrando los ojos. No es un Ballantine, eso seguro, porque el pelo no tiene nada que ver; el del chico es de un rubio apagado, un color que me recuerda al del trigo seco, muy distinto a su castaño rojizo característico. ¿Quizás un Warchild, un Carrington?

—Brandon, *milady* —responde, enderezándose antes de que me dé tiempo a seguir observándolo—. Killian Brandon. A su servicio, por supuesto.

El chico se vuelve y vuelca de nuevo su atención en la niebla que se levanta como la espuma detrás de nosotros.

—Tenemos que irnos de aquí —dice el chico, Killian—. Los otros no estarán muy lejos detrás de mí. He lanzado una bengala en cuanto he visto que el carruaje se adentraba en la niebla. Querrán realizar una quema antes de que se pierda más territorio.

Arrugo la nariz, confusa.

—¿Los otros? —repito.

El chico ladea la barbilla hacia mí al oír mi comentario y capto enseguida los detalles de su vestuario que se me han pasado antes por alto: las charreteras rojas que resplandecen en los hombros de su chaqueta color gris paloma, las impecables calzas blancas que combinan con las medias. El broche de rubí en forma de rosa que brilla en su pecho.

El escudo de armas de los Darling.

De pronto, como si el vuelo de un pájaro se cerniera sobre mí, lo entiendo todo.

—Es uno de los centinelas de mi padre —afirmo.

Y Killian inclina la cabeza para confirmar mis palabras. Ahora que lo he ubicado, todo resulta más fácil. Le ofrezco una sonrisa conciliadora. No es un extranjero cargado de buenas intenciones. Aunque…

—Brandon… Me parece que no conozco esta rama de la familia. —Le doy vueltas en la cabeza al apellido—. ¿A qué tía abuela debo un agradecimiento por mi seguridad?

Estudio otra vez su cara, en busca de algún indicio de mis parientes en sus vapuleadas facciones. Resulta extraño pensar que, en algún lugar profundo de nuestras venas, este chico y yo compartimos la misma sangre, que técnicamente es mi pariente. Otro detalle del acuerdo establecido entre las casas: si bien la tutela de una provincia es una responsabilidad que recae principalmente en su señor, se necesitan órganos adicionales para ayudar en la correcta ejecución de las patrullas y el mantenimiento de nuestras fronteras. Y, dado que solo los de linaje noble pueden arriesgarse a trabajar con seguridad en los territorios lindantes a las Tierras Grises —sin inmunidad que te proteja, la exposición a una posible brecha significaría el desastre para todo el mundo—, es habitual que los hijos de los miembros de menor rango de la Casa Darling cumplan

un par de años de servicio en la milicia con la esperanza de ganarse el favor de su señor una vez finalizado este periodo.

Servir como centinela está reservado a los más valientes, no solo por los riesgos físicos que plantean los Fantasmas, sino también porque aquellos que se encuentran en los límites del territorio de una casa tienen menos probabilidades de encontrar parejas ventajosas —solo suelen encontrar parejas que quedan fuera de las doce casas nobles—, lo que da como resultado una descendencia de linaje mixto. En mi caso, criada como noble de alto rango, mi infancia estuvo repleta de cuentos con moraleja: historias sobre linajes de algunas casas que acabaron condenados a la perdición, diluidos hasta el punto de que los descendientes dejaron de heredar el don de sus antepasados. El matrimonio de mi padre con mi madre, una plebeya, supuso en Sussex un escándalo que no se veía desde hacía muchas generaciones y que solo se apaciguó cuando, años más tarde, la inmunidad de mi hermana y la mía quedó sobradamente demostrada.

Hay centinelas que permanecen en su puesto incluso terminado su periodo de servicio y ascienden en las filas, aunque la mayoría se contentan con aceptar una parcela de tierra en algún rincón del norte de Sussex, lejos del alcance de la niebla, y dejan que los recuerdos de sus batallas se les pierdan en el fondo de la mente, como un par de pantalones devorados por las polillas. Dejan que se vuelvan suaves y cómodos al tacto, hasta que casi acaban creyendo que los monstruos contra los que lucharon en su día no eran más que una leyenda.

Pero los que seguimos aquí no podemos permitirnos ese lujo.

Veo que Killian niega con la cabeza.

—No soy un Darling, archidoncella. Mi madre es oriunda de Kyrie; su padre era un Rouge de la Casa Tudor, pero entregó su título y sus tierras al hermano de mi madre, mi tío, lo que, desgraciadamente, nos dejó sin nada después del fallecimiento de mi padre, el año pasado. Llegué a Sussex hace poco más de un mes, en respuesta a la llamada de la archidoncella Estella, que ofrecía tierras a cambio de hombres.

Su comentario me dispara una sirena de alarma en las entrañas. No es que reclutar centinelas de otras provincias sea un hecho inaudito. Recuerdo que, durante mi infancia, algún que otro señor aliado le pidió a mi padre que le prestara tropas, pero la mayoría de las casas evita hacerlo de ser posible, porque lo que ello implica es que los de tu propia sangre ya no son suficientes para defender tu pueblo. Y mi provincia, Sussex, jamás había necesitado ayuda externa hasta ahora.

Visualizo de nuevo aquel único farol apagado entre la niebla, detrás de mí, un diente negro y podrido en la sonrisa curvilínea de la frontera. ¿Habrá habido más incidentes como el que acabo de experimentar durante mi ausencia? No me había llegado ningún rumor al respecto en Nueva Londres, pero, de haberlos habido, ¿cuánta gente no había tenido la suerte que había tenido yo de que hubiese un centinela en las cercanías cuando aparecieron los Fantasmas? y ¿cuántos monstruos habían escapado ilesos y seguirían vagando por la neblinosa costa?

¿*Había sido uno de ellos lo que había matado a mi padre*?

«Para —me digo—. Estás adelantándote a los acontecimientos, Merrick.»

Pero luego está la otra parte del comentario de Killian, la que me atañe por motivos más personales.

—¿Dice que mi hermana lo ha contratado? —le pregunto, obligándome a pensar con claridad—. Cabría pensar que eso tendría que ser responsabilidad del señor de la casa, ¿no? ¿Estaba mi padre al corriente de las labores de reclutamiento de Essie?

«Mi padre me prometió que esperaría a…»

Killian esboza una mueca y cambia el peso de su cuerpo hacia la otra pierna, como si mi pregunta lo incomodara.

—No quiero decir nada inapropiado, archidoncella, pero creo que lord Silas no estaba… no estaba muy bien los meses previos a su fallecimiento —responde, eludiendo mi mirada—. No sé nada en detalle, solo que, desde que me alisté, siempre he recibido órdenes de su hermana.

—¿Mi padre estaba enfermo, insinúa? ¿Por eso ha muerto, a causa de una enfermedad?

La piedra que parece haberse instalado en mi estómago se vuelve de pronto más pesada y el veneno que impregnaba la nota de Essie en la que me pedía que volviera a casa parece más justificado que nunca… Si es que es verdad que al marcharme de Norland House la abandoné dejándola no simplemente sola con los recuerdos de una madre fallecida, sino además con la realidad de un padre acercándose lentamente a la muerte.

—Creo que su afección era más mental que otra cosa —replica Killian con voz entrecortada—. Como he dicho, no puedo proporcionarle detalles, pero en los barracones de los centinelas se rumoreaba que había enfermado de tristeza después de la pérdida de su madre.

—Oh. —Me inunda la vergüenza, negra como el alquitrán—. No… No imaginaba que estuviera sufriendo tanto. He estado ausente durante los últimos meses, en casa de unos amigos en Nueva Londres. Si mi padre me hubiese escrito…

—No soy nadie para opinar sobre su ausencia, archidoncella Merrick —dice Killian, cortando mi frase.

Sus palabras directas me llaman la atención. A pesar de su contundencia, su tono es sorprendentemente suave, complaciente como el que utilizaría un sacerdote, el tono de una persona acostumbrada a escuchar y absolver los pecados. Su mirada es franca, sincera. Intuyo la facilidad con la que me perdonaría si le confesase el sentimiento de culpa que me produce mi partida. La idea resulta tan tentadora como un baño caliente.

Me enfurezco solo de pensarlo.

—¿A qué se refiere con eso? —inquiero, desafiante.

Sus ojos invernales se clavan en mí, una aguja directa al núcleo de mi cuerpo.

—Solo a que yo también estoy lejos de casa. Y a que con el tiempo he aprendido que no solemos abandonar nuestro hogar si no es por una buena razón.

Se produce un instante de silencio. Mis labios se separan para dar una réplica justo en el momento en que, agudo y penetrante, un relincho resuena en el horizonte y la tranquilidad se quiebra como

una ramita bajo una pisada. Killian se vuelve hacia el ruido y de su boca sale un suspiro de alivio.

—Están aquí —afirma, antes de volverse hacia mí—. Permítame que la escolte hasta su casa, archidoncella.

* * *

Los gritos de los Fantasmas nos siguen mientras nos alejamos a todo galope.

Tal y como había vaticinado Killian, el resto de su regimiento llegó poco después, a caballo y armados con matafantasmas. Acordonaron primero la parte del acantilado cubierta por la niebla, creando una improvisada frontera con estacas encendidas clavadas en el suelo, y luego, armas en mano, desaparecieron entre ellas hasta perderse en la neblina blanca. Nos marchamos de allí antes de que hubieran finalizado su cacería, aunque por experiencia sabía que, después de que hubieran acabado de inspeccionar el terreno violado en busca de cuerpos —Fantasmas o humanos, muertos o vivos, aunque rara vez se recuperaban cuerpos vivos—, los centinelas prenderían fuego al área afectada, arrasándola por completo con la esperanza de acabar con la niebla.

Rememoré la imagen de las lámparas de frontera, visualicé la niebla casi pegada a ellas cuando, solo años atrás, se veía obligada a merodear poco más allá de la playa rocosa. Aun en el caso de que nuestros hombres consiguieran recuperar la mayor parte del terreno que se había perdido hoy, ¿cuánto territorio más cederíamos a las Tierras Grises? ¿Un centímetro? ¿Dos?

¿Cuánto territorio más podíamos ceder?

Cuando el primer disparo sonó a nuestras espaldas, la oleada de pena que me invadió momentáneamente me tomó por sorpresa. Menos de media hora antes, uno de aquellos Fantasmas había estado a punto de quitarme la vida; sin embargo, no podía negar el murmullo que me decía que sus muertes no eran ningún triunfo.

Independientemente de que uno de los monstruos me matara, o de que yo matara a uno de ellos, siempre estábamos

devorándonos entre nosotros.

Killian y yo pasamos el resto del viaje en silencio, a lomos del caballo que uno de sus compañeros le ha cedido, mientras yo lo agarro torpemente por la cintura. Es una posición práctica, pero el calor que desprende su cuerpo y que se filtra hacia mis huesos resulta terriblemente íntimo después de las rígidas reglas de cortejo que imperan en Nueva Londres. Allí, cualquier flirteo es como una partida de ajedrez, algo cuya estrategia hay que planificar con exquisita precisión, algo en lo que cada parte trabaja con diligencia pensando en el fin deseado: dinero, normalmente, o estatus. Sexo, en algunos casos, aunque las consecuencias siempre me han dado tanto miedo que nunca he tenido un encuentro amoroso.

El amor, aprendí ya al principio de mi estancia, podía dar lugar a errores y descuidos, cosas, ambas, susceptibles de dañar con carácter irrevocable la reputación de cualquier chica, noble o no. Y había trabajado infatigablemente para mantener la mía impecable, absteniéndome de cualquier actividad que pudiera justificar una mirada más cercana y procurando que los secretos que guardaba no se filtraran como manchas a través de mi vestido.

Para distraerme, observo el paisaje que pasa veloz por mi lado: el resplandor amarillo de las velas que iluminan el interior de las casitas, los pastos perfectamente cuidados, salpicados con vacas que nos miran con ojos muy abiertos. Este es el Sussex de mis recuerdos, un retrato de inocencia pastoral, un lugar seguro, sencillo e increíblemente aburrido. Pero, por mucho que intente olvidarla, la imagen de los colmillos del Fantasma cerniéndose sobre mí se ha quedado grabada en los surcos de mi cerebro y sobrevuela mis pensamientos como un nubarrón negro cual carbón.

Mis párpados caen por el cansancio, se cierran. *La niebla, que corre hacia mí como un gato encabritado, envuelve al conductor…*

Mis hombros se tensan. Me obligo a abrir los ojos.

La barbilla de Killian se mueve en mi dirección, solo un pelo.

—¿Se encuentra bien, archidoncella?

Ojalá no hubiera mencionado a mi padre, mi título. Aunque sé que no es su intención, el hecho de que Killian se dirija a mí de esta

manera me suena como una burla, como un recordatorio de lo que he perdido.

—Estoy bien —replico con tensión.

Aliviado, el centinela inclina la cabeza en un gesto de asentimiento y vuelve a centrar la atención en un punto fijo delante de él.

—Brandon. —El sonido de mi propia voz me sorprende. No me había dado cuenta de que quería dirigirme a él hasta que su nombre me ha salido de la boca—. Si no es molestia, ¿puedo formularle una pregunta?

Desde su posición delante de mí, Killian repite un gesto de asentimiento.

—Por supuesto, archidoncella.

Con las manos enlazadas alrededor de su cintura, me echo un poco hacia atrás en la silla para seguir mi línea de pensamientos en dirección contraria hasta encontrar esa maraña en el hilo que está molestándome.

—Es solo que he estado pensando en lo que me ha dicho antes, en lo de que mi hermana ha solicitado más centinelas. Me sorprende que en Nueva Londres no hayan llegado noticias de esta decisión. —Me encojo de hombros con despreocupación, un gesto que se pierde en la campiña y en el paisaje plano de la espalda del centinela—. En la capital, los chismorreos se difunden a gran velocidad.

Aunque quizás son simples imaginaciones mías, me parece que Killian se tensa entre mis brazos.

—La archidoncella Estella prefirió que el reclutamiento se llevara a cabo con la máxima discreción posible —replica, hablando despacio—. Creo que le preocupa cómo podría reaccionar la provincia a la noticia.

—Sí, pero ¿qué fue lo que la llevó a tomar medidas tan drásticas? —insisto, envalentonada.

Killian no dice nada, pero sus nudillos se ponen blancos por la presión que ejerce sobre las riendas. Las agita para animar al caballo. Me da la sensación de que se ha puesto a la defensiva; veo su perfil y aprecio la mandíbula tensa, parece un zorro acorralado.

Yo, por mi lado, soy un sabueso que acaba de oler una pista.

—Por favor, señor —continúo—. Debe entender lo inquietante que resulta esta situación para mí. Lo único que quiero es comprender.

Killian encoge los hombros. Durante un momento eterno guarda silencio y pienso que no volverá a hablar, pero, de pronto, su voz reaparece, más suave esta vez.

—Puede que haya habido otros… incidentes… recientemente —dice, volviendo la cabeza—. Similares a los que acaba de experimentar.

Mi pulso se acelera, se me forma un nudo en la garganta.

—¿Otras brechas, quiere decir?

Killian inclina con brusquedad la cabeza a modo de confirmación. El aire que ha quedado atrapado en mis pulmones se vuelve rancio, me escuece como si fuese humo.

—¿Cuántas? —pregunto, presionándolo quizás demasiado porque sé que cualquier pregunta puede ser excesiva, pero, ahora que la caza ha comenzado, me siento incapaz de parar.

Killian duda y su silencio está cargado con una emoción que me cuesta ubicar. Pero, por el modo en que se desliza sobre mi piel, casi podría calificarla de miedo.

Cuando carraspea para aclararse la garganta antes de volver a hablar, noto un escalofrío.

—Discúlpeme, archidoncella, pero no puedo decir más —responde, y ahí está la línea… la he encontrado y la he cruzado—. Debe discutirlo con su hermana, es ella la que nos ha prohibido hablar del tema.

—Sí, pero…

Inicio una refutación, pero dejo que se apague y, justo en el momento en que el sol está a punto de desaparecer por el horizonte, coronamos una colina y lo veo: el cuerpo anguloso de Norland House, acechando como un leviatán de piedra a lo lejos. Su estructura peñascosa, muchos siglos más antigua que yo, fue diseñada para intimidar. Sus alas laberínticas, construidas en estilo georgiano por algún noble anterior a la era de El Humo, bloquean la puesta de sol; las ventanas en arco quedan medio ocultas por las sombras y parecen ojos adormilados. La totalidad del edificio, desde

el erosionado ladrillo de sus muros hasta las tejas del tejado, es de un rojo intenso y violento. Supura carmesí en el crepúsculo. Incluso las sombras son un lento sangrado escarlata, almibarado y viscoso, cuando se proyectan en el suelo.

Siento la presencia de la casa palpitando en la atmósfera como si fuera el latido de un ser vivo. Y, junto con esa sensación, una oleada de nostalgia amarga se apodera de mí. Hubo un tiempo en el que creía que jamás abandonaría este lugar, que era una extensión de mi propio ser, igual que todo Darling es una extensión de un único y singular linaje que crece eternamente a partir de las mismas raíces. Pero ahora, ver Norland es como estar en tierra extranjera y soñar con mi hogar. En cuanto termine el funeral de mi padre, volveré a despedirme de este lugar… y, la próxima vez que regrese, lo haré con un nombre nuevo.

Delante de mí, Killian esboza una mueca, un movimiento tan leve que me habría pasado por alto de no ser porque estoy abrazada a él. Me ruborizo cuando noto que le estoy clavando las uñas en el torso, como si fueran espolones. Me obligo a desunir un poco las manos y me separo lo máximo que puedo de él, manteniendo la mirada fija en la casa a la que estamos acercándonos.

El caballo apenas se ha detenido al final del sinuoso camino de gravilla cuando las puertas de Norland House se abren de par en par. Una mujer joven aparece entre ellas; mechones de su largo cabello negro se sueltan de su recogido y se agitan en el aire como cintas oscuras e, incluso desde esta distancia, siento que el peso de su atención me golpea como un frente de aire frío. *Bella* nunca ha sido la palabra correcta para definir a mi hermana. Pero, aun con su sencillo vestido negro de luto, Estella está formidable; los duros ángulos de su rostro, sus labios finos, sus ojos de color gris pizarra… El conjunto resulta a la vez imponente y elegante, igual que puede serlo una tormenta en su momento cumbre.

—Y bien —dice mi hermana cuando me acerco. Levanta una ceja y su voz suena grave y chirriante, el tipo de voz que recorre tu espalda como un escalofrío y te exige prestarle atención—. Has vuelto.

Su mirada me recorre lentamente, asimilando mi estado desangelado, mi falta evidente de carruaje.

—Aunque debo decir que, a estas alturas, suponía que ya habrías sido capaz de camelarle un anillo a alguien.

Sin alterarme, la miro a los ojos.

—Estoy sopesando alternativas.

Killian tose un poco al oír esto. Recuerdo de repente su presencia, se me suben los colores y desmonto apresuradamente. Murmura unas palabras de agradecimiento cuando prepara de nuevo el caballo y se marcha, a más velocidad de la necesaria, en mi opinión.

Ya solas, mi hermana y yo nos miramos con nerviosismo. Si esta reunión se hubiera producido unos años atrás, me habría echado en sus brazos y ella me habría recibido con sumo agrado, lo sé. Pero ahora, al verla de nuevo después de cuatro meses separadas, no puedo negar que estar las dos juntas me resulta extraño, incómodo, como un vestido de la infancia que me ha quedado pequeño.

O, más exactamente, como un vestido que deseché cuando hui de Norland y dejé a mi hermana sola con un padre abatido y de luto, una provincia llena de responsabilidades y una propiedad vacía, aunque llena a rebosar de fantasmas de nuestra familia.

«Se rumoreaba… que había enfermado de tristeza después de la pérdida de vuestra madre.»

—¿Depende de mí, entonces, decir *hola*?

El comentario de Essie atraviesa mi sentimiento de culpa y barro los restos como si fueran fragmentos de un cristal roto. Se ha quedado delante de mí con los brazos cruzados y su imagen, con el ceño fruncido y la tez tan pálida, me recuerda a uno de los ángeles vengadores del Guardián de la Luz.

—Pensé que tomarías tú la iniciativa, teniendo en cuenta el maravilloso trabajo que hiciste con tu despedida —continúa Essie. Hace una pausa y esboza un mohín de falsa concentración—. ¿O no? Ay, qué gracioso, ahora que lo pienso, creo que no recuerdo que hubiera despedida.

Sonrío aun sin quererlo.

—Hola, Essie —digo, avanzando hacia ella—. Te he echado de menos.

Y es verdad. La he echado de menos, aun cuando pensar en ella durante mi estancia en Nueva Londres fuera como mirar fijamente mi propia sombra. Todos los recuerdos, por inocentes que fueran, me conducían a la parte más oscura de mí misma —el momento en que la había abandonado— y, al final, había decidido no recordar más. Pero, igual que sucedía con mi sombra, mi ignorancia no impidió que me siguiera allí donde quiera que fuera. No impidió que la buscara con la mirada cada par de días; su figura perfilada en una pared durante una fiesta, destellos de su fulminante mirada, su sonrisa irónica. Fragmentos de su risa.

Cogí a Essie por el brazo y la guie hacia la entrada de Norland. Bajé entonces la voz para que no pudiera oírme ninguno de los criados que esperaban dentro.

—Tengo que decirte una cosa —murmuro—. Ha habido un… accidente, cuando venía hacia aquí. —Hago una pausa y las palabras que tengo que pronunciar a continuación se me aglutinan en la garganta—. Una… Una brecha en la frontera. Mi carruaje se ha metido de lleno en la niebla.

Como un gato encabritado, ha envuelto al conductor…

Trago saliva.

—El conductor ha muerto, Essie. Había un Fantasma y podría haber acabado también conmigo de no ser porque uno de tus centinelas disparó contra él antes de que lo hiciera. Killian Brandon, ha dicho que se llama… el chico que estaba conmigo.

Essie se pone rígida.

—Mierda —farfulla.

Vuelvo bruscamente la cabeza hacia ella, segura de que no he oído bien; mi hermana, la diplomática perfecta, la dama perfecta, jamás diría palabrotas, pero se repite:

—Mierda. Ya son tres en lo que va de mes. Pensaba que las fuerzas adicionales…

Se interrumpe y se pellizca el puente de la nariz. Sus ojos brillan como si tuviera fiebre, la desesperación le quema las pupilas. No sé

qué esperaba de ella —¿horror?, ¿compasión?—, pero esta reacción, su conocimiento de la situación, me hiela las entrañas.

Las palabras de Killian me flotan en la cabeza, una letanía persistente: «Puede que haya habido otros incidentes… Nos ha prohibido hablar del tema.»

—Essie —digo—, ¿qué ha pasado desde que me marché a Nueva Londres? Tu centinela ha dicho que…

Me hace callar abruptamente, con una mirada que anula cualquier intención de seguir preguntando.

—Ahora no es momento de hablar de esto. Nos esperan dentro. El lacayo nos dijo que tu carruaje se acercaba. Tenía intención de ir a recibirte.

La deferencia de su tono me da que pensar. El orgullo de mi hermana ha sido mi compañero constante desde la infancia y por ello soy perfectamente consciente de que hay muy poca gente delante de la cual Estella Darling estaría dispuesta a inclinarse… y no me gustaría hacer esperar a ninguna de ellas.

—¿Nos esperan? —repito—. ¿Quién nos espera?

Essie abre la boca para responder justo en el momento en que una figura cruza la puerta principal de Norland, un hombre; reconozco de inmediato su cuerpo vestido de negro. Camina con sus brazos larguiruchos extendidos y su amplia sonrisa es la sonrisa fácil y desacomplejada del huésped con experiencia, como si nosotras fuésemos sus invitadas y no al revés. Al verlo, es como si una corriente de agua gélida me fluyese por las venas.

—¡Aquí está! —dice mi primo, acercándose—. La encantadora Merrick, que por fin vuelve a casa.

CAPÍTULO TRES

La última vez que vi al duque Rojo de Sussex, Thomas Darling, fue el día de su boda, y mi familia seguía todavía entera.

Recuerdo muy bien el evento. En el tiempo transcurrido desde entonces, las imágenes han adquirido en mi cabeza un matiz sobresaturado, similar a ese rojo tan lascivo que obtienen las manzanas justo antes de empezar a pudrirse. La ceremonia tuvo lugar el pasado verano, justo después del solsticio, durante una tarde bañada de amarillo que se alargó una eternidad, con las horas extendiéndose con pereza como los pétalos de un botón de oro. Todo El Humo se había reunido en Norland House para la ocasión, e incluso Nueva Londres había cerrado sus salones para que la alta sociedad pudiera asistir a lo que a buen seguro sería la fiesta de la temporada: la unión de los Darling con los Faulk, dos de las casas más poderosas del país, formalizando un santo matrimonio. Hubo vino y baile para celebrar el amor de la pareja, su noviazgo relámpago, con todas las piezas necesarias para construir un cuento de hadas.

Sin embargo, debajo de tanto adorno y parafernalia, corrían rumores. Rumores de que la antigua favorita de la alta sociedad, Cressida Faulk, nieta de Elodie Faulk y ruborizada prometida de mi primo, empezaba a envejecer, puesto que se acercaba a los treinta y no tenía ni esposo ni hijos de los que presumir. Rumores sobre su relación con un hombre casado, un Rouge menor de la Casa

Ballantine, muy por debajo de su posición; y sobre el deseo de su familia de tener un mayor acceso a los bosques madereros de Sussex y un matrimonio ventajoso que sirviera para reparar el daño que aquel lío amoroso había causado sobre su reputación.

Nada de todo esto se habló directamente, claro está, o al menos nunca se habló delante de mí. Pero aquel día, cuando Cressida iba de camino al altar, me fijé en la rigidez de su columna vertebral bajo el vestido de gasa y me dio la impresión de que era como si estuviera desfilando hacia una jaula y acabara de oír la puerta cerrarse a sus espaldas.

La gravilla se clava en las finas suelas de mis zapatillas mientras observo a Tom acercarse. Con su pelo oscuro brillante y sus cálidos ojos marrón casi negro, se parece a mi padre mucho más que yo, aunque mis facciones se acercan más a las del árbol familiar que los rizos de Essie, negros como el carbón, el color del mal presagio. Pero, mientras que mi padre era una figura intimidante incluso vestido solo con camisón, el dinero de la esposa de Tom y la relativa seguridad de Norrin, la provincia de los Faulk, donde Cressida y él han formado su hogar desde la boda, parecen haber difuminado los perfiles de mi primo. Observo su chaqueta nueva de color negro y sus zapatos lustrados, una clara mejora con respecto a las prendas grandes y desgastadas que lucía hasta su boda, y por un momento me pregunto si alguien habrá advertido a Cressida de que mantenga un estricto control sobre su cartera desde que tuvo lugar la unión.

Por el bien de los dos, eso espero. Aunque apenas llevo un minuto en su presencia cuando observo que este Tom parece mucho más feliz que el que vi antes de marchar a Nueva Londres, se le ve jovial y ríe como el niño que recuerdo de mi infancia. Un niño que fue creciendo y que fue perdiendo luz como la pintura que envejece, como si su fachada se fuera desprendiendo poco a poco hasta que las partes que quedaron de él se volvieron quebradizas y pálidas como la cáscara del huevo. Después de su último encuentro con mi padre, pensé que estaba muerto para siempre.

Pero está de nuevo ante mí, resucitado y entero… y *aquí*.

«¿Cómo es posible que haya llegado antes que yo?», me pregunto. Norrin está como mínimo a dos días a caballo de Sussex.

Aunque hubiéramos recibido la noticia del fallecimiento de mi padre al mismo tiempo, Tom debería estar aún a algunas noches de distancia de aquí.

Como si intuyera mi escepticismo, Tom rodea a Essie y corre a abrazarme, un movimiento relajado y con la confianza de un hombre que nunca en toda su vida ha tenido que tomar una decisión por sí mismo.

—¡Qué ilusión volver a verte! —dice. Y, a pesar de las circunstancias del reencuentro, casi suena como la verdad.

Me pierdo en su abrazo unos instantes antes de separarme con delicadeza.

—Lo mismo digo —replico—. Aunque debo admitir que no esperaba que volviéramos a vernos tan pronto.

Tom ríe entre dientes.

—Cress y yo llegamos ayer —me informa alegremente—. Fue una suerte que tu hermana nos escribiera cuando lo hizo… Ya estábamos de camino hacia Sussex cuando conocimos la noticia de lo de Silas. De lo contrario, se habría encontrado aquí sola, sin ninguna compañía.

Le da una palmada a Essie en el hombro.

—El momento perfecto, ¿no?

Arrugo la nariz. *Momento perfecto* me parece una elección poco adecuada cuando de lo que se trata es de la muerte de mi padre, pero, en vez de corregirse, Tom da media vuelta para encaminarse hacia la puerta.

—Vamos, entra —me anima a pasar—. Cress te está esperando en el comedor. Imaginó que te apetecería un plato caliente después de un viaje tan largo. Siempre piensa en todo.

Cress. Oír su diminutivo otra vez me lleva a apretar la mandíbula. Una expresión cariñosa muy templada para una mujer tan formidable, porque, por mucho que Nueva Londres considerara que ya se le había pasado el arroz, Cressida Faulk-Darling era una mujer formidable. Ese fue uno de los motivos por los que me resultó tan extraño de entrada, cuando se anunció, el emparejamiento entre ella y mi primo. Mientras que Cressida había sido durante mucho tiempo la favorita para ser nombrada la depositaria de su abuela, o

al menos lo fue hasta que el escándalo puso en peligro sus perspectivas, el mayor logro de Tom siempre había sido su capacidad para montar a caballo después de beberse una botella entera de vino. Como hijo único, había pasado su juventud en Nueva Londres dilapidando al juego la fortuna de su fallecido padre —mi tío— y haciendo breves apariciones en Norland House cuando necesitaba que mi padre lo sacara de algún apuro financiero.

Me sumergí brevemente en un recuerdo: Tom y mi padre durante la última visita de Tom a Norland House, unos meses antes de su compromiso con Cressida. Una tormenta había sumido la propiedad en una noche falsa y las sombras rosadas del atardecer habían madurado hasta el color violeta. Pasaba yo por delante del despacho de mi padre cuando el murmullo de unas voces me atrajo hacia allí, una conversación desarrollada en un tono tan bajo que era indescifrable, pero transmitía nerviosismo. Con curiosidad, me acerqué a la puerta y examiné el pasillo para asegurarme de que Essie no rondaba por allí para regañarme por fisgonear.

Entonces: un golpe como el estallido de un trueno. Se abrió la puerta del despacho y Tom quedó enmarcado por ella como un villano salido de una de las novelas góticas que escondía debajo de mi colchón para poder leer en secreto. Sus rizos estaban alborotados, pero no con ese estilo libertino y pícaro que a él le gustaba, sino disparados hacia todos lados, como si se hubiera estado tirando del pelo con frustración. Detrás de él, vi que mi padre se levantaba de la mesa y que su llamada de protesta se quedaba a medio articular cuando vio que Tom cerraba la puerta a sus espaldas.

—Tom —tartamudeé yo, sin saber qué hacer—. ¿Qué…?

Mi primo interrumpió mi pregunta.

—Se cree que me inclinaré ante él —dijo entre dientes, con su expresión iluminada por la ira, aunque también extrañamente vacía, hasta el punto de que, a pesar de que lo tenía enfrente, no sabía si realmente se estaba dirigiendo a mí o si tenía la cabeza en otro lado, en un lugar remoto lleno de demonios—. Pues no. No lo haré. No mientras ande paseándose por ahí con esa esposa plebeya y a mí, que soy de su propia sangre, me subaste como un cordero listo para

ir al matadero. —Entonces soltó un gruñido, un sonido tan cargado de desesperación violenta que me puso los pelos de punta—. Si mi padre estuviese aquí…

Tom se dio media vuelta cuando mi propio padre salió al pasillo, me echó con cara muy seria de allí y habló con Tom en un tono tan bajo que no logré entender qué le decía. Conocía lo bastante a mi padre como para saber que era mejor no preguntarle de qué habían estado hablando para que Tom saliese tan enfadado, y ahora, la primera vez que veía a mi primo después de aquello, me lo encontraba repeinado y pulcro, en medio del pasillo y sonriendo de oreja a oreja a su flamante esposa.

No fue difícil, pues, diseccionar la verdad que se escondía debajo de los votos matrimoniales de la pareja: que la boda de mi primo había quedado acordada con un apretón de manos en algún salón polvoriento antes que sellada con un beso y que el apoyo incondicional de mi padre hacia su sobrino no había sido, de hecho, la red de seguridad que Tom creía que era, sino más bien una red formada por hilos invisibles y concebida para atraparlo.

En este último punto, al menos, podía empatizar con él.

El recorrido desde la entrada hasta el comedor es confuso. El interior de Norland House es fío y húmedo; sus pasillos, una colección de paneles de madera y penumbra del atardecer. Como la mayoría de las casas de El Humo, Norland fue abandonada por sus propietarios aristócratas después de la llegada de la niebla y posteriormente reconvertida para el uso de mi familia cuando mis antepasados ascendieron al poder. Los Darling llevan viviendo aquí dos siglos, pero a veces, cuando la luz se filtra así por los pasillos, juraría haber visto sombras de sus antiguos moradores pululando por el aire como un puñado de polvo. También he experimentado la turbadora sensación de intrusión que conlleva vivir en un lugar tan antiguo, de descubrir rincones y recovecos que no fueron construidos con mis manos, la sensación de que la casa es un misterio que jamás seré capaz de resolver.

Apenas he cruzado el umbral del comedor cuando un cambio en el ambiente me distrae de mis reflexiones, como si todo a nuestro alrededor estuviera siendo ligeramente atraído hacia un nuevo

centro de gravedad. O, más exactamente, hacia la mujer pulcramente sentada a la cabecera de la mesa con una taza de té en la mano, ágil y oscura en su vestido de luto, como un gato que acecha a su presa.

Aunque odio admitirlo, Cressida Faulk-Darling lleva muy bien la muerte. Su vestido negro se ciñe a la perfección a sus hombros y desciende hacia su pecho en un escote redondo para luego desplegarse en ondas de satén medianoche por debajo del corpiño. Su abundante cabellera de rizos color sombra está recogida en lo alto de su cabeza y su piel resplandece bajo la menguante luz del anochecer. Dos cintas de color rojo rodean sus muñecas, una tendencia muy en boga entre las damas de linaje noble. Incluso la élite sabe que, aquí, el estatus vale tanto como la sangre.

Cuando la miro, el corazón me da un vuelco. El asiento que ocupa es —*era*— el de mi madre de toda la vida. Nadie, ni siquiera mi hermana, lo ha utilizado desde su fallecimiento. Aunque no lo hemos discutido, había asumido que todos teníamos la sensación de que hacerlo sería un sacrilegio, similar a ponerse uno de sus vestidos o utilizar su colorete. Ver el asiento ocupado me hace sentir sucia de inmediato y la piel me pica como si estuviera cubierta de barro. Cómo se *atreve* a…

—¡Merrick, ya estás aquí! Estella nos dijo que no tardarías mucho en llegar. —Los ojos castaños de mi prima política me recorren el cuerpo entero antes de alcanzar mi cara, con una intensidad que me reta a… devolverle la mirada, a apartar la vista, o quizás a ambas cosas en igual medida—. Vienes de Nueva Londres, ¿verdad? Justo acabo de leer el último número de *El Faro*. Por lo que parece, has tenido una temporada de éxito. —Sonríe con suficiencia —. Siento muchísimo que hayas tenido que interrumpir tus… esfuerzos… por un asunto tan triste como este.

A mi lado, mi hermana juega con nerviosismo con la tela de su vestido y su mirada está enfocada con impotencia hacia el suelo. Su complacencia me provoca una nueva oleada de indignación. ¿Por qué no detiene la conducta de Cressida, esta indiferencia deliberada al legado de nuestros padres? Deseo gritarle, exigirle que deje de comportarse como una muñeca de trapo sin vida y *actúe*. Más aún.

Quiero que me explique por qué ha invitado a Norland a nuestro primo y su esposa cuando ha sido necesaria la muerte de nuestro padre para que se digne a escribirme una carta.

Pero, en cambio, carraspeo para aclararme la garganta antes de hablar.

—Llorar la muerte de mi padre es una razón más que válida para una interrupción, cabría pensar. Aunque me temo que el viaje ha sido problemático. Se ha producido una brecha en la frontera, en la costa. Las Tierras Grises se han apoderado de mi carruaje. —Hago una pausa para sumar efecto a mis palabras—. Habría muerto de no ser porque uno de nuestros centinelas estaba en las cercanías.

Una explicación una pizca melodramática, pero que enciende la reacción que buscaba. La expresión de Cressida se oscurece ante mi comentario y su frente se arruga con preocupación.

—Oh, pobrecilla —murmura con sobriedad—. Qué terrible. Siéntate, por favor, come. Seguro que necesitas recuperar fuerzas después de lo que te ha pasado.

Distraída, hace un gesto con las manos dirigido al fondo del comedor. Me encojo cuando un trío de criadas, solemnes y casi invisibles con sus vestidos de color gris apagado, abandonan su puesto junto a la pared al recibir la orden y se afanan en retirarnos las sillas. La chica que me atiende, con una cara redonda que no me suena absolutamente de nada, mantiene la vista pegada al suelo mientras trabaja.

Siento un escozor en la nuca cuando tomo asiento. ¿Desde cuándo nuestros criados acatan órdenes de mi prima política? Por el rabillo del ojo, veo que Essie se sienta también y, cuando veo que coloca recatadamente las manos en su regazo como una niña obediente a la espera de la inspección ocular de su madre, se me revuelve el estómago.

—Una taza de té para la archidoncella, Delilah —ordena Cressida, ignorando mi incomodidad—. Y después, ¿quizás la sopa?

Con un ansioso movimiento afirmativo de cabeza, la criada situada detrás de mí corre a levantar la pesada tetera de porcelana —decorada con sinuosas colas de zorro— que ocupa el centro de la mesa y me sirve una taza. El líquido caliente salpica por encima del

borde y aterriza en mi muñeca. Sin querer, emito un chillido acallado por la inesperada sensación de dolor, y lo único que consigo con ello es que la criada se ponga aún más nerviosa y que la mitad del té se derrame y caiga en el platillo. El té tiene ese conocido tono rosa rojizo que siempre me ha hecho pensar en pétalos de rosa en infusión, o en sangre aguada.

Acerco la taza con cuidado, me la llevo a los labios y bebo con delicadeza. El té de flor de brezo es uno de los favoritos de las casas por su rareza y por su elevado precio, y su exótico colorido deriva del morado de la flor de brezo que le da el nombre. Su sabor es amargo, agrio y ligeramente ácido, como el zumo de limón exprimido directamente en la lengua, y, aunque llevo bebiéndolo desde que era una niña, su sabor me sorprende con un amargor novedoso. Mi padre adoraba este té y siempre se reía de mi madre cuando decía que tenía un paladar vulgar por preferir tisanas más dulces, como la de flor de matorrales. «Ahora eres la Señora de la casa, querida, y como tal debes beber», le decía.

Tragarlo me supone un auténtico esfuerzo.

Una vez estamos todos instalados, Cressida manda a las criadas a sus puestos y se vuelve hacia nosotros. El modo en que su mirada recorre la estancia me recuerda a mi vieja institutriz, que siempre buscaba algo por lo que regañarme, una mirada de ansiedad por mi parte, la posibilidad de pillarme desprevenida por algo, para lanzarse sobre mí como una araña.

No me sorprende, pues, que su atención recaiga en mí.

—¿Estás bien, Merrick? —pregunta, mientras sus dedos juegan con delicadeza con la servilleta—. Se te ve pálida. ¿Sufriste algún tipo de lesión durante el ataque?

Me sereno y enderezo la espalda.

—No, para nada —respondo con celeridad—. Estoy perfectamente bien. —Dudo un momento y, entonces, intuyendo una oportunidad, me lanzo a ello—. Es solo que esa brecha me ha dejado un poco inquieta. El centinela que acudió en mi ayuda me sugirió que el incidente no ha sido el primero en los últimos meses. Un centinela de la Casa Tudor, empleado *por ti* —destaco,

volviéndome con reproche hacia Essie—. ¿Te importaría explicármelo?

Pero es Cressida quien me responde; el sonido de sus uñas chocando con la fina asa de su taza me obliga a volverme hacia ella.

—Recientemente ha habido problemas a lo largo de la frontera de Sussex, es verdad —dice, levantando una mano cuando me inclino hacia delante con otra pregunta lista para salir de mi boca—. Déjame terminar, por favor. Los *incidentes* de los que hablas fueron el motivo inicial de nuestra visita. Por suerte, la mayoría de esas brechas se han producido en áreas despobladas, lo que nos ha permitido que el pueblo se mantenga ignorante de la situación, aunque en algunos empiezan ya a correr rumores. Por lo que a los centinelas extranjeros se refiere —continúa, dirigiendo un ademán a Essie—, aplaudo la capacidad de decisión de tu hermana al respecto. Los sucesos acontecidos recientemente demuestran que las fuerzas de los Darling no son suficientes para mantener la frontera, incluso sin tener en cuenta los últimos cambios. Creemos que…

—*Creemos*, dices. Hablas en plural. ¿Acaso todo el mundo, excepto yo, ha estado incluido en esta conversación? —interrumpo el discurso de mi prima política, con una madeja caliente de rabia desovillándose en mis entrañas. Con los hombros tensos, me vuelvo para enfrentarme de nuevo a mi hermana—. Los últimos meses los he pasado en Nueva Londres, Essie, no en el remoto Cael. Podrías haberme escrito en cualquier momento. ¿Por qué no me he enterado de nada de todo esto?

—Porque te marchaste, Merrick. —La respuesta de Essie es suave pero inmediata. Firme. Y, cuando finalmente me mira a los ojos, su mirada es acerada. Había olvidado aquella forma de mirar, el modo en que su dictamen es capaz de abrasar a una persona, de asentarse en tu pecho como un clavo ardiente hasta que acabas haciéndolo tuyo—. Sin darme ni la más mínima explicación, si acaso te importa recordarlo —continúa—. ¿Por qué tendría que escribirte cuando quedó claro que no tenías ningún deseo de seguir formando parte de esta familia?

—Tuve que marcharme —digo, cortándola—. Habrías sabido el porqué de haberte tomado la molestia de preguntármelo, pero te

limitaste a encerrarte en ti misma, como siempre haces. Un baúl cerrado sería una hermana más comunicativa que tú.

—Podrías, al menos, haber terminado el duelo por nuestra *madre* antes de salir huyendo en busca de marido…

—Ya basta, chicas.

La brusca interrupción de Cressida deja en nada la réplica de Essie y nos enmudece a las dos. Cressida suspira, un sonido de damisela, refinado como un maullido, y bebe un sorbito de té. La larga columna de su garganta permanece inmóvil durante dos segundos antes de activarse para tragar. Da la sensación de que juega con el tiempo como lo haría con una mano de cartas, de que espera a revelar la siguiente jugada hasta que la atención de toda la estancia está puesta en ella. Cuando su boca se entreabre, es un alivio.

—Estella, corazón, temo que estamos desviándonos del hilo de la discusión. Imagino que habrás puesto al corriente a Merrick sobre todo lo de tu padre —añade entonces, arqueando una ceja—. Es imperativo que el mensaje sea consistente entre toda la familia para evitar que los chismorreos… se nos vayan de la mano.

Essie se queda boquiabierta y sus mejillas pierden visiblemente el color.

—No… No he tenido tiempo —murmura—. Consideré que sería imprudente plasmar cualquier cosa por escrito, por si acaso los Eaves pedían ver mi carta cuando llegara.

Su semblante se llena de dudas, sus ojos me miran con culpabilidad y se desvían rápidamente hacia otro lado. De inmediato, se me eriza el vello de los brazos. Solo se me ocurre una cosa capaz de producir una reacción como esta en mi hermana: la misma que me llevó a huir de ella hace cuatro meses.

«Le da miedo decirte la verdad —murmura algo en mi cabeza, como una caricia oleosa—. Le das lástima. Le das lástima porque nuestro padre le concedió a ella el título y no a ti.»

—Si te refieres al tema de ser la depositaria de papá —digo secamente, dirigiéndome a todos los presentes—, que sepas que conocía su postura desde hacía meses. Bastante antes de mi marcha a Nueva Londres, nuestro padre tuvo la bondad de comunicarme

que pretendía nombrar a Essie su heredera. Esa es en parte la razón por la que decidí debutar en sociedad este año.

Lo explico de forma dura pero sincera. La titularidad de las casas no se concede por género u orden de nacimiento, puesto que todos los hijos del Señor de la casa son elegibles para recibir el título de su padre. Como cabe suponer, esta política puede dar como resultado que varios hijos aspiren a ocupar el puesto de cabeza de familia y, en consecuencia, para que el proceso sea menos sangriento, la mayoría de los señores nombran con tiempo a uno de sus descendientes —que a partir de entonces adopta el título de heredero, o depositario— para que ocupe su lugar tras su fallecimiento.

Pero mi padre me había dado esperanzas. Nos había formado a Essie y a mí conjuntamente, había procurado que el rencor no surgiera entre nosotras y echara a perder la complicidad que teníamos de pequeñas. Nos había ofrecido el mundo a las dos y, entonces, en el transcurso de una conversación, me lo había robado por completo.

«Nunca serás Señora de la casa, Merrick.»

Recuerdo que me clavé las uñas en las palmas de la mano y me concentré en el dolor para ahuyentar las lágrimas que amenazaban con aparecer en mis ojos. Ahora, incluso después de los meses que he pasado lejos de casa, la potencia de las palabras de mi padre se niega a quedar diluida por el tiempo o el espacio. Sigo sintiéndolas como un bofetón que me deja la cara roja y encendida. Sigo visualizándolo sentado en su silla favorita, con las manos planas sobre su escritorio, con una expresión sombría incluso cuando al final rompí a llorar, incluso cuando le supliqué que se explicara.

«Nunca, Merrick. Jamás.»

Alejo de mí ese recuerdo y miro a mi alrededor, a los silenciosos parientes reunidos en torno a la mesa.

—¿Y bien? —añado, inclinándome hacia delante—. ¿Tengo razón o no? No es necesario que tengas en cuenta mis sentimientos, por favor… Papá ciertamente no lo hizo.

—La tienes —responde Essie en voz baja. Sus largos dedos se entrelazan con elegancia en su regazo y su mirada pasa por alto la

mía cuando intento mirarla—. Soy la depositaria de la Casa Darling. Nuestro padre me informó de su decisión unos días antes de su fallecimiento. Anoche, Cressida y yo comunicamos la noticia al Consejo Mortal.

El dolor se extiende en mi pecho al oír de boca de mi hermana la confirmación, la agonía apagada y morada de un antiguo golpe nuevamente asestado. «De modo que mi padre no mentía.» Nunca pensé que lo estuviera haciendo, pero, cuantas más semanas pasaba en Nueva Londres sin que me llegara la noticia del anuncio de la heredera de nuestra casa, más difícil se me hacía no desear que no fuera cierto. Más difícil se me hacía no pensar que mi padre tal vez hubiera cambiado de idea.

—Pues bien —respondo y trago las lágrimas no derramadas que nublan los extremos de mi visión—, me alegro de que pudiera notificarte su elección antes de morir. Hará que la transición sea mucho más limpia.

Veo que a Essie le tiembla la barbilla.

—Merrick, yo…

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo. Adivino que va a decirme que lo siente, lo percibo en el temblor de sus palabras, y, si lo hace, creo que me derrumbaré. Noto mis huesos curiosamente frágiles, como si estuviera hecha de papel y cuerda, como si mi defunción fuera tan inminente como la próxima tormenta.

—¿Y cómo murió, exactamente? —pregunto de golpe. Abro los ojos y me topo con la mirada de sorpresa de Essie. Mi corazón rebota contra mis pulmones—. Papá… ¿lo mató una de esas brechas que habéis mencionado antes? En tu nota no mencionabas nada.

—Lord Silas se quitó la vida el pasado viernes —responde con voz monótona Cressida desde su sitio en la cabecera de la mesa, sin soltar su taza—. Estaba visitando la tumba de vuestra madre, como hacía a menudo, cuando cruzó la frontera del extremo del territorio de Norland y se adentró en la niebla sin un matafantasmas. Tu hermana lo vio y salió en su persecución, pero, cuando entró en las Tierras Grises, un Fantasma ya lo había devorado.

«Se quitó la vida. Tu hermana lo vio… un Fantasma.»

La declaración de Cressida hace mella lentamente en mí. La comprensión de las circunstancias estalla primero en mi cabeza, luego en mi cuerpo y, finalmente, con una punzada terrible, se clava en mi corazón. Soy vagamente consciente de que, a mi izquierda, Essie está taladrando mi oído con una respuesta, que el golpeteo de su voz es como el redoble de un tambor, pero no entiendo nada de lo que me dice.

En su asiento, Cressida tose con disimulo. Incluso ese leve sonido me araña la piel, como si tuviera los nervios al rojo vivo.

—Sería beneficioso para todos los miembros de vuestra casa gestionar con mucho cuidado esta información —añade con suavidad, y es solo entonces cuando veo en ella a la dama de la alta sociedad, en la forma en que ejerce el poder como aquel que agita un pañuelito de encaje, un objeto de elegancia y refinamiento—. Como he mencionado antes, la forma en que se transmita el mensaje es de máxima importancia para minimizar la inquietud del pueblo.

Observo, en silencio, como su atención pasa a algún lugar más allá de mis hombros, como sus labios esbozan una sonrisa educada y su cabeza se inclina para reconocer la llegada de alguien que hay detrás de mí.

—Y ahora —continúa—, creo que la cena está servida.

CAPÍTULO CUATRO

Esto es lo que sé sobre el origen de las casas:

Empezaron con El Cambio, y este empezó como una niebla que surgió sobre el mar. Lo cual no es excepcional en una isla como Gran Bretaña, pero aquella niebla blanca siguió allí, se extendió por los puertos, luego por encima de colinas y valles, y se instaló en las ciudades y pueblos. A medida que fueron pasando los días y la niebla fue avanzando tierra adentro, algunos decidieron ir a investigar con la intención de recuperar la tierra perdida.

Cuando emergieron de la niebla, eran distintos.

En los siglos transcurridos desde entonces, hemos aprendido que la niebla consume lentamente a su presa, que se encona con los cuerpos de sus víctimas durante semanas antes de hacerse totalmente con ellos, cuerpo y alma. Los síntomas siguen siendo los mismos generación tras generación, y desde su inicio hasta el final suele transcurrir una quincena. Lo primero es la podredumbre: líneas lechosas, similares a un moho pálido y velludo, que aparecen bajo la piel del individuo corrupto y trazan dibujos que parecen encaje a lo largo de sus venas. A continuación, la niebla se apodera de la mente y retuerce los sueños hasta darles formas extrañas y sacrílegas. Los ojos son lo último: los iris se hinchan hasta transformarse en un vacío blanco, una presencia a la vez interna y totalmente desconocida. Llegado este punto, el hambre de comida y bebida

pasa a convertirse en un deseo cruel de carne humana, de aquellos a quienes antes consideraban hermanos.

Resistirse es inútil, y eso es algo que a todos los niños de El Humo se les repite una y otra vez durante su infancia. Porque todos aquellos a quienes reclama la niebla acaban obedeciendo, corriendo hacia el blanco igual que un bebé se precipita hacia el pecho de su madre. Después, emergen de allí como algo totalmente distinto a lo que eran antes.

Algo monstruoso.

Fantasmas, decidieron llamar mis antepasados a las criaturas cambiadas, porque eso es lo que parecen, como si sus cadáveres no fueran más que el caparazón de una fuerza vaporosa, un fantasma que mueve los hilos de sus cuerpos desde dentro.

Mis antepasados mataron todos los que pudieron. Y creyeron que con eso bastaría.

Sin embargo, enseguida comprendieron que sus esfuerzos eran inútiles. Por muchos monstruos que aniquilaran, la niebla avanzaba un centímetro y engendraba otra generación entera de hijos y cambiaba todo lo que estaba al alcance de sus brazos hambrientos. Su apetito era insaciable, con una capacidad de cazar ilimitada como la de un dios celoso. Los reclamaba a todos en su redil. Y a los que no obedecían, los perseguía.

Cómo nos amaba. Cómo sigue haciéndolo.

Y entonces, en mitad de todo aquel caos, surgieron las casas. Doce familias agraciadas con la inmunidad al contacto con las Tierras Grises, cuyos integrantes eran los únicos capaces de adentrarse en la niebla y salir de ella sin sufrir ningún cambio. Fueron las casas las que observaron que los Fantasmas, una vez habían sufrido el cambio, no podían permanecer alejados de la niebla más allá de un cuarto de hora y que, transcurrido ese tiempo, necesitaban sumergirse de nuevo en su pálido vientre, igual que el pez que sale del agua debe regresar casi de inmediato a ella. Fueron las casas las que asimilaron este conocimiento y lo perfeccionaron, las que convirtieron el fuego en un arma capaz de hacer retroceder la niebla antes de que acabara engullendo todo el país. Con la colaboración de la pequeña porción de población que se había

desplazado tierra adentro para evitar el contacto con las Tierras Grises, mis antepasados construyeron las primeras farolas de costa, diseñadas para contener la niebla y mantener a raya los Fantasmas, y luego, más tarde, pueblos y ciudades.

Las generaciones de nobles nacidas después cosechamos la recompensa de la valentía de nuestros antepasados: la certeza no solo de la pureza de nuestra sangre, sino también de nuestro apellido y nuestro lugar en el mundo. Independientemente de quién sea su gobernante, la casa de los Darling es un ser vivo, una entidad que sus miembros llevan integrado en su cuerpo. Un hijo de una casa no puede perder el derecho a su legado sin acabar perdiéndose también a sí mismo.

Ireland. Faulk. Cachemar. Vannett. Carrington. Savager. Tudor. Ibe. Ballantine. Warchild. Saint. Once linajes, once familias, responsables de la tarea de proteger a su pueblo de la niebla.

Y la duodécima casa, la mía: Darling. La casa que se alimenta de las bestias que juró matar.

«Lord Silas se quitó la vida el pasado viernes…»

«… había enfermado de tristeza después de la pérdida de su madre.»

Abro los ojos.

La noche ha pintado de índigo mi habitación. Por el modo en que se aferra el silencio sobre mí, como una cortina de lana, sé por instinto que es tarde, que estamos en algún momento de ese espacio de la madrugada en el que la oscuridad es tan completa que te atrapa como una telaraña a una mosca, donde el tiempo se funde y el concepto del día parece imposible.

Llevo horas entrando y saliendo de la conciencia, sumida en un estado parecido al sueño que me deja más cansada cada vez que emerjo de él. Después de una cena tensa y desastrosa en la que nadie ha comido, y mucho menos hablado, Cressida nos ha dispersado a Essie, Tom y a mí como si fuésemos un grupo de cucarachas bajo un haz de luz, exigiéndonos a todos reunirnos de nuevo por la mañana para discutir los «pasos siguientes». He intentado seguir a Essie hasta su habitación, desesperada por obtener alguna explicación —algún motivo que justifique el acto final

y fatal de nuestro padre—, pero ha cerrado la puerta antes de que me diera tiempo a pronunciar una sola palabra y sin soltar la taza de té frío de flor de brezo que llevaba en la mano, la única compañía que parecía dispuesta a admitir.

Se me forma un nudo en la garganta. Dejo correr la posibilidad de dormir, me levanto de la cama y, descalza, paso por delante del baúl de viaje que me han dejado en la habitación y que ni siquiera he abierto. Nuestros centinelas lo han recuperado del carruaje abandonado y lo han subido a mi alcoba mientras cenaba para depositarlo junto a la pared que da al jardín. Tres ventanales dominan la parte posterior de Norland; la luz de la luna baña los sinuosos setos y las rosaledas con un resplandor azul plateado que me provoca una sensación de hierba húmeda en la nuca y de rocío en la lengua, de secretos demasiado delicados como para ver la luz de la mañana. Más allá, allí donde el terreno desciende hacia un tramo de acantilados escarpados, una barricada de farolas arde diligentemente y desanima a los zarcillos de niebla que bailan como polillas alrededor de las llamas.

Y después de eso, no hay más que niebla.

La cabeza me da vueltas y me froto los ojos, cansados. Con cada parpadeo, parece como si las Tierras Grises se acercaran más y más, hasta apiñarse a mi alrededor como un rebaño de ovejas lanudas en torno al pastor. Me pican los brazos al recordar la sensación de la niebla, la humedad que he notado en la piel cuando Killian Brandon me ha liberado del carruaje. Si me hubiese bajado la máscara ni que fuera un segundo, se habría filtrado en mi interior y me habría taponado como bolas de algodón la garganta y los orificios nasales.

Percibo una fuerte presión en los pulmones y, de pronto, la soledad de mi habitación se me hace insoportable. Necesito alguien que aplaque mis miedos, que me asegure que, cuando salga el sol, todo irá bien y el mundo volverá a estar lleno de esperanza.

Necesito a mi hermana.

Sin concederme tiempo a pensármelo dos veces, encuentro un chal fino y me envuelvo en él, agradeciendo su calor. Me dirijo a la

puerta, la abro lentamente y me sumerjo en el silencio previo al amanecer que inunda el pasillo.

Este, sin ventanas, parece casi una cueva sin una vela con la que alumbrarme, y la negrura es como una boca abierta delante de mí. En la penumbra, solo puedo vislumbrar los tonos apagados de los tapices que cuelgan de la pared opuesta: Fantasmas, su piel como leche agria, sus horripilantes facciones contorsionadas por el dolor cuando las llamas hambrientas devoran sus miembros. Mandíbulas caídas aúllan mientras mis antepasados se hacen orgullosos a un lado, observándome con sonrisas casi malvadas.

Por encima de ellos, saltando desde las molduras de roble que recorren los techos, zorros esculpidos merodean por el pasillo. Sus colmillos son negros como el carbón, como dientes formados por la noche.

Me estremezco. El arte tiene una vena de histerismo, es como si pudiera volver loco al espectador que lo contempla durante un tiempo excesivo.

Por suerte, la habitación de Essie está en el mismo pasillo que la mía y mis pies han realizado el recorrido tantas veces que me guían con facilidad hasta allí. Pasados unos momentos, la puerta aparece entre las sombras y su pomo dorado me saluda con su brillo amarillento.

Levanto la mano y llamo con cuidado a la puerta.

—¿Essie? —pruebo, sintiéndome como una tonta, como si volviera a ser una niña que corre hasta la habitación de su hermana mayor para escapar de las garras de una pesadilla. Pasa un momento sin que se oiga nada detrás de la puerta, de modo que vuelvo a intentarlo, un poco más fuerte esta vez—. Essie, ¿estás despierta?

Nada. Una corriente de aire helado recorre los viejos huesos de la casa, serpentea por el pasillo y me obliga a envolverme mejor en el chal. No soy de las que se da fácilmente por vencida, de manera que llamo otra vez, la tercera, pero solo me responde el silencio. ¿Acaso no me oye?

Me aparto un poco y fijo la mirada en la puerta. La parte de mí que empieza a ponerse irritable por la falta de sueño anima al resto

de mi persona a volver a la cama, a dejar las preguntas para mañana. Pero pienso que es posible que las pesadillas sigan asustándome porque, cuando intento ponerme en movimiento, descubro que me resulta imposible.

Impotente, extiendo la mano y la poso en el pomo. Lo muevo.

Se mantiene firme y se niega a girar más de un centímetro. ¿Estará atascado? Lo muevo con más fuerza, con todas mis fuerzas. Imposible.

Por lo tanto, no está atascado. Está cerrado con llave.

Mi pulso se acelera y la aprensión me pone nerviosa. ¿Por qué cerraría Essie su puerta con llave? ¿Se imaginaría que intentaría despertarla y ha tomado medidas para evitar mi visita? Me agacho para mirar por la cerradura, pero lo único que vislumbro es el fragmento de un bulto bajo una montaña de mantas.

Retrocedo, frustrada. Y es entonces cuando lo veo.

Al final del pasillo, una cara blanca emerge de la oscuridad. Sus ojos grandes, en forma de luna, acompañan su avance. Se acerca, se acerca rápidamente a mí.

CAPÍTULO CINCO

La pálida boca de la figura está torcida en una mueca y me mira con malicia mientras se acerca. Pétalos de luz naranja agria, que emanan de la lámpara que sujeta, rozan los planos de su cara. El parpadeo de la vela del interior hace que la iluminación se marque un baile salvaje sobre sus facciones, exagerando su ceño fruncido, brillando como estrellas en sus ojos blancos.

Me tambaleo, sorprendida, y mis pies descalzos chocan dolorosamente con la pared de detrás.

—Despertará a toda la casa.

La voz que se dirige a mí es masculina, controlada y serena, como la caricia delicada de una mano en la oscuridad. Todavía nerviosa, engullo un grito cuando veo que la figura sigue acercándose y, entonces, eleva un poco la lámpara para que le ilumine mejor la cara.

La luz de la vela lo alumbra con todo detalle. Killian Brandon está delante de mí, vestido con el mismo uniforme que llevaba cuando me liberó del carruaje atrapado por la niebla. Su ojo marrón me mira con solemnidad, mientras que el otro parpadea bajo el resplandor de la lámpara, un azul frío, como el mar helado.

—Usted.

Es casi un susurro, cargado de incredulidad. Durante las últimas doce horas, mi vida ha adoptado un matiz de irrealidad, y no me doy cuenta, hasta este momento, de lo mucho que deseaba que este

chico reapareciese, que me demostrara que el ataque que he sufrido no era más que otra elucubración fantástica por mi parte.

La expresión de Killian se mantiene impasible. Mi *reaparición* no lo ha afectado tanto como la de él a mí, comprendo.

—¿Qué hace levantada, archidoncella?

La imponente cicatriz que desciende por su cuello se tensa cuando habla. De repente, la humillación me calienta la sangre y enrojece mis mejillas. Qué ridícula debo de parecer en estos momentos, alejándome de él como si fuera un monstruo dispuesto a acecharme.

—No… No podía dormir —replico, indicando mi camisón a modo de débil evidencia.

Mi rubor se intensifica cuando noto la mirada de Killian sobre mí, recorriendo de arriba abajo mi figura. A la defensiva, recojo los pliegues del camisón delante de mí como si fuera un batín en el que puedo envolverme y me veo recompensada cuando Killian aparta de inmediato la vista y parpadea.

—¿Qué hace *usted* aquí? —pregunto entonces, entrecerrando los ojos—. Es posible que la situación haya cambiado mientras he estado ausente, pero me ha parecido ver que los barracones de los centinelas siguen sin quedar cerca del dormitorio de mi hermana.

Aunque es difícil afirmarlo debido a la oscuridad, me parece que el cuello del centinela se tiñe de rosa ante mi comentario, y pensarlo me produce cierta satisfacción. «¿Lo ves? Yo también puedo incomodarte», me habría gustado poder decirle.

—Patrullo esta ala de la propiedad, junto con otros centinelas con los que vamos rotando los turnos de guardia —responde pasado un momento y señalando con un gesto la puerta de Essie—. La archidoncella Estella cree que esta seguridad adicional le proporciona paz mental, con tantas brechas. Y después de lo sucedido desde…

Se calla, y su mirada regresa a mí. Me basta con el destello de culpabilidad que se evidencia en su expresión y que se filtra en su mirada para estar segura: lo sabe. Quizás todo el mundo en Norland lo ha sabido todo este tiempo, excepto yo.

Trago saliva para controlar la cascada de emociones que me sacude: turbación por mi ignorancia, rabia hacia Essie por mantenerme al margen. Y, debajo de todo esto, un dolor profundo y pulsante, como un segundo latido.

—¿Lo vio? ¿Lo vio… entrar? —musito con voz ronca, como si tuviese la garganta rebozada en lodo.

La expresión de la boca de Killian se suaviza y se abre brevemente para exhibir compasión, pero me sostiene la mirada.

—No —aporta simplemente como respuesta—. Nadie lo vio, excepto su hermana. Lord Silas insistía en tener privacidad siempre que visitaba la tumba de vuestra madre, por mucho que el cementerio esté tocando la frontera. Aun en el caso de que yo o cualquier otro centinela lo hubiera visto caminar solo por allí aquella mañana, nadie lo habría considerado extraño.

Hace una pausa y mueve la cabeza, como si estuviera reprendiéndose.

—No quiero poner excusas, archidoncella —continúa, con más firmeza—. Mis compañeros y yo fuimos negligentes y, debido a ello, su padre… —Carraspea y traga saliva—. Quiero, por favor, que sepa que es un error que jamás me perdonaré.

Asiento, apesadumbrada, y bajo la vista hacia el suelo. Una parte de mí se pregunta si Killian espera que rompa a llorar por la admisión de su culpa. Lloré por mi madre, sí, pero, cuando ahora intento invocar las lágrimas, no aparecen. Una sensación dolorosa e inflamada me llena, en cambio, el pecho, como una bolsa de aire caliente que lucha por salir de mi caja torácica.

«Resentimiento», pienso, avergonzada. Albergo resentimiento hacia mi padre, y no solo por haber elegido a Essie y no a mí como su heredera. Albergo resentimiento hacia él porque nos crio como soldados y no como hijas; porque vinculó nuestro valor tan estrechamente a nuestros deberes como portadoras del linaje que, cuando me liberó de esa responsabilidad, me quedé sin nada a lo que agarrarme; porque, según la rígida naturaleza de su amor hacia nosotras, sus condiciones siempre estuvieron muy claras: fallarle a él, fallarle a Sussex, significaba perderlos a los dos.

—Lo hizo en un momento concreto, justo cuando se lleva a cabo el cambio de guardia entre el turno de noche y el turno del amanecer, y sabía no estábamos tan alerta —dice Killian, que interpreta mi silencio como un deseo de más información—. Creemos que llevaba un tiempo planeándolo. Lo siento mucho, archidoncella.

La amabilidad de su tono libera algo dentro de mí, una emoción húmeda que se desliza vertiginosamente en mi estómago, de tristeza o de rabia, imposible saberlo.

—Pero ¿por qué? —pregunto. Mis palabras se rompen por la mitad cuando las pronuncio—. ¿Por qué hizo eso?

Las cejas de Killian se unen y su color rubio sucio parece bronce a la luz de la vela.

—Eso, me temo que no sé responderlo. Quizás ni él mismo lo sabía. Como le mencioné, estaba muy abatido por la pérdida de su madre, y con la provincia en el estado en que se encuentra… con las brechas y los cambios… —Killian suspira—. Tal vez considerase que lo más fácil era simplemente… irse.

Me quedo inmóvil.

—Los cambios… Cressida lo mencionó. ¿A qué se refiere?

Como si acabara de darse cuenta de su error, Killian retrocede un paso y la lámpara desciende hasta el punto de que, por un instante, su rostro queda cubierto por las sombras.

—Es que… —Tose un poco—. Perdóneme, archidoncella. No era mi intención hablar de asuntos que no son de mi incumbencia. Simplemente asumía que…

Se aparta cuando me acerco y el calor de la lámpara llega a calentarme el cuerpo. El olor que desprende el centinela se filtra en mis fosas nasales: olor a brisa marina, a humo, a una pizca de pólvora.

—Esta es también mi casa, señor Brandon —le digo, satisfecha al ver que no me tiembla la voz—. Soy una Darling, igual que mi hermana, y ha jurado usted servirme. ¿Qué cambios? —repito—. ¿Hemos perdido hombres con la niebla?

Killian se tensa y exhala aire. Estoy lo bastante cerca de él como para ver que los músculos de sus hombros descienden con

resignación, para sentir la humedad de su aliento, y me sorprende un repentino dolor en el vientre, como si hubieran derramado agua caliente en mi interior.

—Es lo que cabe esperar —responde Killian y, al instante, todos los demás pensamientos se esfuman—. Todo centinela conoce el riesgo que corre cuando accede a entrar en el servicio. Todos sabemos que existe una probabilidad, por pequeña que sea, de que nuestra sangre no sea lo bastante fuerte como para salvarnos. —Se encoge de hombros, pero el movimiento resulta excesivamente rígido, el esfuerzo que conlleva el gesto demasiado evidente como para proporcionarme consuelo—. Solo han sucumbido un par de hombres hasta la fecha, pero, con los nuevos reclutas que están llegando, tenemos personal suficiente para sustituirlos.

Permanezco en silencio mientras asimilo sus palabras. Las brechas existen, pero, al menos que yo sepa, ningún centinela ha sufrido el cambio en Sussex desde que yo nací. La posibilidad siempre ha existido, por supuesto —que un soldado cuyo linaje esté demasiado diluido no haya heredado la inmunidad de sus antepasados—, pero siempre me había parecido un peligro remoto, alejado como una tormenta en un día soleado. Un problema de otros territorios, de extranjeros anónimos.

Mi mirada se desplaza hacia la puerta de Essie y el pomo dorado brilla, invitándome. La puerta está *cerrada con llave*. ¿En qué tipo de casa dejé abandonada a mi hermana cuando me marché hace ahora cuatro meses? ¿Y por qué tengo la sensación de que, a pesar de haber vuelto físicamente, el resto de mí sigue fuera, muerta de frío y a la espera de que me dejen entrar?

—Estoy seguro de que a su hermana le daba miedo abrumarla con todo esto. Los últimos meses no han sido nada fáciles para ella.

La voz de Killian me pilla desprevenida. Lo miro y casi me estremezco cuando lo encuentro observándome con unos ojos brillantes y pensativos, unos ojos que tienen profundidad y que me generan la sensación de que podrían leer mis pensamientos como si estuvieran escritos detrás de un cristal.

Tardo unos segundos en poder responder.

—Nunca imaginé que lo fueran.

Killian no titubea.

—Lo único que quiero decir es que era evidente que la echaba de menos, por mucho que pusiera otra fachada a su llegada. Dele tiempo. Lleva sola una buena temporada, incluso desde antes de que su padre muriera. Ese tipo de aislamiento… —su mirada se nubla— puede hacerte sentir como un fantasma, como si nadie pudiera tocarte. Como si los demás fueran a caer víctimas de un maleficio si lo intentaran.

Ahora es mi turno de mirarlo fijamente.

—Habla de forma muy directa para ser un centinela —replico—. ¿Quién dijo que era su madre?

Killian se pone rígido y la lámpara parpadea peligrosamente por un momento. La negrura nos presiona, aterciopelada y fría, y de repente me doy cuenta de lo estrecho que se ha vuelto el espacio entre nosotros, de lo solos que estamos aquí, atrapados en las entrañas de Norland House.

Killian rompe el silencio.

—Nadie de importancia para una dama como usted —responde. De pronto, con la mandíbula tensa, se despide—. Debería marcharme. Tiene razón, es inapropiado que esté conversando con usted de esta manera. Le ruego que me disculpe. —Carraspea levemente—. ¿Necesita que la escolte hasta su habitación?

Parpadeo, descolocada por el cambio de tema.

—Sé volver sola. —Inclino la cabeza como respuesta a su gesto —. Buenas noches, señor Brandon.

—Buenas noches, archidoncella —se despide.

Después, me lanza una última y prolongada mirada antes de dar media vuelta y, llevándose la lámpara, me deja de nuevo a oscuras.

CAPÍTULO SEIS

Los problemas de la noche me siguen hasta el día siguiente como una sombra gris que se cierne sobre mi visión.

El sol se eleva sobre el horizonte cuando dejo correr definitivamente mi terco empeño de conseguir al menos una hora de descanso. Me levanto. Dejo que la criada me enfunde un vestido opresivo, de pana gruesa y dobladillo ancho —negro, claro está, para que no se me olvide que seguimos de luto—. Cuando la despido, me examino en el espejo del tocador.

Pese a haberme armado previamente de valor, no puedo evitar que el corazón me dé un vuelco al ver el reflejo que me devuelve la mirada. Mientras que Tom comparte todos los rasgos del lado de la familia de mi padre, yo siempre me he parecido a mi madre, una mujer que, aun sin ser de linaje noble, consiguió hacerse con las atenciones del Señor de su provincia hace más de dos décadas.

Aun habiendo algún precedente, su hazaña fue digna de mención, y no solo porque se crio *pobre*, tal y como a mi madre le gustaba recordarnos con frecuencia a Essie y a mí cuando de pequeñas nos quejábamos porque no nos gustaban unas cintas nuevas para el pelo o una muñeca con cabello de seda. Criada en un orfanato del pueblo costero de Shoreham-by-Sea, mi madre siguió viviendo en la institución incluso después de cumplir la mayoría de edad, ocupada con el cuidado de los inquietos bebés que acababan allí y remendando la ropita de los pequeños, mientras otras chicas

practicaban con su pianoforte. El encuentro de mi padre y ella parece sacado de un cuento de hadas: él, el atractivo nuevo Señor de la Casa Darling, en gira de presentación por la provincia después de haber jurado el cargo; ella, una dulce y delicada niña abandonada, atrapada en un hospicio, tan pura que parecía imposible que sus elegantes manos hubieran limpiado alguna vez el vómito de un bebé o que sus mejillas hubieran sentido el mordisco salado de las lágrimas. Mi padre amó a mi madre al instante; los periódicos, más rápido aún. «Artemis Darling —rezan los titulares del día de su boda—, la *lady* del pueblo.»

Sin embargo, los nobles de las demás casas no se dejaron persuadir tan fácilmente. Como norma, las casas suelen fomentar los matrimonios entre miembros de las doce familias gobernantes para garantizar la fortaleza de sus respectivos linajes y, lo que es más importante, para preservar nuestra inmunidad colectiva. Recuerdo el miedo amargo que me taponó las vías respiratorias la primera vez que mi padre me llevó con él a la niebla, los gritos de mi corazón no solo al vislumbrar la desagradable figura del Fantasma que se plantó frente a nosotros, sino también por la posibilidad de que aquel fuese mi futuro, que mi linaje estuviera diluido y no me ofreciera protección.

Pero me la ofreció. Aunque, si echo la vista atrás, pienso que haber seguido aquel destino habría sido más fácil en muchos sentidos: adentrarse en la monstruosidad como aquel que se adentra en la boca del lobo, crecer salvaje y no tener que preocuparse nunca de hermanas, padres y pretendientes.

Con su cascada de rizos rubios y sus grandes e inocentes ojos verdes, mi madre tenía la belleza de su lado, pero muchas habían tenido ventajas similares y se habían permitido desperdiciarlas. El talento de Artemis Darling residía en su astucia, en su habilidad de hacerse parecer deseada; era una plebeya, pero brillaba como una mujer de linaje noble, como una moneda falsa entre sus filas.

Yo había heredado el aspecto de mi madre, una bendición que parecía más bien un maleficio después de su muerte, cuando su eco me acechaba en cada espejo. Pero ahora, cuando me miro, veo que mis rizos rubio platino cuelgan lacios alrededor de mi cara y que mis

ojeras violáceas excavan cuartos crecientes bajo unos ojos que tienen el mismo verde trébol que los de ella. Mis mejillas han perdido su habitual rubor rosado e incluso mi piel parece pegajosa, como si fuera a fundirse bajo el calor de una simple vela.

Me pellizco las mejillas en un poco entusiasta intento de aportarles algo de color, pero enseguida aparto la vista. No llevo ni siquiera un día en Norland y es como si este lugar hubiera empezado a marchitarme. Sabía que pasaría, pero el peso colectivo de todo lo que he conocido desde que he vuelto —la verdad sobre la muerte de mi padre, las brechas en las fronteras— me merma mucho más de lo que jamás me hubiera imaginado. Tengo la sensación de que las ansiedades se aferran a mí como docenas de sanguijuelas que sorben con voracidad la poca energía que me queda.

Esta mañana, me prometo, hablaré con Essie sobre el funeral de nuestro padre para asegurarme de que todos los preparativos están en orden. En El Humo, los periodos de luto son breves y relativamente informales, un vestigio de la época que siguió a la llegada de la niebla, cuando las muertes eran tan numerosas y el peligro estaba tan cerca que no tenía sentido perder el tiempo en lamentaciones. En cuanto se haya llevado a cabo el entierro, regresaré a Nueva Londres. Cuando marché de allí, la temporada ya estaba acabando y, a pesar de que dejé la capital envuelta en una muy buena reputación, mi madre siempre decía que los hombres son de memoria corta. Debo regresar pronto si no quiero correr el riesgo de que mis potenciales pretendientes se distraigan con ofertas más asequibles.

«Y dejar a Essie que solucione ella sola todos los líos de nuestro padre, igual que hiciste la última vez», dice una voz dentro de mí. No sin esfuerzo, la ahuyento. Mi hermana es la depositaria de mi padre y, muy pronto, después de que el Consejo Mortal vote para confirmar la nominación de mi padre, se convertirá en la Señora de la casa. Ocuparse de la provincia es su responsabilidad, no la mía.

Siento un escalofrío mientras bajo a desayunar. Los tapices del pasillo son más desconcertantes si cabe vistos a luz de día: sus colores discordantes y excesivamente luminosos, el júbilo en el rostro de mis antepasados, casi maníaco, mientras se deleitan con la

defunción de los Fantasmas. Agacho la cabeza y sigo andando con la mirada fija en el suelo.

¿Ha sido siempre así nuestra casa, me pregunto, corrupta hasta el punto de la insalubridad, como el aire estancado y muerto que rodea el lecho de un enfermo? He estado un tiempo ausente, cierto, pero tengo la sensación de que Norland House ha cambiado. Es como si en su núcleo hubieran plantado una semilla mala que está pudriendo la propiedad desde dentro.

—Merrick, ya estás aquí.

Cressida levanta la vista en cuanto entro en el comedor. Está sentada en el extremo más alejado de la mesa, con Tom ocupando una silla a su lado y con un periódico abierto delante de él. Alguien, seguramente una criada, ha cubierto la mesa con un mantel blanco de tela fina, sobre el que está servido un fastuoso desayuno.

Mi hermana no se ve por ningún lado.

Mientras me acerco a una silla libre, Cressida dirige la mirada hacia el plato que tiene delante, lleno con triángulos de tostadas primorosamente mordisqueadas.

—Espero que no te importe que hayamos empezado sin ti.

Evalúo el estado de la mesa mientras tomo asiento: las soperas de porcelana medio vacías y las manchas húmedas de color rubí que supuran por debajo de la tetera. No es la comida cuidadosa y estudiada que se ofrecería a un invitado. En realidad, diría que la oferta de la mañana está dispuesta sobre el mantel de manera perezosa, con servilletas arrugadas y cucharas con restos de mermelada colocadas en precario equilibrio sobre el borde de los tarros. Me imagino a mi prima política dando órdenes para que se sirva el desayuno, mandando a nuestra servidumbre como si fuera la suya, y mis dedos se tensan sobre la base de la silla.

«Por supuesto que me molesta», pienso.

—No, en absoluto —respondo en voz alta.

Ignoro los platos que tengo delante e inspecciono el comedor en busca de algún rastro de Essie. No hay lugar reservado para ella. ¿Habrá desayunado ya?

—¿No ha bajado aún Essie? —pregunto con curiosidad.

El cuchillo de la mantequilla de Cressida emite un sonido metálico cuando lo deposita en el plato y su boca esboza un mohín al escuchar mi pregunta. A primera hora de la mañana ya va perfectamente maquillada, lleva un vestido de día de color ébano engañosamente sencillo y su brillante cabello recogido en un moño tenso. Varios mechones rizados sueltos enmarcan sus mejillas y se agitan con todos sus movimientos.

—Tu hermana ha pedido que se le sirva el desayuno en la habitación —responde sin alterarse—. La pobrecilla ha comido casi siempre sola desde que Tom y yo llegamos. Creo que el estrés provocado por el fallecimiento de Silas se le está haciendo especialmente difícil de llevar.

«Ese tipo de aislamiento… puede hacerte sentir como un fantasma.» Las palabras de Killian resuenan en mis oídos y traen consigo una oleada de recuerdos: su piel resbaladiza bajo la luz de la vela, la ligereza del aire oscuro que nos envolvía, como si la noche hubiera perdido gran parte de su peso. Lo que me contó sobre la muerte de mi padre, los cambios.

Me dirijo de nuevo a mi prima política:

—¿Piensas que mejorará pronto?

Con un leve suspiro, Cressida extiende una pizca de mermelada sobre su tostada.

—No lo sé, la verdad. ¿Por qué lo preguntas? ¿Hay algo en concreto sobre lo que querrías hablar con Estella?

Acepto una humeante taza de té, que acaba de llenar, esta vez sin incidentes, una criada uniformada que desaparece rápidamente.

—Solo sobre los preparativos del funeral de mi padre —respondo, acercándome la taza a los labios—. Estoy segura de que mi hermana querrá empezar enseguida la planificación, y necesitará ayuda. Mi padre se ocupó de todos los detalles del funeral de mamá, y recuerdo bien lo agobiado que estaba.

Bebo un sorbo de té y aparto la taza cuando me llena la boca un sabor inesperadamente dulce, floral, casi similar a un perfume en comparación con la punzada amarga de la flor de brezo que estaba esperando. Dejo la taza en la mesa y la miro. Ahora que me fijo, me doy cuenta de que el líquido es de un rojo más oscuro de lo habitual

y que en el fondo se agitan pequeños fragmentos de algún tipo de materia vegetal de aspecto delicado. ¿Pétalos de rosa?

—¿Qué es esto? —le pregunto a Cressida, levantando la vista—. Siempre tomamos té de flor de brezo para desayunar, el favorito de mi padre. ¿Se ha terminado, quizás, en las cocinas?

Tom, sentado al lado de su esposa, levanta bruscamente la vista al oír mi pregunta, olvidando por completo el tenedor con huevo que iba a llevarse a la boca. Sus ojos van directamente a Cressida, y entre ellos fluye una comunicación sin palabras con tanta rapidez que no alcanzo a leerla. Mi primo deja el periódico y se vuelve entonces hacia mí.

—Ah… Merrick, me temo que durante la cena de anoche no tuvimos oportunidad de ponerte al corriente —dice en el tono que desde hace tiempo reconozco como su voz de jugador, frívola, con esa suavidad maliciosa que aporta un trago de alcohol—. Tu hermana no quiso negarte nada durante tu primera noche de vuelta aquí, pero, por desgracia, parece que el tío Silas fue bastante… —se queda pensando, en busca de la palabra adecuada— *generoso* durante las semanas previas a su fallecimiento. Cuando Estella se dio cuenta, ya había donado a diversas organizaciones benéficas casi la mitad del contenido de las despensas de la casa, y vete tú a saber cuántas cosas más. Creemos que pretendía hacer limpieza, por así decirlo, antes de…

Otra pausa, esta vez más tensa que la primera. El trago de té se agría en mi estómago y amenaza con ascender de nuevo por mi garganta. «Antes de…»

La niebla me nubla las ideas y la forma de mi padre, envuelto en blanco, se materializa en ella. Killian me mencionó anoche que creía que mi padre llevaba un tiempo planificando su viaje a las Tierras Grises. Recordar sus palabras me produce un escalofrío. Si Essie no se lo hubiera impedido, ¿habría nuestro padre entregado toda nuestra vida antes de morir? ¿Se habría sacado de encima Norland sin que nos enteráramos?

«Había… enfermado de tristeza después de la pérdida de vuestra madre», había dicho Killian. Pero esto me parece algo que

va más allá de una enfermedad. Me parece… Me parece el acto de un loco.

Tom carraspea antes de seguir hablando.

—Si a todo esto le sumamos los gastos relacionados con el mantenimiento de la frontera…, podría decirse que las arcas de Norland pesan algo menos de lo habitual —continúa, con una ligereza forzada que solo sirve para que la punzada de alarma que se clava en mi pecho resulte más dolorosa si cabe—. La situación no llega a ser preocupante, puesto que las arcas volverán a llenarse cuando entre la recaudación de impuestos a final de mes, pero por el momento tendremos que vivir prescindiendo de determinados lujos. Además —coge entonces la mano de su esposa—, Cress considera que es mejor reservar lo que queda de té para la fiesta, ¿no es eso, querida?

Parpadeo, distraída momentáneamente por esa última frase.

—Perdón, ¿qué fiesta?

Cressida sonríe y me responde:

—Merrick, cariño —dice, arrullándome—, el pueblo de Sussex está de luto. Eres demasiado joven para haber sido testigo del malestar que conlleva una transferencia de poder, pero créeme si te digo que los plebeyos son como los ciervos. Si detectan el mínimo indicio de peligro, se vuelven imprudentes y se pisotean los unos a los otros con tal de huir precipitadamente. Y con la frontera en el estado en el que está, eso sin mencionar las circunstancias en las que falleció tu padre, me temo que tu situación tiene todo el potencial necesario para volverse bastante… complicada. —Arruga la nariz al pronunciar esa última palabra—. Pero no, lo que la casa necesita en estos momentos es una figura insigne, alguien en quien el pueblo pueda anclar sus esperanzas, no un monarca muerto por el que llorar. Esta es la razón por la cual, en lugar de un funeral, he decidido que la Casa Darling celebre un baile.

Bebe triunfante un poco de té y se recuesta en su asiento, satisfecha consigo misma. A su lado, Tom asiente todo el rato con candidez.

—¿Un baile? —repito con incredulidad, pero la expresión de Cressida se mantiene impasible y sus labios parecen besados por las

rosas del té.

—A finales de semana —confirma—. Las invitaciones han salido esta misma mañana. Hemos invitado a la totalidad del Consejo Mortal, por supuesto, además de a todos los de noble linaje y también algún que otro plebeyo, a modo de gesto de buena voluntad. —Agita la mano, restando importancia a lo que acaba de decir—. Solo a los ricos, no te preocupes.

—Sí, porque la alegría del evento podría quedar mancillada con la presencia de cualquiera que gane menos de mil marcos al año —replico con sorna. Me vuelvo hacia mi primo y le digo, en tono desafiante—: Tom, esto es absurdo. ¿De verdad pretendes que la gente celebre la muerte de mi padre?

El rubor que adquiere el cuello de Tom sobresale por encima de su camisa blanca.

—Merrick, claro que no…

—Quiero que todo el mundo se centre en el futuro de la Casa Darling, no en el presente, y Estella es ese futuro —dice Cressida, interrumpiéndolo. Con un esfuerzo visible, suelta el aire de forma controlada y baja la voz hasta convertirla en un susurro—. Me formé bajo la tutela de mi abuela durante muchos años antes de que Tom y yo contrajéramos matrimonio, y si Elodie Faulk me enseñó alguna cosa, es que lo que el pueblo desea de su gobernante es que le haga sentir seguro por encima de todo. A salvo. Por lo tanto, es imperativo que convenzamos a los ciudadanos de Sussex de que tu hermana puede protegerlos igual que hizo vuestro padre, al menos hasta que se celebre la audiencia de nominación. —Ladea la cabeza y sus rizos se bambolean—. No queremos darle al consejo ningún motivo de duda sobre la capacidad de Estella, ¿verdad?

Me pongo tensa ante la mención del Consejo Mortal, el organismo de gobierno interprovincial integrado por los doce señores reinantes, a cuyas sesiones en Nueva Londres asistía con frecuencia mi padre. Además de gestionar las disputas entre provincias, entre los deberes del Consejo está la confirmación en su puesto de todos los nuevos señores, un acto que se realiza en el transcurso de una ceremonia de juramento conocida como *audiencia de nominación*. La nominación de mi padre tuvo lugar antes de que

yo naciera, pero he asistido a algunas a lo largo de mi vida y recuerdo el murmullo de las conversaciones entre los consejeros, el brillo del cuchillo ceremonial al volar por los aires y el líquido de color carmesí que se desliza por la piel del nominado, como el lengüetazo de un perro, una vez queda confirmado en su puesto.

Con la boca seca, bebo un poco más de té.

—¿Y las brechas? —pregunto para intentar eludir el tema—. ¿Qué pasa con ellas? No podemos darles una copa de vino a los Fantasmas y quedarnos tan tranquilos.

Cressida se encoge de hombros.

—Un producto del estado mental deteriorado de lord Silas, nada más. Con Estella en el poder y Tom y yo aquí para ayudarla, rectificaremos pronto la situación. —Se lleva una mano al pecho y abre los ojos en una expresión que intenta ser tranquilizadora—. Te lo prometo, Merrick.

Me recuesto en la silla y la observo. Aunque no me gusta en absoluto reconocerlo, el plan de Cressida, expuesto como ella lo hace, tiene bastante sentido. Deslumbrar a la provincia con una demostración de riqueza y esplendor, aunque sea solo una fachada, para que la gente mire hacia delante, hacia la promesa de un mañana luminoso, y no hacia nuestro terrible pasado.

Enterrar nuestros esqueletos y hechizar a la gente con las flores que crecen en el cementerio. Enterrar a mi padre, su recuerdo… y sus errores.

Me cruzo de brazos.

—De acuerdo. ¿Y cuál es mi papel en tu plan?

La boca de Cressida esboza una sonrisa de victoria.

—No tienes que hacer nada, excepto asistir al baile —responde —. Apoyar a tu hermana, tanto con tu presencia como con tus palabras, si acaso es posible. Quiero que todo el mundo sepa que los Darling son un frente unido por lo que a este tema respecta, que estamos a favor de nuestra nominada, que no estamos divididos.

«Un frente unido.» Casi me encojo de dolor al oír eso y cierro las manos en puños en mi regazo. ¿Dónde estaba ese frente cuando la niebla estuvo a punto de engullirme ayer por la tarde? Estoy segura de que el conductor no percibió el apoyo de mi familia

cuando el Fantasma lo arrancó del carruaje y le hincó los dientes en el cuello.

—Me lo pensaré —digo sin alterarme—. Sin embargo, si se produce otra brecha como la que experimenté yo misma ayer, me veré obligada a alertar al Consejo, sean cuales sean las consecuencias. Nuestro deber es siempre nuestro pueblo, y está muy por encima de salvaguardar nuestra por reputación.

La sonrisa de Cressida titubea.

—Por supuesto —reconoce con recato. Sus ojos, con sus largas pestañas moviéndose como abanicos de seda negra, se clavan en mí mientras levanta el cuchillo para seguir con su desayuno—. Aunque debo decir, querida, que *El Faro* continúa entusiasmado con tu éxito durante la temporada. No me gustaría que tus potenciales parejas se vieran disuadidas por… por cualquier noticia desagradable que pudiera llegarles desde Sussex.

Me pongo rígida. De modo que esta es la estrategia de mi prima política: asustarme hablando de la posible pérdida de la nominación y luego utilizar mis perspectivas de matrimonio contra mí para asegurarse mi cooperación. La odiaría de no admirar su inteligencia, de no saber que, en el fondo, tiene razón.

Sin mi apellido, sin la influencia que implica el apoyo de mi casa, mi belleza y mis encantos no me servirían de nada en Nueva Londres. Sería una flor cortada, comprada con una moneda para acabar colgada en la alcoba de cualquier hombre hasta quedar marchita, seca y olvidada.

—Te entiendo perfectamente —respondo, levantándome—. Y ahora, si me disculpáis, creo que he perdido el apetito.

Saludo brevemente a Tom, me dirijo a toda velocidad hacia la puerta y salgo al pasillo. Sin tener ningún destino en mente, dejo que mis pies vayan donde les apetezca mientras empiezo a divagar. *Bailes, reputaciones*. Creía haber dejado atrás estos juegos, en Nueva Londres, pero parece que me han seguido hasta aquí. No soy ni mucho menos la buena jugadora que consideraba que era.

Al final, mi visión se aclara y me descubro en el exterior, sentada en un banco de los jardines posteriores de Norland House, de cara a los acantilados y el mar. Llovizna, y la aguanieve me cae

sobre los hombros, se me aferra como polvo a los rizos y humedece el sombrío tejido negro de mi vestido, pero no entro de nuevo en casa. Dejo que mi falda vaya adquiriendo peso con la humedad mientras observo las Tierras Grises latir al otro lado de nuestra frontera, mientras la niebla asciende y desciende como el flanco de un animal dormido.

Me imagino a mi padre sumergiéndose en el blanco, con la cara bañada por las lágrimas. Me lo imagino solo.

—Disculpe, ¿se encuentra bien?

Por instinto, mis manos vuelan hacia mi costado en busca de mi cuchillo o matafantasmas, pero vuelven de vacío. Totalmente tensa, me giro.

De pie en el jardín, detrás de mí, descubro la larguirucha figura de un chico de mi edad. Las gotas de lluvia golpean sus hombros y rodean como un halo su pelo rubio. En los escasos puntos donde las nubes lo permiten, la débil luz del sol matutino motea sus facciones y deja entrever unos ojos azules con largas pestañas, unos pómulos altos y una boca que esboza un mohín de preocupación.

Se me nublan las ideas. Aunque no creo que nos conozcamos, la cara del chico me resulta familiar, de esa manera vaga con la que se reconocen ciertos fenómenos —la nieve, el mar— la primera vez que los ves, a partir tan solo de su descripción. *Pelo rubio. Ojos azules*. ¿Dónde he oído hablar antes de alguien con estas características?

—Lo siento —dice el chico, dudoso y dando un paso atrás ante mi silencio. Lleva un ramo de flores en la mano; veo margaritas silvestres y silenes rojas entre un alegre choque de colores, sujetas con una sencilla cinta violeta—. No era mi intención molestar, es solo que he visto que estaba aquí fuera, sin protección de ningún tipo y con este tiempo…

Su mirada recorre mi pelo desordenado y mi vestido empapado antes de volver enseguida a mi cara. Cuando nuestras miradas se cruzan, hace una pausa y su postura se relaja, como si acabara de caer en la cuenta de algo.

—Ah —murmura el chico—. Un momento, la conozco.

Me sorprende el destello de alegría sincera que cruza su expresión, como si fuéramos viejos amigos que se reencuentran inesperadamente.

—Archidoncella Merrick Darling —declara, feliz—. Ha vuelto a casa.

Su sonrisa es cálida, su voz potente, con un tono ahumado que me recuerda un puro caro. La suma de todo ello me desarma más de lo que debería.

—Así es —replico con cautela y me levanto del banco—. Aunque creo que estoy en desventaja, señor, puesto que no estoy segura de poder recordar su nombre con la facilidad con la que usted ha pronunciado el mío. Dígame, se lo ruego, ¿nos conocemos?

El chico se sonroja y un rubor rosado asciende por sus mejillas.

—Discúlpeme, mi madre me reprende constantemente por mi falta de buenos modales y acabo de avergonzarla de nuevo —dice el chico, meneando la cabeza para regañarse—. Mi apellido es Saint, archidoncel Ames Saint.

Cierra la distancia entre nosotros y hace una reverencia, durante la cual su mano libre encuentra la mía y se la lleva a los labios. Su boca está fría y seca al rozar la piel de mi muñeca que el guante deja al descubierto. El contacto resulta inesperadamente tierno, como la presión de un paño templado sobre mi cuerpo empapado por la lluvia. Me siento tranquila y mis pensamientos se dispersan como las nubes en el cielo cuando sopla el viento.

Ames Saint. El nombre me evoca una imagen: las alas inmensas de una gigantesca mansión bañada por el sol, enclavada en medio de una ondulante campiña verde como un dragón sesteando. Una bandera azul que ondea con la brisa, un halcón dorado bordado en el tejido.

El Nido, la sede de la Casa Saint, los gobernadores de Cardiff, nuestra provincia vecina. La majestuosa casa solo es visible desde lo alto de las colinas del extremo norte de nuestro territorio y la piedra amarilla con la que está construida destaca como el color de una perla entre los campos que la rodean. Y yo lo sabía. De pequeña, siempre que podía subía hasta allí para observar la finca y buscar

pruebas de la existencia del niño que vivía allí dentro, esquivo y fascinante como un príncipe de cuento.

Hijo único del lord Ianthe Saint, Ames habría sido un compañero de juegos ideal para Essie y para mí, pero mi familia rara vez interactuó con los Saint durante mi infancia. El distanciamiento se debía en parte al hecho de que Ames pasó gran parte de su infancia viviendo con su padre en Nueva Londres, pero sabía que no se trataba solo de eso. Sabía, en algún nivel de mi comprensión, que era una decisión que habían tomado intencionadamente mis padres. A pesar de compartir frontera, mi padre miraba con desprecio las pintorescas tierras de cultivo de los Saint, el tamaño relativamente pequeño de su provincia en relación con la nuestra. Como resultado de ello, Ames siempre fue un amigo imaginario más que cualquier otra cosa, un rumor intrigante que nunca había logrado confirmar.

Y ahora, por fin, lo tengo delante.

Siento un hormigueo de deseo. Cuando miro a este chico, me siento mucho más yo de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Claro —digo mientras noto que me arde la nuca—. Archidoncel Ames, qué maravilla conocerlo por fin. ¿Qué le trae hasta Norland House?

—Me temo que mi misión es bastante sombría. He sido enviado por mi madre para ofrecer nuestras condolencias por su pérdida —responde Ames, y su expresión se apaga. Me suelta la mano y me ofrece el ramo de flores silvestres—. Nos entristece mucho la noticia del fallecimiento de lord Silas, archidoncella. El país sentirá terriblemente su ausencia.

Por alguna razón, aquella muestra de compasión por parte de Ames, un chico que en los círculos de Nueva Londres por los que me he movido es tan famoso por sus asuntos sórdidos como por su atractivo, me vuelve de repente tímida. Ames no ha estado presente en la temporada de este año, pero he oído hablar del extenso rastro de corazones rotos que dejó a su paso en las anteriores. Le encantaba ir de flor en flor, decían. Un soltero demasiado encantador como para ganarse el título de libertino en toda regla. Entre las damas elegibles de mi edad, se había convertido en una especie de santo grial, y su carácter esquivo lo convertía en un

atractivo más brillante aún que su título. Incluso yo había pasado varias noches de insomnio bajo el techo de los Eaves construyendo sofisticadas fantasías sobre nuestro inexistente noviazgo.

Pero en ninguno de aquellos escenarios visualicé encontrármelo de esta manera, desaliñada, despeinada y sin ningún tipo de escolta, sentada en un banco bajo la lluvia.

Acepto con cautela las flores que me ofrece, sintiéndome cohibida de repente.

—Gracias, señor —digo—. Mi hermana y yo se lo agradecemos, y también a lady Ianthe por su consideración. Ha sido una semana… complicada, cuando menos.

La boca de Ames esboza una sonrisa compasiva.

—Estoy seguro. Mi padre falleció hace solo un par de años. Debería haber oído los chismorreos entre los criados, que se burlaban del timbre femenino de mis sollozos. —Me guiña el ojo y añade—: Es una decepción encontrarla tan serena, en comparación.

Sorprendiéndome a mí misma, me echo a reír.

—Así que lo comprende.

—Lo comprendo hasta el punto de que uno pueda llegar a entender el dolor de otra persona —replica, encogiéndose de hombros—. El poder complica el dolor. Perder un padre es una cosa, pero perder a la vez a un padre y a un lord… —Sus ojos se empañan y su mirada se vuelve pensativa—. La confusión está en cuál de las dos pérdidas hay que lamentar, y en cómo hacerlo.

Me pica la piel, se me eriza el vello de los brazos.

—Exactamente —suspiro—. Yo…

—Merrick.

Me llama una voz, por detrás de Ames, con una entonación agotada más que cualquier otra cosa. Mi mirada se desliza en silencio por encima del hombro de Ames y encuentra a mi hermana, en el sendero del jardín. Va vestida de negro, sencilla, con una chaqueta de lana corta del mismo color sobre el vestido y una capa impermeable para no mojarse. La capucha se ha deslizado hacia atrás y deja al descubierto su rostro. Lleva el cabello recogido en una trenza de color ébano y la humedad le proporciona un brillo increíble.

—Essie —respondo a modo de saludo. Sin moverme, dirijo un gesto a Ames, que sigue de pie y parece haberse paralizado a mi lado—. Los Saint nos mandan sus condolencias.

La mirada plana de mi hermana se desplaza hacia un lado y recae sin interés sobre Ames.

—Ah, archidoncel Ames —saluda, haciendo una mínima reverencia—. Qué agradable volver a verlo.

¿*Volver*? Proyecto una mirada sospechosa sobre Ames. Sus modales, jocosos y relajados, se han endurecido como una concha; ahora se le ve formal, rígido incluso, como un estudiante llamado al despacho del director.

¿*Se conocen*?

—Archidoncella Estella —Ames acompaña sus palabras con una inclinación—. Mi madre y yo…

Essie agita la mano para interrumpirlo.

—Gracias por las flores —dice, indicando el ramo que yo sujeto —. Mis primos están dentro. Si está cansado, pueden pedir a la cocina que le preparen una taza de té para reponerse del viaje. —Entonces, vuelve la atención hacia mí y arquea una ceja—. Merrick, me gustaría tener un momento para hablar contigo. A solas.

Es una despedida brusca, pero si Ames se siente ofendido, lo disimula bien. Me dirige una sonrisa de despedida y enfila el camino hacia Norland. Mi hermana se queda mirándolo, y sus ojos grises de lechuza lo observan hasta que se aleja. En cuanto Ames está a la distancia adecuada, suspira, camina hacia el banco de piedra y toma asiento. Se alisa la falda y el tejido negro cruje al contacto.

—Cressida me ha dicho que preguntabas por mí.

Aparto mi mirada de Ames.

—Sí —afirmo, sentándome a su lado, aunque no puedo impedir que mi atención vuelva de forma inconsciente hacia el depositario de la Casa Saint, a su pelo rubio que parece un rayo de sol que se filtra en la oscuridad lluviosa. Bajo la voz y pregunto—: ¿Ya os conocíais?

Essie sigue mi mirada y su boca esboza una mueca.

—Vino un par de veces de visita durante tu ausencia —dice sin alterarse—. Encuentros organizados por su madre, estoy segura. Ya sabes cómo era lady Ianthe con papá, siempre agobiándolo con que

debíamos mejorar nuestras relaciones, con la importancia de ser buenos vecinos, todas esas bobadas. —Mi hermana se limpia una media luna de tierra que se le ha metido bajo una uña—. Creo que llegué a aburrirlo tantísimo que dejó de venir.

No me gusta nada la punzada de celos que me provoca su explicación.

—Ah.

Interpretando mi respuesta sucinta como una crítica, Essie me mira con mala cara.

—No fueron *ese* tipo de visitas, Merrick —me suelta—. Ames es el depositario de su madre y es importante que desarrolle relaciones políticas con antelación. No todos hemos podido permitirnos el lujo de asistir a bailes estos últimos cuatro meses.

El comentario me hiere como un bofetón.

—Ya te lo dije. No tuve otra elección que marcharme a Nueva Londres. Sin esperanzas de convertirme en Señora de la casa, ya no tenía sentido seguir aquí, lo sabes —respondo con voz tensa—. De haber sido informada de la situación en la frontera, quizás podría haber ayudado de alguna manera, organizando patrullas mientras nuestro padre seguía de luto, encargándome de garantizar el correcto mantenimiento de las farolas.

Mi hermana entreabre la boca para responder y sus ojos echan chispas cuando se dispone a rebatirme, pero entonces, con la misma velocidad con la que pasa una tormenta de verano, la rabia se esfuma. Sus hombros se hunden y debajo del vestido solo intuyo huesos. Sorprendida, me doy cuenta de lo mucho que ha adelgazado desde la última vez que la vi, de lo frágil que parece; es como un muñeco de paja, a un pellizco de romperse.

—No podrías haber hecho nada —confiesa. Su voz suena hueca y choca sombríamente contra mí.

—Pero podríamos haberlo intentado —replico, acercándome más a ella—. Tú y yo, juntas. Pero he tenido que ir recogiendo fragmentos de la verdad como si fuesen migajas, suplicárselos a centinelas. A hombres consagrados a *nuestro* servicio, Essie. ¿Te das cuenta de lo humillante que es esto? —Mi tono se está agudizando sin que esa sea mi intención, la acusación que contiene se está

desatando. Me muerdo el labio y me obligo a apaciguar los nervios antes de continuar—. No tienes ninguna necesidad de seguir escondiéndome los pecados de papá. Cressida y Tom ya me han informado sobre cómo estuvo a punto de acabar con nuestras reservas y nuestras arcas antes de morir. Además…, anoche hablé con Killian Brandon.

Essie levanta de golpe la cabeza.

—¿Sobre qué?

Parpadeo, sorprendida. En el instante que transcurre entre un segundo y el siguiente, mi hermana ha vuelto a cambiar y una energía nerviosa le endereza la espalda. Me observa con cautela, como un gato salvaje, como si estuviera esperando que la ataque en cualquier momento.

—Sobre los cambios —respondo, insegura—. Sobre los centinelas que sufrieron el cambio.

—Oh. —Mi respuesta parece calmar a Essie, quien frunce el entrecejo y vuelve a prestar atención a sus uñas, distraída—. Sí, eso… Eso está bajo control. Brandon no debería haberte preocupado con eso.

Espero a que continúe, a que me explique la reacción que acaba de tener, pero la expresión de mi hermana es curiosamente vacía, tan vacía que es como si yo no estuviera presente. Se me eriza el vello de la nuca.

—¿Te preocupa alguna cosa más, Essie? —pregunto, presionándola.

¿Se trata de un juego de luz o veo sus ojos titilar durante medio segundo para luego volver a fijarse en mí? La adrenalina se acumula como un puño en mi pecho cuando parpadea y su mirada se vuelve de nuevo vacía como la de una muñeca.

Apenas puedo respirar cuando Essie suelta el aire.

—Cuando te fuiste, me enfadé mucho —murmura Essie con voz entrecortada, y el corazón me da un vuelco ante el cambio de tema —. No puedes ni imaginarte cómo fue esto durante tu ausencia, cómo se puso papá. Y no fue solo su negligencia con respecto al cuidado de las fronteras o su descuido al no asignar las patrullas necesarias. —Se masajea las sienes, como si estuviese intentando

bloquear un recuerdo—. Estaba sumido en la desesperanza, en una extraña malicia, casi como si *quisiera* destruirnos a todos, como si pensase que toda nuestra casa debería morir junto con mamá. ¿Dices que Cressida y Tom te han contado lo de sus supuestas donaciones benéficas? —Suelta una carcajada burlona—. Estaba regalando nuestra comida, Merrick. Tuve que empezar a racionar la comida del personal porque papá decidió regalar su pan a los campesinos, como si ocuparse de ellos fuera a devolver de la muerte a su esposa plebeya. Y luego, aquella mañana —su voz desciende hasta convertirse casi en un susurro, temblorosa—, lo oí en el pasillo, muy temprano, y te juro que sus pasos me hicieron estremecer. Retumbaban, eran tan fuertes que me pareció casi una advertencia, o algún tipo de mal presagio, y sé que te parecerá que estoy loca, lo sé, pero algo dentro de mí me dijo que lo siguiera y… lo hice.

Mira hacia el otro lado y veo que su boca tiembla. Incluso ahora, mi hermana intenta controlarse. Para la gente que no la conoce íntimamente, Estella Darling es intocable: imperturbable ante el paso de las estaciones, ante los malos momentos que pueden venir con ellas, ante la muerte.

Pero yo sé lo que esconden estas aguas calmadas. Sé que debajo de la superficie hay movimiento. Hay una corriente.

Hay conflicto.

Le acaricio el hombro.

—Essie, yo…

Essie se levanta bruscamente y se pasa la mano por la cara para secar cualquier rastro de humedad que pueda haber en ella. Cuando se vuelve hacia mí, está serena, con sus miedos correctamente escondidos.

—Este lugar… Norland House… en este lugar hay algo malo —dice con urgencia—. Están pasando cosas que… —Se interrumpe, se muerde la mejilla por dentro—. Tomaste la elección correcta al marcharte de aquí, aunque no pensara eso en su momento. Y creo que, por el bien de todos, lo mejor será que, pasada esta semana, regreses enseguida a Nueva Londres.

CAPÍTULO SIETE

Creo que, por el bien de todos, lo mejor será que, pasada esta semana, regreses enseguida a Nueva Londres.»

Las palabras de Essie me obsesionan durante los días siguientes. Por las noches, doy vueltas durante horas hasta que consigo acallarlas y caigo sumida en un sueño inquieto, pero siempre vuelven a mí con el amanecer y se quedan allí, como una mancha oscura en la esquina del espejo.

Durante las tres mañanas posteriores a nuestra conversación en los jardines, apenas veo a mi hermana, porque, a pesar de que Norland House se ha convertido en un hervidero por los preparativos de la fiesta, Essie no sale de su habitación si no es para comer. Solo la veo cuando compartimos mesa en el comedor con Tom y Cressida. Me sorprende el agotamiento que parece irradiar de todos sus poros, así como la imagen de unos ojos que parecen un par de cucharas de hojalata en su rostro ceniciento.

Ya sea la muerte de nuestro padre lo que tanto la afecta, o alguna otra cosa, no tengo oportunidad de preguntárselo ni de interrogarla más sobre lo que me comentó en su día. Pero, en la soledad de mi habitación, le doy vueltas y más vueltas en la cabeza, repasándolo todo una y otra vez hasta que sus palabras acaban tan erosionadas como una moneda vieja.

«Aquí están pasando cosas… Por el bien de todos, lo mejor será que… regreses enseguida a Nueva Londres.»

«Tiene que ser paranoia», me digo. En Norland House no pasa nada especial y lo que sucede, simplemente, es que mi hermana ha estado demasiado tiempo sola, como dijo Killian. Ha empezado a ver monstruos donde no los hay, a leer su condena en todas y cada una de las grietas de las paredes. Con el tiempo, las fronteras sanarán, y también sanará ella.

Durante el día, me convenzo a mí misma de esto. Pero por las noches, cuando me despierto rodeada por oscuridad y con la línea blanca de niebla al otro lado de la ventana…, entonces, en ese espacio que hay entre estar dormida y despierta, tengo la sensación de que puedo percibirlo.

Una fuerza que me observa, que se hace con los Darling, uno a uno.

* * *

Mi quinta mañana en Norland House, el día antes del baile que se celebrará en honor a la memoria de mi padre, me levanto temprano y me dirijo a los establos después de desayunar. Antes de salir, guardo en el bolsillo del abrigo una carta para Fitz Vannett, junto con un par más dirigidas a otras debutantes con las que he entablado amistad en Nueva Londres, y le digo al chico de los establos que, si Cressida pregunta por mí, le diga que he ido al pueblo para mandarlas por correo.

La verdad, sin embargo, es que, más que borrar una tarea de mi lista, necesitaba escapar de casa, alejarme un par de horas del interminable flanco marfileño de las Tierras Grises y de la mirada vacía de mi hermana, el tiempo suficiente para recordarme a mí misma que el mundo no termina al final del camino de acceso a Norland House.

Que, a pesar de haber vuelto a casa, puedo volver a marcharme, si así lo deseo.

El terciopelo de mi traje de montar se pega a mis piernas y se agita en el viento mientras cabalgo. Debajo de mí, mi caballo, una yegua de color gris paloma llamada *Pegasus*, resopla con

extenuación mientras avanza al galope hacia el horizonte que se extiende en la distancia, una franja de azul entre el cielo y la tierra.

Inspiro una bocanada de aire salobre, que me llena los orificios nasales y me empuja a animar a *Pegasus* para que cabalgue más rápido, y más rápido. La costa de Sussex es una línea borrosa a mi izquierda: colinas verdes que sangran en un cielo encapotado, la fina línea de la costa más allá, acantilados calcáreos que parecen estar hechos de polvo de hueso. En los límites, las farolas arden sin cesar a lo largo de toda su extensión. Las Tierras Grises están justo al otro lado, una nube turbia y plomiza, lo bastante contenida como para que una persona ingenua casi se deje engañar pensando que no suponen ninguna amenaza.

Entrecierro los ojos y las observo con cautela. ¿Será mi imaginación o será verdad que la niebla parece haberse acercado en el transcurso de estos últimos días? Es como si estuviera aproximándose centímetro a centímetro, como el agua cuando sube la marea.

Tiro de las riendas de *Pegasus* para alejarla de los acantilados y, tomando una bifurcación del camino de tierra, pongo rumbo tierra adentro, hacia un bosquecillo. Shoreham-by-Sea, el pueblo más próximo a Norland House, es accesible por la costa, pero es más rápido cortar por el bosque de Barton y, además, los bosques madereros siempre me han resultado reconfortantes. Pasar por debajo de la majestuosa corona verde de las copas de los árboles, sobre la anciana extensión de raíces nudosas, basta para que incluso una mujer de linaje noble como yo se sienta pequeña como una rata.

La temperatura cae en cuanto estoy bajo el cobijo de los árboles y el ambiente huele intensamente a tierra, a crecimiento y decadencia. Las sombras, espesas como el musgo, cubren el suelo del bosque, y manchas de luz solar lo salpican como monedas de oro. Aparte del canto ocasional de algún pájaro, la zona está tranquila y en paz.

—¿Viaja sola, archidoncella?

La voz viene de detrás de mí, bronca y áspera como el roce de piedra contra piedra. Con el corazón acelerado, tiro de las riendas de

Pegasus para detenerla y, entonces, me giro sobre la silla.

A menos de veinte metros de mí hay un hombre, ancho de espaldas y toscamente vestido con una chaqueta y un pantalón remendados. Una barba, tiesa y descuidada, cubre la mitad inferior de su cara colorada; por encima de ella, unos ojos azules y de mirada artera resplandecen en la penumbra. Sonríe, una emoción excesivamente marcada en las comisuras de su boca, como la forma curva brillante de una guadaña.

—Tiene que ir con cuidado —me advierte el hombre, avanzando un paso—. Sussex ya no es tan seguro como antes… ¿O acaso no ha oído los rumores?

Pasa por debajo de una abertura entre las ramas del árbol que se eleva a su lado y la luz lo baña. Mi pulso se ralentiza cuando la luminosidad esculpe sus facciones y puedo verlo mejor. Conozco a este hombre.

—Señor Birks —lo saludo con un suspiro de alivio—. No… No lo había reconocido. ¿Qué hace por aquí? ¿Por qué no lo he visto por Norland House?

Pese a haberlo ubicado, me cuesta reconciliar la imagen que tengo del siempre bien peinado mayordomo de mi padre con el hombre desaliñado y gruñón que tengo delante. Si lo observo con atención, casi puedo vislumbrar el perfil fuerte de su mandíbula por debajo de la sorprendente maraña de su barba, pero lo que más me incomoda es la diferencia en su comportamiento. Sus modales sosegados y la amable sabiduría con la que hacía que nuestros huéspedes se sintieran en Norland como en su casa se han esfumado por completo. Me mira como si yo fuera un pez al que le encantaría destripar.

Birks ríe entre dientes y se acerca un paso más. Por instinto, tiro de las riendas de *Pegasus* para que retroceda.

—Eso debería preguntárselo a su hermana —responde—. Fue ella quien me despidió.

—¿Que Essie lo despidió? —Me estremezco, tanto por la dureza de la palabra como por el veneno con el que la ha soltado—. Pero ¿por qué tendría que…?

Me quedo en silencio cuando él se mueve e inclina la barbilla de tal modo que su perfil izquierdo queda de cara a mí. Entonces veo, enfilándose por su cuello como una enredadera, un dibujo blanco grisáceo, una sombra bajo su piel, como si por sus venas corriera ceniza. Un fino zarcillo se extiende desde su barba hacia su ojo izquierdo, como una flecha que apunta a su iris.

Podredumbre gris. La primera fase del cambio y una de las marcas de amor más visibles de las Tierras Grises. Mi garganta se cierra y mis manos aprietan con más fuerza las riendas de cuero.

La sonrisa del antiguo mayordomo se vuelve más evidente con mi reacción.

—Asustada, ¿verdad? —dice con sorna—. También se asustó vuestra hermana. Chicas tontas. ¿Ni siquiera saben que esto no puede matarlas hasta que antes haya acabado conmigo? —Recorre con el dedo la línea blancuzca de podredumbre gris hasta el punto donde desaparece por debajo del cuello de su camisa y, después, deja caer el brazo hacia un costado—. Aunque quizás hace bien en asustarse. Al fin y al cabo, los Fantasmas no son las únicas criaturas capaces de cobrarse una vida.

Veo el destello de un cuchillo en su costado justo en el momento en que los árboles crujen delante de mí y una rama se parte con la limpieza con que se parte un hueso. Miro a mi alrededor y veo emerger de entre los árboles a otro hombre, desconocido y más alto que Birks, con el aspecto hambriento y enfebrecido de un zorro famélico. Va armado con un cuchillo idéntico y el metal brilla como oro líquido cuando capta la luz.

La sangre retumba en mis oídos.

—¿Qué quiere? —Escupo la pregunta entre dientes, mirando de nuevo a Birks.

Este suelta otra carcajada seca, como si lo que acabo de decir le hiciera gracia.

—Simplemente lo que se me debe —responde. Extrae el cuchillo de la chaqueta y da golpecitos contra la palma de su mano con la parte plana—. Lo que su padre me debía.

Tiene los hombros tensos, como si se estuviese preparando para lanzarse contra mí. Ese movimiento es justo el empujón que

necesito. La rabia irrumpe por encima de mi sorpresa como el chasquido de un látigo y me da la concentración que necesito. En un único y fluido movimiento, deslizo una mano por debajo de mi capa y mis dedos se cierran sobre la empuñadura de mi matafantasmas. Sentir su peso sólido me fortalece tanto como el brazo firme de un amigo.

Desenfundo y lo acerco al cráneo del barbudo.

—No le debía nada —replico, liberando el seguro del arma para dar énfasis a mis palabras—. Y tampoco se lo debo yo.

Esperaba que Birks se encogiera de miedo al ver mi matafantasmas, que echara a correr hacia la seguridad de la cueva de la que debe de haber salido, pero la amenaza de la bala solo sirve para sacarlo de quicio. Su sonrisa se transforma en una mueca desagradable que deja al descubierto su dentadura y sus encías, inflamadas y enfermas.

—*Mentirosa* —sisea, y sus ojos echan chispas—. Todos los Darling son iguales. Se quedan sentados con sus bonitas vestimentas en su bonita casa y juegan a ser dioses, mientras las Tierras Grises se engordan con el resto de nosotros. —Tac, tac, tac, sigue el cuchillo, golpeando la palma de su mano cada vez más acelerado—. No pienso permitir que se hagan también conmigo —murmura—. Silas prometió ayudarnos. Pero ahora ya no está y, por lo tanto, ustedes tendrán que hacerlo.

Oigo el sonido de hojas aplastándose bajo las botas de mi segundo atacante justo en el momento en que Birks, aullando, se abalanza contra mí. Mi bala encuentra su cuerpo en el aire, atraviesa limpiamente su pecho y lo derriba. Con el corazón transformado en un tambor de batalla, lo dejo ahí, destrozado, mientras rápidamente recupero el equilibrio a lomos de *Pegasus* y corro a galope hacia donde he oído el rastro de otro hombre.

El sonido de un segundo disparo me paraliza. Durante un instante horroroso, temo que el otro hombre lo haya disparado contra mí. Espero en mi carne el desgarro provocado por la bala, pero el dolor no me hinca sus colmillos. Es entonces cuando veo un fragmento de metal humeante enterrado en un árbol y al otro

atacante detenido por completo, boquiabierto y sujetando un cuchillo con la mano temblorosa.

—Le aconsejaría considerar con mucho cuidado su próximo paso. Los centinelas están entrenados para disparar primero y arrepentirse después.

Una voz conocida resuena entre los árboles, tensa y controlada como la cuerda de un arco. Los cascos de un caballo repican sobre el suelo, acercándose cada vez más.

Retiro momentáneamente la mirada del otro atacante para dirigirla hacia ese sonido. Una figura a caballo irrumpe entre las sombras de color índigo del bosque, y la luz que se filtra entre las ramas la ilumina a fragmentos: el pelo del color saturado de la arena húmeda, una boca que esboza una sonrisa de suficiencia, unos ojos de color distinto, una cicatriz en el rostro.

—Como puede ver —dice Killian, señalando con su matafantasmas el cadáver del primer hombre—, la archidoncella Merrick es mucho mejor tiradora que yo. —Ladea la cabeza y su ojo azul arde en la penumbra—. Esa primera bala era una advertencia, y podría fallar la segunda vez, pero le prometo que ella no fallará.

Blanco como el papel, el atacante más alto me dirige una mueca de desdén de despedida antes de soltar el cuchillo y echar a correr hacia las profundidades del bosque. En cuanto desaparece, Killian espolea a su caballo para que se ponga en movimiento y se acerca a mí hasta que casi puedo saborear el calor húmedo que desprende el cuerpo del animal. Aturullada, me dispongo a mover las riendas para alejarme de allí con *Pegasus*, pero Killian posa su mano sobre mi guante y coge mis riendas.

—¿Está herida?

Su mirada se clava en la mía, interrogante…, intensa.

Un leve sonido de protesta se atora en mi garganta. Me sujeta con fuerza, pero, cuando intento soltarme, descubro que mis músculos se han quedado congelados. Es como si hubiera un hilo tendido entre nosotros, uniéndonos; si me estremeciese mínimamente, la conexión se rompería y nos separaríamos.

—No —consigo decir por fin, con un hilo de voz.

Killian hace un gesto de asentimiento y me suelta de inmediato.

—¿Quiere que lo persiga? —pregunta, dirigiendo un gesto en la dirección por donde ha huido el atacante superviviente.

Los ojos del hombre alto —negros y llenos de odio, dos fragmentos pulidos de obsidiana— centellean en mi visión. Me muevo en la silla para mirar de nuevo el cadáver de Birks, la telaraña de podredumbre gris que se extiende en su cuello, congelada y sin poder continuar su conquista, y un sentimiento de culpa arde en mi garganta como si acabara de beber un trago de alcohol.

—No —vuelvo a decir—. Que se vaya.

Killian levanta una ceja, pero no cuestiona mi decisión y se inclina para acariciar el flanco en movimiento de su caballo. Su cercanía me ha dejado en desequilibrio y me siento mareada, rebosante de energía nerviosa.

—No es necesario que siga haciendo esto —añado.

Killian levanta la cabeza y da a su caballo una última y sólida palmada. Su boca se mueve como si contuviese una sonrisa y su media barba de color rubio arena brilla en su mandíbula.

—¿Haciendo qué?

Aparto la vista, confusa de repente.

—Interviniendo… siempre que me meto en problemas. Jugando a hacerse el héroe.

Killian suelta el aire, un único resoplido de risa.

—El problema está en que, al parecer, he adquirido la costumbre de tropezarme con usted cuando estoy patrullando. No juego a nada —replica. Su expresión cambia y se vuelve reflexiva—. Y no me hago ilusiones acerca de que necesite un héroe.

Me arde la piel. Siento su mirada sobre mí y es como la presión de un cuchillo o la caricia de las alas de una mariposa. Si me muevo, podría cortarme. Si me muevo, podría asustarla y provocar su huida.

Finalmente, Killian carraspea levemente y señala el cadáver de Birks.

—Y bien, ¿ladrones?

Agradecida por el cambio de tema, niego con la cabeza.

—El hombre que ha huido era un desconocido, pero a este lo conozco… Lo conocía. El señor Birks. Era el mayordomo de mi padre,

aunque supongo que Essie lo despidió durante mi ausencia. Estuvo… Se ve que estuvo expuesto a la niebla. —La ansiedad, una anguila oscura y resbaladiza, se abre paso en mis pulmones. Cierro los ojos y veo a Birks reflejado contra la oscuridad de mis párpados, veo su expresión atormentada—. Quería algo —digo, abriendo los ojos de golpe—. Tenía la sensación de que mi padre le debía algo.

Killian murmura y observa con curiosidad el cuerpo que yace en el suelo.

—Ah.

Lo miro de reojo y mi conciencia se despierta ante el reconocimiento de las circunstancias que capto en su tono.

—¿Qué pasa?

—Por eso pensé que me sonaba de algo, eso es todo. —El centinela se encoge de hombros, sin dejar de mirar el cadáver que yace ante nosotros—. En la casa hubo comentarios después de que su hermana lo dejara sin trabajo, dijeron que el mayordomo no se había tomado nada bien la noticia. No oí mencionar que se le debiera nada, aunque, la verdad, su hermana se mostró compasiva dejándolo con vida. El procedimiento habría dictado su ejecución tan pronto como mostrara signos de cambio. —Vuelve a centrar su atención en mí—. ¿Podrían ser jornales pendientes lo que buscara?

—Probablemente —respondo—. O comida, quizás. Essie mencionó que, durante las semanas previas a su muerte, mi padre había empezado a donar gran parte de nuestras reservas. Birks tal vez quisiera ser también partícipe de su beneficencia.

«Se quedan sentados con sus bonitas vestimentas… mientras las Tierras Grises se engordan con el resto de nosotros.» Me estremezco al oír de nuevo el sonido de la voz del fantasma del mayordomo. Aparto la vista de su cuerpo inerte, que se enfría en el suelo. «Se estaba muriendo —me digo—. No le has dado ningún fin que no le estuviera llegando ya. En cierto sentido, ha sido una obra de misericordia.»

A mi lado, Killian se acaricia la barbilla y su pecho se infla con un suspiro.

—Su padre era un buen hombre —dice, devolviéndome al presente—. Ojalá hubiera tenido oportunidad de haberlo conocido

mejor.

No puedo evitar el sonido de burla amarga que asciende por mi garganta.

—Fue generoso con sus súbditos, pero no tanto con sus hijas.

Killian me mira, concentrado y en silencio, una mirada que me recuerda a la de un cuervo de cementerio. Entonces, de pronto, aparta la mirada y su semblante se oscurece.

—¿Ve eso? —pregunta.

Me giro para mirar por encima del hombro y me quedo paralizada cuando vislumbro la columna de fuego rojo que se eleva en espiral por encima de las copas de los árboles. Una llamada de peligro. Su color es inconfundible; se crea con un tinte especial de remolacha que se mezcla con pólvora y se quema para enviar la señal a los centinelas de los alrededores. Solo puede significar una cosa.

Fantasmas. Muy cerca, a juzgar por la distancia de la señal de humo.

Se ha producido otra brecha.

CAPÍTULO OCHO

Cuando llegamos, la casa está medio asfixiada y su puerta abierta de par en par, como si lanzara un gemido. Bancos de niebla del color pálido del sebo la han engullido por todos lados, se han tragado por completo la primera planta y se extienden hacia la segunda como unas fauces abiertas, hambrientas de más. De la chimenea del edificio salen algunas volutas del humo rosa rojizo de la señal que nos ha alarmado, un eco menguante de la columna firme que nos ha traído hasta aquí.

Aunque no puedo ver el origen de la brecha, la niebla parece venir de una zona boscosa situada detrás de la casa, puesto que la parte delantera sigue todavía relativamente despejada. Estoy segura de que, si siguiera el recorrido del blanco hacia los árboles, descubriría otra farola apagada, como la que vi de camino hacia Norland. Otra de nuestras farolas inutilizada.

Aparte de Killian y yo, todo está tranquilo, y el ritmo suave que marcan los cascos de nuestros caballos suena como el golpeteo de la lluvia contra el suelo.

Es el silencio el que me lo dice: ya hemos perdido.

—Archidoncella.

El modo forzado en el que Killian pronuncia mi título me da a entender que lo ha pronunciado ya varias veces. Murmuro una nota grave a modo de respuesta y mis ojos siguen clavados en la puerta

abierta, sumida en las sombras de la casa, una huella de oscuridad que resalta sobre las columnas algodonosas de niebla.

¿Qué nos espera allá dentro?

Killian tose. Sus hombros están replegados bajo el tejido gris de su uniforme, su atención dividida entre la escena que tenemos delante y yo, como si la casa fuese un depredador, preparado para saltar sobre él en cualquier momento.

—Deberíamos esperar la llegada de su hermana antes de emprender cualquier acción —sugiere—. O de más centinelas, al menos. Seguro que habrán visto también la señal. Es demasiado peligroso acercarse a la casa sin apoyo.

En algún lugar muy profundo de mi cuerpo, un músculo rebelde se flexiona como respuesta a lo que implican estas palabras: debilidad. A pesar de lo que me acaba ver hacer en el bosque, piensa que soy demasiado débil, demasiado delicada para soportar la brutalidad de la tarea que tenemos por delante. Confiaría en mi hermana, con su ingenio y su forma de comportarse similar a la de un soldado, pero no en mí, la chica que huyó a Nueva Londres al primer signo de problemas, que ahogó sus penas en las dulces palabras de sus pretendientes y que dejó que su familia tuviera que soportar sin ella las cargas que le cayeron encima. Soy una muñeca de porcelana y Essie un soldadito de plomo, hecha de refinado cristal y no de metal. Bella, rompible. Hecha para casarse con un hombre y luego quedarse sentada en su estantería, alejada de cualquier mal.

Mi padre siempre decía eso de Essie y de mí, que yo era la romántica. A menudo me he preguntado si lo que quería decir, simplemente, es que era una tonta.

Transformo mis facciones en una máscara de neutralidad antes de responderle a Killian.

—Podría ser —concedo sin alterarme—. Pero ¿qué pasa con la gente que ha emitido la llamada de peligro? Podrían seguir dentro. Sea peligroso o no, no podemos abandonarlos sin al menos haber intentado ayudarlos.

Killian duda.

—No son de linaje noble, archidoncella —dice, cauteloso—. La niebla ya ha entrado en la casa y, si no han escapado ya, no tiene ningún sentido salvarlos.

«Cambiarán y se convertirán en los monstruos que hasta ahora temían.» A pesar de que Killian no lo expresa en voz alta, lo que quiere decir es evidente. La vergüenza me consume por dentro. Mi padre siempre decía que nuestra inmunidad era un deber, algo que había que utilizar como un escudo para proteger a aquellos que dependían de nosotros para vivir a salvo de la niebla y los monstruos. Ahora, presenciando la escena que tengo delante, no puedo evitar que las acusaciones de Birks contra mi padre resuenen de nuevo en mi cabeza.

Las brechas. No creo haber sentido plenamente su peso hasta hoy ni haber visto con tanta claridad sus consecuencias. No he entendido toda la verdad hasta hoy: que cuando mi familia falla, solventamos el problema y seguimos adelante, pero nuestra gente muere.

—Han encendido una señal de peligro, señor Brandon —digo con firmeza y mirada desafiante—. Han pedido ayuda. Haya esperanza o no, mi deber como miembro de la casa gobernante es brindársela.

Sin esperar la respuesta de Killian, clavo los estribos en los flancos de *Pegasus* para que se ponga en movimiento. Confío en que me permita guiarla hasta la puerta, pero apenas hemos dado unos pasos cuando la yegua relincha nerviosa, espantada por la niebla que serpentea entre sus patas. La tranquilizo, desmonto y desenfundo mi matafantasmas.

Mis pies se hunden en la niebla, espesa como nieve recién caída. Se abre camino por el bajo de mi conjunto de equitación y serpentea por mis piernas como un enjambre de insectos. Arrugo la nariz con asco, pero me obligo a seguir adelante.

Por mucho que me pese reconocerlo, agradezco ver que Killian me sigue.

—Tenga —me ofrece, tocándome con delicadeza el codo—. He traído de más. Usted sabrá sacarles mejor provecho que yo.

En la palma de su mano, cinco balas resplandecen bajo la luz neblinosa, una especie de ofrenda de paz mortal. Debato conmigo misma solo un segundo antes de aceptarlas y recojo de su mano las piezas de metal. Cuando mis dedos rozan los de Killian, una sacudida repentina —afilada y dulce como el beso de un relámpago — atraviesa la segunda piel de mi guante de amazona y recorre mis venas con un zumbido meloso.

Killian inspira —una sola vez, con fuerza— y aparta la vista para señalar la niebla.

—La sigo —añade.

La casa está vacía y el polvo flota en el ambiente y me tapona la nariz. Vestigios de sus ocupantes —un hombre, una mujer y un hijo, a juzgar por el retrato al carboncillo que cuelga en el vestíbulo — llenan el espacio: un arreglo floral cuidadosamente dispuesto en una mesita junto a la puerta, la bolsa de cintas olvidada junto a la escalera. La casa está en paz, como si estuviera esperando el regreso de sus propietarios.

—¡Por los Tres Divinos!

La voz de Killian suena entrecortada y su atención está fija en un punto hacia la mitad de la escalera de madera. Por impulso, voy hacia allí y me detengo cuando un sabor amargo a cobre me inunda la boca y se adhiere de forma desagradable en el fondo de mi garganta.

Sangre.

Gotea por los peldaños y forma charcos poco profundos del intenso tono rojo del vino derramado. Los oídos me zumban con un sonido agudo y penetrante cuando empiezo a seguir el rastro de líquido en busca de su origen: una mano blanquecina que cuelga del primer peldaño, con los dedos extendidos en busca de ayuda.

A pesar de toda la formación que he recibido, las piernas me flaquean al ver la escena y me siento como una niña. He visto muchos Fantasmas muertos, incluso algunos centinelas fallecidos en misión, pero nunca nada como esto. En un entorno doméstico, la espantosa matanza parece un sacrilegio, en un sentido en que los caídos en un campo de batalla nunca pueden llegar a serlo. Es como

si algo maligno hubiese invadido este lugar, una presencia siniestra que late entre la niebla.

Killian me sigue de cerca y subimos corriendo las escaleras hasta llegar al cuerpo. El estómago se me revuelve cuando visualizo su forma; es el hombre, sus facciones son idénticas a las que acabo de ver dibujadas al carboncillo. Tiene los ojos abiertos, grandes y petrificados como los de un venado. Mira hacia el techo, y su boca se abre en un grito jamás pronunciado.

Sujeto con fuerza mi matafantasmas y me agacho. La sangre brota de un corte en el cuello, de unos diez centímetros de longitud. La violencia de la herida —que atraviesa el músculo hasta alcanzar el cartílago y llegar al hueso— resulta turbadora, pero eso no es lo que más me llama la atención. Arrugo la frente y me agacho un poco más, para observar con detenimiento el cadáver.

—Señor Brandon. —Me muevo un poco para dejar espacio a Killian para que se agache a mi lado—. ¿Ve esto?

Trazo el recorrido del corte, subrayando la facilidad con la que la carne parece haberse rasgado, hasta el punto de tener el aspecto de unos labios entreabiertos. He visto centinelas heridos por Fantasmas. Las marcas son similares a las cicatrices de Killian: desordenadas, hechas por dientes y uñas, por armas orgánicas.

Pero esto… es una herida limpia, casi clínica. Hecha con un objeto fino y afilado, diseñado única y exclusivamente para matar.

¿Un cuchillo? Niego con la cabeza. *No puede ser*.

Killian suelta el aire y se acerca.

—¿Qué…?

Calla de repente. En algún lugar de la casa se escucha un golpe sordo, como el sonido de una silla volcada. Killian y yo nos miramos a la vez, olvidando por un momento el cadáver que tenemos delante. Sin soltar mi arma, levanto la mano que tengo libre y me llevo un dedo a los labios, en señal de advertencia.

Killian hace un gesto de asentimiento y desenfunda el arma que lleva a la cadera. Le indico que me siga y empiezo a descender por la escalera.

Apenas he puesto un pie en la planta baja cuando se abre de repente una puerta a la derecha del vestíbulo. Veo de refilón una

sala de estar —un sofá volcado y salpicado de rojo, el relleno emergiendo de él como si fueran entrañas— y fijo de nuevo la atención en la forma que viene corriendo hacia mí.

El Fantasma corre a cuatro patas como un perro, y su pelo, rubio y deshilachado, le azota la cara. Su boca está abierta para emitir un aullido y extiende hacia mí unos brazos delgados, llenos de moratones, para impulsarse y saltar.

Lo derribo de un solo disparo y, cuando la bala le atraviesa el pecho, sus uñas resbalan inútilmente en el aire, justo delante de mi cuello. Su cráneo rebota contra mi bota y, cuando aparto de un puntapié el cuerpo aún caliente, noto que empiezo a temblar. Las paredes de la casa palpitan ante mis ojos, respiran como si fuesen un par de pulmones.

—Todo va bien, archidoncella. —La mano de Killian, un peso reconfortante, se posa en mi hombro y me estabiliza—. El disparo ha sido muy bueno. La criatura está muerta.

Respirando con dificultad, ladeo la cabeza para mirarlo.

—¿Cree que hay más?

Como queriendo responder a mi pregunta, otro golpe sordo me sacude los huesos, seguido esta vez por el sonido de alguna cosa reptando, quizás como si estuvieran arrastrando un cuerpo por el suelo. Killian me suelta y señala con el arma hacia la sala de estar. La puerta está casi cerrada y vemos que una sombra se desplaza tras ella y pinta con una franja de oscuridad la niebla que cubre el suelo. La forma se mueve de forma errática, lanzándose primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha, como un mosquito con ganas de picar.

Me acerco lo más silenciosamente que puedo y preparo mi matafantasmas. Cuando estoy en posición, dirijo un gesto a Killian y sitúo la mano en el pomo para abrir rápidamente la puerta.

Se abre hacia fuera, emitiendo un crujido que parece un suspiro.

En el interior encuentro una auténtica horda, apiñados como moscas alrededor de una fruta podrida. Tres Fantasmas agachados sobre un cuerpo: los dos primeros en la cabeza y los pies, respectivamente, y el tercero, el más alto, cerniéndose a horcajadas

sobre el cadáver. Por el vestido empapado en sangre que lleva el cuerpo, adivino que se trata de la mujer, aunque gran parte de su cara y su cuello han sido arrancados a mordiscos, que han dejado a la vista una musculatura encarnada como una ciruela madura. Hay sangre por todas partes, en el suelo, en el sofá que he visto antes y más allá. Al fondo de la estancia, cerca de las ventanas, veo el bulto de otro cuerpo, más pequeño. El hijo, sin lugar a dudas.

La bilis me asciende por la garganta. Mis orificios nasales aletean con el hedor a cobre y cuerpo muerto, pero me obligo a mantenerme erguida delante de los monstruos, que me miran ahora fijamente.

Sus ojos son pozos blancos sin fondo y sin alma, su carne cuelga grumosa y deforme como manteca coagulada. Venas lechosas, de aspecto similar al moho, les recorren la cara y se ramifican por sus mejillas ajadas como vasos sanguíneos reventados: podredumbre gris, pero en un estado mucho más avanzado de lo que he visto antes en Birks. Y, sobresaliendo de las encías cubiertas de llagas que dejan entrever sus bocas abiertas, hay docenas de dientes afilados como agujas, algunos todavía rectangulares y anclados a su raíz, un recuerdo de las facciones humanas que las criaturas poseyeron en su día.

Cuando nos ven, los Fantasmas se acuclillan y hablan entre ellos en un tono discordante. Sus bocas y sus cuellos están manchados con lo que parece jugo de frambuesa, pero es sangre fresca. Tengo la sensación de haber interrumpido un picnic macabro. El Fantasma más alto ladea la cabeza hacia mí y sus labios agrietados se mueven para formar algo que casi parece una sonrisa.

Trago saliva y levanto el arma, maldiciendo para mis adentros por el sudor que hace resbaladiza mi mano. Los Fantasmas se dispersan a la vez y sus uñas amarillentas chasquean contra el suelo cuando se apartan corriendo del cadáver de su víctima.

La garganta desgarrada del líder emite un siseo, ronco y letal. Clavo los pies con firmeza en el suelo y oigo la voz de mi padre, un murmullo fantasmal: «Firme. Concéntrate en el blanco, eso es…»

El corazón me da un vuelco cuando el Fantasma más alto emite un chillido espeluznante y echa a correr hacia mí. Disparo, pero solo

consigo darle en el costado, lo que le obliga a desviarse hacia la izquierda, aullando. Jadeando, giro sobre mí misma y veo con horror que las otras dos bestias corren hacia la entrada, donde se ha situado Killian.

¡Pum, pum! Un par de disparos y una ráfaga de gritos cuando los Fantasmas caen al suelo, a escasos centímetros de los pies de Killian, que se desploma contra el umbral de la puerta y se lleva la mano al muslo. Gime, dice algo, algo sobre su pierna.

Luego, silencio. Después, el lento sonido del último monstruo arrastrándose por la estancia. De nuevo directo hacia mí.

La voz de Killian suena desesperada:

—Archidoncella, ¡dispare!

El rostro marchito del Fantasma me mira fijamente, sus ojos ciegos se clavan en los míos. Se arrastra unos centímetros más. La niebla brota de la herida de su costado y se entremezcla con el blanco que inunda ya la sala.

Abre los colmillos en el rictus de una sonrisa. Haciendo acúmulo de todas sus fuerzas, la criatura salta de nuevo…

Apunto su cabeza con el cañón y aprieto el gatillo.

CAPÍTULO NUEVE

Más tarde, me despierto con un tímido golpe en la puerta y me incorporo sobresaltada, envolviéndome en las sábanas. La noche vuelve a tener a Norland en la palma de su mano y sombras moradas negruzcas se arrastran letárgicamente por encima de los muebles. Me froto los ojos y parpadeo para ahuyentar los fragmentos de sueños que se aferran a mi visión como hilos sueltos: los dientes amarillos del Fantasma cuando se abalanza sobre mí, el grito mutilado de Killian cuando se inclina sobre su pierna, un cuerpo femenino en el suelo con la mitad de la cara arrancada de un mordisco.

Incluso después de varias tazas de té, no ha sido fácil convencer a mi cuerpo de que descanse. El viaje de regreso a Norland House me ha resultado confuso, y el pánico que me ha producido el ataque solo se ha visto disminuido por el hecho de que Killian, por obra de algún milagro, está bien, ileso, aparte de una herida superficial en la pierna izquierda que rápidamente se ha vendado con tiras blancas de algodón después de que su regimiento llegara a la escena, poco después de nosotros. El viaje de vuelta a casa ha transcurrido prácticamente en silencio, pues ambos comprendíamos que incluso el más mínimo esfuerzo por iniciar una conversación sería suficiente para sacar a relucir todo lo demás.

Por lo que puedo intuir, los residentes de la casa debieron de ver la niebla acercarse por la parte posterior de su propiedad.

Probablemente, encendieron la señal que Killian y yo vimos en un intento de alertar a los centinelas que pudiera haber por las cercanías, aunque no consiguieron huir antes de que la niebla y los monstruos que la acompañaban se hicieran con su morada. Con la ayuda de los centinelas de refuerzo, descubrimos el origen de la niebla: una farola apagada detrás de la casa, como me imaginaba. Otra brecha.

Sin embargo, a pesar de la evidencia que la sustenta, la explicación me resulta débil e inestable. No tuve oportunidad de volver a examinar el cadáver que encontramos en primer lugar antes de que los centinelas comenzaran su incineración, pero el recuerdo de aquel corte —la malignidad del tajo, el rojo intenso de la sangre — continúa en mi memoria. No es la precisión de la herida lo que me inquieta, sino que fuera la *única*. A lo largo de mi vida he visto suficientes ataques de Fantasmas como para saber que no cazan para matar, sino para comer, como las criaturas que se estaban dando un banquete con los cuerpos de la mujer y el hijo en la sala de estar. ¿Por qué acabar con un hombre y luego dejarlo sin tocar, abandonado simplemente para que se pudra?

Toc, toc.

Me meto bajo las sábanas y me giro hacia la puerta. El sonido es tan débil al principio que me pregunto si me lo habré imaginado, si serán pesadillas que parecen casi realidad, nada más. Pasan unos instantes de completo silencio y me sumo de nuevo en un adormilamiento que me inunda la cabeza como un baño caliente.

Toc. Toc, toc.

Esta vez suena más fuerte. Es el sonido inequívoco de unos nudillos golpeando la madera. Alguien llama a mi puerta.

—¿Hola? —Con el corazón acelerado, me siento en la cama—. ¿Quién hay ahí?

La única respuesta es la del asfixiante silencio de la noche. Mi nuca se humedece con un sudor nervioso mientras busco el yesquero que guardo en la mesita. Necesito varios intentos para conseguir una chispa, pero al final soy capaz de encender una mecha y acercarla a la palmatoria de latón. Mi pulso se ralentiza cuando la llama anaranjada cobra vida y su resplandor cálido se

convierte en una débil defensa contra la oscuridad, pero una defensa, al fin y al cabo.

Descalza, me acerco a la puerta con la palmatoria y, después de unos segundos de duda, giro el pomo. Se me corta la respiración cuando la puerta se abre sobre sus chirriantes bisagras y se cierne ante mí el pasillo… y una figura que, al otro lado del umbral, me mira con ojos grises cansados.

Me estremezco. Perfilado en el umbral, hay un fantasma.

El cabello de color ébano de mi hermana cae en mechones lacios y sucios por encima de sus hombros, y su habitual brillo está apagado y convertido en un negro grasoso. Iluminada por la llama de la vela, su tez tiene una tonalidad cetrina, como nata abandonada al sol hasta agriarse. Las noches de insomnio se hacen evidentes en las ojeras moradas que sustentan sus ojos y que parecen manchas de zumo de moras. Los días de inquietud quedan patentes en la piel mordida y descamada de su labio inferior. Vestida con un sencillo camisón de algodón y con la oscuridad cerniéndose a su alrededor, mi hermana parece una criatura espectral, recién salida de la tumba.

Mi sorpresa se manifiesta en un ataque contenido de tos.

—¿Essie? —musito, mirando hacia un lado y otro del pasillo. No veo luces de centinelas rompiendo la penumbra y me pregunto si Killian se habrá quedado en cama esta noche, descansando—. ¿Qué haces aquí?

Una pizca mínima de emoción altera la expresión de mi hermana, como una brisa que levanta el polvo en el aire.

—He venido a ver cómo estabas —responde con apatía.

Sin decir nada más, entra en mi habitación casi golpeándome. Me tambaleo. La llama de la vela parpadea y amenaza con extinguirse. Sujeto con fuerza la base de la palmatoria para impedirlo; es como si un instinto antiguo insistiera en que, si dejo que la luz se apague, los Fantasmas de antes regresarán, saldrán de mi cabeza y entrarán en la realidad como consecuencia de algún truco maligno de la noche.

—*Con cuidado* —le advierto entre dientes.

Después de cruzar la puerta, Essie se relaja ligeramente. El caparazón frío de su rostro se resquebraja un poco y una chispa de calidez brota como aguas subterráneas que se abren paso en el lecho de un río seco.

—Lo siento —se disculpa, ya con menos rigidez—. Y siento también aparecer tan tarde. Debería haber venido antes, en cuanto Brandon y tú habéis vuelto. No sé por qué me he retrasado tanto.

Mientras habla, coge un mechón de pelo, lo enrolla en un dedo y lo desenrolla, como si fuese una cinta. Aunque permanece quieta, todo en ella es movimiento: sus ojos van de una esquina de la habitación a otra, como si buscara a alguien que pudiera estar escuchando a escondidas, y sus pies descalzos cambian el peso de su cuerpo sobre las tablas de madera del suelo. *Agitada*. Esa es la palabra: mi hermana está agitada y, al darme cuenta de ello, la aprensión se acumula en mi estómago, plomiza y fría. La Essie que conozco, la Essie con quien me crie, cambia como las estaciones, gradualmente. Esa Essie no es imprudente, no se altera, no salta de un lado a otro. *¿Dónde ha ido esa Essie? ¿Y quién es la chica que ocupa su lugar*?

—No pasa nada —le digo, moviéndome para dejar la vela y no agarrarla con las manos para obligarla a quedarse quieta—. *Estamos* bien, los dos, el señor Brandon y yo.

Hago una pausa para decidir si digo algo más, si le cuento lo del cuerpo que encontramos en el lugar de la brecha y la extraña herida que he observado. O, quizás, si voy incluso más hacia atrás y le describo el encuentro que tuve con el señor Birks, cómo culpó a Essie de su despido. El odio que rezumaba su mirada, como si deseara despellejarme viva por el simple placer de hacerlo.

«Se quedan sentados con sus bonitas vestimentas en su bonita casa y juegan a ser dioses.»

Al final, sin embargo, guardo silencio. Sea cual sea la razón de su visita, mi hermana ya está bastante inquieta como para sumarle más peso a su carga. Después de mañana, decido, cuando el baile haya acabado, ya hablaremos. Le contaré lo de Birks, lo de ese cadáver tan raro, y luego…

«¿Qué? —me regaña una voz en mi cabeza—. ¿Y luego te marcharás? Muy típico de ti.»

—¿Estás bien? —le pregunto a Essie para distraerme.

Essie suspira y se envuelve el cuerpo con los brazos; toda ella está mucho más delgada que cuando partí hacia Nueva Londres.

—No lo sé —reconoce, sin levantar la vista—. No podía dormir. Y… ya sé que suena ridículo, pero me daba miedo estar sola.

Con un suspiro, se acerca a mi cama y se sienta en el extremo del colchón sin pedirme permiso. Sus uñas se clavan en el material mullido del edredón y deja huellas que parecen lunas en cuarto creciente.

—Sé que no me he comportado como una buena hermana desde que volviste —continúa, mordiéndose el labio—. Y estoy segura de que piensas que es porque te guardo rencor. Ya te he reconocido que sí, que cuando te fuiste me puse furiosa. Pero…

Sin previo aviso, se tensa.

—¿Qué ha sido eso?

Me vuelvo de repente; mis nervios, tensos como el heno seco, prenden fuego fácilmente. Pero en la habitación no hay nada nuevo, las sombras ocupan la misma posición que hace un momento.

—¿El qué? —pregunto, pasmada. Vuelvo a mirarla y pregunto—: Essie, ¿qué has…?

El sonido de la respiración trabajosa de mi hermana —un silbido aterrado, como si sus pulmones se hubieran quedado sin aire— corta la frase. Me quedo paralizada cuando veo que las lágrimas dan un aspecto vidrioso a sus ojos, que la humedad se aferra a sus pupilas. Ha levantado las manos para taparse la boca, tiembla toda ella.

—Essie —me arrodillo delante de ella—. Essie, tranquilízate —le pido, presionándole las manos—. Estás a salvo, ¿me oyes? Aquí no hay nadie más. Estás a salvo.

Mis palabras tranquilizadoras se adhieren a mi garganta antes de emerger. Me resulta extraño consolar a Essie de esta manera, y no precisamente por la distancia que se ha abierto entre nosotras, sino porque, antes de que me marchara a Nueva Londres, el papel de gestionar mis siempre cambiantes sensibilidades recaía sobre mi hermana. Bajo una situación de presión, Essie se mantenía fría como

un témpano de hielo —inalterable e irrompible—, mientras que mis emociones eran las aguas inestables de un lago, que podían tanto hacerme flotar como arrastrarme hacia dentro con su abrazo.

«Tu hermana es dueña de sí misma —me había dicho en una ocasión mi padre, años atrás—. Pero tú sigues siendo un misterio incluso para ti, y eso te hace temeraria. Poco fiable.»

¿Cómo es posible que no fuera capaz de leer su negativa, de extraer su rechazo del espacio entre sus sílabas? ¿Por qué tuvo que deletreármelo para que acabara entendiendo lo que llevaba diciéndome toda la vida?

«Nunca serás Señora de la casa.»

—¿Qué te pasa, Essie? —continúo, tragándome el rencor e incorporándome para coger a mi hermana por la barbilla y obligarla a mirarme a los ojos. Se tranquiliza un poco con el contacto, pero sus ojos siguen acuosos—. ¿Qué es lo que te tiene tan asustada? Si alguien te ha dado motivos para estar tan inquieta, podemos hablarlo con Tom y Cressida y…

—*No*. —Se levanta de repente y me aparta las manos—. No —repite, ahora con menos violencia—. No me fío de ellos.

El terror sobrevuela su reacción, un pájaro con alas de terciopelo.

—¿No te fías de ellos? —repito con incredulidad.

A pesar de que, desde mi llegada, albergo ciertas reservas con respecto a mi primo y su esposa, no fui *yo* quien los llamó para que vinieran a ayudarme. ¿Qué puede haber desencadenado en mi hermana este rápido cambio de lealtades?

Nos interrumpe un crujido en las tablas del suelo del pasillo. De inmediato, Essie se vuelve en dirección a la puerta y las sombras vierten tinta sobre sus facciones. Pintadas en monocromo, sus emociones se vuelven más crudas, y el destello de su miedo parece una cinta de color negro puro sobre su piel de porcelana.

—No es más que alguno de los centinelas, Killian Brandon, probablemente.

Intento tranquilizarla de nuevo y, cuando me mira, su terror se hace evidente en el mohín de su boca, en su cuerpo rígido. Me inunda una sensación inesperada de remordimiento, potente e

intensa, al tener ante mí las pruebas visibles de su tensión, lo acostumbrada que parece estar a vivir con ella.

«La abandonaste y la dejaste sola con todo esto.»

«La abandonaste.»

—Tengo… Tengo que irme —murmura, solo medio presente en mi habitación. Su mirada se fija en la rendija de la puerta—. Lo siento. No debería haberte despertado.

Se forman en mi boca unas palabras de protesta y se preparan para ser pronunciadas, pero, cuando me fijo de nuevo en su expresión vacía, en su rostro demacrado y frágil como una cáscara de huevo, me contengo.

—Siempre puedes venir a verme —dijo despacio, y extiendo con cuidado la mano para volver a tocarla—. Me alegro de que hayas venido.

Essie acaricia el dorso de mi mano con el pulgar, una breve muestra de cariño, y se marcha. Cuando está casi en la puerta, se vuelve de nuevo hacia mí con expresión seria.

—Después del baile —dice, con la voz más firme que le he oído en toda la noche—, te lo contaré todo. Te lo prometo, Merrick.

Entonces, abre la puerta, sale al pasillo y me encierra de nuevo con mi soledad.

CAPÍTULO DIEZ

La mañana del baile en memoria de mi padre organizado por Cressida transcurre a un ritmo monótono que se me hace interminable, es como si cada hora se acumulase sobre la anterior como el rocío se acumula sobre las hojas. La creciente sensación de anticipación llena la casa con una tensión que deja Norland como si estuviera conteniendo la respiración. El tiempo sisea despacio entre mis dientes y el reloj avanza al paso lento de un gato cuando se despereza.

Entre los preparativos de vestuario y sus demás deberes, apenas veo a Essie, aunque me ofrece una sonrisa tranquilizadora cuando la sorprendo hablando con el ama de llaves después del desayuno. Aparte de su delgadez, parece recuperada del frágil estado en que la vi anoche. Su cabello brilla y está limpio, y lleva la cara recién empolvada. Ha recuperado también la compostura, y eso se hace evidente en la elegancia de sus movimientos, en la fluidez con la que se dirige a Cressida cuando nuestra prima política la arrincona. Cuando veo la mano de aquella mujer sobre el brazo de mi hermana, me estremezco, y vuelve a mí la imagen de Essie con aquella expresión tan afectada y su mirada cuando le mencioné a nuestros parientes.

«No me fío de ellos.»

¿Por qué? Sigo queriendo preguntárselo, pero Essie dijo que hablaríamos después del baile. De modo que, por el momento,

decido esperar.

Según Cressida, la respuesta a la celebración ha sido favorable en general, aunque no por ello salpicada con cierto matiz de escándalo. Me hago con su ejemplar de *El Faro* cuando ella termina de leerlo y, cuando me siento con el periódico y una taza de té, la visión del texto en blanco y negro me produce un escalofrío, tanto por la impaciencia como por el temor de lo que pueda encontrar al leerlo:

> «Este fin de semana se está produciendo una gran migración entre las criaturas sociales de la temporada, puesto que tanto las beldades como los personajes veleidosos de noble linaje se dirigen a la propiedad costera de Norland House para asistir a la gran gala que se celebrará allí en memoria de lord Silas Darling. Los que busquen disfrutar del aire refrescante del campo lo encontrarán en la atmósfera de Sussex, aunque la fiesta pueda verse perturbada por los espíritus inquietos de los recién fallecidos. Pero no teman, estimados lectores, porque nuestra mirada atenta es de gran alcance y estamos impacientes por ver si este evento acaba siendo una resurrección para la casa de los Darling o el clavo que cierre su ataúd.
>
> »El día avanza, se arrastra despacio.
> Llega la noche, y me visto de rojo.»

Norland House está resplandeciente, una joya brillante bajo la pincelada líquida y marfileña de la luna.

En vez de intentar apiñar a toda la población de Sussex en el gran salón de baile de la casa, Cressida ha decido que el baile en honor a la memoria de mi padre se celebre básicamente al aire libre. Unas horas más tarde, los terrenos de Norland House se han transformado en un torbellino de color y movimiento, y la noche se ha vuelto extravagantemente luminosa gracias al resplandor de una docena de farolas nuevas que iluminan los jardines. La oscuridad ha desaparecido por completo, gracias también a que las invitaciones de Cressida requerían a los invitados olvidarse del luto y vestir con el rojo de los Darling como una manera de rendir honores a mi padre. La decisión había sido discutida con pasión en *El Faro*, justo como Cressida esperaba que sucediera. Que digan lo que quieran, pero no

conozco ni un solo político o poeta que domine mejor el lenguaje que mi prima política o que tenga más habilidad que ella para encaminar el discurso público en la dirección que desea.

Su misión está muy clara: Cressida quiere que todos los integrantes del linaje noble de El Humo tengan esta noche su atención volcada en la casa de los Darling. Y, para mejor o para peor, así está siendo.

Invitados engalanados con todos los matices del rojo, desde el bermellón hasta el rosa más claro, serpentean entre las farolas armados con copas de vino. Cuando se mueven, su expresión aparece repentinamente antes de fundirse de nuevo con la noche: una sonrisa radiante, una risa de júbilo, un grito de éxtasis. Varias veces, me descubro a punto de tocarle el brazo a alguien, como si quisiera demostrarme a mí misma que no desaparecerá si me acerco en exceso.

Llevo diez minutos como si hubiera echado raíces en una parcela de tierra, observando el mundo como una flor enfundada en un vestido estilo imperio. Se trata de una creación preciosa, con metros y metros de tul del color de las cerezas maduras que cubren la falda y una cinta de color burdeos más oscuro por debajo del busto, y es, por supuesto, obscenamente cara.

Además de deleitarse con nuestra población, la llegada de la niebla separó nuestra isla del resto del mundo, cortando rutas comerciales de siglos de antigüedad con la misma facilidad con la que se cortaría un hilo. Reconstruir la economía nacional nos llevó casi un siglo. Hoy en día, prácticamente toda la producción textil tiene su base en la provincia de la Casa Cachemar, Levath, al oeste de nosotros, y en Ridewell, gobernada por la Casa Ibe, más al norte, pero los recursos son limitados. Algunas delicadezas del pasado existen ahora solo en la ficción y se almacenan junto a otros mitos como los dragones y los espíritus de los bosques. Otras, como el té de flor de brezo y algunos tejidos escasos, están reservadas para el uso exclusivo de las casas y son muestras de riqueza que familias como la mía pueden poseer y exhibir igual que el pavo real exhibe sus plumas.

Sin embargo, independientemente de su coste, percibo el vestido sobre mi piel como si fuese lana mojada, y la presión de la noche me está provocando sudor en las axilas y entre mis senos. Cressida me ha hecho recitar tantas veces el orden de los acontecimientos de la noche que el eco de mi propia voz sigue resonando en mis oídos. En primer lugar, nos ha pedido a mi hermana y a mí que nos mezclemos con los invitados para que nos vean unidas después de la muerte de mi padre. Luego, cuando la fiesta esté en su apogeo, haremos una pausa en los festejos para presentar formalmente a Essie al público como la nueva depositaria de la Casa Darling. Si todo continúa según mi prima política tiene planeado, nuestros huéspedes llegarán a la velada celebrando el legado de mi padre y saldrán de ella acompañando a su sucesora. Pero mi hermana, que siempre es muy puntual, no está por ningún lado. Me vuelvo a derecha e izquierda buscándola con la mirada, pero no aparece.

Me preocupo con inquietud por la tela de mi vestido. Durante todo el día, la visita a medianoche de Essie —y su aspecto demacrado— se ha ido pudriendo en mi cabeza como una pieza abandonada de fruta y se ha ido volviendo más amarga y más potente a cada hora que pasaba. Ahora, recordarlo otra vez me produce tanto mareo como una copa de vino. Aunque quiero achacarlo a los nervios, o al dolor por la muerte de mi padre, en el fondo sé que la conducta de mi hermana anoche no era la de una mujer ansiosa…, sino la de una mujer asustada. Se hizo evidente en el modo en que estuvo abrazándose el cuerpo todo el rato mientras hablábamos, como si estuviera acorralada en una esquina y necesitara armarse de valor para mirar a su alrededor. Como si estuviera aterrorizada por la perspectiva de lo que le esperaba al otro lado.

La única pregunta es: ¿*de qué tiene tanto miedo*?

Un haz de luz dorada resplandece debajo de una de las farolas y me llama la atención. Sigo su origen y el corazón se me cierra en un puño cuando mi mirada recae en una chica alta con mejillas como manzanitas, con un cuerpo esbelto envuelto en una elaborada creación de organza encarnada y cintas de color granate. Lleva el

pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza mediante lazos de seda que brillan bajo la luz mientras ríe con lo que dice su acompañante, el origen certero de mi inquietud.

Mi ausencia le ha sentado bien a Fitz Vannett. Esta noche está más espléndido que nunca, con un frac granate y un chaleco en un tono más claro. Sujeta su sombrero de copa con ambas manos. Cuando veo su pelo oscuro y su piel rojiza, mi pecho se siente notablemente más tenso, como si acabaran de pasarme una cuerda alrededor del esternón y hubieran tirado de ella.

No estaba segura del todo de que fuera a venir. En Nueva Londres, antes incluso de que *El Faro* se fijara en nosotros, Fitz y yo habíamos establecido una especie de vínculo durante la temporada: su nombre siempre ocupaba un puesto de mi carné de baile y él acudía a visitarme con frecuencia a casa de los Eaves. Sin embargo, a pesar de su aparente interés, siempre había tenido la sensación de que me consideraba más una ficha del juego que una chica, un concepto que no me ofendía en absoluto, puesto que reflejaba casi exactamente mis motivos. Al fin y al cabo, si tenía que asegurarme un pretendiente a quien no le importara que no fuera la Señora de la casa, necesitaba encontrar a alguien que buscara un trofeo, y los premios favoritos de los hombres siempre eran aquellos que podían robar de los brazos de otro.

Sí, Fitz tenía título, pero al ser hijo de un Rouge de la Casa Vannett, y no un archidoncel, tenía un rango de nobleza inferior al que yo aspiraba obtener. Aun así, siempre había creído que podíamos resultarnos mutuamente útiles. Su interés atraería sin duda el interés de otros pretendientes, del mismo modo que mi relación de amistad con él mejoraría el nivel de sus perspectivas. Éramos beneficiosos el uno para el otro, y nada más.

Pero eso era entonces. Porque ahora, me dirijo hacia él sintiéndome de repente profunda y agresivamente agradecida por su presencia.

—¡Fitz!

Me siento tan aliviada al ver su cara, que su nombre sale de mi boca sin que pueda impedirlo. Al oír mi grito, Fitz levanta la vista y mueve el cuello hacia un lado y hacia el otro examinando el gentío.

Cuando me localiza, se ruboriza. Sus ojos se mueven brevemente en dirección a la chica que tiene a su lado antes de inclinar la cabeza hacia mí.

—Archidoncella —dice a modo de saludo cuando me acerco.

Esbozo una sonrisa, exagerada, me doy cuenta, y rápidamente cierro la boca. Mi madre siempre decía que no había que enseñar los dientes ni mostrar afecto a un hombre sin haber recibido antes una proposición y que, incluso entonces, solo había que hacerlo en ocasiones muy especiales. Creo que, en todos sus años de matrimonio, solo la vi sonreír con sinceridad a mi padre un par de veces.

—Mi familia le ofrece sus condolencias —dice Fitz, inclinando de nuevo la cabeza, con un tono formal, como si hubiese ensayado sus palabras durante el viaje hasta aquí.

Mis pasos se tambalean con inquietud por un momento ante el tono empleado por Fitz y mi mirada se dirige con incomodidad hacia su acompañante, que me observa con ojos entrecerrados. La recuerdo de la capital, Annabeth o Annabelle o algo así se llama. Una de esas chicas que siempre deambula por nuestras fiestas, alardeando del dinero de su familia como si nosotros fuéramos lobos hambrientos, intentando camelar a los más débiles de nuestra manada. Entre los de linaje noble, existe un nombre para las mujeres como ella: *chupasangre*. Escaladoras sociales que utilizan la fortuna de sus padres para comprar su acceso a los linajes nobles, para comprar a sus futuros hijos la inmunidad que corre por nuestras venas.

¿Qué está haciendo Fitz con alguien como *ella*?

Me olvido de mis dudas, río con entusiasmo y me cuelgo del brazo de Fitz.

—Ya le he dicho, Fitz, que debe llamarme *Merrick*. Hace ya tiempo que los árbitros de la alta sociedad me consideran un caso perdido. Se lo aseguro, mi reputación no puede sufrir más daño. Y bien —miro a nuestro alrededor, la fiesta que sigue como un remolino de vestidos y alcohol—, ¿le apetece un refresco? *Tiene* que contarme todos los chismorreos que ha oído desde que nos vimos

por última vez. Será una diversión muy bienvenida en este tiempo de duelo.

Pero Fitz se resiste a mi invitación al bar y se queda clavado donde está.

—Me temo que le he prometido al padre de la señorita Crowe que permanecería a su lado hasta que él terminara de hacer su ronda de saludos —replica. Su mandíbula se tensa y me frustro al ver que dirige de nuevo su atención hacia la chica que tiene a su lado, como si quisiera asegurarse de que sigue aquí. *Amelia*, así se llama, Amelia Crowe. Se inclina entonces hacia mí y baja la voz hasta convertirla en un murmullo—. Tendríamos que hablar luego, Merrick. Hay… Hay una conversación que debo mantener con usted.

Una cascada de líquido oscuro empapa mis entrañas cuando me fijo en la seriedad que refleja la expresión de Fitz, en la solidez con la que sus pies parecen asentarse al lado de su acompañante. Como si fueran *algo más* que conocidos, como si estuviesen *juntos*, en todos los sentidos de la palabra.

Imposible. Los Vannett jamás permitirían que uno de los suyos se comprometiera con una chica como la que tengo delante, con una *chupasangre*. Y, aun en el caso de que su familia lo permitiera, ¿por qué Fitz estaría dispuesto a seguir adelante? Los Crowe no tienen título, no tienen legado.

Procurando mantenerme inalterable, hago un gesto de asentimiento.

—Por supuesto —digo—. ¿Tal vez me concedería luego un baile? Así podríamos hablar todo lo que quisiéramos.

Me inclino más hacia él y Fitz se aparta bruscamente y se suelta de mi brazo.

—Disculpe… Discúlpeme, archidoncella, pero no estoy seguro de que fuera del todo apropiado. Mire, estoy comprometido con la señorita Amelia Crowe. Nos casaremos en otoño.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Perdón?

—Pensé que sería mejor comunicárselo personalmente —continúa Fitz, mirando fijamente al suelo. A su lado, la sonrisa de suficiencia de Amelia Crowe es como el filo de una daga clavándose

en mis intestinos—. Soy consciente de que la noticia podría ser un desengaño para usted, viendo cómo alguien podría haber dado por sentado que usted y yo habíamos establecido cierto… cierto vínculo antes del fallecimiento de su padre.

—¿*Alguien* podría haber dado por sentado? —No puedo evitar el desprecio que impregna mi tono ni que mi voz se vuelva algo aguda —. Qué interesante. ¿Acaso ese *alguien* no lo vio pasear conmigo durante todo el mes pasado, delante de la alta sociedad de Nueva Londres, o fue solo usted quien lo vio?

Fitz se pone colorado y juro que, si mira a Amelia ni que sea *solo una vez más*, me echaré a gritar. «Mantén la calma, Merrick. —La conocida frasecilla me viene a la memoria—. Si lo reprendes ahora, perderás tu oportunidad para siempre.»

Recobro la serenidad y cierro mis emociones en un puño mental.

—Fitz, por favor —suplico en voz baja—. Hablemos en privado. Estoy segura de que este no es el tipo de enlace que usted desea. Usted y yo… creo que podemos ayudarnos mutuamente, si quisiera escucharme…

Veo que la musculatura de su cuello se tensa, como si mi presencia le molestara.

—Discúlpeme, pero no se me ocurre una forma delicada de expresarlo —me corta rápidamente—. Uno de los centinelas de mi familia abandonó su puesto la semana pasada. Más concretamente, dejó plantado a mi tío abuelo, lord Corith Vannett, para venir *aquí* siguiendo una oferta que había oído que había hecho su hermana, algo así como reunir tropas adicionales a cambio de tierras. —Fitz se pasa una mano por la cara—. Soy el único hijo de mi padre, Merrick. Tengo una responsabilidad hacia mi casa que es mucho mayor que cualquier deber que considere que tengo respecto a usted. Y, hablando con franqueza, a mi familia le preocupa lo que la decisión de la archidoncella Estella da a entender en cuanto a su capacidad de liderazgo. Mi padre teme que sea una señal de… deterioro de su casa después del fallecimiento de lord Silas. Y, aunque siempre guardaré como un tesoro los momentos que compartimos, ahora debo decirle adiós.

Siento un escalofrío cuando veo que Fitz presiona la mano de Amelia y sigue evitando mi mirada. De modo que *esta* es la verdad, la razón por la que ha decidido elegir una chica sin linaje antes que casarse conmigo. Mejor un parásito, que se alimenta allí donde puedes verlo, supongo, que un zorro en el gallinero. Me siento sucia, humillada, como si me hubieran arrancado el vestido. Después de todo lo que he visto desde mi regreso a Norland, he guardado la posibilidad de huida como un as en la manga, algo que poder jugar en el momento en que lo necesitara. Pero, si el resto de las casas opinan lo mismo que la familia de Fitz, ¿tendré algún lugar adonde poder huir?

Fitz me da la espalda y echa a andar con Amelia para alejarse de mí y, en el último momento, le digo:

—Mucho criticar a mi familia —murmuro, para que solo Amelia y él puedan oírme—, pero bien que asiste a nuestro baile y bebe nuestro vino. De ser yo su prometida, me cuestionaría el tipo de hombre que es capaz de llevarme a los salones de una casa en estado de *deterioro* y se da un festín con sus cadáveres la misma noche.

Fitz se detiene y asienta los hombros. Permanezco inmóvil, esperando patéticamente a que pique mi anzuelo y se lance a una discusión —cualquier cosa por mantenerlo aquí, para que siga hablando—, pero se limita a volver ligeramente la cabeza por encima del hombro. Su expresión es de lástima, casi de tristeza.

—El ingenio no mantendrá su fuego ardiendo eternamente, Merrick —me espeta.

Después, se marcha, y el bufido de triunfante satisfacción de Amelia Crowe resuena en mis oídos.

A mi alrededor, el murmullo de las charlas se ha silenciado. Sin un objetivo al que dirigirla, mi ira se marcha rápidamente, como una bandada de aves que se dispersa en el cielo, y queda sustituida al instante por la vergüenza. Me siento excesiva y fuera de control bajo la mirada juzgadora de tantos testigos; me siento como si estuviera emergiendo a raudales de mi propio cuerpo. «No tienes moderación.» La crítica favorita de Essie, es casi como si estuviera oyéndola.

De pronto, como si hubiese cambiado la dirección del viento, intuyo una presencia acercándose por detrás. Una oleada de aliento caliente roza mi nuca y me provoca un vuelco en el estómago.

—Qué aburrimiento —dice esa persona—. Fitz y yo solíamos jugar a las cartas y nunca me ganó. Nunca ha sabido reconocer una buena mano cuando se la reparten.

Cuando me vuelvo, Ames Saint me está mirando. La luz de la farola se derrama sobre su espalda como mantequilla derretida. Viste un chaqué de tono clarete, pantalón hecho a medida y corbatín rojo sangre, ceñido al cuello. Las líneas limpias y sencillas le sientan impecablemente. Sonríe, y la forma de su sonrisa por encima del chaqué oscuro me recuerda a una luna en cuarto creciente que esconde detrás muchísimas cosas.

Trago saliva. A pesar de mi confrontación con Fitz, no puedo negar que, mientras me estaba arreglando para la fiesta, una parte de mis pensamientos ha estado dedicada al depositario de la Casa Saint. Quizás, pensando en su posible asistencia, eso ha sido lo que me ha llevado a instar a mi criada a que me apretara el corsé *un poco* más. No es tanto que haya estado suspirando por él, sino que, desde nuestro encuentro en los jardines, cierto rastro de él se ha ido acumulando bajo mis uñas como la tierra del río. Cojo el cuchillo durante la comida o me recojo un mechón de pelo detrás de la oreja y, de pronto, allí está él, otra vez en medio de mis pensamientos.

—Confiaba en verla esta noche por aquí, archidoncella. —Ames extiende su mano derecha hacia mí para ofrecerme una de las dos copas que lleva. Debe de haber visto cómo mi mirada se dirigía hacia Fitz, que se ha perdido ya entre la muchedumbre; debe de haber percibido mi ansiedad ante la posibilidad de que la gente me oyera, porque me guiña el ojo en un gesto de confianza y sus dientes brillan en una sonrisa—. No se preocupe, mi madre me crio para otras cosas mejores que escuchar a hurtadillas —me asegura—. Aunque recuerdo haber leído su nombre junto al de Vannett en un ejemplar de *El Faro* de hace unas semanas. ¿Qué ha pasado? ¿Una pelea de enamorados?

Su expresión tiene un aire zorruno que me invita a hacerme más audaz, aunque sea tan solo por tenerlo tan cerca.

—En absoluto —replico, contraatacando. Acepto la copa y me la llevo a los labios. El vino me sabe a agrio cuando se desliza por mi garganta, me recuerda el sabor de una baya todavía verde—. Simplemente estaba dándole mi enhorabuena por su compromiso.

Ames levanta una ceja rubia y la sorpresa borra parte de la picardía de su rostro.

—¿En serio? —Su mirada me recorre rápidamente, mirándome con otros ojos—. Lo siento.

Levanto los hombros y noto que la piel me arde bajo la fuerza abrasadora de su mirada.

—Aprecio sus condolencias, archidoncel Ames, aunque son innecesarias —le respondo—. Estoy perfectamente.

Ames chasquea la lengua.

—Oh, no es por usted que lo siento —declara solemnemente—. Yo también sufrí en su día las atenciones de la señorita Amelia Crowe. Vannett se llevará una enorme decepción cuando se dé cuenta de que el dinero del padre no basta para borrar la personalidad de un pez muerto. —Bebe un trago largo de vino—. Yo siempre he preferido una chica con cabeza.

El rubor se apodera de mí y mi frente se calienta como si empezara a tener fiebre. Intento combatir este calor repentino, obligándome a recordar los comentarios que corren por Nueva Londres: los numerosos flirteos de Ames, el encanto que exuda de su persona como si fuese sudor, de forma natural, sin tener que forzar nada.

Si tuviera la habilidad de poder hacerlo, lo complacería y le lanzaría también un cumplido. Pero las palabras de Fitz siguen resonando en mi cabeza y me resulta imposible ignorar su rechazo. Necesito centrarme en encontrar a Essie, en superar esta velada sin más contratiempos. Apoyarla, tal y como Cressida me ha pedido que haga.

Hoy más que nunca, tengo la sensación de que el futuro de mi casa depende de ello.

—Ha sido obsequiado usted con un corazón bondadoso —digo pasado un momento, y miro a Ames con una sonrisa más firme de

cómo en realidad me siento—. Le agradezco sus palabras de consuelo, son un gran bálsamo para mi ego.

Espero que con esto dé marcha atrás y me pilla desprevenida que no lo haga. Ames se limita a reír, y el sonido de su risa es como unas uñas deslizándose delicadamente por mi espalda.

—La bondad no es precisamente una virtud que mis amigos me acusen de poseer —replica, acercándose un poco hacia mí—. Pero es posible que usted haya conseguido sacar a relucir este lado caritativo de mi persona.

Su mirada azul es afilada, rebosa inteligencia y hambre. Tengo la sensación de que podría llegar a perderme en estos ojos; tengo la sensación de que, si estuviera dispuesta a jugar a su juego, mi corazón saltaría de los confines de mi pecho incluso antes de ser consciente de que él me lo había robado.

Y, curiosamente, esa posibilidad me resulta tentadora.

El sonido agudo de la risa de una mujer borracha atraviesa la noche y disuelve la tensión que se ha creado entre nosotros. Como si acabara de salir de un trance, Ames parpadea y su expresión se despeja. Apuro mi copa de vino y miro hacia el otro lado. Noto la cabeza confusa con un vago sentimiento de culpa, tengo la incómoda sensación de que he renunciado a algo, de que he enseñado mis cartas antes de tiempo. Aturdida, miro mi copa vacía y una excusa para marcharme asciende hacia mis labios, pero Ames se avanza.

—¿Le apetece bailar? —pregunta de repente, moviendo la cabeza en dirección al otro lado de los jardines, donde la música flota en el ambiente.

Ames llama a un criado y deja la copa vacía en la bandeja que porta. Deposito también la mía y, dubitativa, retraso mi respuesta. Ames intuye mis dudas y carraspea un poco antes de tomar la palabra.

—No soy un Vannett, pero mi madre es Señora de una casa por su propio derecho. A pesar de ser un candidato sin posibilidades, sí me ofrezco para demostrarle a Fitz todo lo que se pierde.

Me tiende el brazo con una mirada conspiratoria, un gesto que deshace por completo el nudo de nervios que siento dentro de mí y,

por primera vez en lo que va de noche, noto que me relajo un poco.

—Bailemos —acepto—. Por favor.

Ames sonríe, encantado. Descansa la mano sobre la mía y me guía hacia donde el mar de invitados se abre alrededor del recién construido pabellón de baile de Norland House, un mastodonte de tejas relucientes coronado por una carpa decorada con farolillos de colores. Un cuarteto de cuerda toca en la plataforma elevada instalada en una esquina del pabellón, y la luz refractada baña de rosa al violinista y de azul solemne al violonchelista.

Las notas iniciales de una nueva melodía, alegre y ligera, provocan un coro de vítores entre las parejas allí reunidas. Soy una bailarina correcta, ni más ni menos, pero la canción me suena tanto que me lanzo a dar los pasos sin pensármelo dos veces. Recojo mis faldas en una mano, retrocedo un paso, luego doy otro hacia la derecha y me sorprende ver que Ames me sigue a la perfección.

—¿Conoce este baile? —pregunto con curiosidad.

Es una de las canciones favoritas de la provincia, alegre hasta el punto de ser ruidosa y perfecta para bailes campestres como este, aunque, en general, se considera demasiado tosca para los rígidos salones de baile de Nueva Londres.

Ames mueve la cabeza en un gesto de asentimiento.

—El *reel* de Sussex, ¿verdad? —responde. Murmuro un sí a modo de confirmación y paso a la secuencia siguiente, *juntos, separados, juntos*—. En Cardiff tenemos una versión similar —me explica—. No sé si había olvidado que somos vecinos.

Noto una punzada de vergüenza en el costado y por un momento me vuelvo torpe.

—Yo no olvido nada —replico frívolamente y lo miro a los ojos—. Aunque no pasó mucho tiempo en la zona de pequeño, si mi memoria no me falla, ¿no es así?

Paso la cabeza por debajo del brazo levantado de Ames y presiono la palma de mi mano contra la de él, un movimiento más de un seguido de repeticiones. Me separo de él y se queda mirándome, encogiéndose levemente de hombros.

—Es así —reconoce—. Mi madre considera que los niños se desarrollan mejor en la ciudad, donde pueden estar expuestos a las

artes, las ciencias y todas esas cosas. Me crie básicamente en Nueva Londres, con mi padre, mientras mi madre permanecía en el Nido desempeñando sus deberes como Señora de la casa. —Sus labios esbozan una media sonrisa—. Resulta extraño, pero en muchos sentidos tengo la sensación de que solo he empezado a conocerla recientemente, a mi madre, me refiero. Durante mucho tiempo fue como una reina lejana que gobernaba una tierra extranjera. Quien me crio de verdad fue mi padre.

Mientras habla, busco en su cara fragmentos de su madre. Nunca he tenido oportunidad de conocerla, pero, por lo que cuentan, lady Ianthe Saint es una mujer de facciones simples, menuda y de aspecto frágil. He oído decir que fue una niña enfermiza y que, como mujer, su cuerpo nunca llegó a recuperarse por completo de los frecuentes brotes de enfermedad que sufrió de pequeña. «La niña Saint», la llamaron, el día de su propia audiencia de nominación. La votación fue muy reñida, puesto que varios miembros del Consejo Mortal la consideraban demasiado débil para gobernar.

Pero gobierna, desde hace ya casi dos décadas, y, bajo su mando, Cardiff ha prosperado. Me pregunto si Ames tendrá en él algo de la dureza de su madre o si es como su padre, atractivo y complaciente, la mano que guía el puño de hierro de ella.

—Siento que haya fallecido —digo por fin—. Su padre, me refiero.

Bailamos en silencio unos instantes, antes de que Ames me responda:

—Sí. Todo el mundo acaba muriendo, claro.

Me mira de nuevo y su mirada vuelve a brillar.

—Me alegro de que su muerte me haya traído por fin de vuelta aquí —añade—. De pequeño, me preguntaba por ustedes. Por usted y su hermana, por las niñas que vivían al otro lado de las colinas. —Pone un énfasis ensoñador en las últimas palabras, como si estuviera mencionando el título de su cuento favorito, un cuento aprendido de memoria mucho tiempo atrás—. Nunca estuve convencido del todo de que fueran reales.

Me embarga un calor húmedo, como si de repente corriera por mis venas agua caliente.

—Yo me sentía igual.

De pronto, la música para y la interrupción me lleva a levantar la vista. En el lado opuesto del pabellón, dos figuras avanzan hacia la plataforma de los músicos y la multitud se aparta a su paso como si fuera mantequilla bajo la presión de un cuchillo. La primera figura es Cressida, engalanada con tafetán carmesí, una tonalidad tan viva que podría resultar chabacana de no ser por la elegancia con la que ella la luce. La acompaña una chica de cabello oscuro, cuyas extremidades huesudas sobresalen como palos de la nube de su vestido.

A diferencia del resto de los asistentes, mi hermana viste de blanco. Su vestido marfileño es una delicada creación en seda con mangas transparentes abullonadas y docenas de perlas cultivadas bordadas en el busto, lo que destaca su pecho y su piel, pálida como la leche. Su cabello está adornado con versiones en negro de la misma gema, relucientes como la tinta y brillantes como estrellas oscuras. En un instante, todos mis pensamientos en torno a Ames desaparecen y una claridad renovada se cierne sobre mí como agua fría. *Está aquí*. La segunda fase del plan de Cressida se ha puesto en marcha.

Sin ralentizar el paso, mi hermana dirige la mirada hacia donde estamos Ames y yo, y su boca esboza la sombra de una sonrisa. El corazón se me encoge cuando reflejo su gesto.

La multitud se queda en silencio mientras Cressida y mi hermana se aproximan al escenario, donde veo que Tom ya está esperándolas para ayudarlas a subir. Ahora que presto atención, me resulta fácil distinguir a las otras personas de linaje noble de entre los demás invitados: vislumbro un par de primos Ballantine, de mirada astuta y pelo castaño rojizo, y a un marqués pecoso de la Casa Warchild, un hombre que parece olvidar que me dobla la edad cada vez que coincidimos en un baile. Todos los miembros de las once familias que decidirán el destino de la mía.

Situada más lejos, hacia los jardines, otra figura me llama la atención. Killian Brandon parece una estatua gris y solemne vestido

con su uniforme de centinela entre el estallido de rubí de la fiesta, y su forma queda casi oculta por las sombras del pabellón. Se encuentra entre una fila de hombres de aspecto igualmente sombrío, dispuestos cada diez metros a lo largo de los límites de la estructura, que observan con diligencia a los invitados como chaperonas que controlan con ojos de halcón a sus pupilas. Aunque estoy segura de que esta exhibición de vigilancia tiene como objetivo tranquilizar a los asistentes, la enorme cantidad de centinelas me pone nerviosa, el modo en que nos tienen bloqueados por todos lados. Me siento como si me cercara una manada de lobos.

Como si hubiera intuido mi turbación, los ojos de Killian se encuentran con los míos. Su expresión es vacía, lleva la máscara sin emociones típica de un soldado, pero su cabeza se inclina levemente cuando me ve, como si quisiera tranquilizarme con su presencia.

Vuelvo a mirar hacia el frente y, delante de mí, veo que mi primo extiende una mano enguantada hacia Essie para ayudarla a subir los peldaños que conducen hasta la plataforma. A pesar de su elegante atuendo, no puedo evitar fijarme en lo inestable que parece mi hermana, en el temblor de la mano que le acerca a Tom. Es como si, en cualquier momento, sus piernas fueran a ceder por completo y fuera a caer desvanecida entre sus brazos.

Ames se acerca y noto su aliento cálido y húmedo en el cuello.

—¿Se encuentra bien al archidoncella Estella? No tiene muy buen aspecto.

Me recorre el cuerpo un escalofrío de temor. Vuelvo de nuevo la cabeza hacia el escenario y veo que mi hermana me mira fijamente. Sus ojos reflejan ansiedad, están muy abiertos y es evidente que no está bien. Su mirada dibuja una línea entre Ames y yo, y el arco de su frente parece formular una pregunta. La crítica que percibo que emana de ella, incluso a esta distancia, me produce un hormigueo.

—Está bien —respondo, deseando con toda mi alma que mis palabras sean ciertas—. Nerviosa, simplemente eso.

Ames arruga la frente, pero su réplica se queda en nada cuando, desde la plataforma, Cressida toma la palabra.

—Damas y caballeros —empieza diciendo, con una voz aterciopelada articulada al volumen suficiente para atraer la atención

de los asistentes—. Excelencias, eminencias… —Hace una pausa y se abanica fingiendo un gracioso agotamiento—. La verdad es que a los de linaje noble nos encantan los títulos, ¿no les parece?

Una carcajada generosa recorre la multitud y el rostro de mi prima política se ilumina. Es evidente que el río de alcohol que ha estado sirviendo ha cumplido con su trabajo.

—Gracias por venir a nuestra humilde morada esta noche —continúa diciendo—. Junto con mi esposo y mis queridas primas, quiero decirles que no podríamos haber tenido honor mayor que recibirlos a todos ustedes en Norland House, no solo para celebrar la vida de lord Silas Darling, el amado tío de mi esposo, sino también para marcar con este evento el inicio de una nueva temporada de crecimiento de la Casa Darling…

Dejo de prestar atención al resto del discurso porque, en lo más profundo de mis oídos, ruge una oleada de sonido. Mi mirada se ha quedado fija en una figura que ha aparecido justo detrás de la plataforma donde están Essie y Cressida, en los terrenos que se extienden más allá del pabellón de baile, no en la parte de los jardines que se ha preparado para el baile, sino en la zona de naturaleza salvaje que hay en dirección a los acantilados envueltos en niebla que conforman la parte de nuestra frontera que da al mar.

La piel de esa persona es como un espejo de la luz de la luna y brilla de forma etérea en contraste con la penumbra, como si hubiera sido arrancada de un sueño. Sin farolas que atraviesen la noche, los jardines parecen casi un cuadro en dos dimensiones; es como si esa persona estuviese colocada en el centro de un lienzo sobre el cual se hubiese vertido un bote de pintura negra. Su pelo, largo y de color ébano, se funde con la atmósfera circundante, y la figura emana la desconcertante impresión de no ser más que un conjunto de partes: dos manos en posición curva, el destello de un tobillo de color marfil, un rostro estoico.

Me estremezco y luego contengo un grito cuando me fijo en los ojos: dos óvalos idénticos que me miran sin pestañear. Incluso desde esta distancia, adivino que son totalmente blancos, como dos huevos, lisos y sin la habitual interrupción de un iris o una pupila. Es como si un manto de nieve recién caída hubiese cubierto por

completo a esa persona, desdibujando sus rasgos bajo una capa de hielo.

No es una persona, comprendo, justo en el momento en que el primer grito atraviesa la noche, un contrapunto terrible y gorjeante.

Un Fantasma.

CAPÍTULO ONCE

Gritos, primero de curiosidad y luego, cada vez más, de terror, giran a mi alrededor cuando, de uno a uno, los invitados ven la criatura que se cierne detrás de mi hermana. Por instinto, busco mi matafantasmas ausente mientras veo que otra cara, luego una tercera, y después una quinta y una sexta emergen de una oscuridad negra como el asfalto a lado y lado de la primera bestia. Las sombras se separan como una cortina alrededor de los monstruos.

Algunos de los Fantasmas se mueven a cuatro patas y se arrastran por el suelo con la espalda encorvada de un gato que se prepara para saltar. Otros, como el primero, caminan erguidos, y el chasquido errático de sus piernas recuerda el tambaleo ebrio de una muñeca, de un ser sin control de sí mismo. Costras de sangre seca cubren las mandíbulas de varios de ellos; otros tienen heridas y su piel cerosa aparece rasgada, como si se la hubieran querido arrancar. Regalos de despedida de sus anteriores víctimas, sin duda.

Todos los Fantasmas sonríen, pero es la sonrisa ida de los locos, de aquellos que se han podrido en celdas oscuras durante años, sin comida, sin calor, sin amabilidad, y cuya mente la soledad empequeñece hasta asemejarla a la de las ratas. Hasta que, al final, inesperadamente, son puestos en libertad.

—El infierno y el diablo —musita Ames a mi lado.

Por debajo del tejido de su chaqué, su musculatura se ha puesto tensa. Me giro y localizo de nuevo a Killian, arma en mano y con una palidez grisácea asentándose sobre su piel. Hemos estado dos veces juntos en la niebla, pero ahora, cuando lo miro, me doy cuenta de que es la primera vez que lo veo asustado de verdad.

El recuerdo de nuestro último encuentro remueve algo en mi interior. Me vuelvo hacia el escenario y analizo la oscuridad de más allá en busca de un indicio anaranjado, de algo que indique que nuestras defensas siguen todavía encendidas. Tan cerca de Norland, el mantenimiento de la frontera no debería suponer ningún problema, ni siquiera con las muchas excusas que mi familia me ha dado desde mi regreso. Una brecha tendría que ser imposible.

¿Cómo han pasado los Fantasmas?

Como alentados por mis pensamientos, los monstruos continúan avanzando y mirándonos lascivamente. Su movimiento parece sacar del trance a la multitud. Los gritos rasgan el pabellón mientras los invitados se abren paso a codazos y abandonan a sus parejas en busca de la seguridad que puede proporcionar la parte iluminada de los jardines. Los asistentes más ingeniosos se paran un momento para lanzar las copas contra los delicados farolillos de colores que cuelgan del techo de la carpa en un intento de descolgarlos y liberar la llama del interior. Estallan en explosiones cristalinas de rosa y azul, lanzando misivas encendidas que se proyectan hacia el suelo. Un hombre se tambalea cuando las llamas impactan con la manga de su esmoquin; a su lado, una mujer se lleva las manos al ojo y lanza un aullido de agonía.

Pero no es suficiente. Con la rapidez de una serpiente, uno de los Fantasmas de la parte posterior del grupo sale corriendo y rodea con los brazos al sorprendido violinista, como si lo estuviera abrazando. Con los ojos abiertos de par en par, observo absorta cómo la bestia acerca la boca al cuello del músico; el movimiento de los labios sobre su piel es tierno, como una caricia.

El hombre ya está llorando cuando el Fantasma le enseña los dientes y los hunde en su carne. La sangre roja salpica el aire, como el arroz lanzado en una boda sobre los novios.

—¡Archidoncella, al suelo!

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, Ames salta sobre mí para tirarme al suelo. Noto su cuerpo duro como un caparazón sobre mí; me inmoviliza e impide que me levante.

La sorpresa que experimento de entrada queda sustituida por un sentimiento de frustración.

—Pero ¿qué…?

Me tapa la boca con la mano y tira de mí en una especie de abrazo protector. Contengo un grito cuando una estampida de pies aporrea el suelo a mi alrededor, en dirección a la plataforma donde siguen todavía mi hermana y Cressida, a las que se ha sumado ahora Tom, que enlaza por la cintura a su esposa.

Los centinelas. Pasan corriendo por nuestro lado, gritándose órdenes. Cuatro de ellos se separan del grupo en cuanto llegan al escenario, agarran a Essie, Cressida y a mi primo, y se los llevan de allí, mientras el resto continúa avanzando hacia los Fantasmas. Identifico a Killian entre los hombres del primer grupo, su mano sujetando el brazo de mi hermana y su cabeza inclinada para decirle algo al oído. A sus pies, las llamas se estiran y parpadean como plantas en flor que se alzan hacia el sol.

—Todo irá bien. La tengo… Está a salvo.

Ames me susurra palabras tranquilizadoras, y la barba incipiente que no me había fijado que tenía me rasca la piel. Su corazón retumba contra mi espalda a un ritmo regular y seguro, pero sus brazos me constriñen, son como una jaula de hueso.

Consigo liberarme por fin de su abrazo.

—No piense tanto en mí. ¿Lleva alguna *arma* encima?

Sin entender qué le estoy diciendo, Ames parpadea a modo de respuesta. La conmoción ha dilatado sus pupilas hasta dejarlas del tamaño de dos piedras negras, y el iris azul apenas es visible.

Aprieto los dientes.

—Un matafantasmas —insisto, con más firmeza—. ¿Lleva alguno encima?

—No, es que… —Ames niega con la cabeza e intenta serenarse —. No.

No tengo oportunidad de preguntarle nada más. Un estallido como el de un trueno retumba en el aire. Uno de los centinelas

acaba de disparar, pero el tiro ha salido desviado y traza un arco en la oscuridad. La bilis me arde en la garganta cuando veo cómo cae un soldado, y luego otro, víctimas de las letales manos de los Fantasmas. Un olor mohoso y animal invade mis fosas nasales, a orina y sudor, el hedor a pánico de los mamíferos.

Los sonidos se enmarañan por encima de mí. El grito de un centinela. Un músculo arrancado de un cuerpo vivo. El inquietante grito de despedida interrumpido de forma brusca y abrupta.

—Archidoncella…

Ames pronuncia mi título como una advertencia y mi entorno vuelve a enfocarse. Apenas a cinco metros de distancia de donde estamos, la luz de los farolillos de la carpa parpadea sobre el cuerpo del Fantasma líder, pintándolo con diabólicas tonalidades de rojo y naranja. Va descalzo y lleva un vestido de fiesta descolorido, con manchas de sudor en las axilas en forma de medialunas amarillentas. Todo el lado izquierdo de su cara está marcado con fragmentos irregulares de podredumbre gris, y venas blancas cubren su piel como grietas de un jarrón.

Pum. Otro disparo del arma de un centinela, pero este da en el blanco con un golpe amortiguado. El Fantasma se lleva las manos al abdomen, donde la bala le ha atravesado la carne. Su rostro se contorsiona de dolor, su garganta emite un grito estremecedoramente humano y cae derribado al suelo.

La marea cambia en un instante. Los centinelas siguen disparando contra los Fantasmas, derribándolos rápidamente a todos. No puedo evitar una mueca de dolor cuando el último monstruo acaba derrotado de un puntapié en la espada mientras intenta huir arrastrándose. Se agita desesperadamente en el suelo y sus gritos se debilitan hasta transformarse en un gemido apagado que me hiela la sangre.

Un único centinela avanza hacia él, un paso, dos. Levanta el brazo, y el disparo final rompe la noche. El Fantasma se queda en silencio. En su lugar, el sonido de la noche me tapona como cera los oídos.

La atmósfera se relaja con su muerte y es como si el aire hubiera estado conteniendo la respiración hasta este momento. En la

seguridad de los jardines, el grupo que custodia a Cressida, Tom y mi hermana se aparta de sus protegidos, baja las armas y vigila a un lado y al otro para detectar la posible presencia de más monstruos. Los huéspedes supervivientes que no habían conseguido salir del pabellón se levantan temblosos del suelo y asimilan la escena con los ojos abiertos de par en par.

Me incorporo también y, a pesar de que el cuerpo de dos centinelas me bloquea la vista, intento localizar a Essie. Bajo las estrellas, su piel es solo un par de tonos más oscura que la de los Fantasmas y sus mejillas están igual de hundidas. Como si intuyera que la estoy mirando, Essie se vuelve hacia donde yo estoy.

Una punzada de emoción me atraviesa el esternón cuando nuestras miradas coinciden. No hay miedo en sus ojos de color pizarra ni rastro de sorpresa o asombro.

Solo una resignación sombría, como la de quien hace mucho tiempo que ha visto nubarrones de tormenta en el horizonte mientras todos los demás estaban cegados por el sol del mediodía. Como la de quien lleva esperando desde entonces que caiga la lluvia.

CAPÍTULO DOCE

Cuando era pequeña, mi padre me contaba cuentos de hadas.

Si era uno de esos días excepcionales en los que estaba de buen humor, el relato era animado, lleno de matices y dulce como el caramelo. Lo saboreaba y me relamía con las palabras hasta que los dientes se me quedaban pegajosos.

Una chica. Un palacio. Un príncipe.

Sin embargo, si mi padre estaba de mal humor, lo cual era mucho más habitual, el relato se volvía tempestuoso. Se llenaba de giros bruscos que me dejaban sintiéndome claustrofóbica, mareada, atrapada entre sus brazos en vez de protegida por ellos.

Una chica. Un bosque. Un lobo.

Una vez, siendo yo muy pequeña, me asustó de tal manera con una de esas historias que rompí a llorar. Recuerdo que me acarició el pelo, que se inclinó para susurrarme al oído: «¿Tienes miedo?» Sus ojos grises brillaban tanto que era como mirar a un espejo cruel.

«Sí», le respondí y le pregunté si aquella historia era real.

Se estuvo un buen rato reflexionando sobre mi pregunta y, finalmente, enderezó la espalda y me miró a los ojos.

«El miedo es real», dijo.

* * *

Cuando el velo se levanta de nuevo, estoy acostada en mi habitación. El blanco parpadea en los límites de mi visión y se fusiona para formar máscaras fantasmagóricas del color de la cera que gotea de las velas: una hilera de caras, con ojos de cuencas vacías, bocas oblongas abriéndose para formar gritos. Se ciernen sobre mí, silenciosas y lascivas, como una línea de ángeles destructores.

Parpadeo, y el hilo del sueño se rompe. Las caras desaparecen…, pero las imágenes de sus réplicas reales siguen grabadas firmemente en mi cabeza.

Fantasmas. En los jardines.

Me incorporo a toda velocidad y me quedo sorprendida cuando noto que la superficie debajo de mí se mueve conmigo. Estoy tumbada en la cama, vestida aún con la ropa de la fiesta, y el colchón de plumas se hunde como el lecho fangoso de un río para acomodar mi peso cambiante. Noto la lengua pesada y seca, pegada al paladar.

El recuerdo de la velada vuelve a mí como el goteo gradual de la lluvia. Después del desastroso final del baile, mi familia y yo apenas cruzamos palabra. Cressida y Tom acompañaron a los temblorosos huéspedes hacia sus carruajes, mientras Essie se quedó hablando con los centinelas, que fueron después despachados para llevar a cabo una verificación concienzuda de la frontera. Me quedé deambulando entre los restos del pabellón hasta que volvieron y permanecí allí el tiempo suficiente como para escuchar cómo empezaban a relatar lo que habían descubierto, pero Essie se percató de mi presencia y me echó. Al parecer, la causa de la brecha se identificó enseguida: otra farola apagada, con la llama inexplicablemente extinguida a pesar de que había sido revisada hacía apenas unas horas. El hecho de que los centinelas insistieran en que los daños ya estaban reparados y que el perímetro estaba asegurado no sirvió para aliviar mi angustia de saber que un suceso de este calibre pudiera haberse producido.

Otra vez.

Y nadie sabe todavía por qué.

Recuerdo que, cuando llegué a mi habitación, parte de mí anhelaba ir a buscar a Essie. Teníamos muchas cosas que comentar, no solo la aparición de los Fantasmas, sino también la abrumadora impresión que mi hermana había dado a raíz de todo eso, con la mirada llena de fatalidad, como si hubiera estado esperando que la muerte llamara a nuestra puerta, pero resistí la tentación. Aparté el baúl de viaje del rincón donde lo había dejado y empecé a hacer la maleta.

El sentimiento de culpa había sido instantáneo, más profundo esta segunda vez, como hundir los pies en la nieve medio deshecha de tanto caminar sobre ella. ¿De verdad estaba dispuesta a hacer esto? ¿Abandonar a mi familia en el momento en que aparecían problemas, igual que había hecho tan solo unos meses atrás? ¿Abandonar de nuevo a mi hermana?

Pero la refutación fue más rápida. Essie me había dicho que estaba mejor lejos de Norland y, después de lo sucedido en el baile, le daba la razón. Era imposible estar segura dentro de las fronteras de Sussex. Desde que había llegado de la capital, mi vida se había convertido en una caída imparable, como si Killian me hubiese sacado de aquel carruaje envuelto en niebla y, después del primer tirón, no hubiese parado de caer. El suicidio de mi padre, las brechas, el miedo que parecía haber engullido a mi hermana. Me resultaba imposible descifrar un hecho individual, pero sí escuchar una advertencia colectiva que gritaba *peligro* a todo pulmón.

No, necesitaba volver a Nueva Londres, y rápido. Si Fitz no se casaba conmigo, encontraría a otro dispuesto a hacerlo, aunque ello significara convertirme en el nuevo juguete de un viudo arrugado. Ser miserable en la cama era, al fin y al cabo, mejor que ser miserable en la tumba, muerta.

Con el cerebro todavía ofuscado por el sueño y con una sensación latente de miedo, miro de reojo el baúl a medio llenar, que acecha de forma aciaga a los pies de la cama como un perro a punto de saltar. He debido de quedarme dormida mientras preparaba el equipaje. Con un dolor de cabeza terrible, recojo las rodillas para acercármelas al pecho y empiezo a acunarme siguiendo el latido

suave y arrítmico que resuena en la habitación: pum-pum, pum, pum, pum-pum.

Me paro un momento. ¿Es mi corazón?

Pum.

El sonido —que no es mi pulso, es evidente, sino algo externo— se repite y me asusta. Suena apagado, en el pasillo al que se abre la puerta de mis aposentos, aunque muy claro: un golpe grave seguido por un golpeteo acelerado, como la lluvia, como si alguien estuviera corriendo por el pasillo.

Me quedo inmóvil y una vena de hielo me atraviesa el tórax. Cressida y Tom están instalados en los aposentos destinados a los invitados, en el ala este, y han estado alojados allí desde mi llegada. El ala oeste está básicamente integrada por los aposentos de la familia y la ocupamos ahora solo mi hermana y yo, puesto que las habitaciones que pertenecían a mis padres están vacías. Mi padre ha muerto y mi madre también, de modo que ahora esta zona de la casa está ocupada solo por dos personas: yo y la persona que la última vez que lo comprobé estaba sana y salva detrás de una puerta cerrada. ¿Estará Killian ahí fuera, en una de sus rondas?

Envalentonada por la idea, pensando que quizás el centinela podría darme más información sobre lo que él y los demás encontraron en la frontera, descanso mis pies descalzos en el suelo. Sintiéndome un poco ridícula aún con el vestido de gala, aliso las arrugas de la falda lo mejor que puedo y salgo al pasillo.

Se me pone la piel de gallina casi de inmediato cuando capto el sonido de algo que corre por el pasillo. La respiración se me acelera y me vuelvo justo a tiempo de ver algo plateado que centellea casi al final del pasillo, en la esquina que se adentra hacia las profundidades del ala oeste de Norland. Es polvo, que flota perezosamente en el aire y que brilla como aliento congelado bajo la luz de la luna. Pero ¿quién lo habrá agitado?

—¿Quién anda ahí? ¿Señor Brandon? —grito, para probar.

No obtengo respuesta, pero me parece oír otro golpe sordo más al fondo y después el sonido de algo que se arrastra, como si estuvieran cerrando una puerta. «¿Estará Killian escondiéndose de mí? ¿O…?»

«Si no es él, ¿quién es?»

La inquietud me recorre la nuca como un sudor frío. Recorro el pasillo corriendo y doblo la esquina al llegar al final.

Vacío. Un pasillo vacío se expande delante de mí como un ojo inocente abierto de par en par. Nada altera el silencio de la noche, pero, aun así, no puedo sacarme de encima la extraña sensación que se ha instalado en mí, la idea de que, debajo de los cuerpos dormidos de sus ocupantes, Norland House está completamente despierta. Una corriente de aire cálido me acaricia los tobillos, una sensación caliente, madura, lechosa y orgánica, como si la casa fuese un ser vivo y jadeara a mis pies mientras camino.

Trago saliva. Si aguzo el oído, casi puedo oír un débil zumbido en el ambiente, como el murmullo de una exhalación.

¿La mía? O quizás… Una parte de mí se queda helada.

¿Será quizás Norland House?

«Para, Merrick. Ya basta de historias de fantasmas.»

Intento serenarme y avanzo en busca de algún indicio de la presencia de Killian. Esta parte de la propiedad está algo más iluminada que la zona que acabo de dejar atrás gracias a la única ventana que hay al final del pasillo. Al otro lado del cristal, la luna llena cuelga del cielo como una fruta madura y tapiza suelo y paredes con un tono blanquecino. Mi ansiedad aminora una pizca cuando examino las puertas y confirmo que están todas cerradas, que no hay sombras moviéndose por debajo de ellas que indiquen algún movimiento dentro.

Exhalo un prolongado suspiro. El estrés del día de ayer, combinado con una noche de mal dormir, ha debilitado mi concepto de la realidad más de lo que me gustaría reconocer. Aquí no hay nadie y, probablemente, no lo ha habido en ningún momento. Decidida a intentar dormir un poco antes del desayuno, doy media vuelta y, masajeándome mi dolorida frente, echo a andar por donde he venido.

Pum.

En las entrañas de la casa se acaba de cerrar de un portazo una puerta, con un sonido brusco y agresivo, como un mordisco en el tobillo. Me giro a toda velocidad y un grito asciende hacia mis labios

mientras mis ojos examinan la espesa oscuridad interior del pasillo en busca de una casa, en busca de las sonrisas histéricas y lascivas de los Fantasmas de antes, resucitados de entre los muertos, o de sus hermanos.

—¿Señor Brandon? —repito, dudosa. Mi voz suena nerviosa y mis sílabas se arrastran como las de un borracho—. ¿Essie?

De nuevo, solo me responden los huesos de la casa, que crujen como un barco atrapado en una tempestad. El silencio me observa y me envuelve, grueso como un abrigo y, con ello, las pocas reservas de fuerza que me quedaban se evaporan por completo. De pronto, no tengo ningún deseo de hablar con Killian, ningún deseo que no sea otra cosa que correr, lo más rápido y lo más lejos posible, hasta que encuentre un lugar que la noche no alcance. Donde pueda vestirme de encaje, pensar en pretendientes y olvidarme de todo lo demás, olvidarme de mi hermana, de la muerte y del frío, olvidarme de que hay mundo más allá de la ventana de mi salón.

El sonido de mi respiración avanza a zancadas por el pasillo vacío mientras corro hacia mi habitación. Para mantener la calma, cuento las puertas que veo de refilón, una cuenta atrás hasta llegar a la mía: seis, cinco, cuatro…

Me paro de golpe. A mi lado, la puerta de la habitación de mi hermana se alza orgullosa como un vigía nocturno y sus sombras son como una mancha de aceite sobre la madera brillante.

Está abierta.

Poniendo en duda mi visión limitada, me acerco con cuidado a la espera de que lo que creo ver se revele como un truco de la oscuridad. Pero no. Allí donde la puerta de la habitación de Essie debería encajar con el marco, vislumbro una rendija de un par de centímetros que separa ambas partes. El interior está negro como la tinta. Dos escalofríos recorren mis brazos cuando doy un paso más y doy un leve empujón experimental a la puerta.

Se abre hacia dentro con un quejido.

El estómago me da un vuelco.

—¿Essie? —musito. Viendo que no hay respuesta, empujo un poco más la puerta y cruzo el umbral—. Ess…

Una ráfaga de invernal aire gélido me cierra la garganta. Los trozos de tela que se agitan en el otro extremo de la habitación de Essie me dejan momentáneamente confusa, hasta que caigo en la cuenta de lo que pasa: las ventanas están abiertas y el viento mueve las cortinas. Por instinto, resoplo cuando una racha fuerte choca con los marcos de las ventanas y los sacude como un prisionero sacudiría los barrotes de su celda.

Me froto los hombros para aliviar el frío y corro a cerrar una ventana y luego la otra, asegurándolas además con el pestillo. Me vuelvo entonces para examinar los aposentos de mi hermana.

El repaso inicial me da a entender que todo está en orden: la cama de Essie está hecha, con las sábanas tirantes, tal y como a ella le gusta; el vestido que se puso en la fiesta está colgado en su armario. No es hasta que empiezo a fijarme en los detalles que veo los fallos. Como la vela marfileña de la mesita de noche, inclinada hacia un lado y con un charco de cera fundiéndose debajo. En el lavamanos de la esquina, no veo la jarrita para el agua, hasta que la encuentro en el suelo, trasformada en un montón de fragmentos de porcelana.

Y luego, por supuesto, la ausencia más relevante. Mi hermana no está.

Siento de repente el peso de una oleada de malos presentimientos, un dolor que se extiende desde el exterior hasta mis entrañas. Aparte de los objetos volcados y las ventanas abiertas, en este espacio hay una terrible sensación de que todo está mal. Estar aquí, contemplar esta habitación, es como mirarse a un espejo y ver a una desconocida, es como andar sonámbula, es como respirar agua en vez de aire. Una maldad terrible impregna hasta el último poro de la estancia, hasta el último rincón. Una sensación de intrusión.

De posesión.

Entonces es cuando lo veo. Una hoja de papel de color crema sobre la almohada de mi hermana. A diferencia de la vela y la jarra, está perfectamente colocada, presentada como un regalo. La sangre me ruge en los oídos cuando avanzo hacia allí y cojo el papel con delicadeza, entre el índice y el pulgar.

Una nota, del tamaño de mi mano, con una caligrafía desconocida y difícil de leer en la penumbra. El mensaje es breve, una sola línea es lo único que ocupa la hoja, aparte de una forma curiosa que vislumbro en la esquina superior. La marca de tinta reclama por un momento la atención de mi mirada: un par de arcos conectados, como una M dentada bocabajo. Seguramente, la persona que ha escrito la línea estaría probando la pluma, o formaría parte de otro mensaje, de una hoja arrancada.

Sea lo que sea, no me entretengo mucho tiempo con ello y miro las letras. Intento leer la frase que forman.

«La Casa Darling caerá.»

SEGUNDA PARTE



Casa vacía

«A los Tres Divinos ofrecemos esta triple plegaria:
Al Rey Ardiente, para que los fuegos no se apaguen nunca;
Al Sangrador, para un linaje cada vez más puro;
Y al Guardián de la Luz, para un pasaje seguro por lo Gris;
Y una espada para luchar contra los seres hambrientos que habitan en él.»

«Plegaria de matrimonio», extracto de *Un compendio de oraciones modernas,* año 74 después de El Cambio

«Querida mía, tu forma monstruosa vaga por mis pasillos.
Respiro e inspiro tu aliento salvaje,
Siento la presión devoradora de tus labios dulces como la sangre.
Si eres una bestia, dejaré que me consumas.
¡Oh, emerge de la niebla y hazme completo otra vez!»

«Oda a mi amada», extracto de *Una colección de anhelos,* sir Alistair Lampford, año 189 después de El Cambio

CAPÍTULO TRECE

Se ha ido.

La ilusión y el recuerdo se me enredan como hilos pegajosos sobre la piel cuando despierto, la realidad y la pesadilla se entrelazan: los pasillos vacíos de Norland, como caminos zigzagueantes de oscuridad tan resbaladiza como el vientre de una serpiente; las cortinas de la habitación de Essie, brazos temblorosos tendidos hacia mí; la afonía de mi voz llamando una y otra vez a mi hermana.

Essie se ha ido.

Me siento y me recibe el sonido de una manta al deslizarse hacia el suelo. Estoy de nuevo en mi cama. Con una oleada de humillación, tengo una vaga memoria de Cressida ordenándome que vuelva a mi dormitorio casi al amanecer, desnudándome y pasándome un camisón por la cabeza, pero el recuerdo de todo lo sucedido después de ver la nota en la cama de mi hermana es confuso. Ahora estoy sola en la habitación y la luz de primera hora de la mañana se filtra por las ventanas. Veo una silla de madera vacía junto a mi cama, como si montase guardia, y los restos de una vela en el suelo, junto a la silla.

Después de descubrir la nota, sé que corrí a despertar a Cressida y a Tom, que reunieron enseguida a los centinelas para que registraran la casa de arriba abajo, en vano. Mi hermana no estaba por ningún lado, ni en el edificio ni entre los restos del baile.

Recuerdo que recorrí aturdida los pasillos de Norland, apenas presente, arrastrándome detrás de mi primo, atrapada en el pasado: atrapada en el momento en que vi la habitación vacía de Essie, las sábanas inmaculadas, sin indicios de que mi hermana hubiera dormido allí. La vela volcada en la mesita, la cera aún caliente, como si simplemente hubiera ido a las cocinas a buscar un vaso de agua y fuera a reaparecer en cualquier momento. La nota en la almohada.

«La Casa Darling caerá.»

¿Quién puede haberla dejado? ¿Y con qué objetivo? El baile había recibido un centenar de invitados y, aunque la fiesta se había celebrado mayoritariamente al aire libre, mucha gente había entrado también en la casa y se había quedado extasiada con la evocadora arquitectura de Norland y su impresionante colección de obras de arte. ¿Habría asustado alguien a mi hermana y ella habría salido corriendo luego al ver aquel mensaje? Pero, de ser así, ¿dónde podía haber ido?

Sin embargo, por mucho que intente aferrarme a esta teoría, sé que es falsa. Pienso de nuevo en el lugar donde han dejado la nota, en cómo la han depositado pulcramente en la cama, como una trampa lista para capturar a su presa. Si mi hermana la hubiera visto, ¿no la habría sacado de allí?

No, cuanto más lo reflexiono, más segura estoy de que el mensaje no lo han dejado para ella, sino para el resto de la familia. A modo de advertencia.

Para hacernos saber que la han secuestrado.

Anoche, mi hermana tenía que ser presentada como la nueva depositaria de la Casa Darling, como la resurrección de nuestra familia después del fallecimiento de mi padre. Si alguien quería asegurarse de que nuestra casa moría junto con mis padres, era el momento ideal para dar el golpe.

«Después del baile, te lo contaré todo.»

Unos golpecitos en la puerta interrumpen mis pensamientos. Por un momento, una sensación mareante de liberación, como si acabara de despertarme de una pesadilla, se extiende por mi pecho como una mariposa que bate las alas.

—¿Essie? —pregunto, esperanzada, como si, creyendo con todas mis fuerzas que mi hermana iba a aparecer, pudiera colocar los hechos del día anterior en el terreno de lo irreal.

«A lo mejor simplemente ha decidido pasar la noche fuera. A lo mejor solo necesitaba tiempo para aclarar las ideas.»

«A lo mejor nada de todo esto ha pasado.»

Sin embargo, cuando se abre un poco la puerta, no es la cabeza oscura de mi hermana la que asoma por ella, sino la de una criada, que me mira con expresión preocupada y llega cargada con una bandeja con comida y una tetera humeante.

—Disculpe, *milady* —dice. Se inclina en un inestable saludo y su mirada desciende con timidez hacia sus pies—. La duquesa ha pensado que tal vez desearía desayunar hoy en sus aposentos.

El corazón me da un vuelco. Cressida no puede precisamente clasificarse como una mujer compasiva. Si demuestra sentir lástima por mí, debe de ser porque la ausencia de Essie no es una cosa pasajera, un resultado de mi mente adormilada, sino algo serio. Real.

Acepto el ofrecimiento de la criada y como rápidamente y en soledad después de vestirme con la primera prenda que he sacado del armario, un vestido sencillo de color azul celeste con adorno de encaje. Cressida, al fin y al cabo, declaró el final del luto con el baile de ayer. Intento ignorar el baúl a medio llenar que sigue abierto en medio de la habitación y lo rodeo como haría con una rata muerta. La idea de marcharme de Norland House, que tan tentadora me resultaba hace apenas unas horas, me parece ahora imperdonable teniendo en cuenta la ausencia de Essie. Un impulso intrínseco y animal me dice que, si me muevo de este lugar antes de que ella vuelva, podría perderla para siempre.

¿Qué le ha pasado? La pregunta resuena en todo mi ser. La aparición de los Fantasmas en el baile parece lejana, confusa como un recuerdo de la infancia, pero sí recuerdo bien el caos, la gente huyendo frenéticamente de las criaturas. ¿Y si, con toda la conmoción, los centinelas pasaron por alto un fantasma? Me imagino un Fantasma entrando en Norland, entrando sigilosamente en los aposentos de Essie y…

Mis pensamientos se niegan a viajar más lejos, a la posibilidad de que mi hermana haya sufrido algún daño o algo peor, pero esa es una habitación cuya puerta me niego a abrir. Además, los Fantasmas no dejan notas y, pese a ser peligrosos, no se andan con sigilo. De haber habido uno en nuestra casa, lo habríamos oído.

No, el monstruo que dejó aquel mensaje en la habitación de Essie era humano, de eso estoy segura. Y, si ha secuestrado a mi hermana, no puedo quitarme de encima la terrible sensación de que yo seré la siguiente.

«La Casa Darling caerá.»

Encuentro por fin a Tom en la sala de billares, una esquina de la casa que frecuentábamos tan poco mi hermana y yo que casi había olvidado su existencia. Cuando entro, mi primo está apoyado en la gran mesa verde de billar que domina la parte central del espacio bebiendo un líquido transparente, que sospecho que no es agua, en una copa de cristal. Por el temblor de sus dedos, intuyo que ya lleva un rato aquí. Tiene ese aspecto de hecho polvo de quien ha aguantado la noche entera en pie hasta que la oscuridad ha desaparecido.

Tom se gira al oír mis pasos y la bebida se derrama por encima del borde de la copa y salpica su camisa blanca con puntitos de humedad. Antes de casarse con Cressida, era habitual encontrármelo en este estado. En Nueva Londres, había conocido muchos hombres de linaje noble que, sin responsabilidad alguna sobre la que asentar su vida, habían elegido la bebida como su pasatiempo favorito. Pero, al parecer, convertirse en esposo había transformado a mi primo en un hombre sobrio, tanto en el sentido más literal como en el mental. Cuando veo las manchas en su camisa, experimento una oleada de rabia. ¿Es esto lo que ha estado haciendo desde que Cressida y él me obligaron a acostarme? ¿Dónde están los centinelas, los mensajeros corriendo de un lado a otro con cartas para alertar al Consejo, a la nación entera, de la desaparición de mi hermana? ¿Dónde están los guardias, que tendrían que estar ya buscando un culpable para arrestarlo?

¿Le habrá contado a alguien lo sucedido anoche, aparte de a la gente que estaba en la propiedad?

—Oh, Merrick, veo que ya te has levantado. ¿Te ha llegado la bandeja con el desayuno que te ha pedido Cressida? —pregunta Tom al verme. Sus ojos castaños tienen el aspecto mortecino de una cerilla apagada y le hacen parecer una persona distinta.

—Sí —respondo.

Mi exasperación desaparece momentáneamente al ver el tono sombrío de la expresión de mi primo. Porque, mientras que Essie es de hierro, Tom siempre me ha parecido forjado por un material más ligero, como si sus huesos estuvieran unidos mediante hilos de gasa, un hombre hecho para la risa y la vida fácil. Las emociones fuertes no le encajan; sus facciones se desmoronan bajo su peso, como brotes primaverales aplastados por una nevada tardía. Me acerco a mi primo y deslizo los dedos por el borde lacado de la mesa de billar.

—Entiendo que sigue sin haber rastro de Essie esta mañana —digo—. Confiaba en que su ausencia no fuese más que una pesadilla espantosa. Entiendo que el Consejo ya ha sido alertado. ¿Cuánto tiempo calculas que tardarán en recibir la noticia todos sus integrantes?

Tom esboza una mueca y veo un músculo que salta en su mejilla. Se lleva la copa a los labios, bebe un buen trago y la deja sobre la mesa, al lado de su chaqueta.

—Ah… No —responde. Se encoge de hombros—. Es decir, no, Essie no ha vuelto aún. Pero la encontraremos, Merrick —añade, queriendo tranquilizarme. Sus consonantes suenan algo más embarradas de lo normal, se enlazan las unas con las otras—. Te lo juro.

La sensación de alarma puede conmigo.

—¿Y el Consejo? —repito, con más énfasis.

—Cariño, estás aquí.

La voz de Cressida resuena en la sala, clara como unas campanillas. Mi prima política acaba de aparecer en la puerta, vestida con un sencillo vestido de seda de color café, con la piel resplandeciente, las mejillas sonrosadas y alegre como si acabara de despertarse de un sueño largo y reparador. Cuando su mirada se cruza con la mía, no hay ningún movimiento en sus ojos.

—¿No ha venido a verte tu criada esta mañana? —pregunta, sin alterarse—. Ese vestido está terriblemente arrugado… Parece que lleves un mes sin dormir. Ahora que tu hermana se ha ido, es más importante que nunca presentar un frente fuerte delante de la sociedad, Merrick.

Su expresión imperturbable, la forma directa con la que expone sus palabras delante de mí, como si estuviera recitando lo que quiere que preparen las cocinas para cenar, me deja pasmada. «Ahora que tu hermana se ha ido.» Qué discreta es su forma de articularlo, como si Estella simplemente hubiera ido a pasar el día fuera, como si su desaparición fuera una arruga que hay que alisar y nada más.

—Te ruego me disculpes si mi aspecto no me preocupa en este momento —replico al instante—. ¿No deberíamos concentrarnos en encontrar a Essie en vez de asegurarnos de que el público percibe su ausencia correctamente? Por si lo has olvidado, podríamos estar en peligro todos, mi hermana podría estar…

Muerta.

Reprimo la palabra, pero no a tiempo de evitar sentir su mordacidad. Resuena en mi cráneo, minúscula y dura: *muerta, muerta, muerta*.

A mi lado, la atención de Tom está fija en la pizca de líquido que queda en el fondo de su copa. Cressida arruga la frente con preocupación… No, con algo más suave que eso, con un sentimiento de lástima que marca su frente como una servilleta doblada. Se acerca despacio hacia mí y el tac tac del tacón de sus zapatos queda amortiguado por la moqueta de color verde que cubre el suelo la estancia.

—Te aseguro, querida, que no me he olvidado de Estella —empieza a decir y, con ese *pero* no pronunciado que capto en su tono, cualquier esperanza que pudiera quedarme de ser escuchada se amarga por completo—. Esa nota tan horripilante que has encontrado… Es comprensible que estés asustada. —Menea la cabeza—. Por desgracia, los que debemos llevar encima la carga del poder debemos también sufrir los celos mezquinos de aquellos que desean usurpárnoslo.

Me quedo blanca.

—¿*Celos*? —repito con incredulidad—. Quienquiera que escribiera esa nota no me pareció que estuviera celoso. Decía que nuestra casa caería, Cressida. Como si Essie no fuera más que su primera víctima, como si deseara vernos derrocados a todos, o peor…

—Merrick, querida mía. —Cressida hace una pausa. Está tan cerca de mí que puedo oler las notas florales de su perfume; rosas y alguna cosa más, un aroma terroso, casi masculino, como a tierra removida—. Ten por seguro, te lo ruego, que Tom y yo haremos todo lo que esté en nuestro poder para encontrar a tu hermana y velar por la seguridad tanto tuya como de los demás residentes de Norland House. Pero Estella no es una simple campesina. Las potenciales ramificaciones políticas de su ausencia podrían zarandear terriblemente tu casa si no llevamos el tema con cuidado. Y esta es la razón por la cual —continúa, sin ir al grano— debemos elegir nuestro siguiente paso con todo el cuidado posible.

Extiende la mano hacia la mía, un intento de consolarme o quizás de silenciarme si intento seguir protestando, no lo sé muy bien. Me aparto antes de que establezca contacto y giro la cabeza en dirección a mi primo.

—¿Y apoyas tú esta forma de enfocar la situación? —pregunto, entre dientes—. Mi hermana no es una tetera que pueda moverse de un lado a otro, Tom. Tiene nuestra misma sangre, la mía y la tuya. ¿Debo entender con esto que no pretendes hacer nada para encontrarla?

Algo echa chispas en la mirada de Tom ante mi desafío, algo que es distinto a su jovialidad habitual y también a esa máscara taciturna que se ha puesto hoy. Es una mirada feroz, alerta, a la defensiva, y me pone en guardia, como si mi primo acabara de ponerse en posición para pelear.

—Escúchame bien —ruge, dejando la copa en la mesa de billar haciéndola sonar con un *cling*—. Nunca dejaré de buscar a Estella. *Jamás*. Por el simple hecho de que tu padre no quisiera comprender el concepto de familia… —Se interrumpe, y su mandíbula se

proyecta hacia la derecha, como si estuviera conteniéndose físicamente para no seguir hablando.

Turbada, me encojo casi de miedo.

—Jamás *dejaremos* de buscarla, Merrick —dice Cressida, interviniendo y repitiendo con frialdad las palabras de consuelo de su marido—. Si mañana los centinelas siguen sin tener ninguna pista, alertaremos al Consejo, por supuesto. Me encargaré personalmente de hacerlo. Pero debes comprender —su tono se endurece y se vuelve afilado como la hoja de una navaja— que, a pesar de que los señores de las otras casas son en teoría nuestros aliados, *no* son nuestros amigos. Si interpretan la desaparición de Estella como un signo de debilidad de la Casa Darling, no dudarán en enseñarnos los dientes. Y ten por seguro que, si la narrativa se descontrola, la amenaza al reinado de tu familia no será solamente externa —añade—. No tienes muchos parientes directos, pero todas las casas tienen ramas lejanas a las que les encantaría verse más cerca de las raíces, y no se contentarán con esperar eternamente a que tu hermana vuelva a ocupar su trono. El decoro les impedirá presionar para que se nombre un nuevo depositario durante al menos unas semanas, pero después… ya no. —Me mira a los ojos y sus emociones son inescrutables—. Te aconsejaría no confiar en nadie que afirme tener en mente sus mejores intenciones para Estella, aparte de nosotros tres.

«No me fío de ellos.»

El murmullo de mi hermana llega a mi cabeza con la velocidad de un gorrión. Al oírlo, doy sin querer un paso hacia atrás. ¿Estaría Essie simplemente siendo cauta la noche que vino a visitarme a mi habitación, empujada por la preocupación de que, si confesaba sus miedos a nuestro primo y su esposa, estos pudieran verla como una inmadura, incapaz de liderar nuestra casa?

¿O sería posible que la sombra que mi hermana veía cernirse sobre ella fuera la de ellos dos?

Veo de reojo que Tom se tensa y que su ceño es como una esquirla de cristal.

—Cress —dice secamente—, para… Está sufriendo y tú estás siendo dura.

—Estoy siendo *realista*. —La compostura de Cressida se tambalea con un estallido de rabia. Fulmina con la mirada a su esposo. Cierra las manos en puños y sus codos se doblan en dos ángulos desafiantes—. ¡Piensa en lo que ya hemos tenido que soportar, Tom! Primero, una hija que huye a Nueva Londres, después el padre que se quita la vida y, ahora, la segunda hermana desaparece, ¿y tú quieres creer ahora que deberíamos mimar a la chica que queda? —Suelta una carcajada sin la mínima pizca de humor—. Hablando con franqueza, no tenemos tiempo para amabilidades. Mi abuela me dejó muy claro que, si algún día quería ser nombrada su depositaria, necesitaba encontrar un consorte respetable, y eso hice, por el bien de mi casa. Del mismo modo que estoy *intentando* ayudar a tus primas por el bien de los Faulk y por el de los Darling. —Desliza con nerviosismo el dedo por la cintura de su vestido, como si estuviera recorriendo el trazo de una herida invisible—. No puedo permitirme estar unida a un linaje desgraciado —murmura, casi para sus adentros—. Ahora no.

Su rabia es casi íntima y habla de puertas cerradas y discusiones que son como un callejón sin salida, de peleas que se prologan durante tanto tiempo que se vuelven familiares. Resisto el impulso de mirar hacia el otro lado; mi ira titila como la llama de una vela por la fuerza de su furia. Me doy cuenta, horrorizada, de que Cressida se ha percatado de mi incomodidad, y un indicio de algo parecido al remordimiento asoma en sus facciones.

—Merrick, yo… —empieza a decir, pero entonces menea la cabeza y corta la frase—. No importa. Te he presionado demasiado pronto, o demasiado. Necesitas tiempo para llorar tu pérdida… Todos lo necesitamos —añade.

Aborrezco sentirme como una niña bajo su mirada, como si estuviera desvalida o necesitada de protección. Me muerdo el interior de la mejilla y dejo que el dolor me distraiga del escozor que me irrita las comisuras de los ojos.

Cressida descansa una mano de consuelo sobre mi hombro.

—Ahora, ve a descansar, Merrick —me pide—. Ya hablaremos mañana de los pasos que tenemos que dar. Quién sabe, igual Estella está de vuelta con nosotros antes de que termine el día.

«¿Y si los centinelas no la encuentran? ¿Y si descubren solo su cuerpo?» Las protestas se acumulan en mi cabeza de forma espontánea, pero mis ya escasas reservas de pelea han quedado agotadas por completo con esta conversación y han dejado solo agotamiento en su lugar. El cansancio cubre mis huesos de plomo y acepto la sugerencia de Cressida con un débil gesto de asentimiento. No he llegado ni siquiera el pasillo cuando Tom y ella empiezan a discutir otra vez y sus voces me siguen.

Cierro la puerta con firmeza y permito que el silencio de Norland me envuelva como una manta, un silencio que despeja mi mente y mis pensamientos hasta dejarlos aparentemente ordenados.

Y mis pensamientos son tres.

Uno: Essie ha desaparecido, y Cressida y Tom parecen más preocupados por las implicaciones sociales de este hecho que por el hecho en sí.

Dos: No sé ni dónde ha podido ir y ni siquiera si sigue con vida, pero…

Tres: Voy a averiguarlo.

CAPÍTULO CATORCE

Recorro Norland House con las manos sudorosas y la mente inquieta, cruzo el vestíbulo y subo la escalera principal, con sus balaustradas esculpidas a semejanza de penachos de niebla, hasta llegar al segundo piso. Pasado el descansillo, el pasillo que se extiende delante de mí parece una garganta, ancho al inicio para luego estrecharse rápidamente a medida que se sumerge en las profundidades de la mansión. En esta planta hay pocas ventanas, así que, a pesar de que es temprano, la luz del sol es poco más que un rumor; la penumbra se asienta aquí como un moho, tiñendo los suelos de madera de castaño con la intensa tonalidad caoba de las rosas marchitas. Aun así, me muevo por el ala oeste de la casa con facilidad. Paso de largo mi habitación y continúo hacia la habitación de mi hermana, con mis pies interpretando la ruta casi por instinto.

«La Casa Darling caerá.»

La nota parece clavarse en mí como una puñalada y me obliga a acelerar el paso. Intento concentrarme en el pasillo que se extiende delante de mí, pero, por mucho que me esfuerce, me resulta imposible ahuyentar la imagen de aquellas letras, su caligrafía malévola y jubilosa. No puedo evitar manipularlas, como una costra que me han prohibido tocar.

«Le has fallado.» Las palabras dan vueltas en mi cabeza, sin cesar, como un murmullo apagado y odioso. «Alguien estaba acosando a Essie y tú estabas tan concentrada en mantener tus pies

firmes debajo de ti que ni te enteraste. Estabas obsesionada con las brechas, con Fitz Vannett, con la frialdad de la mano de un chico en la tuya cuando te invita a bailar.»

«Demasiado enfadada con papá, con papá, con papá…»

«CAERÁ… CAERÁ.»

Ver la puerta de la habitación de Essie, robusta e imponente, me saca de mi espiral interna de pensamientos y me devuelve a la realidad, a la tarea que tengo entre manos: Essie. Estoy aquí para averiguar qué le ha pasado a mi hermana, dónde ha ido, cómo puedo recuperarla.

«¿Y si es demasiado tarde?», me pregunta una voz, entrometiéndose. La ignoro.

La puerta no está cerrada con llave y se abre en cuanto giro el pomo. Cuando cruzo el umbral, veo que el espacio está transformado con respecto a la última vez que lo vi, sumido en la oscuridad de la noche. El paso de los centinelas se hace evidente por las prendas esparcidas por el suelo, por la colcha a medio caer de la majestuosa cama con dosel, como si unos pies ahora ausentes la hubieran apartado de una patada. En la pared de enfrente, el armario negro de madera permanece abierto como un animal destripado que vomita ropa.

Con cautela, cierro la puerta a mis espaldas. Estaba demasiado angustiada para prestar mucha atención cuando los centinelas han registrado este lugar hace apenas unas horas, pero luego, cuando en la sala de billares Cressida ha mencionado que seguían buscando, se me ha ocurrido una idea. Nuestros hombres tienen la capacidad necesaria para realizar una búsqueda concienzuda, de eso no me cabe la menor duda, pero quizás la clave para averiguar qué le ha pasado a mi hermana esté en la precisión, más que en la fuerza, en un sendero de miguitas de pan solo visible para quienes conocen bien a Essie. Un hilo rojo que puedo seguir hasta que encuentre el camino hasta ella y pueda traerla de vuelta a casa.

Me descalzo y me acerco al escritorio de Essie, pegado a la pared que queda a mi lado. La presencia de los centinelas también se hace evidente aquí: los amados libros de mi hermana, elegidos con sumo cuidado de la biblioteca de mi padre y pulcramente

colocados encima del escritorio, están esparcidos por encima de la superficie de madera marrón, y el jarroncito de color azul está volcado, dejando que unas cuantas margaritas amarillas marchitas asomen por su cuello.

Con tranquilidad primero, pero con más precipitación a medida que pasan los minutos, examino los restos acumulados sobre el escritorio y mi esperanza se endurece como un callo a cada segundo que transcurre sin que se produzca algún descubrimiento. Viendo que mi búsqueda es infructuosa, decido seguir buscando en otras partes e inspecciono metódicamente el resto de la habitación de mi hermana. Pero sigo con las manos vacías, y el abarrotado espacio que me rodea demuestra que no es más que eso: una habitación caótica que exhibe voluntariamente su contenido, sin secretos que esconder.

Me concentro, en última instancia, en el armario de Essie. Lo primero que veo son varias perchas vacías colgadas de la barra y sus correspondientes vestidos extendidos en el suelo. Un dolor inesperado me atraviesa el pecho al ver la escena. Una cosa es hablar con Cressida y Tom sobre la ausencia de mi hermana, y otra muy distinta es ver la prueba de ello directamente delante de mí, tan cerca que, si quisiera, podría tocarla para sentir el nuevo vacío que se ha creado en todos los lugares donde ella estaba.

¿Sería así cómo se sintió Essie cuando me marché a Nueva Londres, como si una parte de ella se hubiera rasgado y sus entrañas se estuvieran derramando por allí? Siempre la había considerado demasiado firme y demasiado fiable como para verse sometida al torrente de emociones que yo solía sentir, pero, teniendo en cuenta el estado en que la había visto desde mi regreso…, ¿quién sabe? Quizás nunca había sido como me la imaginaba, quizás todo había sido una fachada.

Pellizco la seda de la manga de uno de los vestidos y la deslizo entre mis dedos. «¿Cómo es posible que creyera conocerte?» Me quedo paralizada cuando mi mirada se clava en una prenda escondida detrás del vestido que estoy tocando: una pelliza de seda verde con remates de piel, en el fondo del armario. Comparada con el resto del vestuario de mi hermana, esta chaqueta larga, hasta la

altura del tobillo, se ve gastada y pasada de moda. El bajo está deshilachado y tiene incluso partes raídas de tanto uso. Parece más una de esas prendas de vestir que podría encontrarse enterrada en el fondo de una montaña de ropa destinada a beneficencia que en los aposentos de la hija del Señor de una casa.

El corazón me retumba de emoción en el pecho. ¿Cómo podía haberla olvidado? Conozco la chaqueta. Me tropecé casualmente con ella hace dos años, cuando estuve removiendo el armario de Essie en busca de algún vestido que robarle y había encontrado algo completamente distinto: su escondite. No había vuelto a mirar allí desde entonces, dando por sentado que habría trasladado sus secretos a otro lugar después de haberse enterado de mi descubrimiento, pero, si no lo había hecho…

Cojo la chaqueta y mis dedos atraviesan el maltrecho forro interior. La tela está fría al tacto y el ambiente es húmedo y cargado de polvo, me escuece la nariz. Sigo buscando y…

Aquí está. Mi pulso se acelera un poco más cuando encuentro lo que estaba buscando. En el fondo de la prenda localizo un objeto rectangular y duro, del tamaño de mi mano, encerrado en el forro. La sensación de victoria se expande en mi pecho cuando recorro sus bordes y toco la fila de torpes puntadas que lo envuelven.

Mi hermana siempre ha sido una persona muy celosa de sí misma y ha ocultado sus debilidades con vehemencia. Fui testigo de ello a menudo durante nuestra infancia, en el modo en que disfrutaba de sus propias cosas cuando nadie podía verla. Como aquel sobado libro de sonetos que escondía debajo de la almohada, con páginas amarillentas de tanto manipularlo y releerlo. O las cartas de amor que descubrí escondidas aquí mismo, de un mozo de cuadras de cara redonda que había empezado a trabajar en Norland unos meses atrás. Cometí el error de insinuarle el romance a Essie un par de semanas después de descubrir aquellas notas, pensando que quizás la empujaría a abrirse conmigo.

Sin embargo, lo que sucedió fue que Essie le pidió a nuestro padre que despidiese al chico al día siguiente. El criado lloró al marcharse, pero mi hermana no.

Pero, por lo visto, a pesar de haber despedido al mozo de cuadras, había seguido conservando esto.

Con cuidado, clavo las uñas en el hilo y deshago con facilidad las puntadas. Deslizo la mano por la estrecha abertura hasta que las puntas de mis dedos rozan un objeto frío y plano. Aprieto los dientes, introduzco un poco más el brazo, extraigo el objeto y lo acerco a la luz.

Tengo en mis manos un libro, un diario, con tapas de suave piel roja que resplandecen bajo la luz del sol casi como si fueran líquidas. Las tapas son lisas, excepto dos letras grabadas en plata en el centro. Contengo la respiración al verlas: «E. D.»

«Estella Darling.»

La sangre palpita en mis venas como un río que estalla hacia las orillas. La adrenalina ruge en mis oídos cuando abro la tapa y empiezo a pasar páginas. El diario está escrito hasta aproximadamente la mitad, sus hojas repletas con la caligrafía apretada y pulcra de mi hermana. Intento contener el temblor de las manos y busco la primera entrada del diario.

«16 de junio, año 211 después de El Cambio

»Hace un mes que Merrick se ha ido; mamá, el doble de tiempo. Y, a pesar de que una ha fallecido y la otra simplemente se ha marchado, lamento la pérdida de las dos, porque no estoy segura de si alguna vez volverán.

»No sé exactamente por qué he decidido iniciar un diario de este tipo. Quizás sea porque echo de menos tener a alguien con quien hablar, aun cuando este "alguien" no sea ahora más que una hoja en blanco. Quizás, sin embargo, y por motivos que no alcanzo a comprender del todo, sea porque me siento atraída a dejar un registro escrito de lo sucedido las últimas semanas. Tal vez entonces pueda entender el cambio que se ha producido recientemente en mi familia y en mi provincia.

»Mi padre ha estado comportándose de forma rara últimamente. Al principio, lo achaqué al dolor por la pérdida de mamá, pero no me parece un esposo en manos de la desesperación, sino un hombre obsesionado. Cuando no está fuera patrullando, se encierra en sus aposentos durante horas seguidas y se niega a salir de allí excepto para comer algo. A veces lo oigo cuando paso por delante de su habitación, deambulando de un lado a otro y murmurando como si estuviera loco. Anoche, al ver que no bajaba a cenar, decidí ir a sacarlo de su habitación, pero, cuando llegué, me encontré con que la puerta estaba cerrada a cal y canto.

»Cuánto deseé que Merrick estuviera aquí. Domina la habilidad de encontrar la ligereza en momentos difíciles, consigue hacer que las pruebas de la vida parezcan solo una broma en la que siempre se le permite participar. Es uno de los muchos motivos por los que creo que la gente la prefiere a ella antes que a mí. Yo, en cambio, parece que no puedo entrar en una habitación sin recordar a los presentes las diversas obligaciones que tiene pendientes de cumplir o los pequeños pecados que han cometido y ocultado a sus esposas e hijos. Merrick aporta siempre placer y alegría, y belleza, por supuesto.

»Pero me ha abandonado y, a pesar de que el verano florece a nuestro alrededor, temo que el invierno se ha instalado hasta tal punto en los huesos de Norland House que ninguno de nosotros logrará escapar nunca de la frialdad.»

Hago una pausa, preocupada. A estas alturas, he escuchado múltiples relatos sobre el extraño comportamiento de mi padre antes de su fallecimiento, pero lo que me perturba no es la descripción de su estado mental, sino el hecho de que lo reconozco. Yo también he estado recientemente al otro lado de una puerta cerrada con llave. Desde la muerte de mi madre, es como si toda mi familia hubiera quedado reducida a una serie de habitaciones cerradas, a personas prestas a cerrar la puerta a cualquiera que intente sacarlas de allí.

Con un nudo en la garganta, sigo leyendo y voy pasando por encima las entradas hasta que encuentro otra que me llama la atención.

«20 de julio, año 211 después de El Cambio

»Ha habido una brecha en la frontera, la primera en casi tres años. Por suerte, las farolas apagadas han sido reparadas sin que se hayan producido bajas, pero eso no implica que el suceso resulte inquietante. Desde el fallecimiento de mamá, los ciudadanos se comportan como un rebaño de ovejas, es como si estuvieran listos para huir despavoridos en cualquier momento. La última vez que me desplacé a caballo hasta Shoreham-by-Sea, vi que había farolillos colgados en las ventanas de prácticamente todas las casas y, en la plaza del pueblo, ardía una hoguera que escupía al cielo chispas rojas.

»Papá sigue negándose a salir de su habitación, incluso después de haberle informado del ataque. En su ausencia, me he visto obligada a asumir deberes que le corresponden a él: asignar rutas a las patrullas, dar órdenes a los centinelas. He llegado hasta el punto de publicitar discretamente la necesidad de reclutar fuerzas adicionales para complementar las nuestras hasta que

consiga estar segura de que la situación en la frontera está de nuevo controlada. He confiado principalmente en el boca a boca —en sembrar rumores allí donde sé que no llegarán a oídos de los demás señores—, pero ya han llegado varios hombres a tierras de Sussex y, curiosamente, he descubierto que estos nuevos reclutas, que no han sido nunca entrenados por mi padre, son más receptivos a mis órdenes y es menos probable que me vean como una simple aspirante.

»Ojalá no hubiera tenido que recurrir a estas medidas, pero sigo sin saber qué es lo que *preocupa* de este modo a mi padre, aparte de la muerte de mamá. Aunque…

»No puedo confesar estos pensamientos en ningún otro lugar que no sea este diario, pero estos últimos días he estado experimentando una sensación extraña: siento constantemente como si me estuvieran vigilando. Sé que soy tonta, porque cada vez que me giro no encuentro a nadie detrás de mí, pero el instinto sigue ahí. Juraría que la otra noche vi una figura de pie en el césped, justo debajo de mi ventana, que, cuando descubrió que la había visto, desapareció.

»Por supuesto que desapareció. Porque nunca estuvo allí. Me temo que la paranoia de mi padre se me está contagiando.

»No he recibido ni una sola carta de Merrick desde que se fue. Sé que no debería molestarla con todo esto —al fin y al cabo, está haciendo lo que se supone que tiene que hacer, encontrar un consorte adecuado que sirva para agrandar la familia—, pero, a cada día que pasa sin tener noticias de ella, me descubro odiándola un poco más. La mayoría de las veces, pienso que estoy enfadada con ella por haberme dejado aquí, por habernos abandonado a papá y a mí cuando más la necesitábamos.

»Pero, de vez en cuando, sospecho que simplemente siento celos de que ella se haya podido marchar.»

«8 de septiembre

»Dos brechas más, una detrás de otra. La moral ha ido decayendo en las últimas dos semanas, tanto entre los hombres como entre la población. Ahora más que nunca, sé que el pueblo busca el apoyo de su Señor, pero papá apenas se tiene en pie y, últimamente, yo también voy a peor.

»Ayer, a última hora de la tarde, se produjo otro incidente. No sé cómo referirme a estos sucesos si no es como "incidentes". Estaba cabalgando sola por el bosque de Barton cuando, entre los árboles que quedaban a mi izquierda, oí un sonido de cascos avanzando al mismo tiempo que mi caballo y yo. Suponiendo que se trataba de otro jinete, lo llamé, pero solo obtuve silencio por respuesta. Estaba anocheciendo y no tenía muy buena visión, pero, cuando espoleé al caballo para que avanzara al galope, el sonido

reapareció. Era como si alguien, escondido en la penumbra, estuviera siguiendo exactamente mi ritmo.

»Después de aquello, seguí cabalgando hasta volver a casa.

»Por otro lado, al menos hay la buena noticia de que los centinelas que van llegando siguen siendo prometedores, lo cual es de lo más necesario ahora que un par de los más antiguos han cambiado. Uno de ellos, un joven del linaje de los Tudor, me tiene especialmente impresionada. Debería pensar para él trabajos adicionales en el futuro.»

«12 de septiembre

»Papá ha muerto.

»Me tiembla la mano cuando escribo estas palabras. Ha fallecido esta mañana temprano y, en las horas transcurridas desde entonces, he visto mi mundo marchitarse y desaparecer con él.

»Suicidio. Esta ha sido la causa de su fallecimiento, aunque nadie lo dirá por respeto hacia su persona.Yo misma lo he visto adentrarse en la niebla justo antes del amanecer, vestido con ropa muy ligera para el frío que hacía. Los centinelas insisten en que no podía haber hecho nada para salvarlo, pero yo no estoy tan segura. Al fin y al cabo, hace solo un par de días que reclamó mi presencia en su despacho y me dijo que, por fin, estaba listo para proclamarme su depositaria. Por primera vez en meses, me dio la impresión de que estaba lúcido, sobrio, y me había alegrado por ello, tanto por su aspecto como por la noticia. Pensé que por fin reconocía mis esfuerzos, todo el trabajo que había estado haciendo últimamente. Pensé que me estaba recompensando por la buena labor realizada.

»Soy una tonta, por no haber visto entonces las señales, teniéndolas como las tenía justo delante de la cara.

»Voy a escribirle a Merrick para contarle lo sucedido, aunque no sé todavía qué le diré. ¿Cómo se le habla a un fantasma?»

«17 de septiembre

»Mi hermana llega hoy a casa, y deseo con todas mis fuerzas que no llegue nunca. Temo que, pidiéndole que regrese, la he atraído hacia un peligro que no alcanzo a comprender.

A pesar de todos nuestros esfuerzos, del trabajo de Brandon y de mi investigación sobre los recientes y extraños sucesos, no hemos sacado nada en claro. Me ha prometido que seguirá buscando, pero…»

A mis espaldas, una repentina ráfaga de viento sacude los marcos de las ventanas y, sorprendida, suelto el diario. Me vuelvo rápidamente, con la musculatura tensa, y me ruborizo cuando veo la

habitación vacía, el mobiliario solitario dispuesto como un grupo de invitados incómodos. Las ventanas y sus cristales son como ojos solemnes y fijos que me exponen a los jardines que se extienden abajo.

Sintiéndome de repente observada, examino el paisaje. Desde aquí solo puedo ver, a lo lejos, allí donde nuestro territorio se encuentra con el mar, la neblina de las Tierras Grises que deambula por los acantilados como un sarnoso lobo blanco. Atrapada como estoy por la soledad, la presencia de la niebla es omnipresente y representa tanto el depredador como el bosque donde habita.

Me estremezco y cojo de nuevo el diario de mi hermana. La entrada final se detiene en la frase que acabo de leer, que queda cortada, como si la hubiesen interrumpido en aquel preciso momento. Mi corazón se acelera cuando leo las frases otra vez y asimilo el nombre que hay allí escrito.

«… Brandon y de mi investigación sobre los recientes y extraños sucesos…»

Tengo que hablar con Killian.

CAPÍTULO QUINCE

Los barracones de los centinelas se encuentran en la parte posterior izquierda de Norland House, protegidos por un toldo de castaños y fresnos. En verano, el verdor forma un tejado de color esmeralda por encima de ellos, pero ahora, con el frío afilado del otoño, el color empieza a desangrar sus hojas, como el rubor que se esfuma de las mejillas de una chica. Los barracones son dos edificios de piedra tosca pegados al suelo, y sus vientres rocosos arañan la tierra de un modo que siempre me ha recordado a un par de gatos grises que se deslizan a ras de suelo.

Observo con inquietud los edificios gemelos. Después de leer el diario de Essie, me he planteado la posibilidad de llevárselo a Tom y Cressida, pero el recuerdo de su impasividad sigue fresco en mi cabeza y me ha hecho dudar. Si, simplemente por celos mezquinos, Cressida se ha mostrado dispuesta a ignorar una nota avisando de la caída del nuestra casa, ¿qué pensaría de los escritos histéricos de mi hermana, en los que habla de sonidos extraños en el bosque y sombras al otro lado de la ventana de su habitación? Lo más probable es que hubiera cogido el diario y me hubiera despedido con palabras vacías de consuelo, sin perder más tiempo para poder seguir debatiendo con Tom los *siguientes pasos por seguir*. No he olvidado tampoco la reacción de mi hermana la última vez que le sugerí hablar con nuestro primo y su esposa: «No me fío de ellos.»

En este caso, tampoco yo debería fiarme, creo.

A juzgar por el diario de Essie, solo hay una persona en la que mi hermana confió lo suficiente como para revelarle sus temores antes del baile en honor a mi padre, la persona con la que decía estar llevando a cabo una «investigación». Así que, si quiero entender lo que le ha pasado, estoy segura de que el camino para averiguarlo empieza con él.

Me sudan las manos cuando llego a la entrada de los barracones. Suelto el aire y sujeto la aldaba de latón con la mano que tengo libre, rezando para que el papel no se haya convertido en pulpa en mi otra mano.

—… imagino que no esperarás nuestra lealtad después de eso, ¿no? Los de la familia están cayendo como moscas y, como siempre, nosotros seremos los que cargaremos con la peor parte. Godwin estuvo a punto de perder una pierna anoche, no sé si lo sabes, y no me apetece nada ser el siguiente.

Me quedo helada al oír el retumbar de una voz masculina a través del cristal roto de la ventana a la derecha de la puerta. Detrás del vidrio sucio se mueve el contorno gris de una forma. La mugre oscurece las facciones y me resulta imposible distinguirlas, pero, a pesar de que no puedo identificar quién habla, se me eriza el vello de los brazos como consecuencia del tema de conversación. «La familia.» El hombre solo puede referirse a una: la mía.

La curiosidad me supera; suelto la aldaba y me agacho justo debajo del alfeizar de la ventana para que no puedan verme.

—Hicimos un juramento, Mandel: prestar servicio a cambio de tierras —replica una segunda voz fácilmente reconocible.

Habla con la fría suavidad gris de un canto rodado. *Killian*. Su sombra se refleja en los cristales justo al lado del hombre que ha hablado antes y, aunque no puedo verlo, juraría sentir la intensidad de su mirada azul incluso desde aquí.

—Un trato que estuviste encantado de cumplir cuando todo iba a tu favor, por si no lo recuerdas —continúa Killian—. Y tanto el duque Rojo como la duquesa nos han pedido no hablar sobre la archidoncella hasta que la población haya sido alertada, lo sabes bien.

El hombre que ha hablado primero —Mandel, según lo ha llamado Killian— ríe, una carcajada malévola y chirriante.

—Por los Tres Divinos, Brandon, estás entre amigos. No te va a pasar nada por compartir tu maldita opinión de vez en cuando, te prometo que no se lo contaré a la duquesa —dice, en tono burlón—. Además, si estuviéramos hablando sobre juramentos y honor, no estaría mal que echases un vistazo a nuestros queridos gobernantes. ¡Por el Guardian de la luz! ¡Si tienen a sus súbditos engañados, haciéndoles creer que lord Silas murió por una enfermedad cardiaca! Seguramente, el viejo andaba desesperado por alejarse de ellos. —Oigo que prepara un gargajo y, a continuación, el sonido carnoso del escupitajo al aterrizar en el suelo—. Un jodido nido de ratas, eso es lo que es esta casa.

La rabia me bulle en el estómago. Por lo que he oído hasta el momento, este tal Mandel es claramente un centinela. ¿Dónde está su sentido del deber, su devoción a la casa que está obligado a proteger?

«¿Se equivoca, por eso? —murmura en mi oído una voz ladina —. No hemos hecho otra cosa que mentirle desde que murió papá. Sabes perfectamente bien que dice la verdad.»

—Me pareces un referente moral impresionante por ser un hombre que estuvo dispuesto a abandonar su provincia para venir a prestar tus servicios aquí en el instante en que la archidoncella Estella puso ante tus ojos la promesa de obtener riqueza —dice Killian, en un tono inexpresivo—. No es nuestro deber juzgar las decisiones de la casa gobernante. Y ahora más que nunca, con la archidoncella desaparecida, las fronteras de Sussex necesitan patrullas si no queremos seguir sufriendo ataques como el de anoche. Si tanto te importa el pueblo, colabora en que pueda seguir sano y salvo.

Escucho el crujido de una silla de madera, en la que seguramente acaba de sentarse Mandel.

—¿Y qué hay de nuestra seguridad? —cuestiona, y el escarnio que capto en su tono de voz me sabe a vinagre en la lengua—. Estas brechas… Sabes tan bien como yo que aquí hay algo raro. James me comentó lo del hombre que encontrasteis donde la última

brecha, con la garganta cortada. La verdad es que no me parece obra de un Fantasma. Y no es solo eso —prosigue, bajando casi tanto la voz que me cuesta oírlo—. Ya han caído dos de los nuestros, y ¿quién sabe cuántos más caerán en el futuro? A los Darling les importamos un comino, eso lo han dejado más que claro, y a Estella menos incluso que a Silas. ¿Sabes que antes tomábamos té con la cena y vino en las festividades? Ahora no hay más que agua caliente y patrullas interminables, y, si algún hombre muere en acto de servicio, traen otro antes incluso de que el muerto descanse en su tumba. No —prosigue Mandel—, este lugar es una trampa mortal. Digo que deberíamos largarnos de aquí ahora mismo, antes de que seamos nosotros los que acaben siendo reemplazados.

Hay un instante de silencio; aguzo el oído para oír la respuesta de Killian mientras clavo las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza que acaban dejando una señal en forma de cuarto creciente. De modo que no fui solo yo la que se fijó en la extraña herida del cadáver que encontramos con Killian; los demás centinelas también la vieron cuando entraron en la casa después de que nosotros nos fuéramos. ¿Qué otra cosa podría haberlo matado y por qué motivo? ¿Estaría ya muerta la familia cuando las farolas se apagaron, quizás? ¿Fueron previamente víctimas de los ladrones?

«De ser este el caso —contraataca una vocecilla taimada—, ¿quién encendió entonces la señal de alarma?»

Reaparece en mi cabeza la nota que encontré sobre la almohada de Essie. Si dejo que mis pensamientos se difuminen, casi puedo ver un hilo que se extiende desde los ataques en las fronteras hasta la desaparición de Essie, un hilo tan efímero como la seda de una telaraña cuando captura la luz, pero, cuando lo toco, el hilo se parte y se me disuelve en las manos.

No me doy cuenta de que he empezado a divagar hasta que oigo de nuevo la voz de Killian.

—Puedes irte si quieres —sugiere—. Pero yo di mi palabra, para mejor o para peor, y no renunciaré a ella solo porque se haya producido lo *peor*.

—La palabra se la dimos a una chica cuyo cadáver, lo más probable, es que a estas alturas esté tostándose al sol. —La forma

que se perfila en la ventana parpadea cuando el otro centinela se pone en pie y se convierte en una mancha contra el cristal—. De todos modos, Estella era la única de los Darling supervivientes con un poco de cerebro. El duque es un idiota que apenas sabe escribir su nombre sin que su esposa se lo deletree y, por lo que a la otra archidoncella se refiere —suelta una carcajada burlona y el prejuicio que oculta ese sonido me deja helada—, es agradable de ver, lo reconozco, pero de lo más superficial. Es como si el mundo entero fuera su espejo, como si cuando te mira, no pudiera ver más allá de sí misma. Siento lástima por el hombre que se la acabe llevando a la cama.

El estómago me da un vuelco y el suelo se hunde bajo mis pies. «Es como si el mundo entero fuera su espejo.» La pulla del centinela me hiere en lo más profundo y me duele el cuerpo de vergüenza, aunque, al mismo tiempo, me enciende con una rabia ardiente y feroz.

Oigo que Killian suspira.

—Su padre la crio para ofrecerla en subasta como una muñeca. No puedes culparla por intentar cumplir el papel que le asignaron —replica.

Su traición es como un cuchillo que me atraviesa la garganta, pero no me da tiempo a sangrar porque su compañero responde en el acto.

—Sí, lo había olvidado… Has pasado mucho tiempo con ella últimamente, ¿verdad? —pregunta Mandel en tono lascivo—. ¿Pretendes incorporar esa muñeca a tu colección privada?

Killian tose.

—Todo lo contrario. De hecho, intento protegerla —responde rápidamente—. Si Estella ha desaparecido para siempre, su hermana sería la última heredera viable del difunto lord Silas. Sussex la necesita.

Mandel se queda en silencio y la proclama de Killian deja un ambiente sombrío y triste. Pegada a la pared, siento también el golpe de sus palabras. «La última heredera viable del difunto lord Silas.» Con el caos que ha conllevado la desaparición de Essie, no me lo había ni siquiera planteado, apenas me he parado a pensar en

quién sucedería a mi hermana, porque, para empezar, apenas he empezado a asimilar la posibilidad de un *después*.

La piel me arde, me ruborizo. Hace tan solo unas semanas, la idea de convertirme en Señora de la casa me habría llenado de júbilo, pero ahora la culpabilidad puede conmigo y pesa como una cadena colgada a mi cuello. ¿Quién me daría a mí una corona robada de la cabeza de mi hermana?

¿La aceptaría yo?

De pronto, se me han pasado las ganas de hablar con Killian. Me aparto de la pared, con cuidado de no hacer ruido para no delatar mi presencia a los centinelas. Avanzo un paso, luego otro.

Crac.

Maldigo en voz alta cuando mis pies tropiezan con una rama y la parten por la mitad. A mis espaldas, las voces de los centinelas suben de volumen y la urgencia de huir me consume. Con el pulso acelerado, me subo las faldas y echo a correr en cuanto oigo que la puerta se abre a mis espaldas.

—Merrick.

La utilización de mi nombre propio me para en seco, justo como él sabía que sucedería. Turbada y ruborizada, me vuelvo a regañadientes y domo mi expresión para que parezca imperiosa y femenina, como si el intruso en la situación fuera él, no yo.

—No le he dado permiso para llamarme así, *señor* Brandon.

Las facciones de Killian quedan medio ocultas entre las sombras, pero distingo a la perfección su pelo de color miel quemada formando ondas alrededor de su cara, como si acabara de levantarse. Con el telón de fondo de las paredes de piedra de los barracones y vestido simplemente con una túnica y un pantalón, parece un héroe sacado de las páginas de una novela romántica, la representación pictórica de algún tipo de ideal pastoral.

Se acerca con cautela, con las manos levantadas, como si yo fuera un ciervo a punto de salir corriendo al menor movimiento.

—Me dirijo a usted como lo haría un amigo —replica sin alterarse—. ¿Acaso ya no somos amigos?

Aborrezco que toda mi determinación titubee ante una sonrisa, ladeada y tímida, que me desarma al instante. Es como si me

estuviera invitando a compartir un chiste con él, pero en sus ojos veo la verdad. Envuelta en capas de calidez, su expresión es inquisitiva, como si aquella alegría no fuese más que una prueba, concebida para producir una reacción. «Quiere saber cuánto he escuchado.» Darme cuenta de eso me hace recuperar la firmeza.

—Los amigos no tienen secretos entre ellos —le espeto—. Y me parece que a mí me ha estado escondiendo más de uno.

Doy un paso hacia él, sosteniéndole la mirada, y me satisface comprobar que, esta vez, es él quien retrocede un paso.

—Sé que, antes del baile, mi hermana creía que la observaban —confieso—. Durante los meses previos al fallecimiento de mi padre, estuvo escribiendo un diario, un objeto que pasó desapercibido para quienes estuvieron registrando anoche sus aposentos. Por eso sé también que usted estaba ayudándola a investigar —alzo la barbilla — los incidentes, como creo que ella los denominaba.

Killian guarda silencio durante un prolongado momento, mientras la tensión gotea sobre nosotros como la cera cuando se enfría y se endurece, anclándonos en nuestros respectivos lugares. Veo que en su mejilla se mueve un músculo, como si estuviera librando una batalla interna consigo mismo en la que tiene que decidir si me deja entrar o me echa.

Al final, sin embargo, se limita a maldecir, en voz baja y en tono envenenado.

—*Mierda*.

Algo hay en la ronca desesperación de su voz, en el rechinar hastiado de hueso contra hueso, que me produce un escalofrío. Killian exhala un suspiro y esboza una mueca de dolor mientras se pasa la mano por el pelo en un gesto de frustración. Sus dedos tiemblan mientras se deslizan entre sus mechones, una incomodidad que no le había visto hasta este momento.

—La duquesa no mencionó la existencia de un diario —dice con amargura.

—¿La duquesa? —Me esfuerzo porque mi voz suene inalterable, pero la indignación se hace evidente y mi temperamento se enciende con rabia y celos—. ¿Cressida está al corriente de todo esto?

—Solo desde anoche —responde Killian—. Se lo dije después de que se produjera la desaparición de su hermana, cuando me enteré de esa nota que encontró usted. —Une las cejas frunciendo el ceño —. Le pedí que no revelara a nadie lo que había compartido con ella, por respeto a los deseos de su hermana.

Las ramas de los árboles se agitan con el viento y retazos de la confesión de Killian vuelven a mí entre el susurro conspirador de las hojas. «Solo desde anoche… Por respeto a los deseos de su hermana.» Lo miro sin decir nada y noto que mi rabia va en aumento a cada segundo que pasa. Una docena de respuestas se arremolinan en mi estómago, pero arden demasiado como para poder pronunciarlas en voz alta, es como si fueran a prender fuego al pasar por mi garganta.

—Merrick… Archidoncella…

Percatándose por fin de mi ira, Killian decide continuar, pero se echa atrás en el último momento, como si no supiera cómo seguir. Sus cicatrices se encogen con cada destello de emoción que cruza sus facciones y su piel rosada se tensa. Finalmente, añade:

—Su hermana solo intentaba protegerla.

—¿Protegerme *a mí*? Si ni tan siquiera podía protegerse a sí misma. —La frustración se remueve en mi interior y mis emociones son como una cadena a punto de escurrirse de entre mis dedos. Me muerdo el labio y me fuerzo a seguir hablando—. «La Casa Darling caerá» —repito, acalorada—. Dice que ha visto la nota. ¿Sabe si Essie había recibido notas similares antes de anoche? ¿Quién cree que estaba observándola? —Se me quiebra la voz—. ¿Qué quiere esa gente?

—No hay más notas, que yo sepa —responde Killian y baja la cabeza, avergonzado—. Y, por lo que a las demás preguntas se refiere, la archidoncella Estella tenía algunas ideas, pero todavía estábamos estudiándolas todas. Le dije… —Se pasa la mano por sus ondas despeinadas y suspira—. Maldita sea. Le dije que fuera más *cuidadosa*.

Su admisión se pierde en un murmullo. Y, al oír aquello, los nervios me escuecen dolorosamente bajo la piel. No sé muy bien qué resulta más perturbador, si saber que mi hermana era

consciente de que corría peligro antes de su desaparición o el hecho de que eligiera a un desconocido, y no a mí, para compartir con él sus problemas.

—Cuéntemelo —le ordeno a Killian—. Todo.

Y el centinela obedece sin rechistar.

—No sé lo que puede haber leído en ese diario, pero, por lo que su hermana me explicó, el problema empezó hará cosa de un par de meses —empieza—. Al principio, no era más que una sensación, la impresión de que alguien estaba observándola, de que no estaba sola. —Esboza una mueca—. La archidoncella Estella intentó ignorar sus miedos y considerarlos una paranoia, una manifestación, si quiere verlo así, de su preocupación por las brechas de las fronteras. Pero luego… la situación escaló.

Las aletas de la nariz de Killian se inflan y, aun sin quererlo, una fría turbación me recorre las venas.

—Oía ruidos en los bosques cuando iba a caballo, como si alguien la estuviera siguiendo —continúa Killian—. O, en una ocasión, me explicó, cuando llegó a Norland después de estar patrullando, encontró un pájaro muerto en su cama, todavía caliente. La ventana de su habitación estaba abierta y, con toda probabilidad, la criatura entraría en la habitación por sus propios medios, pero incluso así… —Se pasa la lengua por los labios con nerviosismo—. Llegó un momento en el que no pudo seguir ignorando los incidentes y, como yo solo llevaba unas semanas en Sussex y no tenía que rendir lealtad a nadie excepto a ella, me eligió para ayudarla a descubrir su origen.

Killian se queda en silencio y, cuando cambia el peso del cuerpo al otro pie, su musculatura se flexiona debajo del fino algodón de su túnica. Recuerdo entonces otro fragmento del diario de mi hermana: «He descubierto que estos nuevos reclutas, que no han sido nunca entrenados por mi padre, son más receptivos a mis órdenes… Uno de ellos, un joven del linaje de los Tudor, me tiene especialmente impresionada.»

Al menos, la historia que Killian me está contando parece cierta.

—¿Y? —le insto, impaciente—. ¿Qué ha descubierto?

—Poca cosa. No tuvimos mucho tiempo. No acudió a mí hasta un par de días antes del fallecimiento de su padre —me explica—. Nos dimos cuenta, no obstante, de que quien quiera que estuviera acosando a su hermana parecía más obcecado en asustarla que en hacerle un daño físico, lo que nos llevó a preguntarnos si podría haber alguna motivación política detrás de sus actos. Quizás se tratara de otro miembro de la casa intentando intimidarla para que no aceptara el título de depositaria, para hacerse él o ella con el cargo, como podrían ser su primo y su esposa…, el duque y la duquesa —murmura los títulos de mi primo y su esposa con un tartamudeo tan leve que parece casi inconsciente, casi como si le faltara el aire—. Era un supuesto natural. ¿Quién tiene más probabilidades de amenazar a la sucesora de lord Silas si no alguien que deseara usurparle el puesto? Y, como sobrino del Señor, su primo podría argumentar a favor de su derecho a gobernar. —Killian esboza una mueca, como si acabara de tener un recuerdo desagradable—. Pero rápidamente descartamos esta teoría, por el tema del contrato matrimonial.

Aquello despierta mi interés.

—¿Contrato matrimonial?

—Los términos que su padre le obligó a aceptar al duque antes de su boda con la duquesa —apunta Killian. Después, se queda expectante, como si estuviera esperando que continuara yo, que hiciera algún tipo de gesto de asentimiento. Al ver que no digo nada, carraspea levemente y sigue hablando—. Su hermana estaba al corriente, imaginé que usted también lo estaría.

Ah. Me sube el rubor a las mejillas, y a él le pasa lo mismo.

—Sabía a ciencia cierta que no fue un matrimonio por amor, si es eso a lo que se refiere —replico, intentando recuperar mi terreno.

—No se trata solo de eso —explica Killian—. Al parecer, el potencial ascenso de su primo fue un punto importante de negociación durante las primeras conversas de su padre con Elodie Faulk. La Casa Faulk quería una alianza con la Casa Darling y un esposo para la duquesa Cressida, aunque no un esposo que pudiera impedir el eventual gobierno de la duquesa. De modo que el duque firmó que nunca reclamaría Sussex.

Arqueo las cejas, sorprendida.

—¿Firmó eso?

Killian está claramente incómodo. Aunque no presiona más el claro hecho de mi ignorancia, sus palabras me taladran como un clavo. Otro secreto del que no he sido partícipe.

—Entiendo que no pudo elegir —responde Killian—. Su hermana mencionó que tenía deudas de juego.

«Se cree que me inclinaré ante él.» Vuelven a mí las palabras pronunciadas por mi primo mucho tiempo atrás; estoy otra vez en Norland House, viendo cómo Tom cierra de un portazo la puerta del despacho de mi padre, su anterior benefactor, transformado de repente en su enemigo. Siempre había asumido que mi padre había influido en el compromiso de Tom con Cressida, que el enojo de mi primo aquella noche era el resultado de esa manipulación. Pero lo que había desencadenado su ira no había sido únicamente la perspectiva de tener que someterse a un matrimonio de conveniencia, sino la realidad de que, al comprarle una esposa a mi primo, mi padre había vendido también algo mucho más importante: sus posibilidades de llegar a ser el Señor de la casa.

—Al no poder reclamar la casa, no tendría sentido que el duque estuviera amenazando a la archidoncella Estella. —Killian interrumpe mis pensamientos y me devuelve al presente—. Además, su hermana y yo estábamos de acuerdo en que… el duque Thomas no parece un tipo de hombre tan malévolo como para hacer eso. Su esposa, quizás, pero él…

Lo miro frunciendo el ceño, esforzándome por no aborrecer esa forma tan casual con la que habla de mi hermana y él, la sensación de que está hablando de un lugar al que se me había prohibido la entrada.

—¿Estaban los dos de acuerdo? —replico, desafiante—. ¿Cómo es posible? ¿Conoce usted acaso a Tom?

Me toma por sorpresa que el centinela, cuya expresión se ha vuelto contemplativa, se quede perplejo ante mi pregunta y abra mucho los ojos, como si acabara de pillarlo en una mentira.

—Ah… —Se mueve con incomodidad—. Personalmente, no, pero uno de mis hermanos mayores fue compañero de colegio del duque

cuando eran pequeños. Antes de… Bueno, ya sabe. —Tose un poco —. Siempre habló en muy buenos términos de su primo, eso es todo.

Se cierne sobre Killian un aura vaga de culpabilidad, como si me hubiera conducido por un camino en el que no quería entrar. Antes… Antes de llegar a Norland, supongo. En mi interior, la sospecha entrecierra sus ojos felinos. ¿Quién es Killian en realidad? ¿Y qué partes de su pasado desea tan desesperadamente esconder que ha sido capaz de abandonar su hogar por otro?

Killian evita mi mirada y sigue hablando, ansioso por cambiar de tema.

—Pero eso tiene poca importancia —añade—. Una vez descartados el duque y la duquesa, empezamos a considerar otros sospechosos. Lo más probable, pensamos, era que el culpable fuera alguien vinculado de algún modo a Norland House, alguien capaz de moverse por la casa sin llamar la atención o, como mínimo, una persona con vínculos lo suficientemente estrechos con el personal como para llegar a convencer a algún criado de que le hiciese el trabajo sucio, como…

Se interrumpe y sus labios forman una línea tensa. Regresa ese sentimiento de culpabilidad que ha florecido antes por debajo de sus facciones, como un gusano en el corazón de una manzana, y se retuerce en su mirada.

Oh. Me cae como un gran peso encima, lo que está a punto de decir.

—Como yo —deduzco. Las palabras se adhieren a mi garganta, pegajosas y húmedas. Siento la mirada de Killian buscando la mía, pero ahora soy yo la que no puedo mirarlo a la cara. Me muerdo el labio y aparto la vista—. Continúe —le ordeno, secamente.

—Archidoncella… Su hermana jamás creyó… —Killian se acerca a mí, como si se dispusiera a posarme la mano en el hombro para consolarme, pero se lo piensa mejor—. Más allá de esto, no hay mucho más que contar. La investigación duró pocos días. Para empezar, se produjo la muerte de su padre y, después, la noche que llegó usted, la archidoncella se presentó en los barracones para decirme que detuviera por completo la investigación.

La confusión se apodera de mí y me distrae del dolor que sigue presionándome el esternón.

—¿Le pidió eso? —pregunto, levantando la vista—. ¿Por qué razón?

Killian inclina la cabeza y ladea la barbilla hacia mí.

—Dijo que había cambiado de idea…, que estaba segura de que los incidentes no eran más que invenciones suyas, pero, para ser franco, creo que lo que quería era que me centrara en otra cosa —confiesa, hablando despacio—. En cuidar de usted, concretamente. Me dejó muy claro que protegerla tenía que ser mi prioridad.

—Essie…

De pronto, me siento entumecida, mis órganos, mis músculos. «Esto es imposible —ansío poder decir—. Essie jamás habría sacrificado su seguridad por la mía… Me odiaba. Me tenía rencor por haberla dejado sola después de lo de mamá.»

Sin embargo, incluso mientras articulo en mi interior estas negativas, sé que no son ciertas. Al fin y al cabo, aquella mañana en los jardines, ¿no me instó Essie a abandonar Norland House lo antes posible? ¿Acaso no quería echarme? Lo había dicho porque estaba enfadada conmigo, había pensado de entrada.

Aunque quizás lo único que pretendía era mantenerme a salvo, mantenerme fuera del alcance del peligro que la estaba acechando.

—Debe de pensar que soy patética —digo en voz baja, sin importarme que me tiemble la voz—. Por andar preocupada por compromisos matrimoniales, por los hombres, mientras Essie se estaba enfrentando a un auténtico monstruo para que yo no tuviera que hacerlo. Porque yo soy demasiado débil para enfrentarme a nada.

De pronto, Killian se pone rígido.

—No haga esto.

Su forma directa de hablarme me saca por un instante de la autocompasión.

—¿Qué?

—Que no se culpe —responde—. Que no finja ser delicada. Su hermana no la veía así, como una criatura que necesita que los demás la salven.

Lo miro fijamente y las emociones se disparan dentro de mí. Engullo las lágrimas que han ascendido a mi garganta y relajo los labios para esbozar una sonrisa acuosa.

—Pero, señor Brandon, usted mismo ha reconocido lo que soy. Una muñeca, creo que me ha llamado, ¿no era eso? ¿Qué solo sirve para ser subastada?

Killian no responde de inmediato. Flexiona las manos en los costados y por un segundo me veo superada por la salvaje impresión de que va a lanzarse hacia mí. Siento el movimiento en mis entrañas, como una premonición, pero se mantiene inmóvil y deja que los segundos vayan pasando, que las frías sombras de los árboles lo cubran hasta que, por fin, sus labios se separan y…

Justo en aquel momento, la puerta del barracón se abre, un descarado punto final para la frase que no ha pronunciado. Las voces roncas de los centinelas emergen, risas, gritos. Uno de ellos llama a Killian, pero todo se vuelve silencio cuando el grupo se percata de mi presencia.

Con los pensamientos girando con un torbellino en mi cabeza, doy un cohibido paso atrás para apartarme. Curiosamente, me siento como si me hubieran apartado del borde de una tormenta: exhausta, con la inequívoca sensación de que me he perdido… algo. Un cielo esperando a abrirse en mi pecho, sus aguas derramándose.

—Vaya con ellos, no pasa nada. —Muevo la cabeza en dirección al grupo de centinelas mientras hablo con Killian—. Lo veré pronto, de un modo u otro.

Killian sigue mirándome. Por algún motivo que no logro identificar, dudo en dirigirme a él directamente, por miedo quizás a ver qué contendrían sus ojos si los mirase. Entonces, Killian pestañea, como si con ello se liberase de una fuerza invisible.

—¿Me verá?

Sonrío débilmente.

—Oh, sí, claro —respondo—. ¿Acaso ya ha olvidado sus órdenes? Según mi hermana, yo tengo que ser su prioridad. Y yo he decidido que encontrarla a ella va a ser la mía.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El resto del día pasa como un sueño. Parpadeo y las horas desaparecen, perdidas en las sombras negras detrás de mis párpados. Varias veces, me sacudo y entro en estado de alerta para encontrarme en una habitación distinta de la última que recuerdo, como si fuera una marioneta que una fuerza invisible va desplazando por la casa.

La cena es un momento sombrío, y la ausencia de Essie se asemeja a un padre serio sentado a la mesa que, sin decir nada, nos fulmina a todos con la mirada. Como muy poco y hago girar en el plato trocitos de patata blanda mientras miro de refilón a mi primo, que está sentado delante de mí. Sabiendo lo que sé ahora sobre las circunstancias de su matrimonio, la figura de Tom me parece más trágica que nunca: sus ojos risueños son ahora suplicantes, la curvatura de su boca es una sonrisa doliente. A pesar de que Killian ha insistido en que mi primo no puede ser el autor de la nota, sigo buscando un indicio que me diga lo contrario: un rastro de sangre bajo sus uñas, su espalda más enderezada de lo habitual para mostrar su orgullo por la victoria.

Desde que he regresado a Norland, me descubro a menudo observando a mi familia y buscando al posible extraño. «¿Qué has hecho?», deseo preguntarle a Tom.

«¿Qué haría cualquiera de nosotros, de tener la oportunidad?»

Finalmente, cuando ya casi terminamos, Cressida rompe el silencio.

—Me han comentado que has ido a visitar los barracones de los centinelas, Merrick.

Me mira desde su puesto, en la cabecera de la mesa, con sus elegantes manos envolviendo una taza de té. Dejo el tenedor y la miro a los ojos.

—¿Ah, sí? —respondo con frialdad—. Killian Brandon es un corresponsal impaciente. Parece que ni mi hermana ni yo podemos dar un paso en esta casa sin que él te informe al respecto.

Cressida suspira comedidamente, como si ya estuviera poniendo su paciencia a prueba.

—El señor Brandon no es la persona que me lo ha dicho —dice —. Aunque, como supongo que ya sabes, sí nos informó anoche a Tom y a mí sobre las problemáticas creencias que tenía tu hermana antes de su desaparición.

Tom se queda inmóvil con el tenedor a medio camino de la boca, pillado. Intuyo que Cressida está esperando mi réplica, pero, en vez de dársela, me hundo en la silla y cojo de nuevo el tenedor para pinchar, malhumorada, un trozo de comida. Aunque sé que es una actitud infantil, no me veo capaz en este momento de entablar una conversación sobre mi hermana. No cuando mi cabeza amenaza con derrumbarse bajo el peso de todo lo que me ha explicado Killian, de todo lo que Essie me ha ocultado.

Después de un minuto de silencio, Cressida se da por vencida y vuelve a suspirar ruidosamente.

—Te aconsejaría que te tomes los temores de Estella con una dosis sana de escepticismo, querida —añade y bebe un poco de té —. Tu hermana estaba bajo una presión enorme antes del fallecimiento de tu padre y también después. Este tipo de estrés acaba haciendo muy excitables a las personas y, por tentador que resulte, no nos hará ningún bien perder la cabeza intentando cazar perseguidores imaginarios.

Mi irritación se dispara con su tono condescendiente.

—¿Y si esos perseguidores *imaginarios* actúan según lo prometido en su nota y vienen ahora a por mí? —inquiero,

desafiante y mirándola fijamente—. ¿Les digo que no se preocupen, que no son más que productos de la imaginación?

Cressida resopla.

—Ya te lo he dicho una vez: mientras sigas en Norland House, estarás a salvo. Tenemos docenas de guardias dispuestos a dar su vida por ti, llegado el momento.

Mueve levemente la cabeza en dirección a las puertas del comedor, donde sé que hay dos centinelas armados con matafantasmas montando guardia mientras comemos. Al ver la frivolidad de su gesto —ese modo despreocupado con la que menciona la posible muerte de nuestros soldados, como si fueran platos rotos que siempre se pueden sustituir—, siento una punzada de vergüenza y la conversación que he oído antes en los barracones vuelve de repente a mí: «A los Darling les importamos un comino, eso lo han dejado más que claro.»

—He escrito a mi abuela para alertarla de la situación —continúa Cressida. El comentario enciende mi curiosidad y vuelvo a centrar mi atención en ella—. Lleva treinta años gobernando Norrin; no existe otra persona en todo El Humo en la que confíe más para que nos guíe a través de este mal momento. En cuanto me responda, decidiremos juntos cómo informar al resto del Consejo sobre la ausencia de Essie. —Me mira, arqueando una ceja—. Sé que toda esta política que rodea nuestra situación te parece trivial, Merrick, pero, si quieres ver a tu hermana coronada como Señora de la casa y no derrocada, te animo a que reconozcas la importancia del modo en que debemos transmitir nuestro mensaje —explica muy seria—. Recuerda lo que voy a decirte: hay muchos de linaje noble que, de creer que pueden salirse con la suya, estarían encantados de aprovecharse de un vacío de poder en Sussex para expandir su territorio. No confundas precaución con inacción. ¿Te queda claro?

Me clava la mirada, pero me limito a asentir a modo de respuesta. Terminada la cena, aparto el plato que ni siquiera he tocado y, con un plan empezando a tomar forma en mi cabeza, salgo en busca de Killian.

* * *

Se muestra receloso, por supuesto.

—Shoreham-by-Sea no queda muy lejos de Norland, archidoncella —apunta una hora después, mientras ensillamos los caballos después de haber despedido a los caballerizos—. Podrían reconocerla.

Bajo la vista y estudio el atuendo que me ha prestado mi reticente criada. Llevo un vestido de lana sencillo, de escote cerrado y mangas ceñidas, un chal deshilachado sobre los hombros, botas de cuero gastadas y mis rizos recogidos en un moño austero. Siento una punzada de nostalgia al observar mi aspecto. Siempre me burlaba de Essie por su vestuario aburrido, porque se vestía de manera más conservadora incluso que nuestras propias criadas. Ahora no sé muy bien si me parezco más a mi hermana o a ellas.

Doy una palmadita al flanco de *Pegasus* para disimular mis inseguridades antes de que Killian se percate de ellas.

—En Sussex hay más de mil chicas rubias —replico sin alterarme—. Y, de hecho, el pueblo conoce a los de linaje noble por su dinero, no por su cara. Te aseguro que, vestida como voy, nadie se parará a mirarme dos veces.

Killian se limita a resoplar, poco convencido. También él se ha vestido especialmente para la expedición y ha descartado los estoicos grises de su uniforme de centinela para decantarse por una sencilla camisa de lino y pantalón de algodón. Arqueo una ceja y añado:

—Kyrie tampoco queda muy lejos de Sussex, señor Brandon. ¿Y si resulta que lo reconocen a usted y no a mí? Quizás alguien pueda arrojar algo de luz sobre sus misteriosos orígenes.

Mi comentario me obsequia con un ceño fruncido a modo de recompensa y aparto la vista, satisfecha.

—Recuérdeme de nuevo por qué se le ha metido esta idea entre ceja y ceja —me pide. Mira fijamente el caballo, pero noto que me observa por el rabillo del ojo y que su atención me aguijonea la nuca

—. No entiendo qué información vamos a poder obtener sobre la archidoncella Estella en el pub del pueblo.

—No busco información, busco chismorreos… y en el pub los encontraremos a patadas —lo corrijo—. Y no solo eso. No he dejado de pensar en la nota que encontré en la cama: «La Casa Darling caerá.» —Hago una pausa y el frío se remueve en la base de mi estómago, un frío que se ha instalado ahí desde que vi la habitación vacía de Essie, desde que sentí sobre la piel la brisa gélida que entraba por su ventana—. Quienquiera que la escribió lo hizo para asustarnos, eso es evidente. Si la persona que se ha llevado a Essie quiere impedir que se convierta en la Señora de la casa, tendría sentido que amenazase también al resto de los herederos potenciales de mi padre, que desanime a cualquiera que aspire a ocupar su puesto. Pero luego empecé a pensar que también podría tratarse de alguien que albergue algún tipo de rencor hacia mi familia y me acordé del señor Birks. La verdad es que parecía lo bastante enojado por su despido como para querer amenazar a Essie, y posiblemente algo más que eso. Y no ocultó el hecho de que detestaba nuestra casa por negarle lo que él creía que se le debía.

Killian tira de la correa de su silla para poner a prueba la sujeción.

—Una teoría sensata. Aunque, teniendo en cuenta que está muerto, dudo que su antiguo mayordomo secuestrara a la archidoncella Estella.

—Quizás él no, pero ¿recuerda que cuando nos lo encontramos en el bosque de Barton iba acompañado por otro hombre? —Cambio de posición para mirar directamente a Killian—. A saber cuánta gente podría haber reclutado para su causa antes de morir. Quizás dio a conocer su rencor a otros plebeyos, quizás algunos de ellos albergan sentimientos similares respecto a nosotros.

—Mmm… —murmura distraído el centinela—. Quizás.

Su respuesta me enfada. Aunque su rostro queda medio oculto por las sombras, juraría que su expresión es de condescendencia. Veo que sus labios están curvados hacia arriba, como si le hiciera gracia lo que acabo de decir. Retrocedo un poco y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Tiene quizás una teoría mejor o simplemente quiere seguir aquí plantando, dándole vueltas a lo que yo voy diciendo?

Una carcajada y Killian acaricia el cuello de su caballo para tranquilizarlo.

—Discúlpeme por mostrarme tan reflexivo —dice, hundiendo los dedos en la crin del caballo—. No era mi intención, se lo aseguro. Me gusta escuchar lo que piensa.

Me mira y su sonrisa se hace más evidente, más atrevida; es casi como si me estuviera retando a devolvérsela, como si esa misma sonrisa se lanzara hacia mí como un látigo, enroscándose en mi pecho, pero antes de que me dé tiempo a atraparla, se escapa de nuevo.

—No tengo ninguna teoría mejor que ofrecerle, si quiere llamarlo así —asegura. Coloca el pie en el estribo y se impulsa para subir al caballo—. Vámonos.

Coge las riendas y da un leve golpecito con los talones a su corcel para que se ponga en movimiento. Muevo la cabeza para sacudirme el aturdimiento y monto rápidamente a *Pegasus* para seguirlo.

Más allá de los límites de Norland, la tierra está tranquila y adormilada, y el crepúsculo parece acunarla para que se acueste temprano. Si no fuese por la presencia de los acantilados a lo lejos y del resplandor brumoso de las farolas que marcan la frontera, la escena resultaría casi un remanso de paz. Pero durante todo el viaje no puedo evitar sentir el tirón de las Tierras Grises y de imaginarme la forma retorcida de los Fantasmas acechando detrás de cada oleada de niebla, con sus ojos vacíos siguiendo mi recorrido como una manada silenciosa y hambrienta.

Cuando vislumbro los tejados de Shoreham-by-Sea me siento aliviada. Como ya es habitual en El Humo, un anillo de antorchas encendidas rodea la población, más rudimentarias que sus orgullosas primas de la frontera, confeccionadas con estacas de madera y trapos empapados en aceite sujetos a sus extremos. Al otro lado de la llameante defensa, edificios de escasa altura se apiñan alrededor de un hueco central —una plaza, sé por visitas anteriores, aunque ahora no puedo verla— donde arde una hoguera

que escupe chispas furiosas. Con sus formas inclinadas y sus ventanas cuadradas y simples, las casas me recuerdan a un grupo de hombres sentados alrededor del fuego para protegerse del frío de la noche.

Una punzada de culpabilidad me recorre la espalda cuando Killian y yo pasamos por debajo de un arco que se abre entre las antorchas —la entrada principal— y accedemos al pueblo. En los alfeizares de todas las casas, una vela parpadea detrás del cristal de la ventana; velas de sebo, no de cera, como las que utilizamos en Norland. No puedo olerlas, pero por alguna razón el pueblo entero apesta a miedo, un olor a miasma y humedad que impregna el ambiente.

Pero es nuestro pueblo, y nuestro padre siempre declaró que nuestro deber sagrado era protegerlo. ¿Cómo hemos permitido que llegue a tener tanto miedo?

Atamos los caballos delante del pub, un edificio achaparrado con parches de musgo sobre su tejado inclinado que me hacen pensar en las manchas de moho en la corteza del pan. El nombre del local, *El Vigía*, está tallado en el rótulo de madera que cuelga sobre su puerta, junto con el dibujo de una mano que sujeta un farolillo encendido. Al otro lado de las ventanas empañadas, vislumbro los perfiles de los clientes moviéndose de un lado a otro, oigo retazos de sus risas, una escena que parece fuera de lugar en contraste con la hoguera y la oscuridad de las calles.

Con Killian siguiendo mis pasos, empujo la puerta y entro.

La campanilla de la puerta repiquetea para anunciar mi entrada y, al instante, todos los ojos del establecimiento se vuelven hacia mí. El pub está medio lleno, e imagino que más tarde acabará llenándose del todo. Hay hombres solos instalados en los taburetes de la barra y otros sentados en grupo alrededor de las toscas mesas. En la chimenea de piedra hay más fuego encendido, las llamas bailan y amenazan con sobrepasar sus límites como un animal salvaje enjaulado. Pintan con tonalidades ambarinas los rostros de los clientes, que se han quedado callados y arrugando la frente, en una expresión de recelo prácticamente idéntica para todos.

Detrás de mí, Killian se inclina y sus labios me rozan casi el oído.

—Le he dicho que se quedase fuera —murmura, con un tono excesivamente autocomplaciente para mi gusto—. No están acostumbrados a ver mujeres aquí dentro. Y no me venga ahora otra vez con eso de que en Sussex debe de haber más de mil rubias.

Me giro de repente hacia él; le brillan los ojos, resplandecen de alegría.

—¿Sabe una cosa? —replico con rabia—. Esto es de lo más curioso: creía haber traído un guardia conmigo, pero resulta que mi único compañero es un bufón. Oh, no, no se quede callado ahora —añado, pinchándolo, cuando veo que se queda en silencio—. Sus insultos son de lo más entretenido. No sabría qué hacer sin ellos.

Killian sacude la cabeza y la luz del fuego se refleja en sus cicatrices, que recorren su cara como brillantes gotas de agua. A pesar de la gravedad de las circunstancias, no puedo evitar la sensación de que este intercambio verbal lo excita, de que está disfrutándolo, aunque solo sea un poco.

Y me alarma darme cuenta de que también lo estoy disfrutando yo.

—Entendido, archidoncella —dice Killian, que quizás se ha percatado de mi turbación. Se encamina hacia un taburete vacío y toma asiento—. Ya estamos aquí. ¿Y ahora qué hacemos?

Me siento en el taburete contiguo e intento acomodarme en la superficie dura y circular mientras pienso qué responderle. La verdad es que el plan que elaboré en Norland —visitar un pub, ver si podía captar algún rumor relacionado con mi hermana y su paradero— parecía mucho más sencillo cuando no estaba en un local lleno de gigantones malhumorados. Me duele haber asumido que la gente del pueblo… hablaría tan tranquilamente conmigo en cuanto llegara, que todo el mundo se apresuraría a cumplir el papel que yo le había asignado, igual que haría con una mujer de linaje noble, con una archidoncella.

Su superior. ¿Es eso lo que me considero?

—Supongo que podemos hablar —respondo por fin.

—¿Hablar? —repite Killian.

Llama al tabernero, que se acerca obedientemente, aunque sigue clavándome una mirada dudosa. Durante un espantoso segundo, pienso que me ha reconocido —eso o está a punto de pedirme amablemente que abandone su establecimiento—, pero las reservas que el hombre pueda tener con respecto a servir a una mujer desaparecen en el instante en que Killian deposita un puñado de monedas sobre la barra. Refunfuñando, el hombre las coge para cambiarlas por un par de jarras de cerveza que nos sirve momentos después.

Me acerco la jarra a los labios y, hecha un mar de dudas, bebo un sorbo. El sabor es agrio e insípido a la vez, como a cebada cortada a cuchillo, pero el alcohol desciende con calor hacia mi estómago.

—Sí —afirmo, encogiéndome de hombros—. Dijo que éramos amigos, y los amigos hablan, ¿verdad? —Viendo que no responde, me inclino hacia él y descanso una mano sobre la barra—. ¿Por qué no me cuenta cosas sobre su familia?

La retirada es inmediata, como si se hubiera quemado con una tetera caliente.

—Prefiero no hablar de ellos.

Pero, por alguna razón —quizás porque yo también me siento vulnerable, quizás porque quiero que se sienta incómodo en este lugar, que se sienta atrapado en sí mismo como me siento yo—, esta vez me siento incapaz de respetar sus deseos.

—¿Por qué no considerarlo entonces desde mi perspectiva? —intento presionarlo—. Un misterioso desconocido aparece en mi provincia, se niega a facilitar información sobre sus antecedentes, sobre su familia, y poco después desaparece una archidoncella… —Bebo un poco más de cerveza y saboreo su amargor—. Cualquiera podría pensar que tiene usted algo que esconder.

Killian tensa los nudillos alrededor del asa de su jarra.

—¿Con lo de *cualquiera* se refiere a usted? —pregunta.

La sonrisa se ha esfumado y en su lugar ha aparecido la cautela de un soldado, un frío calculador que congela su mirada, como si estuviera evaluando el peligro que supongo para él, la amenaza.

Lo miro a los ojos.

—Creo que es más de lo que pretende ser. Adopta la pose de un centinela, pero me habla como me hablaría un igual, no puede evitarlo. Sean quienes sean sus padres, tiene una insolencia que sugiere un rango mucho más elevado que el de un simple Rouge.

Las facciones de Killian se mantienen inexpresivas, inalterables, pero un músculo de su mandíbula se altera. Es un movimiento casi imperceptible, pero suficiente para darme la confianza necesaria para seguir presionándolo.

—¿Tiene que ver con sus cicatrices?

Rápidamente, aparta la vista para fijarla en su cerveza. Intuyo que mi golpe ha dado en el blanco, es como si hubiese dejado una marca evidente en su mejilla. Irradia dolor, rencor, está inflamado por la traición.

«Es tu centinela —pienso, regañándome, cuando el arrepentimiento se apodera de mis entrañas—. Sus sentimientos no tienen por qué importarte.»

No deberían importarme, pero, cuando me repito mentalmente estas palabras, sé que son mentira.

—Me acusa de esconderme. —Killian habla en tono áspero para romper el silencio. No ha levantado la vista de la jarra. Mantiene la espalda encorvada y los codos apoyados en la barra, como si estuviese soportando un peso enorme—. ¿Se ha planteado que quizás esté escondiéndome de mí mismo? ¿Que esté intentando olvidar?

Habla sin moverse en absoluto, desplegando sus palabras como si estuviera soltando el hilo de una caña de pescar, despacio, muy despacio, para no asustarme. En este sentido, es parecido a Essie, pienso. Ambos se contienen, han convertido su cuerpo en una jaula y es como si hubiesen visto su interior y hubieran descubierto un antiguo mal escondido allí. Es como si estuvieran mirándose siempre en el espejo y vieran un monstruo detrás de ellos, dentro de ellos, una criatura que solo la búsqueda de la perfección puede mantener a raya.

«¿Se ha planteado que quizás esté escondiéndome de mí mismo?»

De pronto quiero saber, desesperadamente, celosamente, cuál es el monstruo de Killian.

El roce en el suelo del taburete que queda a mi derecha me saca del trance. Cuando me giro, veo que acaba de tomar asiento un hombre de mediana edad, de pelo rojizo, vestido con un chaleco cuyos botones se tensan sobre su sobresaliente barriga. Cruza brevemente la mirada conmigo y asiente a modo de saludo antes de volcar su atención en el tabernero, que está en el otro extremo de la barra, enfrascado en una conversación con un par de leñadores.

Miro de reojo a Killian, que ha levantado la cabeza ante la llegada del hombre. Me mira y ladea la cabeza, primero a la derecha, luego a la izquierda… «Quizás sí, quizás no.»

Elijo el «quizás sí».

—Disculpe, señor… Le ruego que disculpe mi interrupción. —Le doy unos golpecitos en el hombro y esbozo lo que confío que sea una sonrisa cautivadora cuando el hombre se gira con las fosas nasales dilatadas por la sorpresa—. Perdone, solo quería preguntarle si nos concedería un momento de su tiempo. Mi marido y yo acabamos de llegar a la provincia, hemos aceptado dos puestos de trabajo en Norland House.

Me vuelvo hacia Killian y descanso mi mano sobre la suya. Noto que se tensa, pero no se aparta, lo que considero una pequeña victoria.

—El administrador que nos contrató parecía un hombre sensato, aunque bastante reservado con respecto a los dueños de la casa. Estamos intentando recabar una opinión… más local, podría decirse. Para entender lo que realmente nos espera. —Como el hombre parece todavía dubitativo, levanto la jarra con intención—. Y, claro está, no vamos a permitir que nos responda con la boca seca.

La última frase sirve para ablandarlo. El hombre resopla y se apoya en la barra.

—Norland House, ¿eh? —refunfuña—. Esto que voy a decirles se lo diré gratis: por lo que a esa familia se refiere, mejor que se larguen antes de empezar.

Se me eriza el vello de los brazos al oír cómo pronuncia *familia*, por el modo en que escupe la palabra como si fuese un trozo de

carne podrida. Llamo de nuevo al tabernero y Killian, obedientemente, deposita otra moneda en la barra.

—¿Por qué lo dice? —pregunto. El dinero desaparece en la mano del tabernero y queda sustituido al instante por una copa. Deslizo la jarra hacia el hombre, que la acepta sin dar ni siquiera las gracias—. Venimos de lejos y no nos gustaría tener que dar media vuelta si no fuera por una muy buena razón. ¿Son los Darling crueles con sus empleados?

El hombre bebe un trago largo de cerveza antes de responder, como si quisiera juzgar antes la calidad de la bebida.

—No solo con sus empleados —añade de forma ambigua, pero el desdén apenas velado del tono que emplea es suficiente para obligarme a contener la respiración—. Aunque no quiero decir con ello que las otras casas sean mejores. No sé de dónde proceden ustedes, pero mi cuñado trabaja como comerciante en Umberland y el Señor de allí es igual de malo, si no peor. —Suelta una carcajada burlona y sacude la cabeza con desdén—. Bastardos egoístas. Y los Darling no harán más que ir a peor con esa nueva zorra. —Consciente de lo que acaba de decir, mueve la cabeza en mi dirección y sus mejillas se sonrojan—. Disculpe, señora… Con su nueva dirigente, quiero decir. Silas nos consideraba sus perros, eso seguro, pero al menos tenía la decencia de arrojarnos algunas sobras de vez en cuando.

Killian me aprieta la mano, no sé muy bien si es para tranquilizarme o simplemente como reacción a lo que acaba de decir el hombre.

—¿A qué se refiere con eso? —pregunta, manteniendo la calma.

—Su mujer era de los nuestros, una plebeya, como dicen ellos —aclara el hombre—. Artemis. Se crio en el orfanato del Sagrado Corazón, justo aquí en este pueblo. —Bebe otro trago y emite un murmullo de afirmación, como si todo lo que sabe sobre mi madre tuviera que dejarnos impresionados—. Hay por aquí alguna gente que habla todavía de ella como si fuera el ángel del Sangrador en persona, pero eso es otra historia. De todos modos, Silas debía de estar enamorado de verdad de ella, puesto que enviaba regalos al Sagrado Corazón cada par de meses, incluso después de que ella

muriera. Comida, ropa para los niños, ese tipo de cosas. —Sacude la mano con indiferencia, atrapado en el hilo de su historia—. El último llegó hace apenas unas semanas, aunque el muy imbécil ni siquiera se tomó la molestia de comprobar que el orfanato seguía en funcionamiento antes de ordenar la entrega. Su responsable murió en verano y lo que quiera que enviase Silas probablemente estará ya en manos de malhechores.

Ríe entre dientes, como si la idea de que los ladrones se hubieran repartido el regalo de mi padre lo complaciera. Intento reír con él, pero solo consigo un sonido vacío, falso. Que mi padre apoyara un orfanato no es un secreto sorprendente, salvo por el hecho de que sí es un secreto *para mí*. *Más obras de caridad*. Me pregunto si ese último regalo que acaba de mencionar el hombre consistiría en alimentos de nuestra despensa, comida que mi padre debería haber utilizado para alimentar al personal. A sus hijas.

Los dedos de Killian presionan los míos, tanteándolos. A modo de respuesta, muevo muy levemente la cabeza, retiro la mano y la descanso en mi regazo.

—Qué gracioso —respondo en un tono más adulador de lo que pretendía. Dejo que mi expresión se vuelva pensativa, como si se me acabara de ocurrir alguna cosa—. Ahora que lo menciona, mi esposo y yo mantuvimos correspondencia con un hombre que había sido empleado de lord Silas… un tal señor Birks —añado, conteniendo la respiración—. Al parecer, alberga cierto rencor con su antiguo jefe. ¿Lo conoce, por casualidad?

Noto que Killian se tensa a mi lado, pero el hombre se traga totalmente mi actuación y fija la mirada en su cerveza.

—No me suena de nada, pero eso del rencor es habitual —explica, apurando el contenido de la jarra—. Apostaría lo que fuera a que la mitad de los hombres de este pub han perdido a un ser querido en las Tierras Grises por culpa de las casas. —Sus manos se tensan alrededor de la jarra y su rostro se ensombrece—. Afirman protegernos de los Fantasmas, pero nos dejan solos en el frente para que nos las apañemos y luego aparecen para limpiar la mierda cuando los hombres empiezan a caer. Además, últimamente la

situación está peor que nunca. Miren lo que está pasando cerca de Heath, por ejemplo.

Trago saliva y mi máscara amenaza con caerse ante la cruda hostilidad del tono que emplea el hombre. Veo de reojo que sus dedos se cierran sobre el asa de la jarra como si fuese un cuello que le gustaría estrujar. *Mi* cuello.

—¿Heath? —repito, apresuradamente.

Intuyendo tal vez mi debilidad, el hombre levanta los hombros como si me desafiara y lanza una mirada deliberada al fondo de su jarra vacía. Suspirando, Killian, con una moneda de plata en la mano, llama de nuevo al tabernero. Siento cierta lástima por la gran cantidad de dinero que se está viendo obligado a gastar por mi culpa. Los centinelas reciben un estipendio mensual mínimo, aparte de alojamiento y comida. Me hago la promesa de que, en cuanto lleguemos a Norland, le devolveré todo lo que ha gastado, aunque una parte de mí supone de antemano que rechazará cualquier intento de reembolso por mi parte.

Aunque quizás unas pocas monedas no representen nada para él. Reflexiono sobre la conversación que hemos mantenido antes, sobre mis sospechas de que sus padres podrían tener un rango más elevado del que él asegura, marqués y marquesa, apostaría, quizás incluso podrían ser un duque y una duquesa Rojos, como Tom y Cressida. Podría incluso ser más rico que yo.

El hombre vuelve a hablar después de haber aceptado otra jarra y haber bebido casi la mitad de su contenido.

—Solo he oído rumores —reconoce, secándose el brillo dorado que recorre su labio superior—, pero dicen que la gente de por allí ha visto recientemente hombres de aspecto muy raro merodeando por la frontera, manipulando cosas. Y eso que estamos hablando de la frontera de la casa, no de defensas improvisadas como las que tenemos nosotros montadas alrededor del pueblo. Se ve que hace unas semanas escribieron a lord Silas contándoselo, pero Silas no hizo nada, claro está, y, por lo que parece, su hija pretende seguir por el mismo camino.

Killian y yo, en estado de alerta, intercambiamos una mirada.

—¿Manipulando cosas en la frontera? —repito con cautela—. ¿Por qué iban a correr ese riesgo? Nadie en su sano juicio querría que las farolas se apagaran.

El cadáver de aquella casa llena de nuevo mi visión, sus ojos paralizados, la línea roja en la garganta, nítida como un veredicto.

El hombre se encorva sobre sí mismo y sus codos acorralan la jarra.

—Solo estoy contándoles lo que he oído, señora. Una opinión local, como bien ha dicho.

La respuesta suena seca, como si se le hubiera acabado la paciencia.

Inclino la cabeza y obligo a mis labios a esbozar una sonrisa de afectación.

—Y le estamos muy agradecidos, señor. Una última pregunta, si nos lo permite. —Me acerco un poco más al hombre, permito que las puntas de mis dedos le rocen el brazo—. Mi esposo ha oído decir que… Ha oído hablar sobre la chica que acaba de mencionar, la archidoncella mayor… Dice que desapareció de sus aposentos. ¿Le ha llegado algún rumor de este tipo?

El hombre aparta el brazo de un modo tan agresivo que, por un momento, pienso que cerrará la mano en un puño y me la clavará en la mandíbula, pero se queda examinando mis facciones con una mirada afilada como un cuchillo, con la confusión que pudiera aportarle el alcohol desaparecida por completo.

—Una mentira muy peligrosa para andar contándola por aquí —ruge y me repasa con su mirada. Tengo la desagradable sensación de que está despojándome de mi disfraz como si estuviera pelando una manzana, en busca del corazón de la verdad que se esconde dentro—. ¿Seguro que no trabajan ya para los Darling? —pregunta con tono suave y la moderación letal de una serpiente preparada para atacar—. ¿Los han obligado a hacer esto?

Oigo madera arrastrarse sobre madera a mi lado cuando Killian empieza a levantarse, pero le tiro de la manga de la chaqueta antes de que lo haga.

—En absoluto, señor —respondo, esforzándome por mantener un tono amistoso, despreocupado—. A buen seguro que es usted un

hombre casado y, por lo tanto, sabrá de sobra cómo somos las mujeres. Jamás podemos resistirnos a un buen chismorreo. —Abandono el taburete y tiro de Killian para que me acompañe, aferrándome a su brazo—. Gracias de nuevo por su tiempo —añado para terminar y me inclino para saludarlo.

Rápidamente, me vuelvo para quedarme de cara a la entrada del pub y le doy un codazo a Killian reprochándole su reacción. Hemos dado apenas unos pasos cuando el roce de un taburete contra la madera del suelo me paraliza.

—Vigile bien a su esposa, chico —advierte el hombre a nuestras espaldas.

A ambos lados, los clientes dejan por un momento las conversaciones que están manteniendo y se fijan en nosotros. Ninguna de las miradas parece muy amistosa.

Pum. Pum. Los pasos del hombre suenan como una piedra que cae en el suelo, como el retumbar amenazador de un trueno, que promete que llegarán más. Cuando vuelve a hablar, su aliento me hace cosquillas en la nuca, siento su calor húmedo en la piel.

—Si una archidoncella puede desaparecer sin ningún problema de sus aposentos —susurra—, imagínese qué podría pasarle a una simple campesina.

CAPÍTULO DIECISIETE

Jadeando, salgo corriendo del pub como si el fuego estuviera pisándome los talones. Tengo el pecho obstruido: un nudo, una enredadera. Algo que está vivo, que crece y que asciende por mi garganta y me ahoga, algo que no me deja *respirar*…

—Merrick.

La mano de Killian encuentra la mía, que no para de temblar, pero me aparto. La posibilidad de entrar en contacto con él me asfixia. Cierro los ojos con fuerza y busco la paz en la negrura, me imagino controlando mis emociones, sujetándolas físicamente. Cuando me siento más estable, abro los ojos y camino hacia el poste donde hemos dejado atados los caballos.

La tercera vez que mis dedos resbalan sobre el nudo, oigo a Killian resoplar a mis espaldas. Ese sutil sonido basta para hacerme estallar, aunque quizás sea también que ya estoy manteniendo el puño pegado al cristal, a la espera de la mínima excusa para romperlo.

—Si piensa regañarme, no se tome la molestia, por favor —digo, hablando por encima del hombro. Pero, entonces, me viene de pronto otra idea la cabeza, suelto la rienda con la que me estoy peleando y me vuelvo hacia él—. ¿Y por qué, siempre que estoy enfadada, de repente me llama *Merrick*? Quizás se me haya olvidado, pero no creo que le haya dado permiso para dirigirse a mí de esa manera.

Killian retrocede ante mi reprimenda y sus ojos bicolores relampaguean.

—No pensaba regañarla —admite en tono gélido—. Era un plan inteligente, pero se ha desperdiciado con un individuo que de inteligente no tenía nada. Y perdóneme si acabo de mostrarme excesivamente familiar. —Inclina la cabeza en lo que podría parecer una disculpa de no ser por la fina capa de sarcasmo que detecto por encima del gesto, como una cobertura de grasa sobre un cubo de leche—. Intentaré recordarlo en el futuro.

Pasa por mi lado para coger las riendas de su caballo. Como siempre —como siempre con él—, sus movimientos son fríos, serenos, como si fuese un lago en pleno invierno, con toda su volatilidad encerrada.

—Oh, ¿resulta que ahora es el señor Buenos Modales? —le espeto entre dientes, pero al instante me estremezco por tratarlo así —. Estoy segura de que mi hermana y usted se rieron un montón de mí cuando volví a casa, ¿verdad? «¡Qué desastre, la pobre Merrick! No me extraña que su padre la obviara por completo cuando decidió nombrar su depositaria.» ¿Es eso lo que dijo?

De pronto, sin que yo se lo ordene, mis brazos ascienden hacia su pecho, dispuestos a empujarlo.

Sin embargo, antes de que entre en acción, las manos de Killian se mueven y me sujetan por las muñecas. Me agarra como un tornillo de banco, con fuerza, pero sin hacerme daño, con total seguridad. Me quedo inmóvil, y mis costados se agitan de puro agotamiento.

—Si intenta desestabilizarme —comienza, y su mirada se clava en mí como hierro forjado—, no lo conseguirá.

Hace un movimiento, infinitesimal, y me echo hacia atrás preparándome para cuando me suelte, pero lo que hace, en cambio, es atraerme más hacia él. Mi garganta emite un leve sonido de sumisión cuando su cuerpo se presiona inesperadamente contra el mío y mis palmas quedan extendidas sobre su pecho. Percibo los ángulos de su torso bajo el tejido, el rubor de su calor, es como si debajo de su piel ardieran las brasas.

Con una delicadeza lacerante, su boca localiza el nacimiento de mi pelo, justo por encima de mi oído.

—Me he enfrentado a enemigos más letales que usted, *archidoncella*.

Me suelta las muñecas y se aparta, sin dejar de mirarme a los ojos. El corazón me late con fuerza contra las costillas; soy como un conejo atrapado, incapaz de hacer nada más que mirar cómo me mira. Su mirada es intensa, como si yo fuera una página que está a punto de pasar, a punto de desaparecer.

Su garganta se bambolea y siento cierta liberación en la tensión de mi estómago. Se vuelve y coge de nuevo las riendas.

—Deberíamos irnos antes de que alguien se dé cuenta de que esas monedas de dos marcos con las que he pagado llevan el sello de su casa —advierte con una calma exasperante. Viendo que no respondo, arquea una ceja—. A menos que le apetezca invitar a nuestro amigo a otra ronda.

Lo fulmino con la mirada antes de ponerme en movimiento, y el recuerdo de la sensación de sus dedos forma un círculo de calor febril alrededor de mi muñeca.

* * *

—¡Alto!

A mi izquierda, Killian tira con brusquedad de las riendas de su caballo para detenerlo. Estamos llegando a los confines de Shoreham-by-Sea, atrapados entre las astillas de noche que se filtran entre las casas que aún tenemos por delante. Veo una hilera de estrellas anaranjadas brillando: las antorchas.

—¿Pasa algo, archidoncella?

El centinela arruga la frente en un gesto de preocupación y sus facciones quedan bañadas por las sombras. En la penumbra, sus cicatrices han desaparecido, y la oscuridad, como el pincel de un pintor, oculta las imperfecciones debajo de una capa negra y sedosa.

Me ruborizo a lomos de mi montura.

—No, nada. Es solo que…

Mi mirada se desplaza hacia un desvencijado edificio de dos plantas, un poco más arriba de la calle en la que estamos. Sus ventanas son las únicas que no están iluminadas con velas y por ello destaca entre las casas bajas que la preceden y la siguen. No tenía intención de detenerme cuando me he fijado en este detalle, y mucho menos de gritar el alto, pero luego he visto el rótulo descolorido clavado en el dintel de la puerta de entrada, sus letras mayúsculas apenas legibles en la oscuridad.

«HOGAR PARA HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DEL REY ARDIENTE.»

Killian sigue la dirección de mi mirada y sus ojos se abren al comprender, al ver que se trata del orfanato.

—Mis padres nunca me trajeron aquí para visitar… el lugar donde se crio mi madre —confieso, titubeante, a modo de explicación.

Continúo con mi atención fija en el edificio que tenemos enfrente. Por alguna razón, resulta más fácil hacerle esta confesión a su insensible fachada, fingir que el centinela que tengo a mi lado no es más que otro elemento estático de la pequeña ciudad y no un chico que acaba de verme como una tormenta a punto de estallar, que ha compartido conmigo los secretos de mi hermana y se ha guardado los suyos, que me hace sentir que, independientemente de que se los revele o no, él ya conoce todos los míos.

—A mi madre nunca le gustó que de pequeñas interactuáramos mucho con los plebeyos —añado, mirando al orfanato—. En aquel momento, pensaba que era cruel, pero ahora creo que, si hubiera hecho lo contrario, la gente recordaría que Essie y yo éramos mitad como ella…, mitad como *ellos*. Nos perderían todo el respeto por eso, dudarían de nuestra capacidad para gobernar. —Me muerdo el interior de la mejilla; la garganta me arde—. Y, sin embargo, siempre fue mi padre el que nos mantuvo unidas a este lugar —murmuro—, al pasado de mi madre.

Killian me escucha en silencio, su presencia pesa como la promesa de lluvia en un ambiente húmedo, pero sigue sin hablar. Cuando termino, se queda inmóvil un par de segundos y luego se pone en movimiento, espoleando el caballo. Para mi horror, empieza

a trotar en dirección al orfanato en vez de alejarse de él y enfilar el camino que nos llevaría lejos de la ciudad.

Con el pánico zumbando en mis venas, espoleo a *Pegasus* para que lo siga.

—Pero ¿qué hace? —le pregunto en un murmullo ronco, porque, por alguna razón, me siento obligada a bajar la voz cuanto más nos acercamos al edificio, como si fuera un oso dormido, presto a abalanzarse sobre mí si lo despierto.

Killian me lanza una sonrisa torcida por encima del hombro y desmonta del caballo en un movimiento entrenado y lánguido.

—Estamos aquí, ¿no? —responde, señalando la casa y la puerta, que se cierne directamente delante de él—. Podríamos entrar. Nuestro amigo del pub ha dicho que estaba abandonado y, por lo tanto, no vamos a molestar a nadie.

Abro la boca, dispuesta a protestar, pero al instante me doy cuenta de que no quiero hacerlo. La curiosidad florece en mi interior como el vapor que se acumula debajo de la tapa de una olla y la empuja. A lo largo del último medio año, he visto caer a toda mi familia, como una hilera de naipes cayendo uno tras otro. ¿Tan mal está, me pregunto, querer robar de la tumba un pedazo de ellos?

Sacudo la cabeza a regañadientes, desmonto a *Pegasus* y camino hacia Killian, que espera en la entrada del orfanato.

Los delincuentes rompieron la cerradura hace ya tiempo. La puerta se abre con facilidad cuando giro el pomo y cruje sobre sus bisagras. En el interior, sombras negras como la tinta se amontonan sobre las formas vagas del mobiliario. Lanzo una mirada inquisitiva a Killian mientras mi cabeza se llena de los recuerdos de la casa a la que también entramos los dos furtivamente: otra puerta abierta, un enjambre de monstruos detrás de ella. ¿Encontraremos lo mismo aquí?

Como si me hubiera leído los pensamientos, Killian me ofrece una leve sonrisa. A diferencia de la última que me regaló, esta no tiene ninguna malicia, solo simpatía, compasión. «No tenemos por qué hacerlo —dice la sonrisa—. Pero, si lo hace, la seguiré.»

Inspiro hondo y cruzo el umbral.

El espacio interior es grande pero estrecho, y la puerta nos deposita directamente en lo que parece ser una sala de estar en desuso. Ocupa la mayor parte de la planta baja y una escalera en la esquina posterior izquierda insinúa que por allí debe de haber más estancias. Distingo unos sillones raídos, con el relleno asomando por varios de ellos, dispuestos alrededor de una chimenea fría que ocupa la pared del fondo. Más cerca de la entrada, el suelo está despejado para crear una zona de juego en la que se observan vestigios de los antiguos ocupantes del orfanato: un caballo balancín volcado sobre la alfombra descolorida y con sus patas rígidas levantadas al aire, y unos soldaditos de plomo oxidados a su lado.

Contengo un estremecimiento. Entremezclada con la decadencia, la evidencia de la juventud resulta inquietante, como una manzana madura que cuelga de una rama podrida. Me vuelvo y recorro con la mirada el resto de la sala. Killian se mantiene a mi lado.

Cuando me muevo para examinar la pared que queda detrás de mí, el corazón me da un vuelco al descubrir la cara de mi madre mirándome. Centrado directamente sobre el umbral de la puerta, un cuadro al óleo de mis padres preside la casa. Se les ve jóvenes, solo un año o dos más que el retrato de matrimonio que mi padre encargó después de la boda. Una placa de bronce parpadea en la oscuridad debajo de ellos y tengo que forzar la vista para leerla: «Donado por lord Silas Ignatius Darling y lady Artemis Darling, decimoséptimos señores de la provincia de Sussex, en reconocimiento a su devoto servicio.»

Noto como si se me hinchara la lengua en la boca. Por mucho que mi madre intentara alejarnos a Essie y a mí de sus humildes orígenes, sus raíces se negaron a prescindir de ella.

—Debió de quererla mucho…, su padre.

Me sobresalto. Estaba tan concentrada observando el retrato que había olvidado casi por completo la presencia del centinela. Sigue a mi lado, y su expresión es solemne, pensativa.

No sin esfuerzo, aparto la mirada de mis padres.

—A mi madre, sí —le respondo, incapaz de evitar que cierto matiz de amargura de color a mi tono de voz.

Me mira de reojo.

—Y también a su hermana y a usted.

La confianza con la que lo afirma —como si fuera una conclusión inevitable, natural como la caída de la nieve, como la interminable persecución del día y la noche— me revuelve el estómago. Me froto los brazos por encima de las mangas del vestido; estoy helada a pesar de que la lana se aferra de manera opresiva a mi cuerpo.

—Cuando murió, mi madre, claro está, lo abordé para hablar sobre el tema del nombramiento —replico. Recorro con la mirada el retrato de mis padres y me detengo en la mandíbula potente de mi padre, en el brillo de su cabello, como el de la madera recién barnizada. Se parece mucho a Tom y, con mi padre anclado en su juventud, el parecido resulta turbador—. Fue una tontería por mi parte, lo sé, pero durante las semanas posteriores al fallecimiento de mi madre, mi padre se mostró muy volátil. Hablaba sobre el futuro de nuestra casa, sobre su legado, sobre todas esas cosas, con tremenda vaguedad. Yo lo único que quería era saber… Saber si tenía alguna posibilidad. —Hago una pausa. El recuerdo me provoca una punzada de dolor en mi costado, como una aguja clavada en el músculo—. «Jamás serás Señora de la casa», me dijo cuando se lo pregunté. Así de sucinto, nada más, por mucho que le suplicara que me explicara su decisión. —Sacudo la cabeza y me muerdo el labio —. Era como si estuviera poseído, como si no fuera más que una huella de sí mismo marcada en la ceniza, un eco del padre que conocí. Poco después, me marché a Nueva Londres.

—Me… Archidoncella… —Veo que los dedos de Killian se flexionan en sus costados, se tensan. Finalmente, cierra las manos en puños y emite un gruñido superficial de frustración que me rasca la piel como una navaja mal afilada. Se vuelve entonces hacia mí—. Lo que he dicho esta mañana en los barracones, el comentario que ha oído sin querer… No creo que sea usted una muñeca —dice, tanteándome con la mirada—. Creo que su padre decidió hace ya mucho tiempo que su hermana sería su arma y usted sería su joya. Y creo también que usted se ha considerado culpable de su elección

durante mucho tiempo, una elección en la que no se le permitió tomar parte.

Sin que me haya dado ni cuenta, Killian ha ido menguando la distancia entre nosotros. Me mira, y su proximidad me resulta tremendamente física, como una brisa que se ondula sobre mí y acaricia todo mi cuerpo a la vez.

—No es usted mala persona, archidoncella —termina—. Lo que ha sucedido es que, cuando han repartido la baraja, le han tocado las peores cartas.

La enredadera que me asfixiaba antes de entrar en el pub me envuelve la garganta. Si Killian da un paso más, me estrujara y seré incapaz de hablar. Me fuerzo a apartar la mirada y obligo a mi cuerpo a seguir la iniciativa y a dirigirme hacia el fondo de la sala.

Me detengo cuando la punta de mi bota choca con algo, la esquina de un sólido baúl de madera colocado bajo una ventana lateral, un objeto oscurecido por las sombras. Retiro el pie y me agacho, agradecida por la distracción que disipa la niebla que llena mi cabeza.

—¿Qué es esto?

Killian me sigue. El aire parece debilitarse cuando se acerca y mi cabeza vuelve a inundarse de una neblina dulce como el perfume. Me inclino sobre el baúl, ansiosa por poner distancia entre nosotros.

«No seas imbécil, Merrick —reflexiono, regañándome—. Es tu centinela, y puede incluso que *Killian* no sea su verdadero nombre. No puedes plantearte en serio…»

El centinela se arrodilla en el suelo y sus hombros terminan a la altura de los míos. Mis pensamientos se quedan en nada.

Toso para interrumpir el silencio que se ha cernido sobre nosotros e intento concentrar la atención en el baúl. Lo examino y veo que la cerradura también está rota, que el cerrojo cuelga como una lengua. Cuando cojo la pieza de metal, recuerdo las palabras del hombre de El Vigía: «Lord Silas enviaba regalos al Sagrado Corazón cada par de meses, incluso después de que ella muriera… El último llegó hace apenas unas semanas… Probablemente estará ya en manos de malhechores.»

—Creo que es de mi padre —me oigo decirle a Killian—. Mis parientes mencionaron que mi padre se volvió muy generoso durante los meses posteriores al fallecimiento de mi madre. Podría ser una de las últimas cosas que envió antes de…

El grito de Essie. Mi padre, que no la oye o decide ignorarla, se adentra en las Tierras Grises. La niebla, como una amante, corre a abrazarlo…

Parpadeo y abro el baúl antes de que la imagen pueda arrastrarme.

El interior está vacío. Parece que el hombre del pub tenía razón cuando nos dijo que los malhechores habían llegado antes que nosotros. Me incorporo, introduzco la mano en el baúl y palpo con cuidado el fondo en busca de algún resto del que fuera su contenido. El interior está limpio, pero, cerca de la esquina posterior derecha, mis dedos perciben unas hendiduras poco profundas en la madera. Me paralizo. ¿Una inscripción?

Fuerzo la vista y me inclino. Grabada en la base del baúl hay una marca tosca: un icono del tamaño de mis dos pulgares, con una base plana rematada por tres puntas dentadas, como una corona. Pese a que no puedo identificarlo de inmediato, el dibujo me recuerda a algo, me resulta vagamente familiar, es como un lugar que reconozco de haberlo soñado.

«¿Lo he visto antes?»

—Señor Brandon —lo llamo—. Mire…

Pum. Killian y yo nos quedamos paralizados al oír un ruido sordo. Ha sonado en la planta de arriba, casi como el paso deliberado de una persona. La inquietud me cubre los brazos de piel de gallina. Levanto la cabeza hacia el techo y me quedo sin aliento cuando veo la pequeña nube de polvo que se desprende de las vigas como una exhalación.

¿Hay alguien más en la casa?

—Ratas —afirma rápidamente Killian—. Nada más…

Una serie de golpes, el sonido inequívoco de alguien que camina por la planta de arriba, acaba con el resto de la explicación. Resuena por encima de nuestras cabezas, salpicado por ráfagas de polvo que

me recuerdan a disparos de bala y que se desplazan hacia el lado izquierdo del edificio. Hacia la escalera.

Busco mi matafantasmas, pero recuerdo, con una punzada de miedo, que lo he dejado en Norland antes de salir, puesto que los campesinos no tienen ninguna necesidad de llevar encima un arma que suelen manejar solo centinelas y gente de linaje noble. Killian acaba de caer también en la cuenta de que va desarmado, puesto que tira de mí y me empuja hacia la puerta.

—Vamos —susurra en el mismo instante en que oigo un crujido en el primer peldaño de la escalera, detrás de nosotros, la señal evidente de que el propietario de los pasos se está acercando.

No espero a ver si es un humano o un Fantasma; un borracho instalado en un edificio vacío o algo peor.

Cojo la mano de Killian y echo a correr.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Después de regresar a Norland House —sanos y salvos, a pesar del terror que me siguió durante todo el camino a casa—, paso varios días sin hablar con Killian. Todo lo que presenciamos en Shoreham-by-Sea —la agresión del hombre en el pub, las caras de mi padre observándome desde la pared del orfanato, el sonido de pisadas en la escalera— se ha acabado combinando en una pesadilla que me acecha en sueños, plebeyos transformándose en monstruos y viceversa.

Cuatro mañanas más tarde, salgo de Norland a la hora violeta, esa franja de casi amanecer que se extiende entre la oscuridad y la luz, cuando el viejo día ya ha muerto pero la mañana no ha llegado aún para limpiar el hedor de su putrefacción. Casi todo el mundo sigue durmiendo. Cuando paso por delante de las dependencias de los criados de camino hacia la discreta puerta de atrás, el sonido de las respiraciones pesadas me llena los oídos, el reconfortante murmullo del fluir de un río.

Desde la desaparición de Essie, la energía de la casa se ha vuelto tempestuosa. Los criados corren por los pasillos con la cabeza gacha, como si quisieran protegerse de un aguacero, y sus rostros se iluminan con relámpagos de miedo cuando los llamo. Por lo que a mi primo y su esposa se refiere, los sorprendo con frecuencia enfrascados en discusiones acalladas que se escapan por debajo de puertas cerradas.

He acordado con Killian no contarles a Tom y Cressida absolutamente nada acerca de nuestro viaje a la ciudad. La poca información que obtuvimos es tan insignificante que sé que no soportaría el peso de las críticas de mi prima política. De todos modos, los Faulk actuaron antes de que pudiera hacerlo yo, y su mensajero apareció en nuestra puerta, exhausto y tembloroso, la tarde posterior a mi excursión con Killian, después de haber cabalgado noche y día para llegar lo antes posible. Al parecer, Elodie Faulk había recibido la carta de su nieta.

Y, tal y como Cressida prometió, decidió responderla.

Tenemos tropas adicionales, escuadrones de centinelas de los Faulk uniformados de amarillo azafrán que llegaron a Norland House poco después que el mensajero, dispuestos a colaborar en la búsqueda de mi hermana. El resto del Consejo fue notificado a continuación. Y finalmente, ayer, la desaparición de mi hermana se hizo pública a través de una edición especial de *El Faro*. Las veinticuatro horas que han transcurrido desde la publicación de la noticia han sido una vorágine de preguntas y respuestas, de ayuda proporcionada y solicitada. Curiosamente, y de manera inquietante, el espectáculo de la desaparición de Essie ha tenido éxito allí donde los anteriores esfuerzos sociales de mi prima política habían fracasado: la popularidad de mi familia, que estaba en sus mínimos después del desastroso ataque del baile, ha experimentado una recuperación milagrosa. Mi hermana, siempre tan rígida e introvertida, se ha convertido en una mártir en su ausencia, y la provincia se ha unido en el deseo de que Essie regrese sana y salva.

Al menos, ya nadie habla sobre las brechas.

Entro con sigilo en los establos, como un espectro envuelto en una capa de lana negra y mi melena de rizos rubios oculta bajo la capucha. *Pegasus* relincha nerviosa cuando me acerco y no se calma hasta que le acaricio el flanco y le murmuro al oído palabras tranquilizadoras. Vigilo que no haya ningún mozo de cuadras madrugador, ensillo y abandonamos los terrenos de Norland.

Las dos veces que he intentado localizar a Killian estos últimos días, estaba de patrulla o se había sumado a uno de los muchos equipos de búsqueda que Cressida y los Faulk habían organizado. La

búsqueda de mi hermana ha sido una excusa conveniente para distanciarme de él, pero sé que, más allá de eso, hay otro motivo por el que no me he esforzado en intentar dar con él y que está relacionado con la presión de sus dedos sobre mis muñecas, el hecho de que a veces me despierto a medianoche y sigo notando su contacto. Me preocupa, la conexión que amenaza con desarrollarse entre nosotros, el modo en que, cuando mi mente divaga, se dirige inequívocamente hacia él. Me parece más seguro ignorar por completo todo esto, y por eso lo alejo de mí.

Sin embargo, me ha resultado imposible no pararme a pensar sobre lo que averiguamos juntos en Shoreham-by-Sea, aunque intento separar los recuerdos del chico con el que los creé. Cuanto más tiempo pasa, más segura estoy de que los pasos que Killian y yo oímos en el orfanato eran los de un vagabundo que aprovecha el cobijo del edificio abandonado; eso o el simple correteo de las ratas, como dijo el centinela, transformado en algo siniestro por nuestro histerismo. Aun así, nuestra visita a El Vigía, el hombre con el que hablamos… Tengo la sensación de que ahí hay un cabo suelto que tal vez tendría capacidad de atar.

No he olvidado la mención que el hombre hizo de Heath ni los rumores que afirmó que llegaban últimamente desde allí: desconocidos acechando cerca de las fronteras. Y, aunque no estoy segura de que pueda tener que ver con mi hermana lo que suceda en la remota franja norte de nuestra provincia, no puedo negar que las brechas se han convertido en un denominador común entre los extraños sucesos que se están viviendo en Sussex estas últimas semanas. Tal vez, si indago lo suficiente, lograré encontrarle la lógica.

Es una teoría, pero, si quiero recuperar a Essie, necesito algo más que eso. Necesito encontrar un camino que seguir.

Y confío en poder encontrarlo en Heath.

Amenazantes nubarrones plomizos, con sus vientres preñados de lluvia, bloquean el sol naciente mientras cabalgo por Sussex. Por delante de mí, el horizonte se extiende en una línea fina y desnuda, desprovista de cualquier signo de civilización. Hace casi una hora que he cruzado el último pueblo antes de Heath, la aislada aldea de

Blacksands, apenas un puñado de edificios encalados, pero desde entonces no he visto más que campo y bosque. El susurro del viento entre la hierba quebradiza me recuerda al chismorreo de las mujeres, como si las briznas emularan cabezas inclinadas que murmuran a mi paso.

Cuando noto que el sudor incrusta con sal mi labio superior, clavo los talones en los flancos de *Pegasus* para bajar la velocidad y recuperar el ritmo de la respiración. A mi alrededor, el paisaje sigue estando vacío, no se ven más que árboles solitarios despojados de sus galas estivales y tierra estéril. Pero entonces, a lo lejos, a cerca de un kilómetro de distancia, vislumbro un hilo anaranjado iluminando el cielo: la frontera.

Maldigo para mis adentros y mi frustración estalla cuando finalmente me veo obligada a reconocer la desagradable realidad que se ha ido acercando con sigilo desde hace unos veinte minutos: me he perdido. Aunque ya es demasiado tarde, me maldigo por no haber acompañado con más frecuencia a mi padre en sus patrullas por el norte. A diferencia de la costa que rodea Norland House, no estoy familiarizada con la región norteña y sin salida al mar de nuestra provincia, donde los bosques madereros ceden paso a interminables parcelas de campos de cultivo y ondulantes colinas. Essie siempre se ha relacionado mejor que yo con la gente de esta zona, gente que viste prendas que huelen eternamente a heno y almizcle animal y tienen una constitución fuerte, resultado de años de agotador trabajo físico. Pero yo, las pocas veces que mi padre consiguió arrastrarme hasta aquí, me sentí tonta e insulsa con mis guantes de seda y mis mejillas con colorete, como una princesa idiota descendida a la fuerza de su pedestal, un sentimiento que a buen seguro nuestros campesinos compartían.

Cuando hoy me he subido al caballo, he pensado que los recuerdos de mis escasos viajes previos bastarían para guiarme sana y salva hasta Heath, pero, viendo ahora que no reconozco en absoluto el paisaje, entiendo que he sobreestimado mis capacidades. Me duelen los muslos y la espalda de estar tanto rato cabalgando y, a cada movimiento, mis músculos reclaman a gritos la comodidad de mi casa.

«Estúpida», me digo. Cuanto más lo pienso, más locura me parece la misión que he emprendido esta mañana. ¿En qué estaría yo pensando? ¿En que me presentaría sola en Heath y sorprendería con las manos en la masa a quien se estuviera dedicando a apagar nuestras farolas? ¿En que me conducirían sin problemas hasta mi hermana? Cómo se me ha ocurrido pensar que iba a ser tan sencillo.

«Essie habría elaborado un plan mejor.» El hecho me escuece como la picadura de una pulga. Mi hermana conoce Sussex como su propio reflejo en el espejo. Si hubiera desaparecido yo en vez de ella, estoy segura de que habría encontrado mi pista menos de una hora después de que se hubiera producido mi ausencia. Se habría percatado de un cambio minúsculo en el terreno, allí donde mis secuestradores habrían excavado su escondite, igual que cualquiera se percata de un granito nuevo en la mejilla o una nueva arruga en la frente, imperfecciones que son invisibles para cualquiera que no seas tú.

Me paso la mano por la frente para secarme el sudor justo cuando, por encima de mí, las nubes estallan y empiezan a verter torrentes de lluvia sobre la campiña. Suelto otra palabrota, chasqueo las riendas y espoleo a *Pegasus* para que avance. El agua me nubla la visión y se pega a mis labios, inundándome la boca con un sabor a musgo y tierra. Balbuceo y miro fervientemente a mi alrededor en busca de algo con lo que cubrirme, cualquier lugar donde refugiarme hasta que pase la tormenta.

Mi corazón da un brinco*. Allí*. A mi izquierda, cerca de la línea de farolas fronterizas, hay una forma oscura y cuadrada que se hace más evidente ahora por el modo en que la lluvia se dispersa a su alrededor. Una casa. Quizás en su interior pueda encontrar a alguien que haya sido testigo de los sucesos que comentó el hombre de El Vigía o que, como mínimo, pueda cobijarme de la tormenta que cae.

Presiono a *Pegasus* para que corra al galope y mis faldas empapadas se aferran a mis piernas al cabalgar más rápido. Cuando nos acercamos al edificio, la cortina de lluvia se retira lo suficiente para poder distinguir mejor las líneas de la casa: una estructura de piedra de una sola planta, apenas más grande que un cobertizo, con el tejado de paja combado y podrido en algunas partes. El cristal de

una de las dos ventanas torcidas está roto y el interior del edificio parece una cueva oscura.

Se me cae el alma a los pies. El lugar está abandonado y sus ocupantes han muerto o la han abandonado hace mucho tiempo. La única alteración que puedo encontrar por aquí es la provocada por búhos o zorros que se lanzan en plena noche a por algún ratoncillo de campo despistado.

Con la lluvia golpeándome a un ritmo constante, guio a *Pegasus* para que se acerque al edificio, mientras sus cascos emiten un sonido desagradable al chapotear por el terreno empapado. Desmonto y sigo a pie hacia el desvencijado edificio, tirando de la yegua. La capa de hierba que cubre el suelo es delgada y la tierra bajo mis pies se transforma rápidamente en un barro que se adhiere a mis botas como unas manos suplicantes. El abandono pesa con fuerza sobre la casa que tengo enfrente y su estructura se doblega con el paso del tiempo, pero, aun así, con el recuerdo del orfanato todavía muy fresco en mi cabeza, dudo antes de acercarme más. Quizás no soy la única viajera que recorre estos parajes esta mañana y busca cobijarse de la tormenta.

Temblando, desenfundo mi matafantasmas, agradecida de haber tenido la precaución de traerlo conmigo esta vez. De pronto, se levanta el viento y grita en mis oídos como el aullido de un lobo mientras me encamino hacia la puerta podrida y la abro. *Pegasus* relincha nerviosa y agacha la cabeza para no darse con el marco.

El interior de la casa está oscuro y vacío, con la luz reducida a los riachuelos de agua gris que se filtran entre los huecos de unos muros que se desmoronan. En la penumbra que pinta la estancia con densas franjas de gris, vislumbro un escritorio y una silla maltrecha, entre otro mobiliario polvoriento.

Flexiono los dedos alrededor de mi arma, suelto las riendas de *Pegasus* y me encamino hacia el escritorio. Sin ningún miramiento, abro los cajones y remuevo su contenido. Mis esfuerzos se ven recompensados cuando encuentro un trozo de vela en el fondo de uno de ellos, junto con una caja de yesca. Con una sonrisa victoriosa, dejo un momento la pistola para sacar mi descubrimiento

del cajón, abro la caja de hojalata y cojo el percutor de acero y el pedernal.

Crac.

Me pongo tensa. Mis nervios, ya de por sí crispados, se rompen como los hilos de un telar al captar el sonido de algo que se mueve en el campo, detrás de la casa. Olvido la vela y suelto los instrumentos que tengo en la mano. Fuera, el cielo está negro como el carbón a pesar de ser temprano, y las nubes de tormenta se deslizan como humo que sale de una chimenea. No veo a nadie avanzando bajo la lluvia en dirección a mí, pero mis pensamientos se aceleran hasta volverse confusos y el miedo anula cualquier impulso excepto el de «corre, ahora, y no vuelvas la vista atrás».

«Ha sido un animal. Solo un animal.» Las palabras de consuelo resbalan como aceite por encima de mí.

Crac.

Otra vez el sonido y, ahora, va acompañado por una silueta.

Al otro lado de la ventana, un destello negro pasa a toda velocidad por delante de mis ojos, una sombra se desliza tras otra. La cortina de agua resbala por el cristal y nubla mi visión, pero incluso así soy capaz de discernir la forma general de la figura: un hombre a caballo, el cuello subido de su abrigo me impide verle la cara.

El corazón me sube a la garganta. Antes de la muerte de mi padre, antes de la desaparición de Essie, no habría entrado en pánico ante la presencia de un desconocido, incluso me habría sentido agradecida por ello. Pero, ahora, el terror me empaña la lógica. Por instinto, me lanzo a por mi matafantasmas, pero se me resbala. Me golpeo el codo contra el escritorio y un grito involuntario de dolor escapa de entre mis labios. El sonido debería perderse entre la lluvia, pero, al otro lado del cristal, veo horrorizada que el hombre vuelve de repente la cabeza hacia mí y un ojo oscuro sorprende al mío y se abre de par en par, sorprendido.

Grita alguna cosa, una palabra indescifrable, puesto que su voz queda enterrada por la tormenta. No espero a que la repita. Recupero mi matafantasmas y disparo. La ventana se hace añicos y el cristal se esparce por todas partes. La bala no alcanza al hombre

por más de un metro, como pretendía, pero él retrocede de todos modos y su grito queda engullido por un trueno. Asustado, su caballo relincha y se debate contra las riendas.

Aprovechando su incapacidad momentánea, y con el pulso aporreándome los oídos, corro hacia la puerta de la casa. «Sal de aquí —me digo, mientras cojo las riendas de *Pegasus* con manos temblorosas—. Vuelve enseguida a Norland y estarás a salvo.»

Llego a la puerta, la abro.

Y choco directamente con un cuerpo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La figura es dura, todo ángulos y tensión, músculo compacto sobre hueso. Me aparto precipitadamente, tropiezo conmigo misma y caigo al suelo. *Pegasus* relincha con ansiedad. Con la caída, suelto sin querer el matafantasmas, que aterriza con estrépito cerca de la pared. El miedo me nubla la visión y gateo para recuperarlo. El fango me mancha la falda del vestido.

—¿Archidoncella? ¿Merrick?

Las palabras llegan lentamente hasta mí, es como si estuviera bajo el agua. Al oírlas, mi pánico disminuye y se retira como la marea. La voz pertenece a una persona; más que eso, es una voz que me resulta familiar, conocida.

Levanto la cabeza.

Ames Saint llena el umbral de la puerta. Bajo la luz de la tormenta, su pelo rubio adquiere una tonalidad dorada grisácea y sus labios carnosos esbozan una mueca de desaprobación. Sus ojos azules se abren con preocupación y tienen el color espumoso de un lago con aguas revueltas. Cuando se cruzan con los míos, algo se tensa dentro de mí: anticipación y liberación, la tensión de una rama de sauce doblada.

—¿A… Archidoncel Ames? —pregunto, incorporándome sobre los codos. Mis dedos se hunden en la tierra compacta del suelo, que cubre mis uñas—. ¿Qué está haciendo en Sussex?

Ames se acerca, me agarra por las muñecas y, con cuidado, me ayuda a incorporarme. Me ruborizo con la sensación íntima de su cuerpo en contacto con el tejido empapado de mi vestido cuando se inclina para estabilizarme. No había vuelto a verlo desde la noche del baile y, ahora, los recuerdos de aquel encuentro regresan como un torrente a mí: Ames guiándome hacia la pista de baile, mirándome mientras la música nos envuelve. Su cuerpo aplastado contra el mío cuando se produjo el ataque de los Fantasmas.

El calor florece en mi estómago como rojos capullos de rosa.

—Casualmente, voy de camino a Norland para visitarla —responde Ames, soltándome—. O mejor dicho, iba, antes de que el mal tiempo pusiera en pausa mis esfuerzos. Uno de mis hombres vio este edificio desde lejos y sugirió que podría ser un buen lugar para refugiarnos hasta que pasara la tormenta. —Sonríe con ironía—. O bien el destino ha posado sus ojos en nosotros, o bien resulta que en Sussex hay tan pocas casas capaces de soportar un aguacero potente que hemos acabado todos en el mismo lugar. Hablando de los demás…

Se dirige a la puerta, que se ha cerrado, la abre y grita:

—¡Vía libre, chicos! He encontrado una amiga.

Con un suspiro, vuelve a mirarme.

—Le pido disculpas por mis guardaespaldas, por cierto. Desde el incidente del baile, mi madre ha decidido que soy un bien demasiado preciado como para arriesgarme a disfrutar de un pasatiempo tan peligroso como montar a caballo en solitario. Al parecer, por ser su heredero, soy también una extensión de su persona… y ella siempre le ha otorgado mucho valor a su propia supervivencia.

Mantiene la puerta abierta y cede paso a un grupo de hombres de aspecto serio, vestidos con chaquetas de tejido de lana a conjunto con sus pantalones y botas altas de cuero negro. Los uniformes son de un estilo similar al de Killian y los demás centinelas de los Darling, con la diferencia de que las chaquetas son de color violeta claro en vez de gris y llevan charreteras azul oscuro y costuras doradas que combinan con los resplandecientes botones de la parte delantera. Centinelas de los Saint, tienen que ser. Pero, me

visiten o no, ¿por qué razón tienen que pasar por esta zona tan remota de nuestro territorio?

Sin moverme de donde estoy, en el centro de la estancia, dirijo la mirada más allá de las figuras de los centinelas, hacia el paisaje del exterior. La lluvia ha empezado a amainar y, a través del velo de llovizna gris, lo único que vislumbro es el horizonte a lo lejos. En mi interior se enciende con retraso el reconocimiento cuando me fijo en cómo se abulta como la barriga de un hombre, elevándose hacia la ladera. Cuando me he desviado sin querer del camino hacia Heath he debido de extraviarme más cerca de la frontera entre Sussex y Cardiff de lo que me imaginaba. No es de extrañar que Ames y sus hombres siguieran su ruta por aquí.

—Bueno —digo, recuperándome—, si me buscaba, parece que me ha encontrado antes de lo esperado. Aunque debo disculparme por mi poco calurosa recepción, en todos los sentidos. Con Sussex en el estado en que se encuentra, imagino que estoy un poco más… nerviosa de lo habitual.

Me ruborizo de nuevo e intento localizar entre el grupo de estoicos hombres al centinela al que he disparado, pero no lo consigo. Me doy por vencida y señalo las prendas empapadas de Ames.

—Debe de estar congelándose.

Ames niega con la cabeza y sonríe.

—Estoy bien. No olvide que aún soy nuevo en el campo y que, en consecuencia, todavía no me fatiga tanto como a usted. Todos los estados de ánimo de la naturaleza me parecen adorables, incluso los más desagradables. —Se echa atrás un mechón mojado de pelo e indica con un gesto a sus centinelas que se queden quietos mientras, arrugando la frente, se acerca un poco más a mí—. Pero, archidoncella —sigue, ahora con un tono más serio—, ¿qué hace sola por aquí? Mi madre recibió la noticia sobre la desaparición de su hermana por parte de la duquesa Roja, Cressida Faulk-Darling, y ese es, de hecho, el motivo de mi visita. Estamos profundamente conmovidos. —Su mirada se desplaza con nerviosismo hacia la estructura desvencijada en la que estamos cobijados y su mano se

desliza hacia el arma que veo que lleva enfundada a la cadera—. ¿Se siente segura? —pregunta con tensión.

Su preocupación es como un espejo y, a través de él, veo mi propia rareza con una claridad novedosa, veo lo extraña que resulta mi presencia aquí, que soy como una pieza de un rompecabezas colocada en el lugar erróneo. El cuello me abrasa. Por un momento, me planteo contarle la verdadera razón de mi excursión, pero su aparición ha anulado mi confianza. El hombre del pub se había mostrado reacio a hablar conmigo, y eso que creía que yo simplemente *trabajaba* para los Darling. Aun en el caso de que consiguiera llegar a Heath, ¿qué posibilidades tenía de que cualquiera de sus habitantes estuviera dispuesto a entablar una conversación conmigo, que era la personificación de la casa que tanto odiaban? Tal vez tuvieran información que compartir sobre los avistamientos misteriosos en la frontera, o tal vez no. Fuera como fuese, probablemente la divulgarían a los apestados que hubiera en el pueblo antes que a mí.

Quiera aceptarlo o no, mi visita a Shoreham-by-Sea ha acabado en dos callejones sin salida. Essie está más lejos que nunca; lo único que ha cambiado es que ahora sé que nuestro pueblo estaría encantado si no regresa nunca.

Sacudo la cabeza, me aliso el pelo encrespado y miro de nuevo a Ames.

—Estaba… Estaba de patrulla —digo, con la esperanza de que no detecte la mentira en mi tono de voz—. Con la búsqueda de mi hermana en marcha, nuestros centinelas no han podido seguir con sus rutas habituales, ni siquiera con las tropas de los Faulk que se han sumado a las nuestras. Entre todos estamos intentando cubrir el vacío. —Señalo la parte frontal destrozada de mi vestido—. Me temo que la tensión de la situación me supone todo un reto, como bien puede ver. Le ruego de nuevo que me disculpe por mi grosero recibimiento —añado con una carcajada hueca—. Como le he dicho, estos últimos días siento que no soy yo.

La compasión revolotea por las facciones de Ames. Tiene una cara sincera y expresiva que exhibe con claridad sus emociones, como palabras escritas en una página. Las chicas de Nueva Londres

comentaban a menudo esta cualidad suya, lo refrescante que resultaba conversar con un hombre y ver su alegría filtrándose como el agua de un manantial, cómo mostraba sus sentimientos sin vergüenza alguna en las reuniones sociales y los aceptaba con un deleite casi femenino.

—Disculpada —afirma Ames.

Se vuelve y arquea una ceja en dirección a sus centinelas, que obedientemente empiezan a distraerse con otras cosas, algunos acarician el flanco de *Pegasus*, otros hablan entre ellos en voz baja. Aunque no da ni un paso más para acercarse a mí, la retirada de sus hombres hace que el espacio entre nosotros parezca más estrecho, como si estuviéramos rodeados por un muro de privacidad.

—Archidoncella, no he disfrutado de la bendición de tener hermanos y no soy lo bastante arrogante como para imaginar cuáles son sus sentimientos en este momento con su ausencia —observa Ames—, pero, si alguna vez tengo la fortuna de cruzarme con el ser repugnante que ha secuestrado a su hermana —esboza una mueca de desagrado—, le retorceré el cuello por lo que le ha hecho a la archidoncella Estella, y luego otra vez por haberla asustado tanto a usted.

Habla en voz baja, lo bastante como para que me percate de que sus centinelas no pueden oírnos, pero, aun así, se me eriza el vello de la nuca con sus palabras. Ames frunce el entrecejo y extiende la mano. Me pongo rígida por instinto, no por miedo, sino como consecuencia de una especia de parálisis por anticipación, como cuando ves una mariposa revoloteando cerca de tu hombro. A la espera del momento del contacto, del roce.

—Tendría que pedir que la viera un médico, no querrá que esos rasguños le dejen cicatrices.

El contacto de los dedos de Ames con mi brazo me abrasa y prende fuego a mis emociones. Siseo cuando toca un arañazo que no me había dado cuenta que tenía y retira rápidamente la mano.

—Escúcheme bien, archidoncella —sigue—, espero no estar excediéndome, pero ¿le gustaría sumarse a mi madre y a mí y desayunar en nuestra finca? Tenemos un médico residente excelente

que podría atenderla, y el Nido está solo a un par de horas a caballo de aquí. Al anochecer podría estar de vuelta en casa.

La dulce explosión de tentación que se extiende por mi cuerpo me pilla desprevenida. Recuerdo otra vez la firmeza con la que Ames me sujetó cuando bailamos, cómo, por un instante, me sentí como si pudiera caer al vacío sin miedo a no ser recogida, y el deseo se despliega en mi estómago. Sin embargo, a pesar de las ganas de aceptar la invitación, dudo.

—Se lo agradezco, pero creo que tendría que ir volviendo a casa —objeto—. Mis parientes estarán preocupados y…

—Lo entiendo perfectamente. Le ruego me perdone si mi sugerencia ha sido demasiado osada. —Ames inclina la cabeza a modo de disculpa y su mirada encuentra la mía—. Es solo que… Bueno, si me permite serle sincero, archidoncella, debo confesarle que la he tenido mucho en mi cabeza recientemente, desde que la vi la última vez… y no solo por lo de su hermana.

Da un paso al frente con intención y se detiene justo antes de alcanzar el punto en el que su proximidad se convertiría en demasiado íntima, como si estuviera tanteando dónde están mis límites.

—¿Ah, sí? —cuestiono, dubitativa.

Su sonrisa se ladea, como si mis palabras le hicieran gracia.

—Es extraño —replica, y su voz se vuelve ronca con el murmullo y la urgencia de una confesión—. Cuando esos Fantasmas aparecieron en Norland House, sentí algo similar a una compulsión, la necesidad apremiante de defenderla de ellos. Pasé la noche entera sin dormir, preguntándome si estarían cuidando de usted como debería ser, si estaría lo bastante protegida.

Su mano derecha se ha desplazado ligeramente hacia delante y sus dedos —largos y afilados, hechos para actividades corteses como pasar páginas o sujetar con delicadeza la barbilla de una mujer— se sitúan a una distancia minúscula de los míos. Mi mano se flexiona en mi costado a modo de respuesta. Estamos tan cerca que bastaría con un leve movimiento, un gesto de mi muñeca…

Pero, entonces, en medio del impulso, aparece otro pensamiento: el eco de una frase, la impresión de un par de ojos

fijos en los míos.

«No hagas eso.»

Y mi voz murmura como respuesta:

«¿El qué?»

«Fingir que eres delicada, una criatura que necesita ser salvada.»

La interrupción me sorprende y, desequilibrada, me pongo rígida y parpadeo para despertar de mi ensueño. Ames se percata de mi incomodidad y retrocede. Una risa forzada retumba en su garganta.

—Bueno, quizás mejor hablar de todo esto en otro momento.

Da media vuelta y se dirige hacia la parte delantera de la casa. Al verlo, sus centinelas abandonan al instante sus conversaciones y se ponen firmes.

—De acuerdo, archidoncella —concluye sin girarse—. La llevaré a casa.

* * *

Ames me acompaña solo hasta Norland, después de haber enviado a sus centinelas de vuelta hacia Cardiff, en contra, estoy segura, de los deseos de su madre, Ianthe Saint. Cabalgamos el uno al lado del otro, con *Pegasus* trotando al ritmo de su yegua negra. Las pruebas del chaparrón que ha caído hace apenas una hora han quedado borradas y solo queda el resquicio de cierta humedad ambiental. A nuestros pies, la tierra está empapada y esponjosa, y los cascos de nuestros caballos se hunden con facilidad.

—¿Y qué tal va la búsqueda de su hermana?

Mi atención se centra en Ames, que cabalga a mi izquierda. Mira al frente y solo veo su perfil.

Arrugo la frente. Hemos permanecido en silencio casi todo el viaje, cruzando unas pocas palabras cada diez minutos sobre temas intrascendentes: el tiempo, amistades que tenemos en común. Aunque, por un lado, preguntar por Essie me parece de caballeros, hay algo en la abrupta reintroducción del asunto que me resulta turbador. Pienso de nuevo en la desconfianza que mostró Cressida

con respecto a los señores de las otras casas durante la cena, la noche en que Killian y yo visitamos Shoreham-by-Sea. Se había negado a pedir la ayuda de las otras casas sin antes garantizarse el apoyo de su abuela, parecía tan asustada por sus posibles maquinaciones como lo estaba de quienquiera que hubiera dejado la nota en la almohada de Essie. Incluso más, quizás.

Observo a Ames de reojo; sus hombros suben y bajan al ritmo de los pasos de su montura. «Te aconsejaría no confiar en nadie que afirme tener en mente sus mejores intenciones para Estella, aparte de nosotros tres.» El consejo de Cressida. Aunque me duela admitirlo, quizás mi prima política tenga razón.

—El Consejo ha sido increíblemente generoso con su ayuda —respondo, poniendo mentalmente a prueba todas y cada una de mis palabras antes de pronunciarlas en voz alta—. Mis parientes y yo nos sentimos muy agradecidos por su apoyo. Encontrar a Essie es nuestra única prioridad. Pero, hasta el momento, solo sabemos que la última vez que fue vista fue justo después del baile, más allá de eso… —Suspiro y noto que el cansancio empieza a pesarme en las muñecas—. Me temo que las pistas, por el momento, son gélidas.

«La Casa Darling caerá.» Mis manos presionan las riendas de *Pegasus* cuando el mensaje que encontré en la habitación de Essie vuelve a mi memoria. Quienquiera que escribiese esa nota sigue ahí y, después de mi intento fallido de hoy, no estoy más cerca de encontrarlo. Lo cual no significa que no esté observándome, pienso, estremeciéndome.

«Juraría que la otra noche vi una figura de pie en el césped, justo debajo de mi ventana…» El diario de Essie. Trato de alejarlo de mi memoria.

Cambio de posición en la silla y miró a Ames.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por curiosidad, más que nada —responde rápidamente—. Aunque me inquieta lo que ha dicho antes, lo de que no tienen centinelas suficientes para ejecutar patrullas, junto con todo lo demás. Su familia y usted no tendrían que estar preocupándose por la seguridad fronteriza en momentos como este. —Resopla, como si el mero hecho de pensar en mis muchas responsabilidades lo

agotara—. Ya le he comentado que últimamente he estado pensando mucho en usted, intentando discernir alguna manera de poder serle de utilidad. No puedo evitar preguntarme… —Se interrumpe y se gira en la silla para poder mirar hacia mí.

Cojo aire, turbada. Cabalgando el uno junto al otro como lo estamos haciendo, alcanzo a distinguir todos y cada uno de los detalles imperfectos de sus facciones: la pequeña hendidura justo por encima de la ceja derecha que podría ser consecuencia de alguna herida de la infancia, o tal vez una marca de nacimiento; o las pecas que se extienden sobre su piel bronceada, como una constelación asimétrica.

Los ojos de Ames se clavan en mi boca y, a continuación, no sin cierto esfuerzo, se apartan de allí. Sin darme ni cuenta, he detenido a *Pegasus*. Nos quedamos inmóviles en la neblina, con el terreno desplegándose en solitarias franjas de tierra a nuestro alrededor.

—Sé que no me corresponde ofrecerle esto —continúa en voz baja Ames—, pero mi madre dispone de muchos centinelas… y hace más de un año que no sufrimos ninguna brecha. Nuestros hombres se están volviendo locos de aburrimiento, la verdad. —Traga saliva, y su nuez de Adán se mueve como una piedrecita en su garganta—. Archidoncella… Merrick, estaría más que dispuesto a pedirle a mi madre si puede prescindir de parte de nuestras tropas para colaborar en su causa. Sería un placer hacerlo, de hecho.

«Te aconsejaría no confiar en nadie… aparte de nosotros tres.»

De nuevo la advertencia de Cressida me presiona zafiamente. Pero, cuando voy a responder, descubro que tengo la boca seca. Me siento ruborizada bajo su mirada, febril. Jamás, durante toda la temporada que pasé en Nueva Londres, había experimentado algo semejante, esta avalancha, este anhelo. Resulta excitante y vertiginoso a la vez, como la euforia paralizante de situarse en el borde de un acantilado y mirar hacia abajo, de ver el mundo que se extiende delante de ti.

—¿Haría eso? —consigo decir, en cambio—. ¿Prestar a mi familia sus hombres y no pedir nada a cambio? Se han forjado y roto alianzas por mucho menos que esto. Apenas me conoce.

—Pero tengo la sensación de conocerla bien. —La respuesta de Ames es inmediata y su expresión afilada—. Merrick, debe entenderlo… En mi cabeza, toda mi vida, usted ha sido un fantasma, y ahora que por fin la he conocido… Suena absurdo, soy consciente de ello, pero tengo la sensación de que la conozco muy íntimamente.

La mano que sujeta las riendas de su montura se afloja y cubre la distancia que nos separa para tomar la mía. La presión es fuerte, y su dedo pulgar acaricia mis nudillos a través de mis guantes de equitación.

—Permítame ayudarla, por favor —insiste—. No tiene por qué cargar sola con este peso.

Su atención sigue fija en mí. Me mira de una forma muy distinta a como lo hizo Killian delante del pub. La del centinela era una mirada concentrada y hambrienta, como si yo fuera la segunda manecilla de un reloj y fuera a alejarme corriendo a cada segundo que marcara. Ames, en cambio, me mira como si tuviera tiempo, como si supiera que no voy a moverme ni un solo centímetro hasta que él me diga que lo haga.

No puedo apartar la vista.

¿Anticiparía esto Cressida cuando me aconsejó ir con mucho cuidado con las demás casas? Ames, sin embargo, no está buscando en mi familia una debilidad que pueda explotar; más bien al contrario, está sacrificando la seguridad de su provincia para ayudarnos, porque se preocupa por mí, porque tiene la sensación de que me conoce.

«¿Y lo conoces tú?» Alejo este pensamiento intrusivo, no sabría cómo responder a esa pregunta. No puedo negar que me siento atraída por él —su belleza es tal, que *cualquiera* se sentiría atraída por él—, o que es un consuelo, después de semanas de aislamiento, sentir que tengo un aliado. Un apoyo. Pero ¿de verdad *nos conocemos*?

«Eso no importa», responde otra voz. Me está dando un salvavidas, me ofrece más recursos con los que poder seguir buscando a Essie cuando estaba ya a punto de quedarme sin ideas. Si quiero a mi hermana, ¿cómo voy a negarme?

—De acuerdo —acepto—. Sí, gracias. Estoy segura de que tanto mi familia como yo valoraremos mucho cualquier ayuda que su madre pueda ofrecernos.

El rostro de Ames se transforma con una sonrisa triunfante. Justo en este momento, se levanta el viento y separa la cortina de neblina que nos envuelve. No es solo hasta que miro hacia delante que me doy cuenta de que ya hemos llegado a nuestro destino. Los terrenos de Norland House se expanden a lo lejos y nuestra casa, como un diablo rojo, se aposenta en el centro, con sus numerosas chimeneas sobresaliendo como cuernos de su tejado.

—Ah —dice Ames—, ya estamos aquí.

La visión de mi casa parece haberlo sacado de golpe de la corriente subterránea en la que nos habíamos quedado atrapados. Recuperando su corrección, espolea a su caballo para que se ponga en movimiento. No puedo evitar sentirme un poco desdeñada por su abrupto cambio de actitud, porque, en contraste, mi cuerpo no puede parar de temblar y mi corazón late de forma arrítmica en mi pecho.

«¿Qué ha sido eso?»

Cuando llegamos al camino de acceso a Norland, Ames me ayuda a desmontar y me acompaña hasta la puerta de entrada de la propiedad, aunque declina educadamente mi invitación para entrar. Intercambiamos unas breves palabras de despedida y se marcha, no sin antes depositar un beso delicado en mi mano que sigue cosquilleando mi guante hasta mucho después de que sus labios se hayan evaporado.

Lo veo marchar y, cuando queda reducido a un punto en el horizonte, doy media vuelta y entro de nuevo en Norland House.

CAPÍTULO VEINTE

El aguacero que me sorprendió en medio del campo llega seguido de otros. Amenazantes nubarrones negros se amontonan sobre Norland House durante la noche, los truenos retumban, y la situación se prolonga durante el día siguiente. La lluvia es como un cuchillo, opaco y gris, que separa nuestra finca del resto de la provincia, como si nos estuviera retando a desafiarla. No lo hago y por la noche me quedo dormida con el sonido del viento que azota mis ventanas y golpea con sus puños los cristales, como si me suplicara que lo dejara entrar.

Dos días después de mi encuentro con Ames, mi prima política viene a mi encuentro mientras estoy desayunando en el comedor, comiendo con escaso entusiasmo un trozo de tarta de miel dulce como el ámbar, mientras, en el exterior, el cielo sigue llorando.

—Termina, Merrick. —Cressida deposita delante de mí una taza de té aguado y el vapor asciende hasta mi nariz. Resisto el instinto de apartarla. No me he acostumbrado aún al exceso de dulzor de sacarina de estas nuevas infusiones, que no tienen nada que ver con mi habitual té de flor de brezo—. Hoy tenemos la agenda llena y me niego a permitir que el mal tiempo mengüe nuestros esfuerzos.

Dejo el tenedor al lado del plato y la miro dubitativa. Cressida lleva un vestido de tela de cuadros y un sombrerito pulcramente sujeto a su cabeza con una cinta blanca. Si no fuera por sus delicados guantes de encaje y la luz astuta de sus ojos, casi estaría

convencida de que es una pastora que anda en busca de un rebaño perdido.

Me sacudo el estupor que parece haberme inducido la lluvia y cojo la taza de té.

—¿Qué agenda? —pregunto.

Por lo que sé, la lluvia ha detenido las labores de búsqueda y los centinelas están dedicados totalmente a la tarea de mantener nuestras farolas ardiendo a pesar del mal tiempo. De hecho, apenas he visto a Cressida y a Tom desde mi fracasada excursión a Heath. Ayer me desperté temprano y, con el tibio resplandor del sol naciente oscurecido por la lluvia, vi por la ventana su carruaje saliendo de Norland. La criada de Cressida no me había respondido cuando le pregunté por su destino y, cuando regresaron, era casi medianoche, razón por la cual no he tenido aún oportunidad de informarlos sobre el ofrecimiento de Ames ni de que lo he aceptado. Sé que tengo que hacerlo, y pronto, pero mi pecho ha empezado a tensarse al oír las palabras de Cressida. ¿Habrán averiguado algo?

En respuesta a mi pregunta, Cressida emite un resoplido de impaciencia, como si me encontrara irremediablemente tonta.

—Tenemos cosas que hacer en Nueva Londres. Te lo explicaré por el camino —me suelta en tono despectivo, repasándome con sus ojos castaños que entrecierra cuando se fija en mi atuendo, un sencillo vestido de lana confeccionado con un tejido de un tono mostaza poco favorecedor—. Confío por los Tres Divinos que no estés pensando en ir vestida con *eso*.

Su desdén me enfurece.

—Disculpa, pero no esperaba ser vista en sociedad antes de terminar el té.

—Y esta falta de previsión es probablemente la razón por la cual te marchaste de la capital sin ni siquiera un anillo —replica Cressida, dando ya media vuelta para abandonar la estancia—. Cámbiate, por favor —añade por encima del hombro—. Vístete a poder ser con algo medio decente, para no verme obligada a despedir a tu criada por su preocupante falta de habilidad.

* * *

El trayecto en carruaje hasta Nueva Londres se parece tentadoramente a una huida. A cada kilómetro que el vehículo avanza, siento que el peso de mi pecho se aligera un poco más. No hace ni siquiera un mes, habría dado cualquier cosa por dejar atrás la temporada y sus presiones. Ahora, una parte egoísta de mí desea poder volver a acostarse en la mullida cama de la habitación de invitados de casa de los Eaves y dormir hasta que el trauma de las pasadas semanas quede reducido a un viejo moratón. Mejor aún, hasta que todo lo sucedido se evapore por completo, hasta que la desaparición de mi hermana y la muerte de mi padre resbalen por mis hombros como una pesadilla, un sueño que haga que el sabor del aire matutino sea de lo más dulce cuando por fin me despierte.

El sol brilla por encima de nuestras cabezas y la lluvia queda reducida a un recuerdo triste a nuestras espaldas cuando, como la aguja que cose una costura, el camino se estrecha por delante de nosotras. Bancos de niebla iridiscente se arremolinan a ambos lados del carruaje, transformando el denso bosque que nos rodea en un mar ondulante de bruma, fría y de aspecto húmedo. Por encima del techo del carruaje, se extiende un paseo de farolas encendidas, cuyos postes de hierro abren un estrecho paso entre la neblina.

Enclaustrada y segura dentro del carruaje, descanso la mano en mi matafantasmas, que se acurruca como un gatito dormido en mi regazo. He viajado previamente por esta ruta, pero el pasaje nunca me había parecido tan claustrofóbico como ahora. Las Tierras Grises se ondulan como los músculos de dos enormes bestias de marfil y sus flancos me presionan por ambos lados. El olor de la niebla se filtra por la fina rendija de debajo de la puerta del carruaje: un almizcle orgánico y apestoso, como a cuerpos sin lavar, el hedor húmedo a heno podrido.

Respiro rítmicamente por la nariz y me concentro en contar las puntadas del dobladillo de mi falda y los minutos a medida que pasan.

Entonces, tan repentinamente como ha aparecido, la niebla se retira y volvemos a estar al aire libre. Por delante de nosotras, lo que parece ser un bosque azul blanquecino se alza en el horizonte, con árboles esqueléticos que se extienden, enormemente altos, hacia el cielo.

La flora titila, se agita, y la ilusión se funde con la verdad. Lo que parecían árboles son en realidad llamas, una pared de fuego, imponente como un batallón de gigantes, que observa nuestra aproximación. Su fuerza es suficiente para quemar el kilómetro de tierra que la rodea y dejarla libre de niebla, dejando al descubierto el yermo suelo de las Tierras Grises. Un páramo de vegetación muerta y sustrato infértil y duro se extiende ante nosotras, con huesos decolorados esparcidos por todas partes, los restos desechados de un banquete.

Cressida, sentada al otro lado del carruaje, saca un abanico de encaje de su bolsito y lo abre sin prisas.

—Qué salvaje es este lugar —murmura, esbozando una mueca de asco—. Siempre me resulta de lo más desagradable.

Por una vez, estoy de acuerdo con ella. La carretera de la Sangre, el único camino hasta la capital, es tanto un testimonio del triunfo de la humanidad sobre las Tierras Grises como un recordatorio solemne de todo lo que hemos perdido bajo el abrazo de la niebla. La saga de la ciudad, construida durante el reinado de la bisabuela de mi tatarabuela, en el nonagésimo año después de El Cambio, es uno de los primeros cuentos que aprende todo niño de El Humo: cómo, junto con sus centinelas, los doce señores de las casas irrumpieron en el esqueleto infestado de Fantasmas del Viejo Londres y le prendieron fuego, con lo que consiguieron alejar así la niebla que lo había invadido; cómo construyeron una segunda ciudad sobre sus cenizas, un luminoso faro de esperanza, lo suficientemente grandioso para que toda la nación lo viera.

La ciudad dos veces incendiada, la llamamos. *La ciudad Fénix*.

Nueva Londres.

Al final de la carretera por la que circulamos, la puerta de la ciudad se eleva en el aire como un anzuelo curvado con dientes serrados de metal. Las llamas ondean, como alas, a ambos lados de

la estructura. Incluso desde esta distancia, el calor que desprenden es omnipresente y me envuelve como una manta gruesa.

Cruzada la entrada, nos quedan todavía algunos kilómetros para llegar a la ciudad propiamente dicha —Nueva Londres se emplaza en el centro del territorio despejado, como una ostra en el interior de su concha—, pero sé por mi última estancia que, cuando el viento cambia de dirección, se puede seguir percibiendo la fiereza del fuego, incluso desde allí, como una brisa caliente que vuelve rancio al aire, que se asienta como algodón en la lengua.

Cuando Essie y yo éramos pequeñas, nuestro padre hacía este viaje a menudo. Además de ser un centro cultural, Nueva Londres alberga las cámaras del Consejo Mortal, donde los señores de las Casas de la Niebla se reúnen dos veces al año para debatir, aprobar legislación y meterse los unos con los otros. Me pregunto si Cressida pretende reunirse con ellos. Tal vez se haya convocado una sesión de urgencia para hablar sobre la desaparición de mi hermana. Pensar en esa posibilidad me da esperanzas.

Me recoloco los guantes empapados de sudor y le pregunto al respecto. Cressida, delante de mí, deja el abanico en su falda y aprieta los labios.

—Todo a su debido tiempo, Merrick, querida —responde con recato—. Tenemos mucho que hacer en la capital, pero, antes que nada, hay otro asunto que me gustaría discutir contigo.

Del mismo bolsito de donde antes ha sacado el abanico, Cressida extrae ahora una carta: dos hojas de papel de color crema, una encima de la otra, ambas repletas de ondulada caligrafía. Me fijo de inmediato en la letra. Es desconocida, más limpia que la escritura apresurada de la amenaza que encontré en la habitación de Essie, pero, aun así, la presentación formal que Cressida hace de la carta me revuelve el estómago. Cressida arquea con expectación sus finas cejas, como si estuviera esperando que reconozca la carta, que reaccione.

La miro a los ojos sin alterarme.

—¿Quieres que lea tu correspondencia?

Mi prima política suelta una carcajada de cansancio, y esa emoción descolorida resulta más desconcertante que una

reprimenda.

—Siempre fuiste muy lista —afirma con sequedad.

Esboza un mohín, como si estuviera decidiendo qué hacer a continuación.

—Es un informe de un grupo de nuestros centinelas, entregado en Norland House ayer a última hora de la tarde —continúa Cressida, doblando de nuevo las hojas de papel y dejándolas a su lado—. Al parecer, por la mañana se encontraron con un regimiento de hombres de los Saint, perfectamente armados, que pretendían cruzar la frontera que separa Cardiff de Sussex. Nuestros guardias se alarmaron, por decir poco, pero, cuando fueron interrogados, los soldados de los Saint afirmaron tener tu permiso para entrar en nuestro territorio, que todo formaba parte de un trato que tú habías cerrado con el archidoncel Ames Saint. —Cressida recuesta la espalda contra la pared acolchada del carruaje, coge el abanico y da golpecitos con él contra la palma de su mano—. ¿Te importaría ponerme al corriente de los detalles de este acuerdo?

—Es que…

Mi respuesta se interrumpe bajo la fuerza abrasadora de la mirada de Cressida y las manos me arden con el calor de la culpabilidad. No es que durante los dos últimos días haya intentado mantener en secreto mi encuentro con Ames, sino más bien que, con la ausencia de Cressida y Tom, no he encontrado el momento adecuado para sacarlo a relucir. Pero ahora, cuando me veo obligada a aceptar la realidad de la carta de nuestros centinelas que ha recibido Cressida, no puedo evitar preguntarme si su misterioso viaje ha sido el único motivo de mi retraso; si quizás, subconscientemente, no quería enfrentarme a la mirada tan crítica que mi prima política me está dirigiendo en este momento.

Si no quería que me dijera, una vez más, que he tomado una mala decisión.

—La otra mañana, mientras estaba de patrulla, me tropecé casualmente con Ames…, con el archidoncel Ames —explico patéticamente. Decido no mencionar mi excursión fracasada a Heath, tampoco los rumores acerca de desconocidos cerca de la frontera que estaba intentando investigar. El enfado de Cressida es

evidente y temo que cualquiera de mis teorías a medio madurar acabe sacándola de sus casillas—. Resulta que tenía la intención de venir a visitarnos a Norland. En el transcurso de nuestra conversación, le mencioné que nuestros centinelas estaban más ocupados de lo habitual desde la desaparición de Essie y se ofreció a ayudarnos. La cosa fue tan simple como te explico. —Levanto los hombros como si, haciendo este gesto, pudiera sacarme de encima la mirada crítica de Cressida—. ¿Por qué no debería aceptar la ayuda de la casa de los Saint? —cuestiono, indignada—. No es precisamente que estemos rechazando la ayuda de otras casas, bien que le escribiste a Elodie explicándole la desaparición de Essie antes incluso de que nuestro propio pueblo estuviese al corriente de la situación.

Cressida chasquea la lengua en un mudo reproche.

—Sí, solicité el apoyo de mi abuela, una mujer que tiene un interés claro y particular en la prosperidad de la casa de los Darling, en localizar a Estella —dice, regañándome. Sus ojos castaños son como dos monedas de bronce con la luz refractada que se filtra por las ventanillas del carruaje—. Y, por lo que al resto del Consejo se refiere, han acordado compartir cualquier noticia sobre el paradero de tu hermana que llegue a sus respectivas provincias y concedernos tiempo para solucionar el asunto del heredero de Silas, pero nada más. ¿Acaso has visto centinelas de los Warchild en territorio Darling? ¿O guardias de los Ibe? —Niega con la cabeza en un gesto de reproche—. Todavía eres joven, Merrick, y no has aprendido aún que las alianzas son bestias temperamentales que, de no manejarse con cuidado, pueden acabar hiriendo a quienes las parieron. Los detalles del compromiso entre Tom y yo tardaron un año en gestarse, y solo fue por la gracia del Rey Ardiente que conseguimos cerrar un acuerdo. —Suspira, y sus uñas empiezan a teclear un ritmo distraído sobre las varillas de marfil de su abanico—. No sé muy bien si entiendes lo que has concedido con todo esto.

Como siempre sucede al mínimo indicio de crítica, mi temperamento se enciende y la ira burbujea en mis venas como fuego líquido. Lucho contra el virulento deseo de contraatacar y me trago el insulto que me llega a los labios.

—Ames no me pidió nada a cambio… —empiezo a decir.

Cressida levanta una mano a modo de advertencia.

—Pero podría pedírtelo —me interrumpe, muy tensa—. O podría pedírtelo Ianthe y te verías obligada a dárselo. Tu hermana lo habría…

Se interrumpe, y su postura se vuelve rígida, como si fuera capaz de capturar el resto de la frase antes de que se escape, obligarla a regresar a su interior.

Pero su esfuerzo fracasa. Oigo, de todas maneras, las palabras no pronunciadas: *Tu hermana lo habría hecho mejor. Tu hermana habría sido mejor*.

Es una idea complicada, pensar que la ausencia de Essie es mejor, o menos dañina, que mi presencia. Siento una punzada de celos mientras la proceso, después de odio por ser tan envidiosa… y luego un vacío. Nada.

«No es usted una mala persona… Lo que ha sucedido es que, cuando han repartido la baraja, le han tocado las peores cartas.» No sé muy bien si creer lo que me recuerda la voz de Killian. No estoy siquiera segura de ser una persona. Me siento vacía, asqueada por mis propias emociones y a la vez alejada de ellas, como si pertenecieran por completo a otra criatura, a un parásito que ha llenado el cascarón de mi cuerpo y ha desechado los restos.

—De acuerdo —consigo decir con voz ronca—. Escribe a Ianthe y dile que no tenemos necesidad ni de su ayuda ni de la de su hijo. Dile que, para empezar, yo no tenía ningún derecho a pedírsela.

Cressida se queda mirándome. Abre levemente la boca y arruga la frente, como si se dispusiera a proclamar una disculpa, pero luego se estremece y la emoción que podría haber albergado se esfuma. Recupera su porte y sacude la cabeza con seriedad.

—Eso no puedo hacerlo —responde—. No soy más que la esposa de tu primo, no soy un miembro de sangre de la casa de los Darling. No… —Inspira hondo, su pecho se hincha y su mirada parece intensificarse y clavarse más si cabe en la mía—. Este tipo de autoridad solo la tiene el depositario de la casa, Merrick, y, de hoy en adelante, esa persona eres tú.

«Nunca serás Señora de la casa, Merrick.»

Las palabras de mi padre chocan con las de Cressida, una espada en alto para toparse con la otra. Delante de mí, los ojos de mi prima política adquieren una profundidad insondable. Es imposible analizar su expresión, imposible adivinar si lo que acaba de decir es cierto.

«No puede ser.» La mañana después del baile en honor a la memoria de mi padre, Cressida me dijo que tendría un par de semanas de indulgencia, como mínimo, antes de que todo el mundo empezara a preguntarse cuándo nombraríamos un heredero para sustituir a mi hermana. Apenas ha pasado *una*. No puedo creer que mis parientes se hayan dado por vencidos en la búsqueda de Essie. No puedo creer que yo sea… no puede ser…

Mareada de repente, me oigo decir:

—¿Qué?

—Ayer, Tom y yo viajamos a Nueva Londres para avisar al Consejo.

Cressida responde sin alterarse, dirigiendo un gesto de asentimiento hacia sí misma como si lo que acaba de decir no fuera nada excepcional. De modo que fue por *eso* por lo que salieron tan temprano de casa ayer por la mañana, hacia el mismo destino al que me dirijo ahora yo, ignorante como un cerdo conducido al matadero. Espero que la conocida oleada de ira se apodere de mí en cualquier momento, pero no siento nada, solo un hormigueo entumecido, como si un montón de hormigas se estuviera paseando por mi piel.

—Lamento no haberte informado antes. La reunión se organizó rápidamente y consideramos que sería una carga excesiva para ti si te involucrábamos en la contienda sin previo aviso —continúa Cressida—. Aunque, claro está, la decisión no fue ninguna sorpresa para la mayoría de los consejeros —dice, acompañando sus palabras con un movimiento firme de cabeza—. Al fin y al cabo, eres la heredera más directa de Silas. La audiencia de nominación se ha programado para de aquí a diez días. Pensamos que retrasarla más daría a la plebe demasiadas oportunidades para empezar a quejarse.

Finalmente, Cressida deja de hablar, y es como si se hubiera derrumbado un muro dentro de mí, como si yo fuera una habitación oscura en la que de repente se ha encendido la luz. Yo, la

depositaria de mi padre. Yo, la Señora de Sussex. Sus palabras calan en mí: no es ninguna fantasía, ninguna ilusión, sino algo sólido. Real.

En cierto sentido, la revelación es tentadora, como un cuenco rebosante de bayas azucaradas. Una parte de mí no quiere otra cosa que hacerse con ellas, aplastarlas en mi lengua y saborear su jugo, su dulzura.

«Pero —susurra una vocecilla tímida dentro de mí—, si tú eres la depositaria, ¿qué pasa con…?»

—¿Y qué pasa con Essie? Dijiste que no era necesario elegir un nuevo depositario hasta que pasaran unas semanas. ¿Qué ha cambiado? —pregunto en voz alta, y solo entonces mi alegría se desvanece y la culpabilidad se acumula para ocupar su lugar. ¿Habrá tenido algo de todo esto, mis intentos de encontrar a mi hermana, el objetivo de mantenerla a salvo? ¿O habrá sido solamente una fachada, una representación sofisticada para que el día en que finalmente le robe el trono nadie pueda reprocharme nada?

¿Habrá sido siempre mi objetivo *ganar*?

La expresión de Cressida se ha suavizado con mi pregunta. Agita sus largas pestañas, pero no con su habitual y fría indiferencia, me doy cuenta con una punzada de ansiedad, sino que me da la impresión de que está intentando contener las lágrimas.

—Merrick… —empieza a decir, y lo percibo entonces en el temblor de su voz: lástima.

Mi corazón se endurece, se enrosca como un pájaro muerto contra mis costillas.

—No —suplico—. No, por favor, no…

La boca de Cressida esboza un mohín ante mi rechazo, casi como si la hubiera ofendido, pero no se rinde.

—Merrick —repite, más rígida—, ha habido novedades en la búsqueda de tu hermana.

Endereza la espalda, como si se tensara ante un golpe invisible.

—Anteanoche, un leñador informó de un descubrimiento a uno de nuestros centinelas, algo que él y sus compañeros encontraron casualmente mientras trabajaban en el bosque de Barton. —Hace una pausa y noto que su piel pierde color—. Era un camisón, uno de

los de Estella, lo ha confirmado su criada. Estaba… —Su habla se vuelve vacilante, baja la voz—. Estaba cubierto de sangre. —Suspira y alisa una arruga de la falda—. Eres una chica inteligente, Merrick. A partir de aquí, dejaré que extraigas tus propias conclusiones.

El silencio se cierne sobre el carruaje como el golpe de un mazo. Me escuecen los ojos y aparto la vista, como si evitar la mirada de mi prima política sirviera para poner espacio suficiente entre sus palabras y yo, para no oírlas repetirse en mi cabeza. «Un leñador informó de un descubrimiento… Cubierto de sangre…»

Las noches que he pasado despierta, estudiando todos y cada uno de los detalles de las horas posteriores al ataque en el baile, como si pudiera olfatear la pista del secuestrador de Essie entre los pliegues de mi memoria, se acumulan ahora a mi alrededor como una bruma sombría. ¿Es posible que nada de todo esto tuviera importancia? ¿Ninguna de mis ridículas teorías, mis expediciones infantiles con Killian?

Durante todo este tiempo, mientras iba estudiando distintas posibilidades…, ¿es posible que Essie estuviera muerta ya antes de que examinara la primera de todas ellas? Y, si está muerta, si resulta que ahora soy yo la depositaria, ¿significa esto que voy a ser la siguiente?

«La Casa Darling caerá.» Mi madre, luego mi padre y ahora mi hermana, todos se han ido. Y, aunque sé que Tom está aquí, que sigue a mi lado, en muchos sentidos soy la última Darling que queda.

Estoy, me doy cuenta, completamente sola.

—Se equivocan. —Me duele la garganta, mi voz es como un graznido—. La criada…, el leñador. Mienten… Tienen que estar mintiendo.

—Ojalá fuera este el caso, pero ambas sabemos que no mienten. —La réplica de Cressida es compasiva pero firme y un destello de remordimiento atraviesa sus facciones—. Piensas que soy insensible —murmura, apartando la vista—. Siempre lo has pensado, desde que me casé con tu primo, pero… —sus ojos vuelven a mirarme, ya sin la anterior neblina— ser de linaje noble, miembro de una casa, ser lo que somos nosotras, es perder, querida mía. Perder

el amor, la felicidad…, placeres que son demasiado dulces para nosotras, demasiado simples. Frente al poder, se marchitan fácilmente, como uvas bajo el sol. —Sus nudillos se tensan alrededor del abanico—. Antes pensaba de otra manera —continúa débilmente —. Era como tú, daba por sentado que podría sujetar sin problemas la flor de nuestro don, evitar las espinas. —Niega con la cabeza—. Pero me encontraron, encontraron a tu hermana y ahora también te han encontrado a ti.

—¿Y entonces qué? —pregunto, desafiante—. ¿Tengo que olvidar a Essie? ¿Tengo que dejar de quererla solo porque está… porque quizás está…?

Me muerdo el labio, incapaz de continuar.

Cressida alarga el brazo y me coje por la barbilla con delicadeza. Tiene la frente arrugada, la mirada triste y profunda debajo del ala de su sombrerito.

—En absoluto. No dejaremos de buscar al asesino de tu hermana por el simple hecho de que ella ya no esté, pero debes concederle a Estella la misma gracia que ella te concedió a ti, Merrick, cuando la abandonaste para irte a Nueva Londres —declara con solemnidad—. Tienes que aprender a dejarla marchar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Llegamos al barrio de Blindchapel, una zona de tiendas exclusivas y mansiones lujosas situada cerca del centro de la capital, flanqueando la fangosa orilla del Támesis. Cuando desciendo la escalerilla del carruaje, miro a un lado y a otro y contemplo las calles anchas y limpias que tengo delante de mí, las casas adosadas que se posan como buitres dorados en sus aceras. Antes de que llegara la niebla, me han contado, esta zona de la ciudad albergaba el edificio del Parlamento del Viejo Londres y era el corazón palpitante de su antiguo imperio.

Ahora está dominada por las distintas casas. Como malas hierbas que se extienden rápidamente, las familias gobernantes de El Humo han echado raíces sobre el cadáver de sus predecesores, como si con ello pudieran absorber del suelo los que quede de su legado. Reconozco varias casas situadas más arriba de la calle en la que nos encontramos: el número once, la vivienda austera con molduras grises de Sanguin Layton Savager y su esposa, y el número quince, la de su vecina algo más alegre, Vera Cachemar, donde justo hace un mes asistí a un baile con motivo del final de verano.

A mi lado, Cressida resopla y se ajusta el sombrerito.

—Vamos, Merrick. Tenemos una cita.

Obedezco y me dejo arrastrar hacia la marea de la ciudad. Mi prima política no me ha informado todavía sobre el motivo de

nuestra visita; el resto del trayecto a Nueva Londres ha transcurrido en un silencio tan opresivo que he tenido la sensación de que se me habría metido en los pulmones como humo y me habría asfixiado de haberme atrevido a abrir la boca, pero, considerando el barrio donde hemos parado, mis anteriores sospechas sobre una visita al Consejo podrían ser acertadas. ¿Habrá solicitado Cressida otra reunión de emergencia para seguir discutiendo las noticias sobre mi hermana? Me imagino a los once señores restantes ayer, ataviados con sus ropajes carmesí de consejeros, con las coronas de astas amarillentas encastadas en la frente como coronas de laurel. Me los imagino escuchando cómo Tom y Cressida me nombraban depositaria sin yo ni siquiera enterarme y algo dentro de mí se retuerce, un fragmento de hueso roto.

«Merrick Darling, Señora de Sussex.» ¿Qué habría dado yo hace tan solo unas semanas por tener una mínima posibilidad de ostentar este título? ¿Qué daría ahora para que me desposeyeran de él?

Camino detrás de Cressida y observo la calle para ver de refilón las torres gemelas que coronan las cámaras del Consejo y que pertenecieron a una iglesia de muchos siglos de antigüedad antes de que se produjera la muerte y resurrección de la ciudad. Siempre me ha parecido adecuado que mis antepasados eligieran establecerse en una antigua casa de culto en lugar de reutilizar el Parlamento incendiado del Viejo Londres. Este edificio, al fin y al cabo, había sido construido para los mortales, mientras que el otro había sido construido para las divinidades.

Nunca se ha cuestionado cuál de las dos categorías está más en línea con las casas.

Sin embargo, cuando alcanzo a ver la imponente estructura, con sus contrafuertes como costillas al descubierto sobresaliendo por sus costados, Cressida se aleja de las cámaras del Consejo en vez de dirigirse hacia ellas y pone rumbo hacia la zona oeste de Blindchapel, allí donde el barrio se une con el de Rosing Cross, el distrito de la moda. Me pica la curiosidad, pero mi instinto de preguntar se diluye hasta convertirse en una pequeña molestia en un rincón de mi cabeza. ¿Qué importancia tiene, de todos modos, a

dónde nos dirigimos? Sea cual sea nuestro destino, mi hermana no estará allí.

De pronto, una visión se expande detrás de mis ojos como un lago que se desborda por las orillas: Essie, escapando de un sombrío secuestrador, su camisón como un destello de blanco sobre las fauces negras de la oscuridad. Una mancha roja como un capullo de rosa en su pecho cuando su perseguidor le da alcance y la sangre se mezcla con la tierra, tiñéndola de bermellón.

«Imposible —quiero protestar—. No puede haber muerto, no puede.»

Pero, si lo que me ha contado Cressida en el carruaje es cierto, ¿qué otra cosa podría ser?

Una brisa serpentea por mi lado mientras camino y arrugo la nariz cuando una bocanada de algo cáustico y chamuscado la alcanza, un olor como a carne quemada. Lógicamente, conozco el hedor desagradable que originan los fuegos que arden a lo largo de la carretera de la Sangre, pero, durante mi reciente estancia en la capital, escuché otros rumores con relación a su origen. En los salones iluminados por la luz de las velas se susurraban leyendas sobre cómo, incluso después de casi un siglo, los vestigios del Viejo Londres seguían presentes en nuestra majestuosa ciudad, un hediondo recordatorio de la noche en que nuestros antepasados la quemaron hasta reducirla a cenizas.

Me estremezco. A veces, Nueva Londres me parece un milagro. Otras, una tumba.

Finalmente, Cressida se detiene delante de una tienda compacta y bien cuidada, con un rótulo con las palabras *Madame Villette's* escritas en caligrafía historiada. Arqueo las cejas al leer el nombre. A lo largo de la última década, Lucille Villette ha cultivado con meticulosidad su reputación de ser la mejor modista de Nueva Londres, y sus precios han subido en consonancia con la demanda. Conozco mujeres de linaje noble que han tenido que luchar mucho por poder pagar sus elevados honorarios, aunque, en casi todos los casos, han aceptado la vergüenza privada de una deuda antes que arriesgarse a la humillación pública de tener que vivir con un presupuesto ajustado.

Miro con recelo a Cressida cuando entramos en el edificio. Ni siquiera los Faulk, que tienen sus cofres llenos a rebosar, frecuentan la tienda de Madame Villette's sin una causa que se lo merezca. ¿Qué debe de tener entre ceja y ceja mi prima política que justifique la adquisición de una creación de Villette?

—Ah, duquesa Faulk-Darling, bienvenida.

Al vernos entrar, madame Villette en persona, con sus elásticas curvas envueltas en pliegues de satín amatista, se acerca hacia nosotras desde el fondo de la tienda.

Aun habiendo entrado ya en la edad madura, la modista sigue estando magnífica, con sus pómulos marcados, sus labios color frambuesa y sus ojos oscuros y de mirada inteligente. Hace una reverencia y fija su mirada en mí.

—Y veo que trae consigo a la archidoncella Merrick. *Milady*, es un privilegio conocerla. —La modista hace otra reverencia antes de enderezarse—. Mis más sentidas condolencias por su pérdida.

Me pongo rígida instintivamente y siento un hormigueo en el cuello, como si acabara de rozarme una corriente de aire frío, pero veo que mi prima política se limita a sonreír. Coge con elegancia la mano de madame Villette y la presiona con gratitud.

—Estamos también encantadas de verla, *madame* —dice Cressida. Intercambia una mirada conspirativa con la modista y baja la voz media octava para seguir hablando—. Según su carta, el vestido que le he encargado ya está listo, ¿no es así?

—Lo está. —La modista hace un gesto de asentimiento. Su mirada vuelve a clavarse en mí. Esta vez es de curiosidad y se desvía de inmediato cuando la miro, como si temiese divulgar un secreto—. Pero, discúlpeme, duquesa, pensaba…

—Excelente. —Cressida la corta con toda la calma—. Necesitaremos hacer algunos cambios, claro está. Tráiganoslo, por favor.

Miro a Cressida, sorprendida por su brusca interrupción. La expresión de mi prima política es gélida y la calidez que ha demostrado hace solo un segundo se ha evaporado como el rocío al mediodía. Madame Villette presiona la boca con fuerza, inclina la cabeza en un gesto de obediencia y desaparece en la trastienda,

dejándonos a Cressida y a mí solas, excepto por la compañía de unos pocos maniquíes desnudos que ocupan el espacio como aburridas chismosas.

—Mi pobre abuela está todavía pagando el vestido de boda que le encargamos a *madame* el año pasado —explica Cressida en tono de mofa transcurrido un momento, rompiendo así el silencio tenso que se ha creado entre nosotras—. Esta mujer es una sanguijuela, pero al menos sabe de siluetas. —Distraída, me recoge detrás de la oreja un mechón de pelo y me ofrece una sonrisa cariñosa—. El Consejo no esperará nada que no sea perfecto en la audiencia de nominación, querida mía, y, si queremos impresionarlos, tienes que estar a la altura.

Me quedo rígida. De modo que *este* es el objetivo de nuestro viaje, la ocasión que exige un gasto del calibre de lo que cobra madame Villette.

—El vestido que has mencionado —respondo—, ¿es entonces para mí?

Los dedos de Cressida se encojen contra mi mejilla y sus uñas rozan un instante mi piel. Cuando se aparta, su expresión se ha vuelto tensa.

—Es para la depositaria de la Casa Darling —afirma con una voz suave y aceitosa como la piel de foca.

Gira la cabeza y no puedo verle la cara, pero su respuesta basta como explicación. El vestido, por mucho que sea yo quien lo reciba, no se confeccionó para mí. No, igual que la nominación en sí misma, era para otra persona, alguien que ya no está presente para lucirlo.

«El vestido de Essie. El título de Essie.» ¿De cuántas cosas más de mi hermana me apoderaré?

Abro la boca, con otra pregunta en la punta de la lengua lista para salir, pero me veo interrumpida por un tintineo musical procedente de la entrada del establecimiento. Como si fuéramos una, Cressida y yo nos volvemos a la vez hacia la entrada. Llega más clientela.

Son dos, un hombre y una mujer, la mujer con su mano enguantada enlazando el brazo del hombre. El hombre es más joven, alto y delgado, con la cabeza cubierta con un sombrero de

copa gris de estilo regencia hundido casi hasta las cejas. Levanta la barbilla cuando cruza el umbral y vislumbro un destello de pelo rubio que asoma por debajo del ala del sombrero, la luz perlada de su sonrisa.

Mis pulsaciones se tambalean y el espacio a mi alrededor se comprime, como si la tienda estuviera cogiendo aire. *Ames*. Si acaso es posible, el depositario de la Casa Saint está incluso más atractivo bajo el resplandor del mediodía que pintado por la pálida luz de la tormenta de hace dos días. Durante un segundo febril después de procesar su presencia, pienso que ha venido a verme, que ha estado dándole vueltas a nuestro último encuentro tanto como se las he dado yo estas últimas noches. Tumbada en la cama, rememorando sus palabras para poder relamerme de nuevo con ellas.

«Ha sido un fantasma en mi cabeza toda mi vida… Tengo la sensación de que la conozco muy íntimamente.» Pero, cuando su acompañante cruza el umbral, la realidad cae sobre mí como un jarro de agua fría. La mujer que se aferra al brazo de Ames es diminuta, la parte superior de su cabeza apenas alcanza los hombros de Ames. Lleva el cabello gris recogido en un pulcro moño por encima del cuello de terciopelo morado de su pelliza y, en su rostro ligeramente arrugado, destacan unos ojos de color verde claro que me observan con curiosidad.

En comparación con la evidente belleza de Ames, la mujer tendría que parecer débil, apagada, pero noto en mi interior un tirón que me lleva a volver a mirarla. Su forma de moverse tiene algo especial, una elegancia letárgica como la de la miel cuando rezuma de un tarro —algo lo bastante seguro de su valor como para tomarse su tiempo—, que me dice exactamente quién es, el título que ostenta.

Cressida es la primera en reaccionar y sus faldas se ahuecan a su alrededor cuando se inclina en una reverencia y se lleva reverentemente una mano al pecho.

—Lady Ianthe. Es un honor, eminencia.

Me inclino rápidamente en una reverencia similar y estiro el cuello hacia el suelo como un cisne. Levanto un poco la vista y veo que los labios de Ianthe Saint se curvan en una recatada sonrisa

ante la mención de su nombre y que las patas de gallo asoman en las comisuras de sus ojos.

—Pero si es la duquesa Cressida Faulk-Darling.

Tiene una voz inesperadamente dócil, como el suave gorjeo de un herbívoro. A pesar de que no puede tener mucho más de cuarenta años, se apoya en un bastón de madera de caoba tallado con sinuosas orquídeas, similares a las que sé que luce el escudo de armas de la Casa Saint, que resuena contra el suelo cuando se aproxima a nosotras. Percibo el momento en que su atención se vuelca sobre mí, es como un dedo que recorre la línea de mi perfil.

—¿Y a quién tenemos aquí, si no a la archidoncella Merrick? —murmura—. Hola, querida.

Me quedo quieta cuando lady Ianthe estrecha la distancia entre nosotras y curva su pulgar debajo de mi barbilla, obligándome a volver la cabeza a derecha e izquierda para evaluarme, de un modo similar al que nuestros mozos de caballerizas examinan a los potrillos en busca de defectos. En mi visión periférica, veo que la mandíbula de Cressida se tensa ante la inspección de la Señora de la Casa Saint, pero no da ningún paso para interrumpirla.

Cuando ha terminado, y con un delicado giro de muñeca, lady Ianthe empuja mi cabeza hacia arriba para que la mire. Sus ojos son grandes y no parpadean, concentrados como los de un académico, sus iris tienen el color de las algas de los estanques. Son los ojos de una mujer que desmanteló una casa moribunda y construyó un imperio a partir de sus restos.

O, al menos, así describía mi padre a Ianthe, con un tono cauteloso y respetuoso a partes iguales. Según él, la madre de Ames nunca estuvo destinada a ser la Señora de la Casa Saint. Era la menor de dos hermanos, había nacido débil y se había convertido en una chica feúcha, con rasgos que disminuían su valía como líder y posible esposa. Entre los de linaje noble de la generación de mi padre, Ianthe era el patito feo de la nobleza con la que se relacionaba: poco agraciada, frustrantemente insumisa y, en general, poco complaciente con cualquiera que intentase alterar las partes antes mencionadas de ella. Aunque nadie se atrevía a decírselo a la cara, todo el mundo coincidía en que nunca llegaría a ser más que

una solterona aferrada a las faldas de su hermano mayor, el favorito de sus padres y el depositario elegido, y que se consumiría hasta el fin de sus días en la magnífica propiedad de su familia.

Pero todo eso fue antes de que su hermano muriera. Antes de que fuera nominada en su lugar y antes de que, con los años, transformara la relativamente pequeña provincia de Norrin en el mastodonte agrícola que es hoy en día.

Me arden los muslos, pero el pulgar de lady Ianthe sigue presionándome la parte inferior de la barbilla, como un anzuelo que me impide dar por finalizada mi reverencia. Entonces, con un murmullo de aprobación, me indica con un gesto que me incorpore. Lo hago, con las extremidades doloridas como las de un cervatillo, y lucho contra el impulso de secarme las gotas de sudor frío que han estallado por encima de mi labio superior.

—Ames, debes disculparte con la archidoncella. La descripción que me hiciste de ella es terriblemente deficiente. —Lady Ianthe extiende el dedo índice para indicarle a su hijo que se acerque. Baja la voz y añade, dirigiéndose a mí y guiñándome el ojo—: Mi hijo me contó que se había transformado en una joven encantadora, pero no logró transmitir con precisión la belleza en la que realmente se ha convertido. Es la viva imagen de su madre.

—Gra… Gracias, eminencia —respondo, ruborizándome ante tan inesperado halago.

Lady Ianthe enlaza el brazo de su hijo y hace un movimiento con el bastón, como si quisiera alejar mi agradecimiento. Al lado de Ames, las cicatrices de la enfermedad de su infancia se hacen más evidentes: tiene huesos de pajarillo, es delicada en comparación con la espléndida forma física natural de él, tiene las mejillas hundidas, como si siempre pasara hambre.

—Me sentí muy aliviada cuando Ames me informó que se había tropezado casualmente con usted el otro día, archidoncella —comenta lady Ianthe, presionando con cariño el bíceps de su hijo—. Una chica tan bonita nunca puede tener suficientes precauciones cuando viaja por el campo, sobre todo en los tiempos que corren. —Ríe entre dientes, un sonido áspero y reseco—. Porque, por mucho

que a las damas nos gustaría, no siempre hay un caballero cerca para salvarnos.

—¿Salvar a quién? —interviene Cressida—. Disculpe, lady Ianthe, pero el *campo*, como usted lo describe, es el hogar de Merrick. Conoce a la perfección hasta el último palmo de Sussex y es más que capaz de defenderse sola de cualquier peligro que pueda acechar por ahí. Es su hijo, de hecho, el que estaba viajando por territorio poco conocido.

La voz de Cressida es la proa de un barco que rompe las alteradas aguas de mi mente. Coloca la palma de su mano en la parte baja de mi espalda mientras habla, dejando claro su mensaje tácito: «Mantén la serenidad.» Me enderezo a modo de respuesta.

—Mi madre siempre tiende a lo dramático. Rescaté a la archidoncella en condiciones climatológicas terribles, nada más —responde Ames a mi prima política.

Su mirada se cruza con la mía por encima del hombro de su madre y su calidez afloja parte de la tensión que tengo acumulada en el pecho.

—No restes importancia a tus buenas obras, Ames. Ya hemos hablado de esto.

La orden de lady Ianthe resuena en la tienda, cortante y brusca. Sus uñas se clavan en la carne del brazo de su hijo y su boca se tuerce en una mueca severa. No puedo contener mi preocupación cuando veo que se encoge bajo la presión de su madre y que en su mandíbula se tensa un músculo.

Percatándose de mi reacción, la Señora de la Casa Saint vuelve velozmente su mirada hacia mí y entonces, como la cuerda del arco que regresa a su lugar, la afloja de nuevo y sus facciones recuperan la anterior serenidad.

A su lado, Ames baja la vista hacia el suelo.

—Como estaba diciendo, me sentí consternada al enterarme de que la archidoncella viajaba sin compañía cuando mi hijo la encontró casualmente el otro día, sobre todo después de la trágica noticia que compartieron ayer con el Consejo, duquesa —continúa tranquilamente lady Ianthe, como si la interrupción de su hijo no se hubiera producido—. Si mi casa acabara de perder una hija, me

esmeraría mucho más en cuidar de la que me queda. —Suspira y se apoya en el bastón—. Aunque supongo que es por eso por lo que han solicitado nuestra ayuda, ¿verdad?

Se me hiela la sangre. La madre de Ames me está estudiando como si yo fuera una liebre delante de su rifle. No, peor aún, como si fuera una piedra preciosa especialmente brillante que le gustaría colgarse al cuello. ¿Qué es lo que acaba de decir hace apenas un minuto? «Mi hijo me contó que te habías transformado en una joven encantadora.» ¿Por qué tengo la sensación de que su comentario no ha sido el cumplido que inicialmente me había creído, sino una valoración? El frío gesto de asentimiento de un coleccionista antes de llevarse su premio, protegido tras un cristal.

Cressida tenía razón cuando me ha estado hablando en el carruaje: no debería haber aceptado la oferta de Ames. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? ¿Cómo he podido tragarme su amabilidad sin tener en cuenta el coste?

Como si me hubiera leído el pensamiento, la mano de mi prima política se flexiona contra la base de mi espalda.

—¿*Supone* eso? —repite, sin alterarse.

La atención de lady Ianthe se desliza con dolorosa intención por mi mejilla y mantiene fija en mí su mirada, afilada como una navaja, hasta finalmente posarse en Cressida. Inspira hondo, como si se preparase para replicar, pero el tintineo de la puerta y la entrada de más clientes interrumpe su respuesta. El grupo es una oleada de tafetán y encaje, y el animado murmullo de su conversación se desvanece en el instante en que se topa con la mirada fulminante de la madre de Ames, que se vuelve hacia la puerta.

—Muy conveniente, esto de haber coincidido casualmente aquí —dice la Señora de la Casa Saint, volviéndose de nuevo hacia nosotras con una jovialidad que va acompañada por una sonrisa forzada y falsa—. El encuentro de mi hijo con la archidoncella me ha recordado que hace demasiado tiempo que no celebramos una cena, y me gustaría mucho ponerme también al corriente de todo con el duque Tom. —Lady Ianthe toma la mano enguantada de Cressida—. ¿Qué me dice, duquesa? ¿Continuamos esta conversación durante

una cena? —Sonríe; sus dientes son pequeños y puntiagudos, con raíces amarillas—. A menos que prefiera seguir charlando aquí.

Cressida suelta la mano con delicadeza.

—Estaremos encantados de aceptar cualquier invitación que la Casa Saint decida hacernos, por supuesto —replica con educación, y tengo la sensación de que la he guiado hacia una trampa.

Satisfecha, lady Ianthe estampa el bastón contra el suelo.

—Maravilloso. Le pediré al mayordomo que se encargue de enviar los detalles esta misma tarde. Y, ah… aquí estás, Villette. Tengo una petición para ti.

Con un saludo, pasa por nuestro lado en dirección a la modista, que por fin ha salido de la trastienda, portando en sus brazos un auténtico río de encaje rojo. *El vestido*. Casi lo había olvidado. Una nueva sensación de aprensión me presiona como un puño el esternón.

—Parece que el destino aún no ha terminado con nosotros, archidoncella. —El aliento de Ames arde cuando se enrosca contra mi oreja. Me pongo firme. Se ha detenido a mi lado antes de seguir a su madre, y sus palabras suenan lo suficientemente bajito como para saber que están dirigidas solo a mí. Me sujeta un instante por la muñeca, y la presión de su dedo pulgar sobre mis venas me resulta más íntima incluso de lo que serían sus labios—. Hasta que volvamos a encontrarnos —murmura.

Después, sigue andando y me lanza una última mirada antes de marcharse.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La invitación llega un par de días después, impresa en tinta azul sobre una tarjeta blanca:

> «Su eminencia, lady Ianthe Saint, solicita su compañía en Berkshire Estate, el Nido, Cardiff, mañana a las ocho de la tarde.
> Se servirá cena.»

Los preparativos consumen la mayor parte de la tarde siguiente. Se llama y se despide a criadas, cargadas todas ellas con un vestido como mínimo; se riza y se peinan cabezas y, en las habitaciones, se pintan labios bajo la luz anaranjada de una docena de velas, con las cortinas cerradas para emular el resplandor de la velada. Por primera vez desde la desaparición de Essie, Norland House vuelve a cobrar vida y sus pasillos oscuros parecen más luminosos, como si intentaran también sumar algo de color a sus mejillas.

Cressida nos ha pedido coordinar el vestuario —otra estratagema para presentarnos como un frente unido—, de manera que, cuando Tom, ella y yo ponemos rumbo a Cardiff, lo hacemos envueltos en diversas tonalidades de morado. Mi vestido lila es de estructura sencilla, con tirantes finos de encaje y más encaje en el bajo de la falda, emulando la espuma de las olas. El efecto, cuando me echo una última mirada en mi espejo de cuerpo entero antes de partir, es trascendente y me transforma de chica a un ser edulcorado

y efímero, que se desharía en la lengua de cualquiera que me acercara a sus labios.

Sin embargo, en vez de satisfacción, la aprensión se apodera de mí cuando me observo, con el corsé muy apretado y la nariz empolvada. Por mucho que mi atuendo parezca el de una damisela, la tela es como una armadura sobre mis hombros durante todo el viaje hasta el Nido y me presiona de forma claustrofóbica contra mi pecho, protegiéndome con ferocidad.

Y la verdad es que estoy preparándome para la guerra.

—Ianthe Saint es una auténtica maestra del juego, como todos los señores de las casas —me había advertido previamente Cressida, mientras las criadas entretejían cintas de color heliotropo y glicinia en mi cabello y peinaban mis rizos rebeldes en un resplandeciente recogido trenzado. Estaba sentada en un sillón de una esquina de mi habitación, con su salvaje melena oscura suelta sobre los hombros —. Tomar el poder es algo grosero y primitivo a ojos de ellos; prefieren ganarlo con estrategia, y ni siquiera eso es tan deseable como que su oponente se rinda y se entregue voluntariamente. Ianthe ha olido tu debilidad y ahora está intentando ver si te rompes.

Después de decir eso, se levantó, se acercó a mí por detrás y descansó las manos sobre mis hombros. Bajo la titilante luz de las velas, sus ojos eran negros, como pozos sin fondo.

—Pero no lo harás —añadió simplemente.

Cuando cruzamos la frontera de Cardiff, ardo de ansiedad. Nos hemos dividido en dos carruajes: Tom y Cressida viajan en el que va detrás, mientras que mi vehículo abre el camino, ocupado solamente por Killian, con su matafantasmas en el regazo, y yo. Técnicamente, Killian está aquí para actuar como línea de defensa en caso de que se produjera otra brecha, pero en una pequeña parte me siento agradecida por su compañía, porque su presencia me evita estar sola.

El resto de mi persona, sin embargo, se siente inquieta. Apenas hemos hablado desde la noche que nos aventuramos a ir a Shoreham-by-Sea y su presencia ahora es como enfrentarme a mi propio fracaso. Aparte del camisón ensangrentado que se encontró

en el bosque de Barton, no se han producido más novedades en la búsqueda de mi hermana. Y, a pesar de que Cressida y Tom me han asegurado que no descansarán hasta que se recupere el cuerpo de Essie —vivo o muerto— y se haga justicia con su secuestrador, sus esfuerzos parecen menos urgentes estos últimos días, y todas sus acciones están atemperadas con sombría resignación. Es como si en su cabeza ya se hubiera cerrado un veredicto: mi hermana está muerta y, si mi casa sobrevive, su pérdida depende de mí.

Por mi parte, he permitido que Cressida me guíe en los preparativos para mi audiencia de nominación. He soportado obedientemente las pruebas de vestuario y he memorizado con diligencia los nombres y las preferencias de bebida de los once señores de las casas y sus familiares. Pero me he sentido embargada continuamente por una sensación de intranquilidad, como si hubiera llegado demasiado temprano a una fiesta y estuviera esperando a que la auténtica anfitriona aparezca y me releve de mis deberes.

Por mucho que lo intente, no puedo creer que Essie se haya ido. ¿No lo habría sentido de algún modo de ser así? ¿No habría percibido el modo sutil en que el mundo cambia para acomodar su muerte, de la misma manera que un campesino huele una tormenta en el ambiente?

Y luego está la realidad de la amenaza que encontré en su cuarto: «La Casa Darling caerá.» No lo he olvidado, jamás podré olvidarlo. Si de verdad han matado a Essie, ¿cuánto tiempo tengo antes de que su asesino centre su atención en mí?

«¿Qué quiere esa gente?» Sigo sin saberlo; peor aún, no tengo ni idea de cómo averiguarlo.

Creo que llegaremos a la finca de los Saint sin haber cruzado una sola palabra con Killian, aunque finalmente, cuando nos aproximamos a nuestro destino, Killian suspira y se recuesta en su asiento. Arquea una ceja, adoptando una expresión provocadora.

—¿Qué?

Suelto el pliegue de mi vestido con el que he estado jugando con nerviosismo y le devuelvo una mirada altiva.

—¿Qué qué? —pregunto—. Podría formularle la misma pregunta.

Se cruza de brazos, impertérrito.

—Es evidente que algo le inquieta, archidoncella —comenta en tono desafiante—. Le estoy dando la oportunidad de que lo comparta conmigo, pero, si prefiere morirse de frío en este carruaje, podemos continuar así sin ningún problema. —Inclina la cabeza—. Descubrirá que tengo una buena tolerancia al frío.

No ruborizarse bajo su mirada es una auténtica batalla. La facilidad con la que lee mis pensamientos resulta desconcertante y no me gusta nada pensar que soy tan transparente, como un libro abierto delante de él. Muevo la cabeza en dirección a la ventanilla del carruaje y desvío la mirada, como si haciéndolo pudiera cerrar una ventana que se ha quedado abierta e impedir que siga viéndome.

—Mi hermana ha sido asesinada, Brandon, en manos de una persona cuya identidad quizás nunca lleguemos a conocer —enuncio en tono sarcástico—. ¿Debería estar más alegre?

De entrada, pienso que mi táctica ha funcionado. Killian se queda boquiabierto y su expresión arrogante desaparece como el agua que se filtra por un balde con agujeros. Sin embargo, justo cuando me dispongo a escuchar su disculpa, se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—No, no es eso —responde pensativo, pasándose una mano contemplativa por la mandíbula—. Hay algo más.

En sus ojos se enciende una chispa y su preocupación cristaliza en una emoción afilada y cortante.

—¿Son los Saint? —pregunta, y veo que sus hombros se tensan debajo de la chaqueta—. Ames… ¿la ha tratado mal?

Ah. Me muerdo el labio inferior cuando el recuerdo de mis encuentros con Ames se agitan dentro de mí, como la palma de una mano apretándome el estómago.

«Ha sido un fantasma en mi cabeza toda mi vida…»

«… Tengo la sensación de que la conozco muy íntimamente.»

Dentro de mí se entremezclan la culpabilidad y el deseo. Entre Ames y yo no hay nada indecoroso y, aun en el caso de que lo hubiera, el depositario de la Casa Saint es precisamente el tipo de enlace que fui a buscar a Nueva Londres: con título y con un futuro

lo bastante grandioso como para soportar mi peso sin combarse. ¿Por qué, entonces, la idea de hablarle a Killian sobre él me atormenta?

—Ames Saint es un caballero y como tal me ha tratado —digo con la mirada fija en el paisaje que pasa al otro lado de la ventanilla —. De hecho, es la viva imagen de lo que debería ser un joven de linaje noble: amable, caballeroso, eso sin mencionar que resulta tremendamente atractivo. Estoy segura de que muchas damas jóvenes renunciarían gustosamente a su herencia por la oportunidad de cenar esta noche con él.

—No he preguntado por las preferencias de otras damas jóvenes.

La temperatura del carruaje se eleva de repente con la respuesta de Killian, como si debajo de su vientre de madera se hubiera encendido una hoguera. Incapaz de resistirme, lo miro fijamente y lo encuentro instalándose bien en su asiento, apartando la vista.

—Pero, de acuerdo —continúa en voz baja, pasado un momento —. Mientras haya sido amable con usted…

No es una pregunta, pero intuyo su curiosidad, también algo más, una pizca de desdén, bien camuflado, pero sin duda presente.

—Lo ha sido —respondo, despacio, y mi interés aumenta a la par que el de él—. ¿Tiene algún motivo para pensar que no iba a serlo?

Ahí está: el destello de algo podrido asciende a la superficie de su expresión, como la sombra oscura de un pez que se agita en las aguas poco profundas de un lago. Permanece allí solo un segundo antes de desaparecer, y su rostro vuelve a convertirse en una máscara inescrutable.

—Es una archidoncella. Mi opinión carece de importancia para alguien como usted.

Sacudo la cabeza, implacable.

—Pero Ames… sé que no le gusta. O que no le gusta, como mínimo, la relación que yo pueda tener con él. Lo he captado con claridad ahora mismo, cuando hablaba.

Killian arruga la frente.

—No me fío de él —contraataca con cautela—. Lo cual no es lo mismo. Es que… —Se interrumpe enseguida, y el resto de la frase se esfuma sin pronunciarse—. No me corresponde hablar de estos temas —termina de manera abrupta, como el final de una escalera.

Su silencio me pone nerviosa.

—¿No se fía de él? —repito, inclinándome hacia delante—. ¿Por qué no se fía? Ames se ha mostrado siempre comunicativo conmigo, a diferencia de usted, si me permite decírselo.

Ante mi acusación, Killian se pone rígido y sus ojos se encienden como ascuas.

—Si de verdad desea saberlo, me parece excesivamente preocupado por las cosas que suceden en Norland, en mi opinión —replica acaloradamente. Su semblante sereno se desmorona, solo un poco, aunque lo suficiente como para producirme un escalofrío—. Los otros centinelas dicen que, durante su ausencia, visitó en más de una ocasión a la archidoncella Estella.

—Sí, Essie me comentó sus visitas, aunque no hubo nada siniestro en ellas —disparo a modo de respuesta, sorprendida ante mi calentamiento, ante mis ansias de pelear con él—. Estaba simplemente siendo diplomático. —Me fuerzo a relajar los hombros, que se han cerrado a la defensiva en dirección a mi barbilla, e inspiro aire para tranquilizarme—. Hablemos con franqueza —digo, recostándome y mirándolo a los ojos—. El tema no es si Ames es de fiar o no, ¿verdad, *Killian*?

Siento un placer enfermizo cuando lo veo sorprenderse porque he utilizado su nombre de pila, cuando observo cómo se separan sus labios para coger aire. Por una vez, resulta satisfactorio darle justo en el punto correcto, desestabilizarlo del mismo modo que él me desestabiliza constantemente a mí.

Sin embargo, no tiene oportunidad de responder mi atrevido comentario. Antes de que pueda pronunciar palabra, el carruaje se detiene y, desde su silla, el conductor nos anuncia que hemos llegado a nuestro destino. La noticia parece despertarnos del hechizo en el que nos hemos quedado atrapados. Por un segundo, casi había olvidado que nos dirigíamos a algún sitio, que la noche no terminaba entre las paredes de madera pulida del carruaje.

Me sujeto al brazo de Killian para mantener el equilibrio y salgo del vehículo para pisar suelo firme. Veo por primera vez el Nido.

La mansión que tenemos delante es de proporciones palaciegas y se expande sobre el terreno llano y ajardinado que la rodea, en lugar de alzarse sobre un promontorio elevado, como Norland House. Columnas jónicas flanquean la planta baja; por encima de ellas, hileras de ventanas simétricas adquieren un resplandor dorado por la luz del interior, conjurando imágenes de chimeneas encendidas y estancias bien calentadas, de un lugar sin corrientes de aire ni crujidos, sin ninguna de las docenas de males que se multiplican como el moho en los huesos de la propiedad de mi familia.

Las dos columnas que enmarcan la entrada están decoradas con un auténtico desfile de formas esculpidas, elegantes y alargadas, que parecen envolverlas como una hiedra. Aunque desde donde estoy me resulta imposible ver los detalles, sé que son aves, una bandada de águilas pescadoras, más concretamente, en honor a los animales del escudo de armas de los Saint, y la característica arquitectónica responsable del apodo por el que todo el mundo conoce esta propiedad.

Detrás de mí, Cressida y Tom están apeándose de su carruaje. Cressida se coloca a mi lado. Su vestido tiene una tonalidad más oscura que el mío, un color ciruela intenso que hace que su piel resplandezca como la seda.

—¿Recuerdas todo lo que hemos hablado? —pregunta, apáticamente. Después de mi gesto afirmativo, sus hombros se relajan—. Bien.

Vuelve la cabeza hacia un lado.

—Señor Brandon —le ordena Cressida a Killian, que se ha quedado detrás de nosotras—. Nos esperará aquí. Si su presencia se hace necesaria dentro, mandaremos llamarlo.

Killian asiente con obediencia y la mirada tercamente fija en mi prima política. Lo dejamos atrás y echamos los tres a andar hacia el Nido. Tom apenas levanta la mano para llamar cuando las dobles puertas se abren sin hacer ruido y un mayordomo con cara de hurón aparece detrás de ellas.

El hombre, sin decir palabra, nos invita a pasar. Su silencio despierta en mí una inquietante sensación de mal agüero, la certidumbre de que llevan mucho tiempo esperándonos. Como si todas las veces que me enfilé a la cima de las colinas de Sussex de pequeña para observar este lugar, este lugar también hubiera estado observándome, a la espera del momento en que por fin cruzara sus puertas.

Me estremezco y sigo al criado por el vestíbulo. El asombro eclipsa brevemente mi ansiedad cuando contemplo los techos altísimos pintados con elaborados frescos y los brillantes suelos de mármol. Después de varios giros, accedemos a un majestuoso comedor. Los candelabros de las paredes derraman luz de color mandarina sobre el suelo y tiñen el espacio con tonalidades melosas. En el centro del espacio, una sofisticada lámpara de araña de latón baña la mesa con un resplandor más luminoso si cabe, y la luz parpadeante del fuego arroja sombras sobre las caras pálidas de los comensales sentados debajo.

En la cabecera de la mesa, lady Ianthe se levanta con agilidad y su figura menuda queda empequeñecida por la enormidad de la estancia que la envuelve. La disparidad de tamaños debería hacerla insignificante, pero la grandeza le sienta espléndidamente, como si fuera una niña reina.

—¡Ah, los Darling! Por fin han llegado. Qué placer tenerlos aquí, queridos amigos.

Ames, sentado a su derecha, se levanta también e inclina la cabeza para hacerse eco del saludo de su madre. Cuando levanta la barbilla, me mira y me dirige un guiño malicioso que me ruboriza entera. Sonrío como respuesta y aparto rápidamente la vista cuando me percato de que Cressida me está observando con la frente arrugada, con un tipo de emoción que no consigo ubicar.

Lady Ianthe mueve la mano para indicarnos que pasemos mientras chasquea los dedos de la otra. Al oír el sonido, un trío de figuras vestidas de oscuro se separa de las esquinas de la estancia y, como escarabajos, se acerca a la mesa de comedor. Me asusto hasta que me doy cuenta de que son criados, pulcramente vestidos con uniformes almidonados de color azul marino y con el pelo escondido

debajo de pelucas empolvadas de blanco. Cada uno de ellos se detiene detrás de una silla para ayudarnos a Tom, a Cressida y a mí a tomar asiento antes de volver a retirarse.

Los sigo con la mirada hasta que desaparecen. Ahora que me fijo, veo siluetas similares en absolutamente todos los rincones del comedor, una horda de ojos vigilantes y manos de dedos largos pulcramente unidas.

Me recorre la espalda un estremecimiento de repugnancia. Sabía que Cardiff había prosperado bajo el mando de Ianthe, pero no esperaba este nivel de opulencia. Ser testigo de ello resulta turbador, como darle la vuelta a una hoja y encontrar una araña debajo, una amenaza inesperada.

Recuerdo otra vez las palabras de Cressida: «Ianthe Saint es una auténtica maestra del juego.» El título le encaja a la perfección; tengo la certera sensación de que mi casa acaba de perder el control de la situación.

Lady Ianthe carraspea para aclararse la garganta, mueve otra vez la mano y aparecen más criados, que salen de su escondite uno tras otro, como una tira de muñecos recortados en papel. En sincronización perfecta, cogen de un aparador idénticas teteras doradas y las traen a la mesa para servirnos un humeante té en las delicadas tacitas que tenemos delante.

Con la boca seca, cojo la taza y bebo un sorbito. La punzada herbal del té de flor de brezo es demasiado potente para mis ya frágiles nervios. La devuelvo apresuradamente a la mesa, mientras el aroma terroso me empalaga las fosas nasales.

—Me gustaría iniciar la velada con un brindis.

Lady Ianthe levanta su taza con un leve tintineo, se vuelve hacia mí y sonríe. El líquido rojo gira en el interior de la taza, en profundo contraste con la porcelana blanca.

—Por la nueva depositaria de la Casa Darling —continúa lady Ianthe—. Siento mucho no haberla felicitado adecuadamente el otro día en Villette's, archidoncella, pero espero que me permita remediar ahora mi error. Su padre se sentiría muy orgulloso, estoy segura.

Me cuesta un esfuerzo tremendo no retorcerme bajo su mirada. Nerviosa, bebo un poco más de té. El regusto se aferra a la parte

posterior de mi lengua como un perfume agrio.

—Solo cumplo con mi deber, eminencia —replico—. No hay necesidad de cumplidos.

A todas luces insatisfecha con mi respuesta, Cressida carraspea recatadamente.

—Debe perdonar a mi prima. Está todavía adaptándose a su nuevo papel —interviene—. Ha sido doloroso para ella, perder tan de repente a su hermana.

La taza tiembla en mi mano y mis dedos se vuelven inestables. La devuelvo rápidamente a la mesa antes de que Ames o su madre se percaten de mis temblores.

«Essie está muerta —me recuerdo—. Se ha ido y no volverá.» Sé que, aunque mi cabeza lo entiende como cierto, mi corazón se niega a admitirlo. Me pregunto si llegaré a aceptarlo algún día o si viviré toda mi vida mirando por la ventana a la espera de que Essie vuelva a mí.

—Por supuesto. —Lady Ianthe, con la frente fruncida, hace un gesto de asentimiento y lástima—. Los recientes hallazgos han sido de lo más… perturbadores. —Ladea la cabeza y entrecierra los ojos, como si me estuviera estudiando con más detenimiento—. Confiemos en que sea capaz de *adaptarse*, como dice la duquesa, a pesar de todo, archidoncella Merrick.

—Confiamos en que Merrick será la gobernadora que Sussex necesita para guiar la provincia durante un periodo tan tumultuoso como este —replica Cressida.

Mantiene una postura relajada, con la mano descansando tranquilamente sobre la de su esposo, pero capto la advertencia en su tono de voz, que se asemeja al destello de un cuchillo debajo de una chaqueta.

Lady Ianthe parece captarla también.

—Naturalmente —dice, recostándose en su gigantesca silla y uniendo las puntas de los dedos debajo de la barbilla—. ¿Y qué mejor manera de marcar el comienzo de una nueva época que con una nueva alianza? Como dije cuando nuestros caminos se cruzaron en la capital, mi querida niña, para la Casa Saint sería un honor

ayudar a su familia en tiempos de necesidad. Sin ningún pago a cambio. Somos vecinos, al fin y al cabo.

Sus dientes brillan bajo la luz de las velas, teñidos de granate por el té, y de golpe me sorprende lo pequeña que es. Es como si su cuerpo no hubiera crecido más allá de la infancia, como si hubiera envejecido en el interior de la crisálida de su juventud.

—Es usted demasiado generosa, lady Ianthe. —Inclino la cabeza y pronuncio mis palabras con cuidado, tal y como Cressida y yo hemos ensayado en Norland—. Aprecio la oferta de ayuda de su hijo más de lo que puedo expresar, pero me temo que no podemos aprovecharnos de su amabilidad de esta manera. Si Sussex tiene que volver a ser próspera, debe aprender a valerse por sí misma.

Me sudan las manos y disimuladamente las desciendo hacia mi regazo para secarlas con la falda. La expresión de lady Ianthe se endurece con mi respuesta y sus facciones se cierran como la concha de un molusco.

—¿Usted cree? —replica.

Su voz ha bajado de volumen, tiene una contención, como el rugido del cielo justo antes de que estalle la lluvia. Mira a Ames y entre ellos flota una emoción que se desvanece antes de que me dé tiempo a identificarla.

—Bien. —En una explosión de movimiento, la Señora de la Casa se adelanta de nuevo en su silla y da una palmada con decisión—. En este caso, estaré esperando con impaciencia su audiencia de nominación. Debo decir que los rituales de la nominación pueden volverse bastante tediosos cuando los has presenciado tantas veces como yo…, pero su candidatura, archidoncella, encenderá cierto debate.

Levanta la mano y mueve con pereza su dedo índice para dar una muda orden. Al recibir la señal, la multitud de criados emerge de nuevo de entre las sombras, con bandejas de plata esta vez. Giran a nuestro alrededor, depositan platos y recolocan cubiertos para desaparecer a continuación, dejando como único indicio de su partida el leve sonido de sus pasos sobre la mullida alfombra de color borgoña.

Lady Ianthe coge el tenedor y lo enfoca hacia los comensales como si fuese una lanza.

—Coman —ordena—, disfrútenlo mientras puedan. —Su mirada se vuelca entonces hacia mí—. Si se alía conmigo en el Consejo, querida, pronto descubrirá que los privilegios de los que gozamos los de noble linaje saben mucho más dulce cuando no eres la única que tiene que soportar su peso.

* * *

El resto de la cena transcurre con la rígida formalidad de una lección escolar y se prolonga una eternidad hasta que por fin se retiran los platos de postre, se apura la última taza de té y Cressida, Tom y yo somos despedidos del Nido por el mismo mayordomo de cara seria que nos ha dado la bienvenida hace apenas unas horas. La puerta principal acaba de cerrarse a nuestras espaldas, nuestros carruajes nos esperan fielmente para devolvernos a casa cuando me dispongo a recogerme un mechón que me está rozando la nuca y me quedo paralizada.

—Mi peineta —digo, sofocando un grito. Me palpo la cabeza en busca del ornamento de perlas que llevaba y solo encuentro pelo rubio. Me muerdo el labio y dirijo una mirada suplicante a Cressida y Tom, que se han detenido a regañadientes a mi lado—. Debo de haberla perdido durante la cena… No me he dado cuenta.

Cressida chasquea la lengua.

—Olvídala. Ninguna joya merece la molestia de volver a someterse a esa tortura.

Tom asiente dando la conformidad a esas palabras y se pone de nuevo en marcha, pero yo me quedo plantada donde estoy.

—Era un regalo de mi madre.

Mi primo y su esposa intercambian miradas; la de él compasiva, la de ella de fastidio. Al final, no obstante, Cressida cede y resopla a regañadientes.

—De acuerdo —acepta, señalándome la puerta de entrada—, pero que sea rápido.

Con unas precipitadas palabras de agradecimiento, vuelvo a entrar y paso de largo el exhausto mayordomo, que grita diciéndome algo. Le lanzo al hombre una sonrisa tranquilizadora, pero no me detengo y acelero el paso cuando veo que echa a andar detrás de mí. Recojo mis faldas, con el tejido morado arremolinándose en mis manos como un ramo de lavanda recién recogida, y me dispongo a recorrer de nuevo el camino hasta el comedor, cruzo corriendo el vestíbulo y accedo al pasillo principal…

—… no una, sino *dos* oportunidades te ha brindado el destino, y has conseguido fastidiarlas las dos.

Me paro y contengo la respiración al oír esa voz, el tono de reprimenda, de irritación incluso, cargada de resquemor. La puerta del comedor está abierta. Lady Ianthe y Ames están en el umbral, él recostado en el marco, ella erguida y resoluta delante de él, mirándolo con expresión de censura. La luz de las lámparas cae sobre ellos y pinta sus facciones de dorado.

Veo que Ames sacude la cabeza. Aunque estoy demasiado lejos para ver con detalle su expresión, sí percibo que sus movimientos son tensos a pesar de que mantiene una postura relajada, como si esa falta de pasión fuera solo una máscara sobre su rostro.

—Extraes tus propias conclusiones, madre. Nada está perdido. Podríamos aún…

Su barbilla se lanza con violencia hacia la derecha y un sonido similar al chasquido de unas riendas recorre el pasillo hacia mí. De entrada, no me doy cuenta de lo que ha pasado y no lo hago hasta que veo la mano de Ianthe levantada, su brazo rígido y castigador como una espada. Veo que Ames se lleva la mano a la mejilla y se encorva, como si estuviese intentando no llorar.

«Le ha pegado. Le ha…»

—¡Eminencia! Eminencia, sus invitados han vuelto.

El mayordomo irrumpe en el pasillo detrás de mí y luego ralentiza el paso y descansa las manos en los muslos mientras resopla. La ira me embarga y se transforma rápidamente en miedo cuando tanto Ames como lady Ianthe se vuelven hacia donde yo estoy.

—Archidoncella —dice lady Ianthe, dando un paso al frente. Ladea la cabeza y me estudia, pensativa—. Creía que se habían marchado.

Los tacones de sus zapatos cliquean amenazadores sobre el suelo de piedra cuando se acerca, y su expresión es de curiosidad, para nada de nerviosismo. Pese a que debe de saber que he sido testigo de su discusión con Ames, de la fuerza castigadora de su bofetón, no hace ningún gesto para reconocer su acto ni para disculparse por lo que acaba de hacer. Sus ojos verdes se clavan en los míos, como si estuviera retándome a desafiarla.

—De hecho, madre —interviene Ames, da un paso al frente y descansa una mano sobre el hombro de su madre con un cariño que me deja helada después de haber visto lo que he visto. El eco del bofetón de lady Ianthe parece flotar en el aire y enturbia el ambiente como leche que se ha vuelto agria—. Había olvidado… que le había prometido a la archidoncella Merrick enseñarle los jardines antes de su partida. Si me permite —continúa Ames, dirigiéndose a mí—. Gracias, archidoncella, por recordarme mi ofrecimiento.

—Es que…

Mi respuesta se queda en mi garganta y mis pulsaciones titubean ante la inesperada proposición, ante su mentira descarada. Aparte del guiño inicial, Ames me ha prestado escasa atención durante la cena. Aunque no se ha mostrado antipático, he tenido la clara sensación de que apenas se ha dado cuenta de mi presencia y su mirada ha estado todo el rato vacía, como si estuviera en otro mundo. Me ha recordado a la brusquedad con la que su humor había cambiado la mañana que me escoltó hasta Norland, cómo había pasado del deseo a mostrarse distante de forma repentina, en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, ahora, sus ojos azules se clavan en mí, cariñosos y tentadores, como si nunca hubieran dejado de mirarme.

—¿Ah sí?

La respuesta de lady Ianthe es contemplativa, como si debajo de la pregunta que plantea hubiera otra respuesta que desea también discernir. Arruga la frente y me preparo para su negativa, pero entonces Ames tose ligeramente y arquea una ceja. Es un

cambio mínimo, apenas perceptible, pero intuyo el mensaje que contiene, como un alegato privado entre ellos.

Con una especie de zumbido que reverbera por todo el pasillo, lady Ianthe dirige a Ames un gesto de aprobación.

—Bien, no quiero que un hijo mío rompa sus promesas. Adelante, querido, un poco de aire fresco le sienta muy bien a la juventud, siempre y cuando a la archidoncella le parezca adecuado, claro está.

Gira el cuello en mi dirección y el examen que esconden sus palabras se hace aparente.

—Me… Me parece fenomenal —acepto, tartamudeando—. Encantada de acompañarlo.

Ames sonríe. Rodea con cuidado a su madre y se acerca a mí extendiendo el brazo. Lo acepto y lo sigo por el pasillo. Pasamos por delante de lady Ianthe y de la entrada del comedor para dirigirnos hacia el corazón de la casa. El aroma de su colonia inunda mis fosas nasales, frondoso y amaderado, como un puro caro.

Con pasos seguros y fáciles, me conduce por un pasillo secundario, luego por otro, con su perfil iluminado por el cálido resplandor que emana de los apliques de las paredes. El fuego acuna su barbilla y su mandíbula como unas manos tiernas y, por un momento, pienso irracionalmente que ese efecto le sienta bien, que es una de esas personas hechas para el crepúsculo, cuando su feroz belleza se apaga lo suficiente como para que sea casi posible creer que puedes sostenerla sin cortarte.

El silencio me escuece, pegajoso e incómodo. Pasado un minuto, lo rompo.

—Ames —empiezo a decir—, solo he vuelto para buscar mi peineta, no es necesario que…

—Shh —me interrumpe, llevándose un dedo a los labios. Me callo cuando él inclina la cabeza para indicar un punto alejado del pasillo por el que estamos circulando donde, descubro sorprendida, hay un centinela Saint apostado, con su perfil inexpresivo pintado de blanco por la luz de luna que se filtra a través de los ventanales—. Le son leales a ella, no a mí —murmura Ames—. Cuidado con lo que dice.

Habla en voz baja, apenas un susurro. Pero, aun así, como si nos hubiera oído, el centinela vuelve la cabeza hacia nosotros. Los ojos del hombre se clavan en mí y brillan como un par de perlas negras.

Trago saliva y dirijo a Ames un gesto de asentimiento.

No hablamos más. Finalmente, salimos del Nido cruzando unas puertas dobles, que nos abren dos criados, y emergemos a una terraza pavimentada que sobresale de la parte posterior de la mansión. El ambiente es más fresco que en el interior, placentero como un juego de sábanas nuevas. Inspiro y me siento más suelta, la tensión se retira de mis brazos y de mi espalda y me permite moverme de nuevo con libertad.

Ames baja el brazo y el contacto se rompe. Suelta sonoramente el aire.

—Lo siento —murmura, volviéndose para mirarme, más cómodo ahora—. No pretendía arrinconarla para que me consuele. Es libre de volver con sus familiares en el momento que quiera, le mostraré el camino. Pero lo que ha visto allí, lo que ha oído… —Consciente o inconscientemente, no estoy segura, dirige los dedos hacia su mejilla, que está colorada por el impacto de la palma de la mano de su madre—. Mi madre tiene mal genio, me temo —se disculpa—. Y, como sucede con mucha gente con poder, no le gusta que sus peones rechacen su control.

«Sus peones.» Me pregunto si Ames se refiere a sí mismo o a mí. Ahora que la conmoción que me ha causado ver el bofetón ha disminuido un poco, vuelven a mí las palabras de lord Ianthe: «No una, sino *dos* oportunidades te ha brindado el destino, y has conseguido fastidiarlas las dos.»

Camino despacio hacia la barandilla con columnas que rodea la terraza. Más allá, los jardines se despliegan puntuados de plata por las estrellas. En la penumbra, su belleza se transforma, monocromática y rara, pero sin menguar en absoluto: un campo de flores de satén que se balancean con delicadeza bajo la brisa nocturna.

—¿Sucede a menudo? —pregunto, lanzando mis palabras lejos de Ames para que se esparzan sobre los jardines—. Lo del… mal

genio, como lo denomina usted, lo de encenderse de esta manera.

Ames suspira y se acerca. Echa la cabeza hacia atrás e inhala el aroma fragante y floral de los jardines.

—Solo cuando alguien le desagrada. Y, en consecuencia, muy a menudo, diría —responde pasado un momento, con una débil sonrisa que queda plana y desaparece rápidamente de sus labios—. No sé muy bien qué ha alcanzado a oír. Básicamente está enfadada conmigo por no haber conseguido inclinarla a formar una alianza. Cuando mi padre murió, cuando regresé al Nido, me impuso una… misión, llamémoslo así. —Sus hombros se tensan y una expresión de repugnancia se apodera de sus facciones—. Quería que me acercara a las chicas Darling, a usted y a su hermana. Lord Silas nunca fue muy amigable con ella, estando con vida, de modo que imaginó que podría abrirse camino a tener una relación mejor a través de ustedes. —Tensa los nudillos sobre la barandilla de la balconada—. Ianthe Saint y sus malditos juegos mentales.

Su rencor es profundo, un frío pozo sin fondo. Lo miro, perturbada, y descubro que ya está mirándome. El azul zafiro de sus iris se ha oscurecido y resulta tan inescrutable como el mar.

Entonces parpadea y su ira se resquebraja como el hielo en primavera, fundiéndose con la oscuridad.

—Perdone mi lenguaje, archidoncella —se disculpa, bajando la cabeza, avergonzado—. Solo pretendía decir que sé cómo es encontrarse atrapado bajo la lupa de mi madre. Me ha dolido verla sujeta a esa misma tortura durante la cena, sin haber hecho nada para merecer ese trato.

Junto las cejas y me aparto instintivamente de él.

—¿Y qué hay de cómo me ha tratado usted a mí? —replico, y la lástima que me ha inspirado cede paso a una chispa de indignación cuando asimilo lo que acaba de decirme, la naturaleza de su *misión*, como él lo denomina—. Estas últimas semanas…

El calor asciende por mi nuca cuando pienso en el pasado, en cómo Ames me sujetó cuando bailamos juntos la noche de la desaparición de Essie, en las horas que he pasado reviviendo después todo aquello, acostada a oscuras en mi cama y recorriendo de nuevo el camino que sus dedos habían trazado en mis brazos.

—La conversación que tuvimos —tartamudeo por fin, reorientándome—. La ayuda que me ofreció. ¿Fue todo un esfuerzo para apaciguarla?

—No, Merrick. —La negación de Ames es rápida y firme, su expresión conmocionada, pero, cuando le lanzo una mirada de reproche, su certidumbre se oscurece y una sombra de culpabilidad se hace visible en la forma nerviosa con la que se muerde el labio—. De acuerdo, reconozco que con Es… con su hermana, quizás lo fuera —admite, alborotándose el pelo—. La visité un par de veces mientras usted estaba en Nueva Londres, pero pienso que adivinó mis motivos enseguida. —Su boca se tuerce en una sonrisa avergonzada—. Era mucho más lista que yo, pero con usted…

Se encarama a la barandilla de piedra y me coge la mano. Me aparto, cautelosa, y lo miro fijamente. Me mira también a los ojos, sin vergüenza. Aun sintiéndome intranquila, su atención resulta cautivadora y fascinante, me hace sentir desnuda.

—Ya se lo dije cuando la encontré en medio de la tormenta, incluso la primera vez que nos vimos: tengo la sensación de conocerla —me recuerda, en un tono apagado que me pone el vello de punta—. No me comentó que usted sintiera lo mismo, ¿verdad?

—No… —Noto una sensación desconocida presionándome el diafragma, como un río que se desborda e inunda las orillas. ¿Cómo se lo ha hecho para reorientar la conversación otra vez hacia mí, de un modo tan sutil, como si me hubiera quitado el arma de la mano sin ni siquiera darme cuenta? La piel me arde, me escuece como si me estuvieran frotando con sal—. No lo sé —consigo responder—. A veces tengo la impresión de que me resulta imposible saber qué piensa.

La mirada de Ames es total, me engulle entera.

—¿Y las otras? —murmura.

—Las otras, sí. Intuyo una… conexión, supongo que podría decirse. —Me sonrojo—. Una similitud de posturas.

—Merrick.

Pronuncia mi nombre con delicadeza, como una caricia, como una confesión que solo me ha hecho a mí. Dubitativo, busca de nuevo mi mano y esta vez le permito que la coja. Sus labios están a

escasos centímetros de los míos, lo suficientemente cerca como para percibir la cálida caricia de su aliento cuando habla.

—Entiendo por qué rechazó mi oferta —continúa—, por qué no acepta nuestros centinelas por mucho que los necesite.

Me aparto, desequilibrada por el cambio de tema.

—¿Lo entiende?

Asiente con pasión.

—Mi madre siempre dice que aceptar una cosa equivale a dar algo a cambio, normalmente poder —me explica—. Entre casas, incluso entre casas vecinas, nunca puede existir una verdadera amistad. Solo alianza. *Tratos*.

Enlaza la mano con la mía y me atrae hacia él.

—Déjeme ser su amigo, Merrick. Cásese conmigo.

Es lo último del mundo que esperaba que me dijera. Contengo una carcajada.

—No lo dirá en serio.

—En serio. —La respuesta de Ames es inmediata, rebosante de fría certeza. Su mirada es firme, el azul seguro e inamovible de una promesa—. Lo que mi madre ha dicho esta noche, eso de que la nominación va a causar debate…, por desagradable que haya sido con el comentario, no va equivocada —continúa con premura Ames —. Su situación es precaria, en el mejor de los casos. Los problemas en la frontera son una cosa, pero la candidatura es precipitada, además de un parche sobre la herida de la muerte de su hermana. Al Consejo le será muy fácil argumentar que su propuesta por hacerse con el título es débil.

«Un parche sobre la herida.» Me estremezco ante la dureza del comentario… y la verdad que conlleva. Cressida me asegurará lo contrario todas las veces que le venga en gana, pero en la amarga boca de mi estómago recuerdo la lección que mi padre me enseñó hace casi medio año: que el trono de los Darling estaba labrado para mi hermana y no para mí, que desearlo no cambia nada, que ser la protagonista de la nominación no cambia nada, que nada puede cambiar eso.

En el mejor de los casos, soy una ladrona legítima. ¿Por qué tendría que apoyarme el Consejo? ¿Por qué tendría que apoyarme

alguien?

—No digo todo esto para incomodarla. —Ames debe de haber visto la autocompasión reflejada en mis facciones. Presiona el pulgar en la palma de mi mano y me devuelve a la realidad—. Escúcheme, Merrick —intenta tranquilizarme—, la sociedad no fue nada amable con mi madre cuando era joven, y esa crueldad la volvió cruel a ella. Pero es una mujer astuta y, desde que falleció mi padre hace un año, he estado estudiándola con atención. —Se frota la mandíbula con la mano libre, como si estuviera dándole vueltas a una idea—. Si mi madre cree que puede convencer a los demás señores para que hagan lo mismo, votará contra usted en la audiencia de nominación y los animará a nombrar a alguien más maleable, a alguien sobre quien pueda influir —continúa—. Pero, si fuera mi prometida, si fuéramos a casarnos, sus intereses y los míos serían los mismos. Es el mismo principio que rigió la unión de su primo: dos casas en buen estado de salud se refuerzan mutuamente, como raíces que se alimentan de un mismo árbol. Mi madre no podría hacerle daño sin también herirme a mí… y, en consecuencia, a sí misma.

Con delicadeza, con mucha delicadeza, Ames me recoge un rizo suelto detrás de la oreja.

—Nuestras respectivas familias nos han fallado en muchos sentidos, pero unidos podríamos desafiar cualquier duda que ellos, o quien sea, pueda plantear contra nosotros —murmura Ames—. Podríamos guiar a Sussex y Cardiff hacia una nueva era, una era en la que el único papel que tendríamos que desempeñar es aquel que nosotros mismos nos hubiéramos labrado. *Podríamos* encontrar al asesino de su hermana, podríamos rastrear hasta el último centímetro de nuestras provincias para llevarlo ante la justicia, de ser necesario. Lo único que tiene que hacer es decir que sí.

«No.»

La voz de Essie resuena en mi cabeza, pura y cristalina como el tañido de una campana. La hermana con la que me crie ni siquiera se sentiría tentada por la idea. Diría que nuestra provincia es nuestra responsabilidad y que debemos cargar con ella y hacerla crecer totalmente solas. Diría que preferiría perder por completo el

gobierno de Sussex antes que compartirlo con otros, antes que ver a otros poner su nombre a nuestra tierra.

Pero la hermana con la que me crie ya no está.

El calor florece en mi interior, la temeridad.

—¿Qué quiere, Merrick? ¿Seguridad? ¿Amor? Puedo darle ambas cosas. —El murmullo de Ames es seda y piedra a la vez, y hace que todos mis nervios zumben con energía. Recorre con el dedo la curva de mi labio inferior, de un lado a otro—. Y puedo darle más.

No sé quién hace el primer movimiento, solo que de repente estamos unidos. Mis brazos serpentean alrededor de su cuello cuando me levanta y siento mi cuerpo ingrávido como el de un pájaro entre sus brazos. Se inclina y acerca su boca a la mía. Sabe a lavanda y a viento, al éxtasis abrupto de los acantilados de Sussex, a esa alegría que linda casi con el peligro y, cuando lo beso, es como si me subiera la fiebre, siento un calor totalmente desconocido. Sus manos encuentran las mías y guía mis dedos entre su cabello. Envuelvo los mechones sudorosos de su nuca y dejo que mi otra mano recorra su espalda, perciba como su musculatura cambia para agarrarse a mí, para atraerme todavía más hacia él…

Me aparto; me siento la cabeza como un cristal roto.

—De… de acuerdo —acepto con voz ronca.

Siento el cuerpo en carne viva, me duele como si estuviera totalmente magullado. Me resisto al deseo de hacer un inventario rápido de mis extremidades, de asegurarme de que no me falta ninguna.

Ames abre la boca y enseguida vuelve a cerrarla.

—¿De acuerdo? —repite, casi sin aliento.

Suelto el aire lentamente y hago a continuación un gesto de asentimiento.

—Lo haré. Me casaré contigo.

Ames me observa, mordiéndose el labio. Acerco la mano a su pecho —no sé muy bien si para alejarlo o para atraerlo hacia mí—, pero entonces se levanta el viento y arrastra nubes índigo por encima de la luna. La oscuridad nos envuelve con sus alas de ébano y no decimos nada más.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Nos quedamos en la terraza diez minutos más, o quizás una hora. Después del primer beso, el tiempo se mueve de forma rara a nuestro alrededor, serpenteando como un río, encharcándose, deteniéndose durante los segundos en los que su piel se funde con la mía. Me queda claro, por la forma intencionada con que me abraza, por la elegancia ensayada con la que susurra palabras a mi oído, que no es la primera vez que hace esto, pero, incluso así, no me importa. Estar con él, tocarlo, es como un trago de vino: una vía de escape, como si la presión de sus manos me hubiera liberado de un peso, como si hubiera eliminado la ansiedad de las preocupaciones que llevo cargando sobre mi espalda desde hace unas semanas.

Es una sensación adictiva.

No nos separamos hasta que la conciencia de saber que Cressida y Tom me están esperando en la entrada llega a distraerme tanto que se vuelve insoportable. Aunque se ofrece a ello, rechazo los intentos de Ames de acompañarme hasta la puerta y dejo que me conduzca solamente hasta el vestíbulo. Cuando llegamos allí, me paro, contemplo las majestuosas puertas de entrada y me parecen una pared de roca, infranqueables.

Ames intuye mis dudas y me da un codazo en broma.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirándome—. ¿Te da miedo darles la noticia? A la familia no suele gustarles que uno tome sus decisiones

matrimoniales por ellos. Estoy seguro de que la duquesa se moría por comprometerte con algún primo suyo. —Ríe con malicia, me enlaza por la cintura y me susurra al oído—: Casarte con un Saint, qué ocurrencia más malévola.

Su aliento es cálido y me cosquillea como una oleada de aire salido del horno. Me ruborizo por la intimidad del gesto y de sus palabras. «Casarte con un Saint.» ¿De verdad he accedido a tal cosa? ¿Qué va a decir Cressida?

¿Qué dirá Killian?

«Hablemos con franqueza. El tema no es si Ames es de fiar o no, ¿verdad, Killian?» Mi propia voz se despierta en mi cabeza como un espectro, desdeñosa y cruel. El estómago se me revuelve e intento olvidar ese recuerdo.

—No pasa nada —le digo a Ames—. Simplemente pienso cómo articularlo, eso es todo.

Ames se aparta, pero no me suelta y, por una décima de segundo, me pregunto si lo habrá visto: la mentira en mis ojos, la semilla de la duda, pero se limita a sonreír con suficiencia, a enrollar un mechón de pelo en sus dedos.

—Vendré a verte pronto —dice, inclinándose para darme un largo beso de despedida—. Piensa en mí a menudo, ¿lo harás?

Entonces, con un guiño, se marcha y se adentra en las doradas profundidades de su mansión. Me quedo mirándolo un rato, esperando a ver si sigue andando o si, quizás, mira hacia atrás y viene corriendo a rescatarme del desafío de enfrentarme a mis familiares, a liberarme de mis cargas para siempre, a conseguir que me sienta como cuando me ha besado.

Pero no lo hace, y cruzo las puertas solas.

Fuera, Cressida deambula con nerviosismo de un lado a otro del camino de acceso, aplastando la gravilla con sus zapatos de tacón, mientras que Tom y Killian permanecen ansiosos más allá de ella. La mirada de Killian es la que se fija primero en mí. Veo cómo la preocupación abandona sus ojos cuando me ve llegar y cómo su expresión se abre de par en par como una puerta. Grita, y las cabezas de Cressida y Tom se levantan al unísono para seguir la dirección del sonido. Sus miradas aterrizan rápidamente en mí.

—Merrick. —La voz de Cressida no tiene la calidez que he vislumbrado en la expresión de Killian, solo un gélido desdén, como si al mismo tiempo hubiera fallado y cumplido todas sus expectativas. Avanza hacia mí y bajo la escalinata de entrada para reunirme con ella—. Por el Guardian de la Luz, ¿dónde te habías metido?

Me recojo un mechón detrás de la oreja, consciente de pronto de lo caótico que debe de ser mi aspecto, con el pelo despeinado allí donde los dedos de Ames se han sumergido, con el vestido arrugado. De repente, me siento intensamente agradecida de que esté oscuro, de que el cielo nocturno me envuelva con una capa hecha de ala de cuervo y oculte mis debilidades.

—Me he tropezado con Ames.

Cressida se para en seco. La brusquedad de mi excusa la ha pillado desprevenida.

—Oh, claro —dice, antes de recuperar la serenidad y continuar con un tono más afilado—. Espero que se haya disculpado por la bestialidad de su madre. Esa mujer…

—Me ha pedido que me case con él.

Es como si mis palabras hubieran pronunciado un maleficio. En el mismo instante, los tres se quedan paralizados, atrapados en la corriente de lo que acabo de decir. Incluso en la penumbra, la sorpresa de sus caras se hace patente, clara y descarada como un rayo, pero, aunque Cressida es la que está más cerca de mí, mi atención se desvía hacia Killian. Tiene la boca entreabierta, la piel pálida bajo sus cicatrices y sus cejas se unen con un minúsculo indicio de emoción; una emoción que no encontrarías si la buscases, pero que está allí, como un grabado en arcilla.

Se clava como un puñal en mi vientre.

Cressida es la primera en romper su estupor.

—¿Perdona?

Su voz suena peligrosamente baja, la forma delicadamente enroscada de un gato antes de saltarte encima. Vuelco ahora mi atención en ella, agradecida por tener una excusa para dejar de mirar a Killian.

—Me ha dicho que entendía por qué no habíamos aceptado su oferta de ayuda —le explico a Cressida sin alterarme—, que sabe que no podemos permitirnos estar en deuda con otra casa aun necesitando más hombres. Y después me ha pedido que me case con él. —Trago saliva y el recuerdo de la oferta de Ames, de su primer beso, tiñe de rojo mis mejillas—. Me ha dicho… que, si nos casáramos, podríamos intercambiar recursos libremente, ayudarnos el uno al otro, igual que lady Elodie nos ha ayudado, y que lady Ianthe, a menos que quisiera debilitar su propia casa, no tendría otro remedio que apoyarme, como prometida de su hijo, en la audiencia de nominación.

—¿Y cuál ha sido su respuesta?

La voz de Killian corta la oscuridad y me pone el vello de punta. Delante de mí, Cressida gira repentinamente la cabeza para mirarlo, y el ceño de indignación que capto en sus facciones me deja claro que no le ha gustado nada que Killian haya hablado cuando no le correspondía. Pero Killian no la mira, sino que me mira fijamente a mí. Sus ojos azules parecen casi plateados a la luz de la luna y su expresión tiene una intensidad casi avariciosa, como si quisiera abrirme y extraerme la respuesta del pecho.

Le respondo mirándolo a los ojos.

—Le he dicho que sí.

Tom, situado entre Killian y Cressida, perjura y se pone por fin en movimiento.

—¡Por los Tres Divinos, Merrick! —ruge, negando con la cabeza. Lo miro a tiempo de ver que su boca se tuerce para esbozar una mueca y que su mano derecha se cierra en un puño en su costado —. Pero ¿en qué estabas pensando?

—No… Tom, espera un momento. —Cressida levanta la mano y calla a su esposo al instante. La concentración arruga su frente cuando se vuelve de nuevo hacia mí—. ¿Ames te ha dicho que Ianthe apoyaría tu nominación en la audiencia si os casáis? —pregunta con cautela—. ¿Qué estaría a favor de… esta unión?

Su aspecto ha cambiado en el transcurso de la conversación, me fijo. Su ansiedad inicial por el anuncio está desapareciendo

gradualmente y está siendo sustituida por una rara especie de curiosidad. Animada, respondo con un gesto de asentimiento.

Mi prima política esboza una sonrisa y el brillo de sus dientes blancos en contraste con la noche me sorprende.

—Pues bien. —Ladea la cabeza y me evalúa con aprobación—. Me atrevería a decir que has hecho un buen trato. —Chasquea los dedos y le dice a su marido—: Felicita a tu prima, Tom. Habrá que asegurarse de que *El Faro* se entera de inmediato de la noticia. Quizás incluso ofrecerles una exclusiva si nos permiten aprobarla antes de la publicación; adoran sentirse especiales. —Con actitud profesional, da media vuelta y echa a andar hacia donde los carruajes siguen esperándonos. Cuando ha dado unos pasos, me mira por encima del hombro y su expresión es más jovial que nunca. Noto el peso de una piedra en mi estómago—. Una noticia excelente, querida, excelente. Cuanto más lo pienso, más lo creo de verdad. El Consejo no podrá negarse. ¿Quién se atrevería a decirle que no a una futura novia?

* * *

El trayecto de vuelta a casa es una agonía y el silencio se sienta como un tercer pasajero entre Killian y yo durante el doloroso recorrido. La campiña oscura pasa por nuestro lado en oleadas de color ébano y el horizonte asciende y desciende en la distancia hasta que la negrura se disipa y una forma reconocible acecha al otro lado de la ventanilla del carruaje. Norland. Ya estamos de vuelta en Sussex.

Al otro lado del cristal, nuestra finca nos espera como una madre inquieta, ansiosa por recibirnos. Detrás de Killian y de mí, oigo el avance firme sobre la gravilla del carruaje de Cressida y Tom, que se detiene después que el nuestro.

Killian carraspea.

—Buenas noches, archidoncella. Un privilegio, como siempre, poder pasar tiempo en su compañía.

Sus palabras son como una piedra lanzada hacia mí. Cuando me alcanzan, Killian ya ha desaparecido, después de abrir la puerta del carruaje y descender por la escalerilla plegable de madera. La gravilla cruje bajo sus botas cuando vuelve para ayudarme a salir y me brinda con rigidez su brazo.

Lo acepto, dubitativa. Sus músculos son madera bajo mis dedos y no ceden ni una pizca cuando me apoyo en él. Su mirada se cruza brevemente con la mía. Está vacía, como el mármol hueco de una estatua.

—Señor Brandon —empiezo a decir, sin estar segura de qué vendrá después, pero incapaz de dejarlo sin ofrecerle algún tipo de… ¿explicación? ¿Absolución?—. Killian, yo…

Me interrumpo y mi atención se centra en un destello más allá de la mansión, cerca de donde empieza la zona boscosa. Allí, donde la flora cuidada de los jardines se deshilacha en la naturaleza salvaje, vislumbro una forma recortada contra la línea irregular de la hilera de árboles, blanca y etérea bajo la luz de la luna. Cuando la veo, siento un escalofrío, como si un insecto me recorriera la columna vertebral. ¿Otro Fantasma?

La figura ralentiza el paso, como si mi atención fuera un anzuelo que la ha enganchado por el cuello. Aparte de su enredada mata de pelo de color medianoche, todo su cuerpo tiene una tonalidad blanca azulada, como el calor frío del centro de una llama, como el corazón del invierno, como leche fresca derramada. Lleva lo que de lejos parece algún tipo de vestido: zarcillos de tela de color marfil deshilachados que se agitan de un modo espectral por encima de la hierba mientras avanza, con manchas de barro que oscurecen el primer palmo del bajo de la prenda.

La figura se vuelve, su cuello gira repentinamente hacia un lado con una ferocidad que me lleva a contener un grito y deja al descubierto un perfil afilado con la mancha rosada de una boca. Un par de ojos atraviesan la distancia que nos separa y se clavan en los míos.

«No es un fantasma.» Percatarme de ello es como sentir un cuchillo que se retuerce en mis entrañas, algo tan certero como una punzada de hambre, tan certero como verme en el espejo: conozco

a esta chica. He sentido el apretón infantil de su mano de niña en la mía cuando éramos pequeñas, ha sido mi primera y más fiel aliada. He olido su corazón resquebrajado, como sangre en el viento, cuando me separé de ella años más tarde, mi final y más triste enemiga.

Esta chica es un fantasma. Esta chica está muerta.

Pero está aquí, una visión de color blanco puro entre los árboles. Ha vuelto.

Mi hermana.

TERCERA PARTE



Resurrecciones

«La metamorfosis es dolorosa para la criatura que cambia. Para una de sus formas, es el final.»

Extracto de *Sobre Fantasmas: un estudio humano de nuestros primos salvajes,* Jedidiah Adams

«Y con el derramamiento de mi sangre, que la sangre de mi pueblo quede perdonada. Y con la muerte de mi viejo yo, que pueda ser resucitado eternamente en mi casa […] ¡Y ahora clávate en mí, cuchillo, y verás cómo viviré!»

Lady Acacia Blessed Darling, decimoprimera Señora de Sussex, en vísperas de su audiencia de nominación

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El Faro de Nueva Londres
«Domingo, 5 de octubre, año 211 después de El Cambio

»Un milagro en la casa: después de desaparecer de su cama después del baile ofrecido en memoria de su padre, la archidoncella Estella Darling ha regresado sana y salva a Norland House, según ha sido informado a este periódico a través de nota oficial. Una fuente anónima próxima a la familia Darling ha revelado en exclusiva a El Faro que, después de su vuelta a casa, la archidoncella ha relatado una osada huida de los captores que estuvieron reteniéndola en las profundidades del bosque de Barton. Pese a que la identidad de los criminales y los motivos del secuestro todavía son un misterio, la archidoncella ha revelado a sus familiares que cree que la mantuvieron con vida a petición de una tercera persona desconocida que sus secuestradores sugirieron que deseaba reunirse con ella en los días previos a su huida. »La depositaria del fallecido lord Silas Darling, la archidoncella Estella, está actualmente recuperándose en la finca familiar, donde permanece al cuidado de sus familiares, incluidos el duque y la

duquesa Rojos de Sussex, Thomas Darling y Cressida Faulk-Darling, y su hermana, la archidoncella Merrick Darling. En el momento de la publicación de este artículo, sus secuestradores siguen en paradero desconocido.»

»Continúa en el interior:

»— La criada de Estella lo cuenta todo: por qué la archidoncella podría haber sospechado que corría peligro antes de su desaparición.

»— Rivalidad entre hermanas: la archidoncella Merrick llora por perder el Señorío.

»Escenas de El Humo: Las últimas noticias de la vida de los de noble linaje

»— Diversas fuentes confirman que lord Reginald Ibe y su esposa, lady Della Ibe, llevan viviendo separados desde hace dos semanas, después de que lady Della descubriera el romance que mantiene desde hace más de un mes el Señor con una mujer desconocida, que se rumorea podría ser una de las doncellas de los Ibe.

»— Después de un cortejo relámpago, sir Fitzgerald Vannett y la señorita Amelia Crowe han contraído matrimonio en una ceremonia privada celebrada en la sede de la Casa Vannett en Blackbriar. La feliz pareja viajará a Southfolk para disfrutar de unas largas vacaciones antes de regresar a Heatherton.

»— La archidoncella Merrick Darling y el archidoncel Ames Saint, de las casas Darling y Saint, respectivamente, se han prometido, afirman diversas fuentes. No existe todavía ningún anuncio oficial del compromiso.»

* * *

La primera noche después de la reaparición de Essie, seguí buscando los hilos de una ilusión. La miraba y luego miraba de nuevo con escepticismo el paisaje a través de la ventana de su habitación para ver si había cambiado en el minuto transcurrido desde la última vez que había mirado, si el horizonte se había alterado como en un sueño. Pero los árboles de detrás del cristal seguían firmemente enraizados en su lugar, y ella también, su presencia sólida y auténtica, como si nunca se hubiera ido.

No sabía prácticamente nada sobre los hombres que se la habían llevado, ni su identidad ni el motivo del secuestro. Los pocos detalles que fue capaz de proporcionarnos a Cressida, Tom y a mí cuando la interrogamos —apiñados junto a la chimenea de la biblioteca de mi padre la noche de su regreso, envolviendo sus hombros huesudos con un montón de mantas—, fueron muy vagos. Sus atacantes, nos contó, le tendieron una emboscada la noche del baile en honor a nuestro padre, la sacaron de la cama de malos modos y presionándole el cañón de una pistola en la frente. Si gritaba, le advirtieron, dispararían y recorrerían el pasillo para acabar también conmigo.

La habían llevado a las profundidades del bosque de Barton, deteniéndose solo una vez, cuando la forzaron a quitarse el camisón embarrado, le hicieron un corte en el brazo y mancharon la tela con su sangre, una estratagema, suponía, para asegurarse de que cualquier intento de búsqueda acabara en un callejón sin salida. Desconoce la localización exacta de dónde fue llevada, solo que era un lugar húmedo y con olor a tierra mojada, probablemente una vieja bodega abandonada, y que las escasas veces que sus secuestradores hablaron con ella —siempre enmascarados, con trozos de tela cubriéndoles la nariz y la boca— mencionaron un amo, alguien en cuyo nombre la estaban reteniendo y que quería que siguiese con vida hasta reunirse con ella.

Escapó antes de tener la oportunidad de darle las gracias por esa amabilidad. Más allá de esto, nada. Cuando intenté presionarla un poco más, preguntarle sobre la nota de amenaza que había encontrado en su almohada, si tenía alguna idea de quién podía haberla escrito o de qué podía significar, Cressida me había cortado

enseguida, insistiendo en que mi hermana estaba demasiado débil como para seguir siendo interrogada. En cuanto hubiera tenido tiempo de descansar, había dicho mi prima política, repasaríamos el tema, pero, hasta entonces, Essie necesitaba paz. Tranquilidad.

El día siguiente es un desfile de médicos entrando y saliendo de los aposentos de Essie, donde ha sido secuestrada por Cressida hasta que esté lo bastante recuperada como para moverse con libertad. Con su presencia constante apoderándose de todo el espacio de la habitación, no tengo oportunidad de volver a hablar con mi hermana hasta su segundo día en Norland, la misma mañana que *El Faro* publica la historia de su reaparición… y de mi compromiso. La sorpresa de la propuesta de matrimonio de Ames ha quedado eclipsada por la conmoción mayor que ha causado el regreso de Essie, de manera que, excepto unas pocas felicitaciones apresuradas por parte de mis familiares, apenas he podido profundizar en la promesa que le he hecho al depositario de la Casa Saint. Además, aparte de un ramo de rosas que me entregó un lacayo de los Saint la mañana después de la cena en el Nido, no he vuelto a tener noticias de él, tampoco Ames ha hecho ningún esfuerzo por anunciar nuestro compromiso, más allá de los rumores. Su distanciamiento me lleva a preguntarme si estará arrepintiéndose de su propuesta, si todavía me encuentra tan cautivadora, tan admirable, ahora que ya no soy yo la que ostentará la corona de mi casa.

Me estremezco mientras me encamino a la habitación de Essie. El ambiente se ha vuelto gélido estas últimas dos noches —la escarcha se cuela con pies sigilosos hasta aposentarse, la temperatura cae de repente, como una rama cargada de nieve— y siento el frío de la madera del suelo incluso a través de las suelas de seda de mis zapatillas. Aparte de mí misma, Essie y el personal de la casa, Norland está vacía esta mañana. Tom y Cressida se habían marchado a la ciudad al amanecer para ocuparse de los detalles de último minuto de la audiencia de nominación. Con el tiempo que lleva viajar de un lado a otro, sé que no regresarán hasta de aquí a bastantes horas, lo que significa que, por el momento, mi hermana y yo estamos solas.

Una oportunidad que me niego a desperdiciar.

Cierro la mano en un puño y escucho el crujido tranquilizador de la nota que escondo en su interior. Cressida no ha levantado aún la prohibición de hablar con Essie sobre su desaparición y, aunque comprendo que mi hermana necesita sanar, soy incapaz de dejar de pensar en su secuestro y, de forma más acuciante, en lo poco que sabemos al respecto hasta el momento. Los hombres de los bosques, la misteriosa figura para la que trabajan y que quería hablar con Essie… Las ideas palpitan en el interior de mi cráneo como un resfriado, no puedo dejar de pensar en que siguen ahí, en que, a cada segundo que transcurre sin capturarlos, pueden estar reagrupándose, como cucarachas congregadas detrás de la grieta de una pared a la espera del momento de volver a salir. Han dejado que Essie se les escapara. Si vienen a por nosotras una segunda vez, tengo la horrible sensación de que no repetirán su error.

«La Casa Darling caerá.»

Además de lo poco que recuerda Essie, la nota de amenaza es la única pista que puede llevarnos a revelar sus identidades. Quizás, si se la enseño, salta alguna chispa, algo que inconscientemente estaba reteniendo. Es una posibilidad mínima, lo sé, pero, por ahora, es la única que tengo.

Me froto los brazos para calentarme, llamo dubitativa a la puerta de la habitación de Essie y le digo que soy yo. En el fondo espero que me responda el silencio, que mi hermana me niegue la entrada, como hizo cuando fui yo, y no ella, la que volvió a casa.

Sin embargo, su voz responde de inmediato, clara y animada, aunque un poco débil.

—Merrick. Pasa.

Obedezco, abro la puerta y la cierro a mis espaldas en cuanto entro. Con el alegre despertar de la mañana, se me hace difícil reconocer el espacio luminoso que se abre delante de mí como la habitación oscura y siniestra que percibí la noche del baile en honor a mi padre. La luz del sol entra por las ventanas abiertas, espumosa y brillante, del color pálido de la cerveza; el suelo está limpio y la colección de libros de mi hermana vuelve a estar perfectamente colocada detrás de su escritorio, con los lomos del color de distintas

piedras preciosas brillando con un lustre reptiliano, como piel de serpiente.

También Essie ha experimentado una transformación. Me observa desde la cama, medio incorporada, con las sábanas a la altura de la cintura y su cabello color ébano sujeto con una trenza suelta sobre un hombro. Pese a que las evidencias de las penurias que acaba de pasar quedan patentes en los arañazos y cortes superficiales que tiene en brazos y pecho, y pese a que sus mejillas están hundidas después de semanas de malnutrición, su piel resplandece, es prácticamente radiante y tiene un tinte rosado que me recuerda el rubor rojo de una fresa en verano. Me sonríe cuando entro en la habitación, una sonrisa de oreja a oreja, sin las limitaciones de la ansiedad constante que parecía obsesionarla los días previos al baile.

Resulta extraño, pero, de no saber lo que había pasado, casi diría que se la ve más sana ahora que antes de que la secuestraran. El milagro de su supervivencia debe de haberla reforzado, debe de haberla impregnado con esa sensación de invencibilidad que nuestros centinelas poseen cuando se enfrentan a un monstruo y regresan ilesos.

Voy hacia ella y tomo asiento en la silla que han colocado para los médicos junto a su cama, le cojo la mano y guardo la nota en el bolsillo de mi vestido, donde pasa a descansar como una piedra sobre la tela. Sus dedos se entrelazan gustosos con los míos, calientes, y su mano resulta inesperadamente fuerte.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto, inclinándome para apartarle un mechón de pelo negro que le cae en la frente.

Essie ríe y rechaza con un gesto mi preocupación.

—Perfectamente bien —responde. Sus dientes centellean como perlas cuando sonríe—. Sois como una madre gallina, todos vosotros —añade, bromeando—. Ya se lo he dicho a Cressida: si algo puede matarme, es veros a todos tan preocupados.

Frunzo el entrecejo, sintiéndome reprendida, y le suelto la mano a regañadientes.

—Pensaba que no volvería a verte nunca más.

Essie se pone seria cuando digo esto y la alegría se esfuma de su cara. Me siento al instante como un villano por habérsela robado, por deslizar mis miedos como una soga alrededor de su cuello, como un peso más que soportar.

—Lo sé —admite en voz baja—. También lo pensaba yo. Pero estoy aquí.

Vuelve a cogerme la mano, me la aprieta y una oleada de aprecio me recorre de nuevo al recordar que mi hermana está presente.

—Gracias, Merrick, por todo lo que has hecho para encontrarme mientras he estado ausente —continúa Essie. La gratitud enronquece su voz. Entonces, con un sentimiento de culpa que barre como la brisa sus facciones, se muerde la mejilla por dentro y aparta la vista—. Nunca debería haber tenido secretos contigo —continúa, tirando de un hilo suelto de la sábana—. Estaba muy asustada y, por algún tipo de lógica retorcida, me convencí de que, si compartía contigo mis ansiedades, acabaría contagiándotelas, haciendo que todo fuese real.

—Tranquila, no pasa nada —respondo, cogiéndola por la barbilla y obligándola con delicadeza a mirarme para que pueda ver la sinceridad de mi expresión—. Killian me lo explicó.

Deseo acariciarle la barbilla, acunarla contra mi pecho como un ratoncillo de campo, como una criatura que puedo coger entre mis manos para protegerla de cualquier daño, pero me obligo a recostarme en la silla y soltarla.

—¿De verdad que no sabes nada de lo que querían esos hombres que te secuestraron? —pregunto en cambio, dubitativa—. ¿Nada acerca de a quién deben su lealtad? ¿Para quién trabajan?

Los hombros de Essie descienden bajo el peso de mi pregunta, como si acabara de ponerse un abrigo muy grueso. Suspira y niega lentamente con la cabeza.

—Ojalá pudiera darte una respuesta distinta, pero no —responde—. No pidieron nada de mí durante todo el tiempo que pasé con ellos. No preguntaron, no hablaron nunca de una cantidad para el rescate. Ni siquiera me pusieron la mano encima, excepto ese corte del brazo en el bosque de Barton el primer día. —Se

muerde el labio y su expresión se nubla—. Tenía la sensación de que su jefe, quienquiera que pueda ser, me quería en buenas condiciones cuando viniera a por mí —reconoce, y sus palabras me producen un escalofrío—. Me escapé por pura suerte y casualidad. Los hombres hacían turnos de guardia, había dos en total y uno de ellos era un borracho. La noche que me escapé, se había quedado dormido en su taburete, con la botella de cerveza caída en el suelo, hecha añicos. Conseguí alcanzar un fragmento de cristal y lo utilicé para cortar las cuerdas con las que me tenían atada. Hace una pausa y, cuando prosigue, le tiembla la voz—. Durante todo ese tiempo imaginé que se despertaría y se daría cuenta de lo que estaba haciendo, que me mataría.

Siento una nueva punzada de desprecio hacia mí cuando escucho sus palabras y comprendo lo cerca que ha estado mi hermana de la muerte mientras yo seguía aquí, sana y salva. Deslizo la mano hacia mi costado y recorro con los dedos el perfil de la nota que he guardado en el bolsillo, preparándome para sacarla, cuando una llamada en la puerta me interrumpe.

Me giro, esperando que sea uno de los muchos médicos que me he cruzado por los pasillos durante estos últimos días, y me quedo sorprendida al ver que no es ninguno de ellos. En su lugar, enmarcado por la puerta, bronceado y rubio como una extensión de la mañana, aparece Ames Saint.

Y está mirando a Essie como si acabara de ver un fantasma.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Archidoncella.

Ames no diferencia entre las dos cuando pronuncia la palabra, pero su foco es tan singular —atado a mi hermana como el cabo de una amarra a un barco— que no hay duda de a quién se dirige. Se ha quedado anonadado, hechizado, con la incredulidad de quien presencia un acto de los divinos o la obra del diablo.

—De modo que es cierto —continúa Ames, en un murmullo—, has vuelto.

La crudeza de su tono me inquieta, percibo una falta de formalidad, de límites, que es distinta a la forma en que se ha dirigido siempre a mí. El estómago se me revuelve por algo similar a la envidia. Sé que Ames y mi hermana se conocen, pero este nivel de emoción… parece algo que va más allá de ser simples conocidos.

Toso, solo para recordarme que también estoy aquí, que no he desaparecido por el simple hecho de que Ames no me mire.

—¿Ames? —intervengo—. ¿Qué haces aquí?

La mirada de Ames se desplaza por fin hacia mí y abre mucho los ojos, como si acabara de percatarse ahora de mi presencia. Del mismo modo que se quitaría un abrigo, parece quitarse de encima el trance que se ha apoderado de él y me dirige una reverencia.

—Merrick… Mis disculpas —dice apresuradamente—. El mayordomo me ha hecho pasar. Me ha dicho que te encontraría aquí.

Se produce un instante de silencio, interrumpido por una risa poco natural de Ames cuando se da cuenta de que ha dejado mi pregunta sin responder. Su carcajada es seca, forzada, carente de la suavidad que cabría esperar de él. Miro de reojo a Essie, pero está acurrucada sin decir nada, entre las almohadas y con la boca abierta en una expresión de perplejidad.

—Disculpa —continúa Ames, dirigiéndose a mí y reclamando mi atención—. He venido a verte, por supuesto, y… y a felicitar a tu familia por el regreso de tu hermana, sana y salva. —Su mirada se desplaza de nuevo hacia Essie, pero ahora es más contenida; solo la observa de refilón, como si cualquier cosa más directa fuera a quemarlo—. Su reaparición es un verdadero milagro, archidoncella Estella —añade, inclinando otra vez la cabeza.

Essie esboza una sonrisa de agradecimiento, aunque también de perplejidad, al oír el comentario.

—Gracias, señor —responde, dándome unos golpecitos en la mano, que sigue debajo de la de ella—. Y felicidades a usted, archidoncel, por la feliz noticia de su compromiso. Es usted un hombre muy afortunado.

Ames sonríe, pero —me pregunto si serán imaginaciones mías— sus facciones están tensas.

—Lo soy —replica, guiñándome el ojo. Se pone el sombrero de copa, que hasta el momento ha estado sujetando delante de él en un gesto protector, como una antorcha en las Tierras Grises, y suspira con decisión—. Bien, debo irme —anuncia, levantando una ceja en dirección a Essie en un gesto conspirador—. Archidoncella, ¿cree que juntos podremos convencer a su encantadora hermana para que me acompañe hasta la salida?

«¿Ya se marcha?» Essie parece tan sorprendida como yo por la abrupta partida de Ames, pero se retira servicialmente y agita la mano, como si me estuviera animando a irme. Murmuro un *gracias*, me levanto de la silla y dirijo un gesto de asentimiento a Ames antes de seguirlo hacia el pasillo.

En el instante en que la puerta se cierra a nuestras espaldas, me giro hacia él, tensa por completo.

—¿Qué pasa, Ames? —pregunto entre dientes. Me acerco a él, tanto que Ames se ve obligado a ladear la cabeza para seguir mis movimientos. Quiero poder estudiarlo, captar cualquier tic que deje entrever su conducta y clavarlo como una mariposa en un corcho para poder examinarlo con detalle—. Ahí dentro parecías… —busco la palabra adecuada para continuar— agitado, imagino.

—¿Qué pasa, dices? —Ames ríe, con frescura y elegancia, como el hielo que tintinea en el interior de una copa—. Nada, por supuesto, no sé a qué te refieres. —Se apoya en el marco de la puerta y me atrae hacia él, enlazándome la cintura con un brazo—. Solo que me alegro de verte.

Recorre mi vestido con la mano que le queda libre y la presiona justo por encima de mi cadera. Es un contacto perezoso, seductor y explorador, y, al sentirlo, mis ideas hierven y un deseo latente se despliega en mi interior. El recuerdo de él salta a la superficie de mi piel, senderos calientes allí donde me tocó, mis labios agrietados con sus besos…

Me separo de él y mi cabeza se despeja al instante.

—No finjas —le espeto, cruzándome de brazos a la defensiva para establecer una barrera entre nosotros—. Algo te ha perturbado, ahora mismo, era evidente. ¿Vas a…? —Mi determinación flaquea, pero aprieto los dientes y me obligo a expulsar la ansiedad que se ha acomodado como una piedrecilla en mi garganta—. ¿Quieres rescindir tu propuesta de matrimonio, ahora que mi hermana ha vuelto? —pregunto—. ¿Puesto que ya no hay necesidad de que yo la sustituya como depositaria de mi casa?

Ames entreabre la boca y su expresión se vuelve tierna ante mi pregunta.

—No, Merrick —responde, cogiéndome la mano y acariciándome la palma con el pulgar—. Estoy *encantado* de ser tu prometido. ¿Cómo puedes pensar que soy tan veleidoso?

Me mira a los ojos y veo sinceridad en ellos, casi puedo sentirla recorrer tangiblemente mi piel, profunda y dulce como el agua de un pozo. A pesar de mí misma, mis recelos disminuyen una pizca con sus garantías, pero entonces recuerdo cómo ha mirado a Essie hace un momento —como si fuera el cielo y el infierno a la vez, como si

fuera su hermana la que hubiera regresado del lecho de muerte, no la mía— y se me eriza de nuevo el vello de la nuca. Aparto el brazo y el ceño me arruga la frente.

Cuando me aparto, las aletas de la nariz de Ames se hinchan y sus ojos se iluminan brevemente con algo equivalente a la indignación. Sus manos se cierran en puños recriminadores en sus costados y, sin darme cuenta, me pongo rígida, preparándome para… ¿para qué? ¿De verdad creo que va a pegarme, como hizo su madre con él? La reacción de mi cuerpo a él me ha puesto nerviosa, es como ver a un gato maullando en una habitación vacía y escupiéndole a un intruso invisible.

Ames exhala, y toda la tensión parece alejarse de él con el aire que abandona sus pulmones.

—De acuerdo —admite, rascándose con agotamiento el puente de la nariz—. Es verdad que mi madre está… menos que satisfecha con los sucesos recientes relacionados con tu hermana. Ahora que le había puesto en su cabeza la idea de que me iba a casar con la depositaria de la casa Darling, le resulta complicado olvidarse de ella. —Tensa la mandíbula y su semblante se oscurece—. Pero, a pesar de lo que ella quiere creer, mi madre no me controla.

El rencor que capto en su voz me provoca temblores de aprensión; es algo amargo y destilado como una vieja rivalidad, como la tierra de una tumba. Hago un ademán para apartarme, pero, antes de que pueda hacerlo, el rostro de Ames se ilumina y el odio desaparece con la misma velocidad con la que apareció.

—Mira —continúa en un tono más amigable—, tengo que irme, de verdad. Mi madre no sabe que estoy aquí. De hecho, me dio instrucciones muy explícitas para que no viniera a visitarte, pero… — Se inclina hacia delante y acaricia un rizo que cuelga junto a mi sien con tanta delicadeza que me estremezco—. Necesitaba verte.

Mira hacia un lado y otro del pasillo para ver si hay alguien. Cuando confirma que estamos solos, tira ligeramente del rizo que tiene en la mano, no tanto para atraerme a la fuerza hacia él como para invitarme, y esta vez soy incapaz de resistirme. Me besa, un beso largo y apasionado, y se lo devuelvo abriendo mis labios para él.

Un discreto *ejem* me obliga a abrir los ojos y a separarme de Ames. El aire entre nosotros vibra como la cuerda de una guitarra cuando me giro, ruborizada, para dirigirme al intruso.

Sin embargo, la reprimenda que he preparado muere en mi garganta cuando lo veo. En vez del criado que me imaginaba, encuentro a Killian, a pocos metros a mi izquierda, con su mirada conscientemente fija en la puerta que tengo detrás de mí. Su rostro está impávido, con la inexpresividad intencionada de una pizarra cuyo contenido ha sido borrado por completo, pero intuyo su desdén como el beso de un rayo que electrifica la atmósfera. Además, hay algo más: dolor. Está en actitud defensiva, y su cuidadosamente estudiada falta de emoción me recuerda a la de una mano que presiona una herida letal.

—Señor Brandon. —Las palabras salen por fin de mí, el rubor se extiende y se apodera de la totalidad de mi cuerpo—. El archidoncel Ames estaba solo…

—Marchándome, de hecho —Ames interrumpe mi frase con serenidad. No parece en absoluto molesto por la aparición de Killian. Si acaso, su sonrisa burlona me da a entender que al menos una parte de él disfruta de que lo hayan sorprendido, lo cual no hace más que incrementar mi vergüenza. Se vuelve y repasa distraídamente la curva de mi oreja, riendo entre dientes por el escalofrío que a buen seguro percibe que me recorre, y deja caer la mano hacia un lado—. Solucionaremos esto, Merrick, lo juro —me dice, dándome un golpecito en la barbilla en señal de despedida—. Te escribiré pronto. Hasta entonces… —Hace una pausa y dirige la mirada a Killian. Se acerca más a mí y en voz baja, añade—: Tu hermana no habrá dicho nada desdeñoso, ¿verdad? ¿Sobre nuestro compromiso?

Me hace la pregunta tan bajito, que solo yo puedo oírla. Se me eriza el vello de los brazos. Su conducta es relajada, pero es precisamente esa ligereza lo que me preocupa, como si estuviera intentando pegármela, haciéndose el simpático mientras me birla la cartera.

—Por supuesto que no —respondo—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

Ames me ofrece una sonrisa torcida.

—Porque eso explicaría por qué has estado mirándome como si yo fuera a morderte —explica en tono jocoso. Da media vuelta y su sonrisa se acentúa al ver que estoy sonrojada—. Nos vemos pronto, querida.

Saluda enérgicamente con la cabeza a Killian, con un gesto condescendiente, y echa a andar por el pasillo. Lo veo marchar mientras las emociones se revuelven en mi interior como si fueran fichas que hubiera sacudido dentro de una bolsa y ahora me tocara ordenarlas. Por un lado, la conversación me ha dejado claro que, al menos, Ames no tiene deseos de romper el pacto al que llegamos, pero, si eso lo combino con la reacción que ha tenido con Essie, sus garantías me parecen una paradoja. Independientemente de las excusas que me haya dado, no creo que lo único que le perturbe sea la posible falta de apoyo de su madre. No, el origen de su inquietud en la habitación de Essie era tan evidente como una herida de cuchillo en su pecho, y mi hermana era la que sujetaba el cuchillo. La pregunta que queda por responder es: ¿qué pasa con Essie que le pone tan nervioso?

Rememoro la conversación que mantuvimos en la terraza del Nido, las palabras que le dije entonces. «A veces tengo la impresión de que me resulta imposible saber qué piensa.» Resulta curioso que Ames siga siendo prácticamente un desconocido para mí. Incluso ahora, cuando estamos a punto de iniciar una relación de lo más familiar, la relación más íntima posible, soy incapaz de decir qué prefiere para desayunar, de predecir su comportamiento o de enumerar las cosas que le gustan y las que no. Nada que ver con lo que me pasa con…

—Killian. —Me sereno y, con la cara todavía ardiéndome, me vuelvo hacia él—. Lo siento… No sabía que… —Dudo, porque cualquier excusa que me viene a la cabeza me parece inadecuadamente débil. Al final, me limito a decir—: Creía que estábamos solos.

Killian no reacciona y sus ojos me evalúan durante un momento que se me hace eterno buscando algo en mis propios ojos, aunque no sé qué.

—No pasa nada —dice por fin, con voz entrecortada—. Felicidades de nuevo por el compromiso, archidoncella. Como dijo usted misma en su día, el archidoncel Ames es la viva imagen de lo que debería ser un joven de linaje noble. —Hace una leve inclinación, un movimiento tan elegante que casi consigue ocultar el punzante sarcasmo de su tono de voz—. Me han enviado a ver qué tal sigue la archidoncella Estella, pero volveré más tarde.

Doy un paso hacia él, sintiendo de pronto la necesidad apremiante de cogerle la mano, de explicarme. Como si mi compromiso con Ames fuera una teoría de la que pudiera convencerlo, como si Killian simplemente necesitase *entenderlo*. Pero, antes de tener la oportunidad de hacer algo, Killian echa andar y desaparece en dirección al otro lado del pasillo. Se me cae el alma a los pies al verlo marchar, y mi deseo de llamarlo para que vuelva queda solo atemperado por el miedo a que, en caso de hacer eso, no gire ni la cabeza, el miedo a haberlo perdido para siempre.

Levanto las faldas y entro de nuevo en la habitación de Essie.

Mi hermana está esperándome ansiosa dentro, y su afán de hablar conmigo me queda más que claro por su esfuerzo por disimularlo. Su cara es una máscara meticulosamente estudiada de ambivalencia, sus manos se aferran con desgana a las sábanas, como si fuera la frágil e invalida enferma que Cressida sigue insistiendo que es, pero, detrás de todo esto, su comportamiento tiene una determinación que le resulta imposible ocultar. Miro de nuevo hacia la puerta y me pregunto si nos habrá oído a Ames y a mí mientras hablábamos. De pronto, me estremezco al recordar la mirada vacía de Killian, unos ojos que se clavan en mí como agujas.

—¿Va todo bien? —La sonrisa de Essie es tensa, una burda imitación de la que tenía antes, cuando he llegado—. Espero que no hayáis tenido ya una pelea de enamorados.

Niego con la cabeza y me acerco a la cama. La necesidad de interrogarla sobre la nota que guardo en el bolsillo ha quedado usurpada, por ahora, por esta nueva rareza.

—No. Y sí, todo va bien. Es solo que… —Recupero mi asiento y me quedo ensimismada, alejando a Killian de mi cabeza y repasando la interacción que he tenido con Ames—. Essie —continúo,

inclinándome hacia ella—, ¿no te ha parecido extraña la conducta que ha tenido ahora mismo?

Essie se acurruca mejor en sus almohadas, que le enmarcan el rostro como mullidas alas.

—¿La conducta de quién? —replica, como si pudiéramos estar hablando de alguien más, como si hubiera pasado por aquí otra persona cuya conducta pudiera ubicarse dentro de la categoría de *extraña*—. ¿Del archidoncel Ames? —Se pasa la lengua por los labios y luego los dientes—. Ha sido bastante… repentina su forma de irrumpir aquí, la verdad, pero estoy segura de que simplemente tenía ganas de verte. Parece bastante enamorado de ti, Merrick.

Arquea una ceja, sonriendo, como si estuviera esperando que yo riera como una tonta y me sonrojara, que le contara alguna historia de mis escapadas con Ames, pero me limito a fruncir el entrecejo y a hundirme un poco más en la silla.

—Pues ese es el tema… porque a mí no me ha dado la impresión de que esté tan enamorado de mí —confieso, mirándola a los ojos. Y, aunque Essie aguanta mi mirada, la suya es furtiva, como si estuviera retrayéndose en sí misma—. De hecho, creo que de entrada se ha olvidado por completo de que yo estaba aquí —continúo, envalentonada por su evasiva—. Estaba absolutamente absorto con… contigo.

Essie ríe en tono burlón.

—Merrick, no seas tonta. Ya te dije cuando regresaste que apenas le conozco.

—Pues resulta que lo último que me ha preguntado Ames antes de irse ha sido si habías hecho algún comentario desdeñoso sobre él —le cuento, presionándola, y me veo recompensada cuando veo que sus dedos se flexionan sobre las sábanas y sus uñas se clavan en el tejido—. ¿Por qué tendría que preguntar eso si eres simplemente una *conocida*, Essie?

Mi hermana baja la vista, luego me mira, sus movimientos se vuelven precipitados, similares a la urgencia desesperada de un niño que esconde en la espalda un jarrón que acaba de romper. Se me acelera el pulso al verla tan evasiva y luego más si cabe cuando Essie me mira con cara de resignación.

—Es que…

Se interrumpe, dubitativa, y por un momento ansío taparme los oídos con las manos para no oír nada más, retroceder en el tiempo y seguir a Ames por el pasillo y emerger al sol. Dejarle que elimine mis ansiedades y me pinte un futuro con el que pueda irme a dormir como si fuera una promesa.

Intuyo, con una certeza terrible y sombría como una premonición, que las palabras que están a punto de salir de la boca de mi hermana me impedirán hacer nada de todo esto durante mucho tiempo.

—Es que pensaba… Esperaba que te lo hubiera dicho él mismo —continúa Essie, buscando en mi cara algún tipo de reconocimiento, quizás, alguna señal de que lo que me está diciendo me suena de algo.

Pero no. Siento un hormigueo en la punta de los dedos, en los labios, en todos los lugares que Ames ha tocado. Donde yo le he tocado.

—¿Dicho qué? —pregunto, y se me quiebra la voz.

Essie no responde de inmediato, pero lo veo en su mirada: una profundidad melancólica, como el fondo negro de un lado, como la sonrisa demacrada del que acaba de perder a alguien. *Lástima*. Florece bajo sus facciones como una hierba venenosa, y su presencia me dice todo lo que necesito saber.

Trago saliva.

—¿Estabais liados? —sugiero.

Mi voz suena aguda y airada, como el pitido de una tetera. «Es imposible —me dice una voz interior desesperada—. Lo habría visto. La habría olido en él cuando nos…»

«Cuando nos…»

Por suerte, mi hermana niega con la cabeza.

—No —responde, y el corazón se me congela cuando continúa —, aunque era lo que él deseaba. Él… —Duda y baja la cabeza para descansarla entre sus manos—. Merrick —murmura—, no me apetece hablar de esto. Solo…

La interrumpo, fría como el acero.

—Continúa.

Levanta la cabeza lo suficiente para mirarme entre sus dedos abiertos. No estoy segura de lo que puede ver en mis ojos, pero parece serenarla. Se sienta con la espalda erguida y me mira a la cara, aunque su labio inferior tiembla ligeramente cuando empieza a hablar de nuevo.

—Me sentía muy sola —comienza—, completamente aislada, y también él…

Vuelve a interrumpirse de repente y se muerde el interior de la mejilla con una ferocidad que me haría estremecer si no fuera porque me he vuelto de piedra, determinada y sin sentimientos. Y, por lo tanto, me quedo mirándola, a la espera de que se recomponga.

—Tiene poca importancia —prosigue en voz baja—. Basta con decir que ambos estábamos necesitados de compañía y que, después de su primera visita a Norland, iniciamos una correspondencia. Yo creía que era como amigos. —Su voz sube de volumen, sus ojos se abren, como si intentara mostrarme la verdad incrustada en sus irises—. Te lo juro, Merrick, lo creía. Pero, después de un tiempo, el tono de sus cartas empezó a cambiar. Se obsesionó con la idea de que nos casáramos… Deberías haber visto las notas que me escribió. Hojas y más hojas pregonando su supuesto amor hacia mí, cuando yo sabía perfectamente bien que no habría dedicado ni un instante de haber estado en Nueva Londres, que era simplemente porque estaba cansado de estar solo.

Cierra de golpe la boca y su expresión se nubla, dividiéndonos, y, ante la idea de lo que hay detrás de ese velo —recuerdos que nunca compartiré, discusiones que tienen más peso en cada una de sus sílabas que todas las charlas frívolas mantenidas entre Ames y yo—, siento que la rabia se revuelve en mi interior.

—De todos modos, todo llegó a su punto crítico cuando me propuso matrimonio y lo rechacé —resume Essie—. Eso fue alrededor de un mes antes de que papá muriera. —Vuelve la cabeza y mira hacia la ventana y el terreno que se extiende detrás de ella—. Ames no se lo tomó nada bien —observa y, por muy sucinto que sea el comentario, la oscuridad con la que lo expresa me hace estremecer—. Dijo que me arrepentiría de mi decisión… y quizás lo

habría hecho, pero papá falleció tan poco después, y luego llegaste tú, y lo de la audiencia de nominación… —Suelta el aire—. Me daba vergüenza contártelo, cuando me preguntaste acerca de mi relación con él al volver a casa —reconoce, mirándome fugazmente—. Me justifiqué conmigo misma pensando que carecía de importancia que mantuviese en secreto o no esa especie de relación, pero, cuando me di cuenta de lo equivocada que estaba, ya era demasiado tarde.

Cuando por fin termina de hablar, apenas me doy cuenta de que me encuentro como flotando por encima de nosotras, mi mundo se difumina como las sombras del contorno de la llama de una vela. Vuelvo hacia atrás con Ames y mi relación con él, regreso a su punto de inicio, a su primera visita a Norland, antes de que Essie desapareciera. Reaparece un recuerdo, la voz hueca de mi hermana se amplifica, como si estuviera hablando en el interior de un frasco de vidrio:

«Ah, archidoncel Ames. Qué agradable volver a verlo.»

Recuerdo la expresión vacía que había acompañado aquel saludo, como si sus palabras fueran puro atrezo, cosas de madera, carentes de sutileza por su falsedad. ¿No me había parecido brusca mi hermana aquel día? ¿No me había preguntado acaso por esa palabra, *volver*, y lo que significaba?

«Ames no se lo tomó nada bien.»

Me libero del pánico antes de que acabe aplastándome. Después, cuando esté sola, ya me permitiré sentir los moratones que sé que se están extendiendo dentro de mí, tiñendo mis órganos con sus matices crepusculares, pero aquí no, todavía no. No mientras esté delante de Essie.

Dolorosamente, vuelvo a la tierra.

—¿Y qué hay de mi compromiso? —pregunto—. Fuera tarde o no, ¿no pensaste que el hecho de que estuviera enamorado de ti, y de que probablemente siga estándolo, podría influir de algún modo en mi decisión de *unirme a él para el resto de mi vida*?

El cuerpo me tiembla de rabia, mi temperamento se ha liberado de sus ataduras. Me levanto, me aliso la falda con manos inestables, como si esto me ayudara a recuperar una pizca de control sobre mí

misma, pero paro cuando Essie estira el brazo y me roza la mano con la punta de los dedos.

—Lo siento —se disculpa.

La miro. Sus palabras son tranquilas, humildes y, a pesar de que no quiero, su sencillez aplaca mi enojo.

—Tienes todo el derecho del mundo a criticarme —continúa mi hermana, retirando con cuidado el brazo—. Cuando oí que Ames y tú ibais a casaros, quise ir a verte, pero… No me fío de mis propios motivos. —Me mira a los ojos; los suyos son brillantes y sinceros—. Estoy segura de que todo lo que te ha ocultado ha sido solo por el deseo de no dañar la impresión que tienes de él. Parece que le importas mucho. —La garganta de Essie se agita—. Cressida me contó lo de las rosas.

Las rosas. Las visualizo, medio muertas en un jarrón junto a mi cama, combadas y desprendiendo un olor intenso, y las náuseas ascienden por mi garganta. El día que vino a visitar Norland, traía también flores, un ramo de flores silvestres, vibrantes como el verano. Me las había regalado, pero ¿no serían acaso para mi hermana?

De inmediato, el resto de mi ira se desvanece, veloz como una llama que se extingue. Sin que su fuego me caliente, solo siento agotamiento, un cansancio que me cala en los huesos, ceniciento e informe como una llanura nevada. Da igual a quién pretendiera regalar aquel ramo Ames; fuera como fuese, nos ha enfrentado a mi hermana y a mí, se ha hecho circular a sí mismo como un trofeo entre nosotras, sin pensar en el daño que causaría cuando se retirara. Si en esta historia hay un villano, es sin duda él.

Arropada en la cama, Essie se inclina hacia delante y mira de repente el suelo.

—¿Qué es eso?

Su cambio de tema me pilla desprevenida. Sigo la dirección de su mirada y cojo aire cuando veo un papelito blanco sobre el entarimado del suelo: la nota que guardaba en el bolsillo. Se me debe de haber caído cuando me he levantado hace un momento. Me agacho para recogerla. El papel tiene un tacto gastado al entrar en contacto con mis dedos, con sus perfiles ajados de tantas veces

como la he mirado a lo largo de las últimas semanas, como si haciéndolo pudiera absorber su significado igual que una mancha de tinta y mi hermana pudiera volver a casa.

—Oh —exclamo mientras examino la nota. Necesito un momento para reorientarme. Mi cabeza va lenta después de todo lo que acaba de confesarme y mis pensamientos están confusos, me siento como si me hubieran arrastrado por el fango—. Es… Es por lo que había venido a verte, de hecho —continúo—. Por la nota de amenaza que encontramos la noche que desapareciste. «La Casa Darling caerá.» Te la mencioné cuando volviste, ¿lo recuerdas? —Le enseño la nota e intento mantenerme firme cuando la coge, cuando su piel roza la mía y la sensación es como la de una herida abierta—. Sé que Cressida ha dicho que no hay que molestarte con este tipo de cosas hasta que hayas podido descansar, pero he pensado que tal vez sería útil ver si la reconocías.

Con cuidado, Essie alisa la nota y pasa dos dedos por encima de ella, como si estuviera palpando las protuberancias y las concavidades allí donde la pluma excavó las palabras sobre el papel. Contengo la respiración, a la espera de que reste importancia a la amenaza —a que me diga que no, que no había visto nunca nada similar—, pero la confusión que arruga su frente empieza a cambiar y la perplejidad cede paso a la alarma, como la brisa que levanta la arena. Se lleva la mano a la boca y presiona sus labios, abre sus ojos grises de par en par.

Trago saliva.

—¿Sí? ¿Reconoces algo?

Despacio, como si estuviera caminando por el agua, levanta la vista. Su mirada descansa en silencio en la mía, y veo miedo, y también algo más: un conocimiento oscuro que cae sobre mí como un hado de mala suerte.

La sangre estalla en mis oídos, como una oleada roja, cuando, de pronto, mi hermana se levanta de la cama y avanza a trompicones hacia el armario —el mismo donde encontré su diario hace una eternidad— sin soltar la nota. Sin mantas que las escondan, sus pantorrillas son dos cerillas marfileñas. Me sereno y echo a correr tras ella.

—¡Essie!

—Calla. —Se vuelve hacia mí, su mirada es feroz—. Dame un momento, por favor. Hay un panel falso en el fondo… Las escondí allí.

La miro sin entender nada y, a regañadientes, me paro en seco al ver que abre las puertas del armario, se arrodilla en el suelo y los bajos de los vestidos allí guardados le rozan la nariz. Aparta las prendas y presiona el fondo de madera del armario. El corazón me da un brinco cuando veo que una sección de la esquina posterior izquierda se levanta. Essie palpa el espacio oscuro que queda debajo y saca algo, un pliego de papel de carta de color marfil, pulcramente atado con una cinta rosa. Con manos temblorosas, se vuelve hacia mí, extrae la primera carta y me la pasa.

Le lanzo una última mirada de perplejidad y empiezo a leer.

«Querida Estella:

»Mi madre está de acuerdo conmigo en que es usted una necia y una fresca por haberme rechazado con la crueldad con la que lo ha hecho después de todas las atenciones que he tenido con usted. Mediante artimañas malvadas, me ha hecho creer que estaba enamorado de usted y, siendo como soy un hombre sincero, no vi el diablo que se esconde detrás de su máscara hasta que estuve bien atrapado en su fuego.

»Es solo gracias a los buenos valores que mi madre me ha inculcado que le escribo para ofrecerle una última oportunidad de corregir los errores que ha cometido. Cásese conmigo o afronte las consecuencias de su elección, porque, se lo garantizo, habrá consecuencias. Su casa se ha ido amodorrando y perdiendo la forma durante el tiempo de gobierno de su padre, excesivamente segura de sus propias fuerzas.Y tengo en mente varias maneras de despertarla.»

Dejo la nota y la bilis amarga se acumula en mi garganta. Una cosa es oír hablar sobre la obsesión de Ames, y otra muy distinta verla plasmada en papel, ver con tus propios ojos las garras retorcidas y afiladas de su amor. ¿Cómo se me pudo pasar por alto cuando me besó? ¿Cómo no intuí que estaba buscando otra figura debajo de mí, las formas de mi hermana?

Le devuelvo la carta y parpadeo para aliviar el ardor que siento en mis ojos.

—Essie… Esto es espantoso —afirmo—. Pero no lo entiendo, ¿por qué me lo enseñas ahora? La letra es distinta de la de la nota de amenaza.

Mi hermana niega con la cabeza con terquedad.

—No se trata de la letra —replica—. Mira.

Sigo la dirección de su dedo, que está señalando una pequeña marca en la esquina superior derecha de la carta: el sello de los Saint, una orquídea en flor grabada en el papel con tinta negra, de un tamaño que no excede la uña de mi pulgar.

—Es su sello oficial —explica Essie en tono apagado—. Ames lo utilizó en todas sus cartas.

Sin comprender del todo lo que quiere decir con esto, hago un gesto de asentimiento y observo sin decir nada cómo despliega la nota de amenaza que sostiene todavía en la otra mano y la coloca directamente encima de la carta de mayor tamaño. Se me acelera el pulso cuando recorre con un dedo el papel y dirige mi atención, no a las palabras escritas, sino al garabato de tinta de la parte superior. Las líneas negras que llamaron mi atención cuando encontré la nota y cuya relevancia descarté de inmediato por considerarlas el simple resultado de una pluma defectuosa.

Essie levanta la vista y desliza con delicadeza la nota de amenaza por encima de la hoja que está debajo y alinea el borde de la nota más pequeña con el sello de la parte superior de la carta.

Contengo un grito. La marca de la nota coincide a la perfección, y me doy cuenta ahora de que no es en absoluto un defecto, sino que forma parte de un dibujo más grande, de los pétalos curvilíneos de una orquídea.

Levanto la vista para mirar a mi hermana a los ojos mientras el corazón se me encoge con violencia en el pecho y finalmente, por fin, lo entiendo.

«La Casa Darling caerá.»

Lo hemos encontrado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

La mansión de los Saint destaca entre los campos que la circundan, como una característica del paisaje similar a la hierba que pisan mis pies o las colinas que se elevan contra el horizonte a lo lejos. Desde esta distancia, su volumen resulta montañoso, antiguo e inamovible, exactamente igual que las personas de linaje noble que han hecho de ella su hogar.

Me armo de valor y observo la majestuosa edificación amarilla que tengo enfrente de mí igual que observaría la bestia situada delante de la punta de mi flecha. A mis espaldas, relincha un caballo del carruaje que he ordenado que me transporte hasta la frontera de Sussex y que esperará obedientemente mi regreso. Apenas recuerdo el viaje hasta Cardiff, es como si simplemente hubiera salido de la habitación de Essie y hubiera aparecido aquí, en otra provincia, armada solo con mi matafantasmas, sujeto al muslo debajo del vestido, y el conocimiento de lo que he venido a hacer.

Essie me ha dicho que esperara, que ganáramos tiempo hasta que Tom y Cressida volvieran de sus recados para poderles enseñar la carta de Ames y el sello impreso en ella. Es demasiado peligroso, ha dicho, intentar enfrentarse a Ames totalmente sola, sin ningún tipo de respaldo, que mi temperamento estaba pudiendo conmigo una vez más.

Y sabía que tenía razón, que *tiene razón*. Pero, aun así, llevo horas —desde el momento en que mi hermana ha hecho coincidir la

marca de la orquídea de la carta de Ames con la marca parcial de la nota de amenaza y he visto que se alineaban a la perfección la una con la otra, como si estuvieran besándose— en las que la ira ha empezado a retorcerse dentro de mí, plegándose y desplegándose como una cuerda.

«Ames es el autor de la amenaza. Ames es el secuestrador de mi hermana.» Tendría que bastarme, saber la verdad, pero no es suficiente. Después de tantas mentiras, necesito oír de su boca cómo lo reconoce, necesito su confesión, hablada, irrefutable y real. De lo contrario, temo que aún pueda salir airoso.

Me levanto las faldas y enfilo el camino de acceso a la entrada principal del Nido, bastante menos amedrentada que el otro día cuando veo que las gigantescas dobles puertas se abren a mi llegada. El mismo mayordomo que nos recibió a Tom, a Cressida y a mí la noche de la cena espera detrás del umbral, y sus ojos como puntas de aguja se abren de par en par al ver que soy yo.

—*Milady* —me saluda haciendo una reverencia y con un tono de voz aflautado, nervioso—. Un momento, por favor. Iré a buscar al archidoncel Ames.

Me hace pasar al vestíbulo y se marcha rápidamente; oigo sus pasos, escuetos y duros, contra el suelo reluciente. En cuanto lo pierdo de vista, palpo mi matafantasmas y acaricio su empuñadura por encima del algodón de mi vestido como si de un amuleto de buena suerte se tratara. Aunque no he respetado las súplicas de Essie de retrasar mi visita aquí, no he sido tan temeraria como para salir de Norland sin ninguna defensa, pero ¿será suficiente la nota que le he escrito apresuradamente a Killian, pidiéndole que reúna un grupo de hombres de confianza y se desplace con ellos hasta la mansión de los Saint para garantizar mi seguridad? ¿Y si no ha entendido bien mi petición? ¿Y si la nota no le ha llegado?

Sola, inspiro hondo y noto que me sudan las manos ante la perspectiva de enfrentarme a Ames. ¿Qué voy a decirle? ¿Qué me dirá él? En cierto sentido, su ausencia es mucho más aterradora que su presencia. La siento por todas partes, cada segundo que pasa está preñado con la posibilidad de su llegada.

Para distraerme, estudio el vestíbulo: la plenitud del glamur del Nido queda revelada en su totalidad a luz de día. Los ventanales derraman luz sobre el espacio y bañan el mobiliario con un resplandor dorado de aspecto húmedo, como si le hubiesen aplicado una capa de aceite. El polvo brilla en el ambiente como la nieve que cae sin hacer ningún ruido. A pesar de su enormidad, la propiedad está en completo silencio, sumida en una atmósfera reverencial y sofocante que me recuerda en cierto sentido el ambiente de una biblioteca o de un lugar de oración.

—… las órdenes estaban muy claras…

Unos dedos espectrales se ciernen sobre mi vestido y me agarran por la cintura cuando me llega la voz de Ames desde el interior de la casa. El recuerdo de su contacto me persigue, el fantasma de su aliento es como ceniza de pipa que me mancha la mandíbula y sigue por la piel que se extiende entre mi hombro y el cuello. Sin que les dé la orden, mis pies empiezan a moverse en dirección a su voz y la anticipación se adhiere como un hueso en el fondo de mi garganta.

«Todo irá bien. Killian ya está de camino, seguro, enseguida llegará y, además, tienes aliados. Ames no se atreverá a levantar un dedo contra ti mientras sepa que todo el peso de la Casa Faulk caerá sobre él si sufres algún daño.»

Pero ¿y si no es así? ¿Y si hace algo?

Cruzo el vestíbulo y me adentro en la larga galería que hace las veces de pasillo principal de la planta baja. El sol se filtra como néctar dorado a través de la línea ordenada de ventanas y envuelve la hilera de retratos que decora la pared opuesta. Entre los cuadros, descubro uno de Ames de niño, un querubín de ojos azules acunado entre su madre y un hombre guapo y de aspecto alegre que asumo que debe de ser su padre.

Me paro para examinarlo con más detalle. Aunque el pintor ha incorporado una pincelada de rosa en las mejillas de Ames, su expresión parece triste: la boquita esboza un mohín, su cuerpo está inclinado hacia un lado, como si quisiera escabullirse de los brazos de su madre. A su lado, Ianthe aparece orgullosa y erguida, y sus

facciones son duras a pesar de la delicada paleta de tonalidades pastel utilizada para el retrato.

—… las instrucciones de mi madre fueron concretamente retirar todas las fuerzas cercanas a la frontera. Como ya he dicho, nuestros objetivos se han cumplido, no merece la pena arriesgarnos a otro avistamiento…

Ames aparece al fondo de la galería, como un torbellino de movimiento y color. Se ha cambiado después de su aparición en Norland House esta mañana y ahora va vestido con un chaleco azul marino combinado con un inmaculado pantalón de color marfil. Un centinela rechoncho camina tras él, con las cejas unidas en un gesto de consternación, intentando probablemente tomar nota de todas las órdenes que le está dando Ames.

—¿Merrick? —Cuando me ve, Ames se para en seco y su postura se vuelve rígida—. ¿Qué haces aquí?

Su tono de voz tiene una nota de alarma, es agudo y defensivo, y me pongo nerviosa. «¿Es posible que lo sepa? ¿Qué sepa por qué he venido?» Dirijo la mirada al centinela que sigue detrás de él, mudo y vigilante, y luego miro otra vez a Ames, sintiéndome de pronto como si me hubiera entrometido en algo.

—Mis disculpas —respondo, a modo de saludo, y me inclino levemente—. Me ha recibido un miembro del personal de la casa. Estaba esperando en el vestíbulo, pero he oído tu voz y… —Dudo, mirando una vez más al centinela antes de proseguir—. ¿Ha habido alguna brecha en Cardiff recientemente?

—¿Alguna brecha? —Ames suelta una carcajada ronca y forzada —. No, ¿por qué lo preguntas?

Retrocedo con instinto cuando Ames da varios pasos hacia mí.

—Acabas de mencionar un avistamiento —afirmo con cautela—. ¿Se ha visto algún Fantasma por las cercanías? Espero no estar interrumpiendo nada urgente.

Mi explicación parece relajar a Ames, sus pasos se vuelven más sueltos y su aspecto se ilumina como una llama que cobra vida.

—Ah… No, no —niega—. Bueno, hubo una…, pero ya está solucionado. Perdóname. —Avanza tranquilamente hacia mí y sonríe —. ¿A qué debo tu visita?

Aunque sé que son solo imaginaciones mías, juraría que el centinela se inclina hacia delante al oír la pregunta, como si estuviera ansioso por conocer mi respuesta.

—Estaba… preguntándome si podría hablar un momento contigo. —Intento que mis labios esbocen una sonrisa cautivadora—. En privado.

—Por supuesto —acepta Ames, despidiendo con un gesto a su acompañante.

El nudo de ansiedad que tengo dentro se deshace una pizca cuando el otro hombre se marcha, dobla la esquina de la galería y no dice nada más. Lo último que necesito es que esta conversación tenga público.

—¿Cómo es que vienes tan pronto a visitarme? —pregunta Ames—. No es que no me alegre de verte, pero han pasado muy pocas horas desde que hemos hablado por última vez. De no conocerte mejor, archidoncella, diría que estás loca por mí.

Sonríe, una sonrisa irónica y afilada, y, cuando me acuerdo de estos labios presionados sobre los míos en el pasillo de la habitación de Essie, el cuchillo que parece alojarse en mi costado da un giro brusco. Su olor es abrumador cuando avanza para cogerme la mano, más potente que en nuestro último encuentro, y perfuma el ambiente como si fuera incienso.

Me aparto por instinto, como si me alejara del alcance de un depredador.

—No es necesario que practiques más juegos conmigo —le advierto con el corazón latiéndome acelerado. «Hazlo, Merrick. Plántale cara, consigue que reconozca sus crímenes si no quieres que el viaje que has hecho sea en balde»—. Sé lo que has hecho.

La mano de Ames titubea.

—¿Qué? —cuestiona. Su pregunta apenas se oye, está articulada con la dureza de un desafío. Estamos tan cerca el uno del otro que no puedo ver su expresión. Los ojos me quedan al nivel de su pecho y el pulso me va tan veloz que no puedo ni plantearme alzar la vista, pero, incluso así, el estado de alerta en el que Ames ha entrado es tan tangible como el resplandor de un relámpago que se acerca, zumba por las crestas de mis dientes y me recorre la

espalda. Ríe una vez, y el sonido retumba en su garganta—. No eran más que patrullas, Merrick.

La respuesta me deja descolocada.

—¿Patrullas? —repito, mirándolo. Empiezo a sentir que el control de la conversación se me escapa de las manos como un pez escurridizo. Necesito retomar el tema—. No hablaba de ninguna patrulla. ¿Por qué, antes de la desaparición de mi hermana, no me contaste que habías estado relacionándote con ella?

Ames permanece un instante en silencio, y una emoción implacable rezuma de su boca antes de que pueda serenarse y tomar de nuevo la palabra.

—Apenas conozco a la archidoncella Estella…, a tu hermana —afirma con tensión. Sus modales agradables se han esfumado y habla ahora con una contención gélida que me crispa los nervios—. Como ya te he explicado, rechazó mis propuestas de amistad cuando se las ofrecí, meses atrás. No diría que eso fuera una relación. —Avanza un paso, su mano localiza mi barbilla y la obliga a moverse hacia arriba—. ¿Por qué me preguntas esto? —continúa, repasándome el rostro con la mirada, como si quisiera estudiar hasta el último detalle. Sonríe con suficiencia, con un mohín burlón—. No me digas que estás celosa, querida.

El contacto de su mano me produce repugnancia, pero no me aparto.

—Oh, no —replico, mirándolo a los ojos—. No estoy celosa en lo más mínimo, es simple curiosidad. ¿Cómo calificarías entonces tu relación con Essie? Al fin y al cabo, la cortejaste, ¿verdad? Le propusiste matrimonio.

El color se esfuma de la cara de Ames ante tal acusación.

—¡Por el divino Sangrador, Merrick, baja la voz! —ruge.

Se acerca un poco más y engulle la distancia entre nosotros justo en el momento en que muevo bruscamente la cabeza hacia un lado y me libero de su mano. Desesperada, levanto la falda para buscar el arma que escondo debajo y tropiezo, pero apenas he conseguido localizar la empuñadura cuando Ames me apresa por la muñeca.

La sorpresa se refleja en sus facciones cuando ve el arma. Aprieta los dientes, me retuerce la muñeca con maldad y mi matafantasmas cae al suelo. Resoplo, acuciada por una punzada de dolor, y corcoveo para intentar quitármelo de encima, pero es inútil. Se abalanza, presiona todo su cuerpo sobre mí y no me queda otra opción que retroceder. El corazón se me para cuando mi espalda choca con la superficie lisa de la pared y el bulto del marco de un retrato se me clava en el omoplato. No puedo salir corriendo hacia ningún lado.

Ames jadea de forma entrecortada contra mi cuello mientras con una mano sujeta mi muñeca derecha firmemente contra la pared y coloca la otra mano plana justo encima de mi hombro izquierdo, atrapándome. Gruñe al ver cómo me retuerzo y entonces, para mi horror, su respiración se estabiliza y acaba transformándose en una carcajada.

—¿Así que te plantas en casa de tu prometido con un arma escondida en las faldas? —pregunta, acercándose todavía más a mí.

Clava sus muslos en los míos, su pecho sube y baja al ritmo de mi trabajosa respiración. El calor que desprende es insoportable, como una antorcha presionada contra mi piel que me abrasa centímetro a centímetro. Me quedo rígida cuando noto que su boca roza mi cabeza y desciende para murmurarme alguna cosa al oído.

—¿Qué tenías pensado hacer, Merrick? ¿Dispararme? —pregunta, soltando otra carcajada—. ¿Sabes cuántos centinelas te habrían caído encima solo con que hubieras rozado el gatillo?

Se aparta y mis pulmones se llenan de aire fresco. Aspiro con voracidad y recupero el equilibrio justo a tiempo de ver cómo, con un puntapié perezoso, Ames envía mi matafantasmas volando al otro lado de la galería. El arma se estabiliza, sin soltar ni un disparo, en la base de una peana de caoba, y el jarrón con flores frescas que decora su superficie se tambalea con el impacto. La adrenalina se dispara en mi interior como un grito no expresado mientras calculo la distancia que me separa de la pistola; es asequible, apenas unos veinte metros, más o menos. Si echara a correr, podría…

Ames suelta una carcajada burlona como si acabara de leerme los pensamientos y se aleja un poco de mí.

—Venga, ve a por ella —propone con ironía, agitándome los brazos para animarme—. Sella tu propia muerte igual que tu padre hizo con la suya.

Aprieto los puños, lo miro de nuevo a él y miro mi matafantasmas, cómo la luz de la tarde se refleja sugerentemente en la boca del cañón. La necesidad de lanzarme a por él es más que tentadora, como una compulsión que se apodera de mí, pero, aunque me odie a mí misma por ello, la parte lógica de mi persona sabe que lo que ha dicho Ames es verdad. Si le disparo sin que mis refuerzos estén aquí para ayudarme, los hombres de Ames acabaran enterrándome y cualquier pregunta sobre mi fallecimiento quedará ahogada bajo el testimonio colectivo de que el primer disparo fue el mío.

Esquivo su mirada, relajo los hombros y el movimiento es como una bandera blanca ondeando por encima de mi cabeza. Un reflejo apagado me dice que debería estar asustada, que debería encogerme de miedo por entender que estoy totalmente a merced de Ames, pero, cuando busco el terror dentro de mí, solo encuentro rabia, una furia poderosa que emana de todos mis huesos.

Ames sigue junto a la pared y me observa con regocijo. Su habitual máscara de gallardía ha desaparecido para ceder paso a una risa burlona de victoria.

—Eso está bien —dice, y el placer que le provoca mi resignación es como si acabasen de verterme encima un cubo de agua sucia—. ¿Sabes? —continua, ladeando la cabeza—. Mi madre tenía razón sobre las chicas Darling. Decía que tu hermana y tú sois como un par de caballos salvajes, capaces de armar un alboroto, pero que lo que en realidad queréis es que alguien os dome.

Lo miro a los ojos, furiosa.

—¿Y fue eso lo que le hiciste a Essie? —pregunto—. ¿Domarla?

Ames suspira y se alborota el pelo; el sol se refleja en sus mechones y recuerda a la luz que desprende una corona dorada.

—Essie, Essie, Essie —me regaña. Tengo la sensación de que, ahora que está seguro de haber recuperado el control, se está divirtiendo, de que está jugando conmigo como el que ha atrapado un zorro en una trampa y sabe que el animal ya no puede morderle

—. Es una lástima que ella te lo contara antes —comenta Ames, como si se sintiese herido—. Dime una cosa, ¿qué papel me hizo representar en ese cuento que se inventó? Debió de ser el de villano, pues, de lo contrario, no me odiarías tanto. Y no te culpo por creerla —reflexiona, viendo que guardo silencio—. Es una cuentacuentos excelente. —Se encoge de hombros y se rasca la nuca—. Me engañó a la perfección, sí.

Su forma de decirlo —como si sintiera lástima por mí, como si fuese yo la que tiene una venda en los ojos y no él— sacude mi determinación.

—No te engañó, idiota —le suelto con brusquedad—. Simplemente no te amaba.

—Oh. —Ames enarca las cejas y se lleva la mano al pecho, como si mis palabras lo hubieran herido, para estallar a continuación en una sonrisa—. Mírala ella qué descarada. Te sienta bien, cariño.

Avanza un paso y su sonrisa se hace más pronunciada cuando, en un acto reflejo, me encojo contra la pared. Una vez más, se apodera de mí la sensación de que está jugando conmigo, de que está zarandeado la jaula donde me tiene atrapada y disfrutando cuando ve que me asusto. Es más, estoy convencida de que seguirá haciéndolo hasta que se aburra o hasta que uno de los dos se derrumbe.

Si quiero sobrevivir a esto, no puedo permitir que la que se derrumbe sea yo.

—¿Es por eso por lo que la secuestraste? —pregunto en tono desafiante, obligándome a enderezar la espalda—. ¿Porque se negó a concederte su mano cuando tanto la deseabas?

La postura majestuosa de Ames titubea ante mi acusación. Por un momento, siento que su poder se tambalea como un plato en precario equilibrio en el borde de una mesa, que su dominio del espacio disminuye.

—Pero ¿qué…? —Sacude la cabeza en una negativa definida—. Estás diciendo tonterías. Yo no *secuestré* a tu hermana, eso que acabas de decir es una locura.

—¿No fuiste tú, entonces, la persona que dejó la nota en su almohada la noche de su desaparición? ¿«La Casa Darling caerá»?

—contraataco.

Mi mirada se desplaza hacia mi matafantasmas, que sigue en el suelo, al lado de la peana con el jarrón. Con su cambio de posición, Ames me ha bloqueado el camino de acceso al arma, pero, por otro lado, al haberse situado ahora de espaldas a ella, me da la impresión de que ha dejado de ser su foco de atención. Si consiguiera mantenerlo distraído hasta que llegue Killian, habría una posibilidad, por pequeña que sea, de salir de esta sana y salva y con la prueba de los crímenes de Ames como botín.

Mis esperanzas se levantan de allí donde se habían quedado, a ras de suelo. «Aún no lo tengo todo perdido.»

—No te servirá de nada negarlo. —Me lanzo a por todas y rezo para que mis preguntas basten para retener su atención—. Essie ha guardado todas tus cartas, Ames, las cartas que le escribiste antes de que muriera mi padre. Debías de estar muy enamorado de ella para enviarle tantísima correspondencia. —Chasqueo la lengua, envalentonada por el terror que empieza a apoderarse de su expresión—. Por desgracia para ti, hemos podido casar el sello de tus cartas de amor con una marca parcial que se ve en la nota de amenaza. Estoy segura de que pensaste que habías recortado por completo el sello, pero mi hermana tiene muy buena vista.

Ames gruñe, un sonido salvaje y desgarrado. Se acerca a mí con paso decidido y me bloquea con ambos brazos antes de que pueda escabullirme. Como si mi sed hubiera quedado saciada, mi descaro desaparece en un instante y mis esperanzas de ser rescatada se esfuman bajo su mirada furiosa, con sus hombros pegados casi a su barbilla y sus labios abiertos de tal manera que dejan al descubierto una dentadura reluciente.

—Eso es ridículo —gruñe—. No…

—Cressida lo sabe. —La mentira surge como el resplandor amarillento de una antorcha entre la niebla y me aferro a ella con ambas manos, una línea de vida entre las tinieblas de la desesperación—. Le enseñé las cartas antes de salir de Norland House y también el sello de la nota. Probablemente, a estas alturas, ya estará alertando al Consejo.

Trago saliva y mi pulso acelerado se sosiega cuando veo que Ames capta lo que estoy diciendo. Sus dedos se flexionan contra la pared, su musculatura se tensa; me siento como una bala atascada, retenida durante un valioso segundo más. Me observa con furia silenciosa y mirada calculadora.

—Que reconozcas o no tus crímenes carece de importancia —continúo, mirándolo a los ojos. «Segura», me digo, esto es lo que tengo que parecer. Como si guardara un as en la manga. Como si estuviera diciendo la verdad—. Como te he dicho, tenemos tus cartas, que bastan por ellas solas a modo de confesión. ¿Qué fue lo que escribiste a Essie? ¿«Su casa se ha ido amodorrando… Tengo en mente varias maneras de despertarla» o algo por el estilo? —Chasqueo la lengua en tono de reproche—. Tienes la lengua muy larga y eres tonto de remate, además.

—Mierda.

Como si acabaran de cortar una cuerda, el cuerpo de Ames se afloja y sus manos aporrean la pared con frustración. El sonido resuena en mis oídos a modo de advertencia: «Casi te da a ti.»

—¿Y crees que de verdad decía *eso* en serio? —me suelta, retrocediendo. Mi relato lo ha hecho caer con fuerza de su pedestal. Está nervioso como un hombre en plena huida y sus defensas se tambalean mucho más de lo que esperaba—. En ningún momento la amenacé con *secuestrarla*, idiota, solo estaba hablando sobre…

Se interrumpe en el mismo momento en que cojo aire a la espera de que termine la frase, y el peso de su desliz nos golpea a los dos a la vez. «Solo estaba hablando sobre…» Siento un escalofrío, me embarga la sensación de que me estoy perdiendo algo, es como cuando entras en una habitación, pillas solo el final de una conversación y el tema principal queda fuera de tu alcance.

—Sigue, Ames —lo animo con firmeza—. ¿Sobre qué?

No responde, su mirada se desplaza hacia la derecha, luego hacia la izquierda, como si estuviera buscando una salida. Está escondiendo algo, de eso estoy segura, es evidente, como si tuviera las manos enlazadas en la espalda… pero ¿*qué*?

De pronto, un fragmento de conversación resuena en mi cabeza, como el tintineo de una cucharilla en una taza de hojalata.

«No eran más que patrullas, Merrick.» La respuesta que me ha dado antes Ames cuando le he dicho que sabía lo que había hecho, tan extraña que la he ignorado por completo, aunque quizás no debería haberla ignorado. Se me acelera el pulso, la adrenalina impulsa mis pensamientos como la corriente de un río. ¿Qué le estaba diciendo Ames a su centinela cuando los he interrumpido?

«Las instrucciones de mi madre fueron concretamente retirar todas las fuerzas cercanas a la frontera… No merece la pena arriesgarnos a otro avistamiento…»

La frontera de Cardiff, he dado entonces por sentado. Un avistamiento de Fantasmas. Pero, cuanto más lo pienso ahora, menos sentido tiene esa explicación. Si los Saint tuvieran problemas en su frontera, ¿por qué retirar las tropas? ¿No sería la respuesta natural apostar más hombres cerca de sus farolas, como hizo mi familia cuando tuvimos…?

—Las brechas —digo en voz alta.

Es una posibilidad remota —una piedra lanzada al aire y que se eleva en la oscuridad—, pero entonces veo que Ames se estremece, que su expresión titubea como cuando se pasa una mano por encima de una vela y la luz se corta, un gesto que reconozco como de confesión.

De pronto, me veo arrojada al pasado, me encuentro en otra casa y en otra provincia, en un lugar sumido en la niebla, con la desesperación flotando en el ambiente y mezclándose con el olor a sangre. Los cadáveres, tres en total, dos de ellos desmembrados, un auténtico festín para los Fantasmas que llegaron a los cuerpos antes que Killian y yo, pero el último cadáver, el del hombre…

La verdad revelada se agita en mi interior, un cuadro que cambia de posición y deja entrever un destello de color. Quizás llevara ya un tiempo ahí, a la espera de que yo la reconociera, a que me enfrentara a ella, a la verdad que durante un tiempo he negado. ¿Acaso no lo había dicho yo ya desde el principio? Que ese tipo de muerte, realizada con tanta eficiencia… Que jamás podría haber sido una de esas bestias la que hubiera asestado el golpe mortal que había acabado con la vida de aquel hombre.

No, ese crimen era obra de otro tipo de monstruo.

—Tú causaste la brecha en nuestro territorio, la que mató a aquella familia —digo, avanzando un paso hacia él. Curiosamente, mi descubrimiento ha disminuido el miedo que me inspira. Después de cómo ha llegado a dominarme hace tan solo unos minutos, las facciones pálidas de Ames me hacen sentir casi inmortal, como si él fuera un ser insignificante, un insecto que podría aplastar sin problemas bajo la suela de mi zapato—. ¿Fuiste tú el autor de todas ellas? —pregunto, presionándolo.

En el mismo instante en que formulo la pregunta, una voz reverbera en mis pensamientos: la del cliente al que Killian y yo interrogamos en El Vigía la noche de nuestra excursión a Shoreham-by-Sea, cuando nos habló de los rumores que corrían en el norte de nuestra provincia. «Dicen que la gente de por allí ha visto recientemente hombres de aspecto muy raro merodeando por la frontera, manipulando cosas».

Posteriormente, me había desplazado hasta Heath como consecuencia de aquel comentario, había convertido en mi misión seguir la pista de esos hombres de aspecto raro que había mencionado. Creía no haber encontrado ninguno… pero ¿era realmente así?

«Una sombra borrosa al otro lado de la ventana, una imagen confusa por culpa de la lluvia. El escudo de armas de los Saint resplandeciendo en territorio de los Darling.»

¿Por qué me había creído a Ames tan fácilmente aquel día, cuando me dijo que estaba viajando por Sussex para venir a verme? ¿Porque era guapo? ¿Porque me hacía sentir como si yo también lo fuera?

Algo se apodera de repente de mí, un frío estremecedor, la parte más oscura de una noche de invierno. Todos los ataques…, todas las farolas apagadas sin ninguna explicación. Aquello era obra de alguien, y ese alguien está ahora justo delante de mí.

—Merrick, por favor, no extraigas conclusiones ahora. —Ames retrocede cuando avanzo hacia él y la rabia que me enciende compensa con creces mi falta de arma—. Jamás fue nuestra intención hacer daño a nadie, mi madre me lo dejó muy claro. Esa familia… No sabíamos que vivían tan cerca de la frontera hasta que

vimos la señal de humo que mandaron. No podíamos correr el riesgo de ser identificados, y que hubiera un niño presente… —Arruga la nariz en un gesto de repugnancia—. Fue un giro muy desagradable de los acontecimientos. Debes creerme, Merrick —insiste, en tono suplicante—. No tuve otra elección… Nunca tuve elección, con *ella*, no.

Paso a paso, se va apartando, y yo lo sigo, como si estuviéramos bailando otra vez, concentrados plenamente el uno en el otro.

—No tienes ni idea de cómo fue crecer bajo su poder —continúa Ames, con un ligero temblor en la voz—. Se hace llamar *madre*, pero en realidad siempre ha sido una reina que no exige otra cosa que la lealtad más absoluta de sus súbditos. Y, como una reina, solo piensa en conquistar, muy especialmente las tierras de los que dudaron de ella cuando se convirtió en Señora de la casa.

Ames hace una pausa para coger aire y en su cuello sobresale un tendón.

—Ya te expliqué lo que me pidió cuando volví a Cardiff después de la muerte de mi padre. Pensé que me formaría para ejercer como su sucesor, pero lo que hizo, en cambio, fue intentar venderme como un cerdo. —Su voz vacila, su habla se vuelve ronca—. Me ofreció a tu padre, como esposo para cualquiera de sus hijas a cambio de una alianza, pero tu padre se negó a aceptar la oferta. Dijo que sus hijas podían obtener algo mejor que una unión con nosotros, los Saint, pequeños y provincianos. —En su garganta retumba un gruñido—. Pero mi madre estaba decidida a expandir su influencia y me encomendó la tarea de ganarme el corazón de Estella, de volverla loca de amor para que aceptara voluntariamente mi propuesta. Y, después de que tu hermana me rechazara, mi madre se negó a darse por vencida. Dijo que era necesario humillar a tu casa, demostrarle a Essie que necesitaba desesperadamente nuestra ayuda. Las brechas no fueron más que una herramienta para alcanzar ese objetivo. De no haberme obligado mi madre, yo jamás habría tomado esa medida. —Traga saliva—. Una vez casados, habría sido natural que mi madre se implicase más en los asuntos de

Sussex, hasta que la línea donde su reinado acababa y empezaba el de tu familia se hubiese disipado por completo.

Se queda por fin en silencio y me estremezco al pensar en los ojos verdes y lánguidos de lady Ianthe, capaces de convocar a un criado con una simple mirada. A pesar de que Ames me inspira lástima, no puedo evitar preguntarme cómo sería la vida bajo su dominio, a la merced del poder sutil de su madre, un bisturí en manos de un cirujano que raja a sus víctimas por el simple placer de observarlas.

Intento olvidar esta imagen y vuelco de nuevo mi atención en Ames.

—Pero las brechas no fueron suficiente, ¿verdad? —asumo—. Por muchos ataques que lanzaras, Essie seguía sin estar dispuesta a aceptar tu oferta. De manera que lo más natural era eliminarla. Tal vez no tuviste valor para matarla en aquel momento, tal vez en cierto sentido la amabas, pero, mientras ella fuera nuestra depositaria, jamás disfrutarías de la oportunidad de casarte con ella. —Sigo hablando con rapidez y la lógica se entreteje sin problemas delante de mí, directa a su conclusión—. No —continúo—, necesitabas una nueva heredera a la que poder asustar con notas de amenaza y una archidoncella secuestrada para después presentarte como su salvador. Me necesitabas a mí.

Ames guarda silencio durante un momento que se hace eterno, paralizado, su rostro inescrutable. Hasta que por fin murmura para sus adentros. El sonido tiene rotundidad, como si hubiera tomado una decisión.

—Eres inteligente, lo reconozco. —Suspira—. Es una lástima que nadie más tenga el privilegio de escuchar tus teorías. Gracias a ti, me veré obligado a seguir siendo la marioneta de mi madre y a bailar cuando a ella le apetezca que baile.

Se da la vuelta y se lanza a por mi matafantasmas justo en el momento en que un sonido de pasos, procedentes de la parte posterior de la casa y dirigiéndose hacia el extremo opuesto, retumba en el ambiente. Me vuelvo y mi pulso se acelera cuando veo un grupo de figuras que irrumpe en la galería. ¿Centinelas de los Saint?

El hombre que lidera el grupo levanta la cabeza y el sol de la tarde baña con una luz dorada las cicatrices que recorren su cara.

«Esta aquí. Lo ha conseguido.»

Mi pecho se tensa con un jadeo y, en este mismo segundo, cuando me giro y veo que la desesperación se apodera de las facciones de Ames, lo sé: he ganado.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Por lo que Killian me cuenta durante el camino de vuelta a casa, apenas había salido de Norland House cuando Cressida y Tom llegaron de vuelta a la propiedad. Por lo visto, Essie había interrumpido su reposo para mandar a buscar rápidamente a nuestros familiares e informarles de mi destino. Mi hermana, me explica Killian, lo ha confesado todo —su correspondencia con Ames y la rabia de este cuando ella se negó a aceptar su propuesta de matrimonio— y ha mostrado como prueba todas las cartas. Ha bastado una simple ojeada al sello de la orquídea y a la marca, incompleta aunque idéntica, de la nota de amenaza, para que mi primo y su esposa convocaran a nuestros centinelas y los enviaran a por mí.

Le explico, a cambio, todo lo que he averiguado: que Ames y su madre idearon las brechas de nuestra frontera para tratar de debilitar la determinación de Essie hasta que se sintiera tan desesperada que no le quedase otro remedio que aceptar la alianza y la propuesta de matrimonio del archidoncel, y que, al ver que se mantenía impertérrita, la habían borrado del mapa a la fuerza para volcar su atención en mí.

Creo que debería sentirme satisfecha. He conseguido lo que buscaba, una prueba de la culpabilidad de Ames, incluso algo más que eso. Pero, por alguna razón, durante todo el viaje de vuelta a Norland, rememoro constantemente la expresión que he visto en el

rostro de Ames cuando Killian y sus hombres me han rescatado. Parecía algo más que derrotado, tenía la mirada vacía y fija en mí. Parecía muerto.

La noche ya ha cubierto Norland con su manto negro cuando llego a casa. Horas más tarde, me despierto a oscuras, y la forma difusa del sueño que ha interrumpido mi descanso se aleja corriendo de mí. Intento alcanzarla…

Un príncipe joven y apuesto, el sol detrás de su cabeza, y una chica entre sus brazos. La chica tiene el pelo oscuro, la piel clara; el fantasma de él, su sombra, se retuerce cuando se inclina sobre la boca de ella. Mi yo dormido la reconoce. Aparto la vista, turbada ante esa muestra de afecto, y es entonces cuando la oigo gritar.

La visión se rompe cuando vuelvo a mirar, hacia mi hermana. No necesito ver el final para saber que ella ha desaparecido.

Con la frente empapada en sudor, aparto las sábanas pegajosas y busco a tientas la mesita de noche y, una vez localizada, la vela y luego la caja de yesca que he utilizado para encenderla antes de acostarme. *Ames y Essie. Essie y Ames*. La imagen de la pareja, entrelazados como la noche y el amanecer, sigue presente en mi cabeza como un espectro, y el grito aterrado de ella, un contrapunto penetrante que se cierne sobre mis pensamientos. Necesito ver a mi hermana… Necesito *luz*…

Sin querer, choco la mano dolorosamente con el pesado candelabro de bronce, que cae al suelo con un golpe sordo que me hace temblar los huesos. Gruño de frustración y me llevo las manos al pecho. Tengo la sensación de tener los pulmones llenos de aceite caliente, ardo por dentro.

Me sobresalto cuando oigo que llaman a mi puerta.

—Archidoncella. —La madera amortigua el tono de preocupación de la voz. El pánico me ha dejado confusa y me cuesta identificarla—. ¿Va todo bien?

Parpadeo y mi visión se adapta gradualmente a la oscuridad hasta que aparece mi habitación, el bulto de la colcha, que se ha deslizado hasta caerse de la cama y ha quedado amontonada en el suelo, y la sensación líquida de las cortinas que ocultan la ventana.

—¿Qué pasa? —grito, enfadada—. ¿Quién es?

Un instante de silencio.

—Soy yo, archidoncella —responde la voz.

Noto cierta contención en el habla de la persona, una cautela intencionada, como si intentara pronunciar a la perfección cada vocal.

La reconozco.

—Killian. —Me dejo caer sobre las almohadas y una sensación de alivio se combina con la de inquietud—. ¿Qué hace aquí?

—Estoy de guardia. —La respuesta del centinela es simple, aunque detecto aún una pizca de recelo en su tono de voz, como si estuviera en el pasillo moviéndose de un lado a otro, inspeccionando la penumbra en busca de un intruso. Carraspea antes de volver a hablar—. He oído un ruido.

Essie y Ames. La ausencia entre los brazos de él, allí donde ella estaba hacía solo un segundo, el cuerpo de Essie moviéndose en un abrir y cerrar de ojos, un abanico de pelo negro sobre su piel clara… desaparece en un instante. El grito.

«Era una pesadilla. Solo eso, nada más.»

Sacudo la cabeza para ahuyentar la ilusión y retorno a mi habitación.

—¿Se me va a prohibir ahora hacer ruido? —le espeto, fastidiada.

Es un comentario absurdo y sin sentido, obviamente burlón, pero no me importa. La voz de Killian, su presencia, es una muralla de protección que mantiene a raya la oleada de emociones que siento agitarse en la base de mi estómago. Si se marcha, temo acabar engullida por el oleaje y aplastada por su enfurecida espuma.

Oigo un resoplido al otro lado de la puerta.

—Si quiere una respuesta ingeniosa a eso que acaba de decir, tendrá que esperar hasta mañana —responde con sequedad Killian —. Mis reservas, generalmente, se agotan a medianoche. —Otro momento de duda, esta vez abrupta y entrecortada, como si fuera a decir algo más y hubiera decidido no hacerlo en el último segundo—. Le ruego que me disculpe si la he molestado. Buenas noches…

—He tenido una pesadilla. Sobre Ames.

Mis palabras brotan sin que me dé tiempo a evitarlo e interrumpen la frase de despedida de Killian. Recojo las rodillas debajo del cuerpo y me inclino sobre mi nido de sábanas a la espera de su réplica. La noche totalmente extendida a mi alrededor, como una capa de terciopelo que cubre la habitación, junto con la barrera sólida de la puerta que nos separa otorgan a la situación el ambiente de un confesionario. Eliminan cualquier indicio de humillación que en otras circunstancias podría sentir después de mi revelación y dejan tan solo patente mi necesidad desesperada de compañía… de absolución.

Sin embargo, cuando Killian vuelve a hablar, lo hace con un tono de voz tan tenso y rígido como una camisa recién planchada.

—Siento oír eso, archidoncella —responde—. Si lo desea, puedo ir a buscar a alguien, a su primo, tal vez, o a la duquesa. Estoy seguro de que estarán más que encantados de que les hable sobre su sueño.

—No quiero hablarlo con Tom. —Mi respuesta es suplicante, vergonzosamente quejumbrosa—. Quiero hablarlo con usted, como hemos hecho otras veces en el pasado. No como archidoncella y centinela, sino como iguales. —Trago saliva y me escuece la garganta al hablar—. Como amigos.

—Pero *no* somos iguales, Merrick —replica al instante Killian. La fiereza de su negativa, la repentina liberación de su compostura atraviesa el espacio que nos separa y me escuece como el beso de un látigo—. Perdón —continúa después de una pausa, y su disculpa queda amortiguada por la madera—. Me alegro de haber podido llegar hoy a tiempo, pero… me temo que me he permitido saltarme demasiados límites estas últimas semanas con el pretexto de ayudarla. —Hay una nueva pausa en su discurso. Me lo imagino tensándose, con los ángulos de su mandíbula volviéndose más pronunciados—. He olvidado mi posición —admite por fin—. Tenía razón cuando me dijo que no puedo… que no puedo evitar volver a mis viejas costumbres cuando estoy con usted. Me he permitido demasiadas libertades… y lo siento.

Se interrumpe y suelta el aire con fuerza. El sonido contiene una emoción, una especie de frustración, y despierta en mí un recuerdo:

la expresión del rostro de Killian cuando nos sorprendió a Ames y a mí en el pasillo, hace menos de un día. En aquel momento, deseé detenerlo, agarrarlo por el brazo y explicárselo todo, como si exponer mis motivos para querer casarme con Ames fuera a disminuir el innombrable sentimiento de culpa que se coagulaba, como un nudo, en mi estómago cada vez que sus ojos se encontraban con los míos.

Pero no lo había hecho. Tenía excusas; una vez más, yo siempre tenía excusas. Siempre tenía un motivo para huir, para hacer invisibles los pecados que dejaba atrás, para hacerlos prácticamente inexistentes, hasta que volvía la vista atrás y los veía.

Noto que el rubor me cubre las mejillas aun sin poder verlo; es como pasar la mano por encima de la tapa de una olla y percibir el vapor que hay atrapado debajo.

—Siempre ha actuado siguiendo mis órdenes —susurro—. Yo quería un aliado, y usted siempre se ha mostrado amable y nunca se ha negado a cumplir mis deseos. Si hay aquí algún culpable, soy yo.

Killian no está presente para mirarme a los ojos, pero, incluso así, proyecto la mirada hacia el perfil de mis pies descalzos, como si hacerlo sirviera para protegerme de mi propia vulnerabilidad.

—Sé que no me debe nada… Ya ha hecho demasiado por mí. Pero, por favor, aunque sea solo por una hora, ¿podría usted fingir? No puede verme… Yo podría ser cualquiera, una chica del pueblo que se cruzó en el mercado, quizás. Por favor. —Mi voz suena cargada cuando lo repito por enésima vez.

Un largo silencio. Al otro lado de la puerta, el pasillo parece estar sumido en un silencio absoluto y el mutismo se extiende como un velo que asfixia todo lo demás. ¿Se habrá marchado Killian? La posibilidad es dolorosa y me clava las uñas con furia en el pecho. Se me nubla la visión, me arden los ojos.

—Ha tenido una pesadilla sobre Ames.

Levanto la vista y el pulso se me acelera. La respuesta del centinela es resignada, poco más que un murmullo, pero está ahí. Killian está ahí.

—Sí —afirmo enseguida, pensando que, si tardo demasiado en responder, Killian podría cambiar de idea y dejarme sola de nuevo—.

No puedo dejar de pensar en la conversación que hemos tenido en el Nido. Ames ha reconocido la verdad sobre la relación entre mi hermana y él, incluso ha confesado su implicación en el asunto de las brechas. Pero, cuando lo he acusado de secuestrar a Essie, me ha parecido… No sé, se ha quedado sorprendido. —Me abrazo a la almohada mientras dejo que las reservas que me han estado torturando toda la noche salgan a la luz—. Me ha parecido extraño.

—A lo mejor, simplemente, es que resulta que es un buen mentiroso —replica Killian sin alterarse—. Además, al final lo ha admitido todo, ¿no?

Su voz suena ahora más cerca, como si estuviera apoyado en la puerta, pensando. Enderezo la espalda.

—Supongo, sí. Me ha dicho que yo era inteligente y que era una lástima que nadie más pudiera escuchar mis teorías. —Me muerdo el labio—. Pero todo eso, de todos modos, carece de importancia. Como ha dicho, Ames es un buen mentiroso. No sé por qué sigo haciéndome tantas preguntas.

Transcurre un minuto sin que ninguno de los dos hable, la brisa nocturna susurra entre tanto su melodía contra los cristales de la ventana. Intuyo que la conversación está tocando a su fin, que su cola se me escapa de entre los dedos… Un segundo más, quizás dos, y se habrá ido, será simplemente una sombra más en la negrura.

—Me temo que sigo estando celosa de ella, de Essie —confieso y, de repente, la conexión vuelve a cobrar vida. Cierro los ojos con fuerza y continúo, en un tono tan bajo que me pregunto si Killian oirá lo que digo—. Supongo que la envidio por ser la depositaria de mi padre, por haber vuelto y reclamar su título justo después de que me haya sido transferido.

—¿Y tanto le importa eso? —El comentario de Killian se produce más rápido de lo que me esperaba y me impacta como el acero frío, como el filo de una espada—. Ser depositaria, convertirse en Señora de la casa… ¿realmente merece la pena llevar una vida como la de su padre? ¿O como la de Ames, para el caso? ¿Pasarse décadas con el miedo constante de ver su reino desafiado, luchando sin cesar por tener más poder, más tierras, más influencia?

Siento picor, es como si el aire se hubiera vuelto de repente más denso y se acumulase, como polvo, sobre mis hombros.

—¿Y acaso es mucho mejor la alternativa? —replico, uniendo las manos en el regazo para impedir que tiemblen—. Quizás haya olvidado, Killian, que, a diferencia de usted, yo no soy un hombre. Si no me convierto en Señora de la casa, no me quedará otra alternativa que el matrimonio, casi con toda seguridad, con un viudo que me doblará la edad, lo que convierte a Ames en una joya, en comparación. No puedo simplemente… huir de mi pasado y empezar de cero, como ha hecho usted.

Un crujido en la madera del suelo, un sonido desafiante: al otro lado, Killian se está moviendo y la obsidiana oscura de su sombra se proyecta de forma distinta por debajo de la puerta.

—Ha olvidado, quizás, que mi vida no empezó en Norland House —declara con voz tensa. Debe de estar ahora de cara a la habitación, hablándole directamente a la madera—. Hay partes de mi historia, partes *de mí*, que todavía desconoce.

Levanto la vista hacia el techo.

—Oh, sí, lo había olvidado… Sus trágicos antecedentes que están aún pendientes de explicar. —Resoplo—. Arrójeme un poco de luz, señor Brandon. ¿Qué pecados tan horribles oculta que me imposibilitarían volver a mirarle algún día a la cara?

—No me llamo así.

Lo dice sin alterarse, sin emoción, pero me sorprende de todos modos.

—¿Qué?

Vuelve a suspirar y, esta vez, el suspiro rebosa rencor.

—Mi apellido no es Brandon… Ese era el apellido de soltera de mi madre —reconoce—. Es *Moran*.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Cómo…?

—Como el duque Rojo Logan Moran de Kyrie, sí. Es mi padre —confirma Killian. No me pasa en absoluto por alto el tono ácido de su voz, su manera de pronunciar *padre*, como si tuviese una rodaja de limón en la boca—. Soy el menor de la familia.

La revelación es como un amanecer repentino que lo ilumina todo.

—¿Es usted Kelly Moran? —pregunto con incredulidad—. Pero si es… Siempre oí decir que era…

Me interrumpo, ruborizada y sin saber muy bien cómo continuar.

—¿Una gran belleza? —añade Killian para rematar mi frase con un cinismo irónico que me revuelve las entrañas—. Sí, me lo decían a menudo. Hasta que dejé de serlo.

La sombra vuelve a moverse. Capto un sonido de algo que raspa en el pasillo, seguido de otro crujido de protesta de las tarimas del suelo. Me lleva un instante comprender que se ha sentado, que tiene la espalda apoyada en la puerta.

—Mis padres tuvieron cuatro hijos antes de que mi madre falleciera —empieza a explicar Killian. Parece más cansado de lo que estaba hace un momento, como si su historia fuera una piedra que lo está aplastando, que lo está erosionando—. La madre de mi padre era hermana de lord Albion, un parentesco tan alejado del Señor de la casa que ni mis hermanos ni yo podíamos ser considerados candidatos principales a la nominación, pero, aun así, un ducado es un título importante que heredar. —La puerta tiembla cuando se acomoda. Me lo imagino pasándose una mano por el pelo, sus ondas pintadas por un frío negro azulado en plena noche—. Igual que sucedió con su padre, el mío tampoco nombró un sucesor siendo pequeños mis hermanos y yo, aunque, a diferencia de lord Silas, esperaba que luchásemos por ese honor. —Hace una pausa—. Aunque quizás estoy equivocado… Quizás nuestras infancias también fueron similares en este sentido.

Se calla. Imagino que estará perdido en sus pensamientos. Un dolor punzante, como el de un pinchazo de un fragmento de cristal roto, se me clava en el costado al oír estas palabras. Inquieta, intento ignorar la emoción.

—El caso es que —continúa Killian—, como le he explicado, soy el hijo menor de mi padre y tengo tres hermanos por delante de mí. Cuando yo nací, ellos llevaban ya años peleando por el título. Yo era como un hermano que sobraba, sin nada que hacer aparte de gastar el dinero de mi familia, cazar y esperar, por si se daba el caso de que

alguno de mis hermanos moría y me tocaba ocupar su lugar. Fueron ellos los que acuñaron mi apodo: *Pequeño Kelly*, me llamaban, nunca *Killian*. Odiaba que todo el mundo me conociera por ese nombre. —Su tono se vuelve amargo—. Debería haberme dado por satisfecho con mantenerme al margen de la refriega, pero estaba resentido con los míos. Quería más.

Una sensación extraña de reconocimiento se instala en mis entrañas; es como toparse con un desconocido por la calle y ver un poco de ti reflejado en él, en la forma de su nariz, en la ondulación de su pelo. Un heredero nacido con todos los atributos del poder, pero sin ningún peso para sostenerlos. Un niño cuyo amor por sus hermanos se pudre hasta transformarse en envidia y envenenar la sangre que los une, como vertidos nocivos arrojados a un río.

Conozco una niña así. Yo era una niña así.

—Empecé a buscar pelea con mis hermanos —prosigue Killian, ajeno a mi desasosiego—. A partir de ese momento, me sumergí rápidamente en su rivalidad, como aquel que se sumerge en una bañera. Tenía tanta diferencia de edad con respecto a ellos que nunca me habían visto como una amenaza y solían compartir sus inseguridades conmigo de pequeño. —Carraspea, un sonido estridente—. Empecé a utilizar sus miedos en su contra, a incomodarlos unos con otros y también delante de mi padre. Quería que parecieran débiles.

Mi sensación de malestar se intensifica, se asienta como carne rancia en mi estómago. Lucho por permanecer en silencio mientras Killian suelta el aire y, entonces, su entonación cambia, se muestra dubitativa, casi reacia.

—Hace poco menos de un año, mi hermano Declan y yo estábamos de patrulla cerca de la frontera de Norrin —continúa Killian—. Se produjo una brecha. Una de las farolas se apagó y varios Fantasmas lograron cruzar por allí. Declan me desafió, diciéndome que, si tan en forma estaba para suceder a mi padre, fuera yo a acabar con ellos.

Me rugen los oídos y me embarga una sensación de vértigo, como si la tierra se hundiera a mi alrededor.

—Killian, no —musito.

Pero él no titubea, y solo una mínima contención en su respiración me da a entender que me ha oído.

—Por aquel entonces era impulsivo y temerario. Acepté el desafío —continúa con voz tensa—. Maté el primer Fantasma con facilidad, pero había tres más y me superaron. —Se interrumpe un instante y la habitación empieza a palpitar—. Ya ha visto el resultado.

Como si la hubiera invocado, me viene una imagen a la cabeza: visualizo las cicatrices que serpentean por su piel como un manto de hiedra. Heridas de un ataque de Fantasmas, había imaginado desde el primer momento que lo vi. Y no me equivocaba, pero esto, la explicación completa del suceso, me deja sin palabras.

—Declan vino cuando oyó mis gritos —añade Killian para terminar—. Supongo que sabía que sería mucho más cruel acabar con mi vanidad que acabar con mi vida.

Agarro las sábanas con tanta fuerza que los nudillos se me quedan blancos. Al otro lado de la puerta, oigo el murmullo de los movimientos de Killian. Deseo con desesperación estar con él, abrir la barrera que nos separa y abrazarlo, pero cuando intento levantarme, me encuentro paralizada.

—¿Y su padre lo castigó? —pregunto, en cambio—. ¿A su hermano?

—Todo lo contrario —responde Killian sin la mínima pizca de emoción—. Nombró a Declan su heredero. Después de aquello, mi familia quiso enviarme a casa de un primo hasta que el escándalo se aplacara, pero me negué. —Killian sigue hablando, pero sus palabras se separan a mi alrededor como el vado de un arroyo, sin que mi cabeza pueda casi registrarlas—. Sabía que la desfiguración de mi cara haría que mis parientes se sintieran incómodos y tenía demasiado orgullo como para aceptar la caridad de los pocos de ellos que me la habrían brindado. De modo que viajé hacia el sur. Pasé una temporada sirviendo como centinela bajo las órdenes de lord Florabelle y los Carrington en Southhook, y entonces, cuando su hermana pidió fuerzas adicionales, decidí venir aquí. A Norland House. —Tamborilea con los dedos en el suelo, un golpeteo sordo, como la lluvia—. Siempre me he preguntado si su hermana me

reconoció. Coincidimos una vez, de niños, cuando lord Silas la llevó a una fiesta que celebrábamos en nuestra finca, pero, si sabía que el apellido que le proporcioné era falso, nunca lo mencionó.

—Killian.

Pronuncio su nombre porque no sé qué otra cosa decir. Deja un regusto en mi boca, como a leche agriada. Cuando por fin me siento capaz de moverme, me levanto de la cama y me dirijo a la puerta, pero justo en el momento en que poso la mano en el pomo, Killian vuelve a hablar.

—No, por favor —suplica, muy cerca ahora, como un fantasma en mi oído separado de mí por solo un par de centímetros de madera. Más tranquilamente, añade—: No creo que pueda soportarlo, que me vea en estos momentos.

Mi corazón se tambalea dentro de mi caja torácica, se para. Totalmente confusa, aparto la mano.

—Solo le he contado todo esto para que entienda que, sean cuales sean las emociones que siente hacia su hermana, jamás la condenaré por ellas —explica—. El poder… Las casas lo exhiben como una moneda reluciente, te empujan a desearlo, pero no es más que una mentira. Los únicos regalos que me ha ofrecido el título de mi padre son rencor, odio y dolor. —Duda un instante—. Todo lo que deseo para usted es que pueda ser libre, de esto y de todo.

Sus palabras, la sinceridad con la que las pronuncia, rompe algo dentro de mí. Lágrimas espontáneas nublan mi visión, ruedan por mis mejillas y tiñen con sal mi piel. Me seco la cara con el dorso de la mano, avergonzada, pero cada movimiento que hago solo sirve para hacerme más añicos si cabe. No sé si lloro por él o por mi hermana, o quizás por todos nosotros al mismo tiempo, por lo que hemos perdido y por lo que les hemos robado a los demás.

Sin concederme tiempo para pensármelo dos veces, me arrodillo y descanso las manos en el suelo polvoriento. Mi pulso late con fuerza cuando deslizo los dedos por debajo de la puerta, por el estrecho espacio por donde se cuela la sombra de Killian. El aire del pasillo besa las puntas de mis dedos, más frío que el de la habitación.

—Merrick.

Oigo que la casa se acomoda alrededor de él cuando se mueve, percibo el crujido de la madera del suelo bajo su peso.

—Merrick —repite.

En este instante, pienso que nadie ha pronunciado jamás mi nombre con la belleza con la que él lo pronuncia, tan delicadamente que podría haber sido el suyo. La madera del suelo vuelve a crujir y noto que se adelanta para enlazar sus dedos con los míos. Tiene la piel seca y áspera, como el papel de lija, y el contacto libera algo en mi interior. Es como una admisión, es como una anticipación, es como la respiración contenida antes de un *sí*.

Quiero más.

—Merrick —dice por tercera vez, con más firmeza ahora, y su mano se tensa sobre la mía de un modo que hace que mi estómago se encoja placenteramente—. No puedo ofrecerle ni un título de Señor ni una propiedad majestuosa, pero, si algún día deseara liberarse de todo esto…, iría con usted si me lo pidiera. Si se marchara de aquí, la seguiría adondequiera que fuera… Hasta el infinito, si así lo deseara.

Cierro los ojos y abrazo el vacío que encuentro allí. Los lugares donde nuestros dedos se encuentran son puntos ardientes de conexión. Ansío cruzar por completo el umbral que nos separa, verlo mirándome en la oscuridad. Aceptar su oferta y huir con él, como hizo mi padre, huir a un lugar donde mi pasado no pueda alcanzarme.

Sin embargo, levanto la mano libre hacia la puerta y la poso sobre la madera lisa, como si fuera su mejilla, como si pudiera acariciarlo.

—Lo sé —respondo.

Existimos en silencio durante un instante. Cuando los muslos empiezan a dolerme y las rodillas a quejarse por estar arrodillada, me tumbo en el suelo, manteniendo el brazo extendido. Él hace lo mismo. Capto el guiño de su ojo a través de la rendija de debajo de la puerta y resulta sorprendente, su intenso color azul es una luz que alumbra la oscuridad.

Las horas pasan, la noche se desvanece, el tiempo corre imparable, hasta que, finalmente, el peso de mis párpados puede conmigo y me quedo dormida.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

El juicio contra Ames y su madre está programado para el solsticio de invierno, coincidiendo con la próxima ocasión en que el Consejo Mortal se reúna en Nueva Londres, de aquí a unos meses. Aunque llamarlo *juicio* es generoso. Cierto, mi casa ha presentado cargos —secuestro de una persona de linaje noble junto con allanamiento e interferencia fronteriza—, cargos que fueron secundados por la Casa Faulk, con lo que se alcanzó el umbral mínimo requerido para llevar a cabo una investigación formal. Cierto es también que, con lo que Ames me confesó en cuanto al papel representado por su familia en las brechas, sumado con la parte del sello de la Casa Saint estampado en la nota de amenaza encontrada en la habitación de Essie, hay pruebas suficientes con las que condenarlos. Es un juicio que, de celebrarse, significaría la disolución total de la Casa Saint y el reparto de sus territorios entre las casas vecinas.

Sin embargo, ya he oído a Cressida y Tom hablar por lo bajo sobre nuestras casas vecinas, sobre señores que, según dicen, ven los actos de los Saint como una prueba de la debilidad de nuestro linaje, no como un error por parte de Ames e Ianthe. Cada vez que surge un nuevo rumor, pienso en la reacción de Cressida cuando desapareció Essie, en cómo la critiqué por priorizar la política por encima de la seguridad de mi hermana. «A pesar de que los señores de las otras casas son en teoría nuestros aliados, *no* son nuestros

amigos», me comentó entonces, y ahora empiezo a comprender a qué se refería.

El poder, estoy aprendiendo, difumina las líneas que separan el bien y el mal hasta dejarlas convertidas en un mero borrón. El poder *es* bueno, *es* malo, solo depende de en manos de quién está: si en las tuyas o en las de otro, en si quieres alcanzarlo o intentas destruirlo.

Y nunca se tiene suficiente.

Por el momento, al menos, los Saint han sido puestos en una especie de libertad condicional: están confinados en su provincia hasta que el proceso judicial termine, y lady Ianthe tiene prohibida la asistencia a la próxima audiencia de nominación. Entre tanto, intento consolarme pensando que, al menos en el aspecto más importante, hemos ganado. Essie está sana y salva, y la persona que la secuestró ha sido identificada. ¿Por qué, entonces, me siento todavía tan inquieta, como si estuviera atrapada en una ilusión creada por mí, enredada en los hilos transparentes de un misterio que, sigo repitiéndome, ya está resuelto?

Por nuestra parte, mi familia tiene pendiente aún reconocer formalmente la transferencia de poder que se ha producido desde el regreso de Essie. El hecho de que mi hermana recupere el título de depositaria ha quedado asumido como algo natural, algo que sucede sin más explicaciones. Como el paso del verano al otoño, nadie se cuestiona el cambio, simplemente se produce. Preguntar por qué resultaría extraño, incluso un sinsentido.

Y, por lo tanto, no lo hago. Desempeño con diligencia el papel de hermana que apoya a su hermana y paso los primeros días, cuando Essie está tan débil que no puede ni siquiera andar, sentada junto a su cama y luego, cuando recupera las fuerzas, acompañándola a dar paseos por los jardines, cogiéndole la mano. Me digo y me repito que puedo considerar una victoria que los Saint hayan sido desenmascarados.

* * *

Dos días antes de la audiencia de nominación, me encuentro descansando en el salón, tocando lánguidamente las teclas de color hueso del piano que tengo delante, cuando el sonido de unos pasos me interrumpe. Levanto la cabeza, sin ser consciente de que estoy buscando un par de ojos de color distinto, hasta que encuentro dos ojos castaños, lamentablemente uniformes en su color. *Cressida*. La saludo con un gesto, devuelvo mi atención al instrumento e intento ordenar las notas dispersas en algo que se asemeje a una melodía.

Mis pensamientos, sin embargo, siguen girando en torno a Killian. Hasta tal punto que, últimamente, su ausencia me presiona con tanta firmeza como su presencia. Como si de una horquilla mal colocada se tratara, soy constante y frustrantemente consciente de que no está, lo busco en todo momento y no encuentro nada. La angustia se agrava al saber que podría encontrarlo si quisiera, que podría ir a los barracones de los centinelas y preguntar por él, que podría dejar la puerta mínimamente abierta por las noches y atraparlo cuando hiciera su ronda, pero, cada vez que estoy tentada a hacerlo, otra parte de mí me dice que pare.

Es demasiado bueno para negarse si se lo pido, de eso estoy segura. Pero, aunque ya no estoy comprometida con Ames, ¿qué más ha cambiado en realidad entre nosotros? Me dijo que se marcharía conmigo, y yo, en cambio, elijo Norland, tal y como mi padre me educó para que hiciera. Después, cuando la nominación de Essie quede confirmada, regresaré a Nueva Londres y me convertiré en la esposa para la que también me educó mi padre, con un enlace que refuerce mi casa, sin importar lo mucho que eso llegue a consumirme.

Pretender lo contrario es demasiado doloroso y sería demasiado cruel para Killian. Es mejor, me digo, dejarlo marchar, concederle la libertad que dijo que deseaba para mí.

Reflexiono sobre todo esto mientras aporreo el piano con una melodía discordante. Imagino que Cressida ya se ha ido y que ha pasado por el salón rumbo a cualquier otro destino de la casa. Por eso, cuando posa una mano en mi hombro, me sobresalto.

Mi prima política frunce el entrecejo y se aparta al ver mi reacción.

—¿No me has oído? —pregunta en un tono cargado de impaciencia—. He pronunciado tu nombre tres veces, como mínimo.

Avergonzada, cambio de posición en el banco acolchado para quedarme de cara a ella. Va vestida para estar por casa, con un vestido amarillo de corte sencillo, y cargada con un montón de papeles atados con un cordel. Desconozco el contenido, pero parecen de diversa antigüedad y tamaño, algunos amarillentos, otros en perfecto estado.

—Lo… Lo siento —respondo, alejando de mi cabeza cualquier pensamiento relacionado con Killian—. Supongo que estaba distraída.

Cressida resopla.

—No por tus habilidades musicales, eso seguro.

Lanza una mirada fulminante al piano, como si su confuso gorjeo le hubiera ofendido personalmente, antes de volverse hacia mí. Cuando su mirada recorre mi cara por segunda vez, su expresión se suaviza y su fastidio queda sustituido por una emoción más suave.

—Vengo para decirte que tu hermana ha dado permiso al personal para que empiece a limpiar los aposentos de tu padre —anuncia sin alterarse, al menos directamente: sus ojos, sin embargo, esquivan de pronto los míos, como si le costase mantenerme la mirada—. Hay que hacer espacio para los huéspedes que tendrán que quedarse a pasar la noche aquí después de la audiencia de nominación si no queremos que los señores se vean obligados a dormir en literas en los barracones de los centinelas.

—Oh, por supuesto… Es comprensible.

Recorro con el dedo índice el estampado floral de mi vestido de chintz y bajo la vista. No sé muy bien por qué el anuncio de Cressida me perturba de esta manera. —Desde la muerte de mi padre, mi duelo se ha visto atravesado por el resentimiento, mi dolor ha sido amargo y bilioso, si acaso puede calificarse de dolor, pero sus palabras me sientan, de todas formas, como un puñetazo en el estómago. La retirada de sus pertenencias físicas suena a algo definitivo, no como lo fue el baile organizado en su honor. En cuanto se lleven sus cosas, en cuanto no quede nada de él que lo vincule a

esta tierra, excepto los recuerdos, ¿cómo voy a poder demostrar que ni tan siquiera existió? Se convertirá en poco más que un cuento para ir a dormir, en una historia a la que aferrarme por las noches cuando tenga frío y no pueda conciliar el sueño.

Cressida parece entenderlo, porque suspira y sus facciones se relajan todavía más.

—Imaginaba que sería una noticia difícil de escuchar —continúa —. Los criados empezarán los trabajos esta tarde. Les he pedido que lo retrasen una hora, para daros a Estella y a ti tiempo para retirar cualquier objeto personal que queráis guardar. Entre tanto, toma… —Me hace entrega del paquete y los papeles quedan depositados en mis manos; pesan más de lo que imaginaba—. Estaban en su escritorio. Si encuentras algo relevante, guárdalo para vuestros archivos. Todo lo demás puedes tirarlo. He intentado incluir solo lo que parecía reciente.

Vuelve a darme un apretujón en el hombro, con más cuidado esta vez. Entonces, con una sonrisa compasiva, da media vuelta y abandona con elegancia el salón.

Permanezco sentada un minuto más, con la mirada fija en la colección de papeles que tengo en las manos, acariciando con el pulgar los bordes de las hojas, curvados como pétalos. Pasado un momento, suspiro, tiro de la cuerda que los mantiene sujetos y dejo los papeles en el banco del piano, a mi lado. Los estudio por encima y veo que se trata, básicamente, de correspondencia: notas sobre la recolecta de madera de este año y propuestas de subidas de impuestos, misivas de otras casas, algunos informes de centinelas alertando a mi padre sobre los problemas en la frontera. En muchas de las cartas, la escritura de mi padre llena en su totalidad la página, conservada como un fósil, y verla hace que el dolor de mi corazón palpite con más fuerza. Cojo otra nota, una hoja con una lista de nombres y números en una pulcra columna, una especie de registro, por lo que parece.

Frunzo el entrecejo. En la parte superior de la hoja hay un símbolo, dibujado con prisas y centrado, como un título.

Es una corona. Me suena de algo.

Acaricio la esquina del papel y recuerdo el baúl vacío que encontré la noche que Killian y yo visitamos Shoreham-by-Sea, el que tenía un extraño sello grabado en su interior: esta corona. En aquel momento me había preguntado qué significaría esa marca, había tomado mentalmente nota del dibujo y lo había olvidado por completo con las prisas de salir corriendo del orfanato con Killian poco después. Pero ahora, al ver ese dibujo gemelo, el recuerdo vuelve a la luz. ¿Utilizaría mi padre este símbolo para indicar los bienes que pretendía donar?

Me encorvo sobre el papel y leo los nombres que aparecen debajo de la marca.

«1 caja para el orfanato del Sagrado Corazón, Shoreham-by-Sea.

1 caja para el hogar para viudas Greene, Chatham Crossing.

2 cajas para la iglesia del Guardián de la Luz, Framwick.»

La lista sigue, una caja aquí, otro par allí. Veo que todas las entidades que aparecen nombradas son instituciones benéficas, iglesias, orfanatos y similares. Entre ellas hay un nombre que reconozco: el orfanato del Sagrado Corazón.

«Bueno —pienso—, al menos ya tenemos un misterio menor solventado.» El contenido que faltaba en el baúl debía de ser una donación de beneficencia, similar a los muchos envíos de comida que mi padre había enviado fuera de casa antes de su fallecimiento. Sus intentos de *hacer limpieza*, como lo había denominado Tom justo después de mi regreso a Norland. Repaso de nuevo la lista. Concluyo en que hay más de una docena de poblaciones en este registro.

Sacudo la cabeza. Supongo que haber descubierto esto debería darme cierta paz mental, la idea de que mi padre deseó ayudar a la población durante las semanas previas a su muerte, pero hay algo que no me cuadra. No consigo superar la sensación de que a mi padre la gente del pueblo no le importaba en absoluto y que simplemente quería destrozar todo lo posible nuestra casa mientras siguiera con vida.

«La Casa Darling caerá.» En cierto sentido, mi padre se aseguró de que sucediera precisamente esto, mucho antes de que lo hiciera

Ames.

Dejo el papel. Solo de pensar en la cantidad de correspondencia que me queda por clasificar me entra dolor de cabeza y, además, no tiene ningún sentido continuar con el resto sin que Essie esté presente. ¿Y si ella quiere guardar algo que yo considero carente de importancia? Recompongo el paquete, lo cojo y me levanto, decidida a ir a su habitación y pedirle que me ayude.

Sin embargo, cuando llego, la habitación está en silencio y la puerta se abre con facilidad cuando la empujo.

—¿Essie? —digo con ciertas dudas, asomando la cabeza hacia el interior.

El corazón se me encoge cuando veo la cama vacía, las sábanas arrugadas a sus pies, la taza de té en la mesita de noche, con el vapor ascendiendo aún a su superficie en volutas de humo. No está. El miedo hace su aparición a toda velocidad y avanza hacia la vanguardia de mi cabeza desde los rincones oscuros donde la había guardado desde el regreso de Essie. «La tiene Ames, ha vuelto a llevársela…»

Inspiro hondo para calmar mis nervios. Ames está encerrado obligatoriamente en su casa y, con toda probabilidad, mi hermana habrá ido a buscar unas galletas para acompañar el té. La esperaré aquí, decido, y, si no vuelve en diez minutos, *entonces* me plantearé dar la alarma.

Me acerco a la mesita de noche, aparto la taza y dejo el pliego de papeles al lado, maldiciendo para mis adentros cuando una de las cartas absorbe un poco de líquido marrón que se ha derramado en la mesa. Cressida no ha levantado aún la prohibición sobre la flor de brezo y ha insistido en que las reservas que nos quedan se guarden para la audiencia de nominación. Limpio con la mano lo que queda de líquido derramado, me instalo en la silla y espero.

Tic, tac. Los segundos pasan con una lentitud insoportable. Es como si mi solitaria presencia hiciera que el tiempo anduviera arrastrando los pies, consciente de que no tiene que preocuparse por impresionar a una multitud. Miro a mi alrededor y mi mirada pasa de la chimenea fría, con algunas brasas que todavía arden entre la ceniza, al escritorio de Essie, a su…

Su armario. Siento un hormigueo. Me obligo a apartar la vista de allí, pero, ahora que lo he visto, no puedo dejar de pensar en las cartas que guardaba allí mi hermana. Las misivas de amor de Ames. Aunque jamás lo admitiré en voz alta, una parte celosa de mí siente una oleada de envidia al pensar en ellos dos juntos, aun sabiendo que no es correcto, aun sabiendo todo lo que sé sobre Ames y sus crímenes. Una parte superficial de mí sigue odiando lo fácilmente que caí en su trampa.

Sin entender muy bien por qué, me levanto, me dirijo al armario y abro las puertas. No me permito pensar en cuáles son mis motivos, pero me arrodillo, encuentro la plancha de madera suelta del fondo, la retiro y saco el pliego de papeles sujetos mediante una cinta. Solo quiero verlos… Solo quiero…

El roce del papel sobre la madera me lleva a detenerme. En un rincón del espacio oscuro que ha dejado al descubierto la plancha retirada, veo que asoma, como la lengua de un gato, el borde blanco de otra hoja, separada del pliego, como si se hubiera caído ahora al manipularlo. ¿Se ha caído o no? La curiosidad me puede y cojo el papel por la esquina para sacarlo de ahí.

Salen más papeles, tres hojas más después de que tire de la primera. Frunzo el entrecejo, las cojo y las extiendo en el suelo, delante de mí.

Lo que veo me deja paralizada.

La carta que ha quedado más a la derecha lleva la letra de Ames, aunque hay poca cosa escrita. La hoja está prácticamente en blanco excepto una frase centrada en la parte inferior, «reúnete conmigo en los establos», algo que, en cualquier otro momento, me habría hecho rabiar por sí sola. Pero ahora, apenas la miro dos veces antes de volcar mi atención en la esquina superior derecha, donde alguien ha arrancado un rectángulo del papel. Es justo la esquina donde, según el resto de las cartas de Ames, está estampado el emblema de la Casa Saint.

Trago saliva y mido la parte de papel que falta. El estómago me da un vuelco cuando lo confirmo: tiene aproximadamente el mismo tamaño que la nota de amenaza que encontré en la cama de mi hermana la noche de su desaparición.

Una puñalada en el corazón, pero son las otras hojas las que me lo clavan.

A diferencia del otro papel, aquí no hay rastro de la escritura de Ames ni de cualquier letra que me resulte familiar. Hay decenas de mensajes escritos por una sola mano, pero con distintas variaciones, unos más chapuceros que los otros, como si el autor estuviese intentando perfeccionar su caligrafía.

Todos los mensajes, absolutamente todos, dicen exactamente lo mismo.

«La Casa Darling caerá.»

Algo frío y puntiagudo se desliza por mi garganta, el pinchazo gélido de una aguja. De pronto, me siento incapaz de respirar. La visión se me nubla, veo puntitos negros similares a moscas, estoy mareada…

Entonces, detrás de mí, cruje la puerta.

Me incorporo, me giro sin soltar la carta de Ames con la esquina arrancada. Essie está esperando, como un cisne negro, como un mal agüero, como los pozos limosos del fondo de una taza de té que predicen la muerte.

—Merrick —dice mi hermana, sin emoción—. No esperaba encontrarte aquí.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Entra en la habitación y la puerta se cierra con un crujido a sus espaldas. Es un sonido limpio, como el de la hoja del cuchillo cuando cae sobre su víctima. Transmite una sensación de finalidad, es como si el resto de Norland se hubiese retirado y solo quedara esta habitación y nosotras dos.

—¿Qué tienes ahí? —continúa.

Es una pregunta afable, más de intriga que de alarma. Por el brillo de sus ojos, el de la plata pulida, adivino que ya lo sabe. Sigo, sin embargo, aferrando el papel contra mi pecho, cerrando los nudillos sobre él para protegerlo.

—Ah. —Su voz desciende hasta convertirse en un susurro aterciopelado, con la sinuosidad de una serpiente con el vientre pegado a tierra—. Es lo que me temía. —Chasquea la lengua y avanza hacia mí con el brazo extendido. El bajo de su vestido color verde salvia roza el suelo con sus movimientos, dejando a su paso un siseo sutil—. Un descuido por mi parte dejar cabos sueltos, la verdad. Nadie te advierte sobre lo angustiante que puede llegar a ser estar de duelo. Las cosas importantes… simplemente se te olvidan.

Retrocedo un paso y casi tropiezo con las prisas por poner distancia entre nosotras.

—Aléjate de mí.

Essie se para, obedientemente, y arruga la frente como si le doliera algo.

—No seas tonta, Merrick —dice con una carcajada que suena como un trino—. ¿Qué piensas que voy a hacerte? ¿Matarte?

Mi pulso se acelera y el instinto de salir huyendo despierta mis nervios, pero doy un paso calculado más para alejarme de ella e intento responder con tono imperturbable.

—Incriminaste a Ames. La nota de amenaza la escribiste tú, no él. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Essie ríe con incredulidad—. ¡Porque papá me obligó a hacerlo! —Sus labios se retuercen como un trapo arrugado —. O el hombre que creía que era mi padre, mejor dicho —escupe—. Iba a destruirnos si no hacía nada para impedírselo. Ames no fue más que un herido de guerra… Lo que importa es que estaba *protegiéndote*, Merrick. Tienes que dejar que me explique.

—¿Qué quieres decir con eso del hombre que creías que era tu padre?

Me paro en seco, mis pies se paralizan de inmediato en el suelo, pero Essie ignora mi pregunta, como si fuera un tema que le aburriese.

—Te lo digo muy en serio, Merrick, terminemos con este asunto. Trae eso. —Me indica con un gesto que me acerque, golpeando con los dedos la palma de su mano, y su humor pasa de resentido a exigente con la misma facilidad con la que se cambiaría de vestido. Al ver que no me muevo, exhala un suspiro de impaciencia—. ¿De verdad quieres echar por tierra todo el trabajo tan excelente que has llevado a cabo? —me reprende—. Seguiste mi pista espléndidamente… Esperaba que encontraras el diario, claro está, ¡pero hay que ver lo rápido que descubriste a Ames! El cual, y estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo, no ha sido un espectador inocente en todo este asunto. —Sacude la cabeza y su expresión se vuelve despectiva—. Le advertí a Silas que Ianthe se estaba volviendo avariciosa, pero ¿acaso me escuchó? Por supuesto que no. Los Saint nos habrían devorado vivos de no haberme ocupado yo de ellos, y ahora, míralos, derrotados, que es lo que se merecen. —Observo, pasmada, cómo su rostro esboza una sonrisa y

sus ojos me miran con regocijo—. ¿Es que no ves que formamos un equipo maravilloso? —añade con un tono tan empalagoso que se me adhiere a la piel—. Siempre creí que tenías potencial, Merrick. Lo único que necesitabas era una mano que te guiase.

Cambia de posición, como si fuera a acercarse, y el movimiento me saca del trance.

—¿Qué quieres decir con eso de que creías que Silas era tu padre? —rujo, desplazándome hacia la ventana.

Essie me mira con fastidio.

—Por favor, esta repetición empieza a cansar. Además, ¿es que no puedes sumar dos más dos? Lo has hecho estupendo hasta el momento. Si incluso localizaste el orfanato, ¡por los Tres Divinos!

Un mal presentimiento se desliza bajo mi piel, me recorre serpenteante.

—¿Cómo sabes lo del orfanato? —pregunto—. ¿Te lo contó Killian? —Mis pantorrillas chocan con el alfeizar de la ventana y el golpe me obliga a detenerme, como si el impacto liberara un recuerdo. Pasos en la segunda planta, avanzando hacia la escalera. Cojo aire, la respiración me corta como un cuchillo—. Los sonidos que oímos…

Essie sonríe con sorna y aplaude, como si me felicitara por mi revelación.

—Sí —replica enseguida—. Tenía asuntos que atender allí. Casi me muero de miedo cuando Brandon y tú me interrumpisteis. —Su mueca de desdén se acentúa y entrecierra los ojos—. Qué pareja más graciosa te has buscado, por cierto —añade. Me pica la nuca de vergüenza y siento un calor, como la ráfaga de aire de un horno abierto, que me enciende el cuerpo cuando Essie continúa—. *Has* descubierto quién es su familia, ¿verdad? Esperaba que no fueses tan tonta como para dejarte engañar por un apellido tan poco creativo.

No digo nada. La ventana bloquea mi posible huida y miro a mi alrededor en busca de una salida alternativa. La única posibilidad es la puerta de la habitación. Tendré que correr hacia allí y confiar en que Essie no haya recuperado todas las fuerzas para poder

perseguirme. Tenso los músculos y mi respiración se acelera para preparar mi escapada.

—Espera, Merrick… ¡Espera, por favor!

El grito de Essie me detiene y mi atención vuelve involuntariamente a ella. Su confianza altiva ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos y está ahora con las manos extendidas delante de ella, una extensión no verbal de su súplica. Le tiembla el labio superior, como sucedería con una niña asustada.

La imagen parte en dos la ilusión que había creado sobre ella: la fachada de una persona malvada. De pronto, vuelvo a ver solo a mi hermana, la chica que venía a mi habitación a medianoche cuando no podía confiar en nadie más; la chica que, durante años, curó mis heridas y me acariciaba el pelo.

La niña que abandoné.

—No te vayas, te lo ruego —suplica, casi sollozando—. ¿Por qué no hacemos un trato? Si te quedas, te lo explicaré todo, igual que me lo explicó Silas a mí. Y, entonces, si sigues pensando que soy malvada, me haré a un lado y te dejaré marchar. —Da un paso dubitativo hacia mí; se acerca lo suficiente como para apreciar el temblor de sus hombros, el pánico que la sacude entera—. Somos hermanas, Merrick —continúa, suplicante—. ¿Querrás escucharme, por favor?

Curvo los dedos sobre el alfeizar de la ventana y clavo las uñas en el marco de madera como si fuese una espada que puedo asir por la empuñadura para marcar un límite entre nosotras. Miro una vez más hacia la puerta, sólida y pesada, que está a la espera de que yo la abra.

Entonces —porque soy patética, porque ella es la única familia que me queda—, me vuelvo hacia mi hermana y dejo caer la cabeza en un gesto de asentimiento.

El alivio de Essie se hace visible, como una pieza de tela que se afloja.

—Gracias —dice.

Inspira hondo, yergue la espalda y se pasa la mano por el vestido, reuniendo fuerzas para empezar a hablar.

—Todo empezó como ya te he contado —comienza, hablando en un tono carente de emoción—. Después de la muerte de mamá, Silas, papá, se convirtió en un recluso y apenas salía de su habitación. Sin embargo, lo que te he escondido es que, unos días antes de su muerte, me llamó para mantener una… discusión. —Se pone rígida y el recuerdo parece endurecerla como una armadura—. En el diario que dejé para ti lo expliqué como si papá hubiera abandonado sus deberes, y fue así al principio, cuando luchó por sostener el peso de la carga doble que le suponían su dolor y sus responsabilidades. Pero, en realidad, al cabo de aproximadamente un mes de que nos dejaras, le propuse ocuparme yo del día a día del mantenimiento de la frontera. Me sentía frustrada porque no me había nombrado aún su depositaria y pensé que, si veía lo capaz que era de gestionar la provincia, entendería por fin que ya estaba preparada para ello. Pero… cometí un error. —Duda unos instantes —. En aquel momento no me di cuenta de que lo estaba cometiendo, pero las consecuencias no fueron las ideales, lo reconozco. Cuando papá descubrió lo que había pasado, se puso furioso. Me dijo exactamente lo mismo que sabía que te había dicho a ti unos meses atrás: que jamás me convertiría en Señora de la casa.

Clavo las uñas con más fuerza al alfeizar y, a modo de protesta, astillas de madera saltan sobre mi piel.

—¿Qué? —replico enseguida—. ¿Por qué iba a negarnos el título a las dos?

—Aún no he terminado —dice Essie, regañándome y cruzándose de brazos—. Me dijo que yo no podría gobernar nunca porque no soy de linaje noble, porque no soy inmune a la niebla. —Me lanza una mirada que apenas registro porque estoy atrapada por el tirón de lo que Essie acaba de reconocer, por la fuerza con la que me está arrastrando hacia un pozo sin fondo con ello—. Cuando se casaron, mamá pasó años sin quedarse embarazada, tanto tiempo que acabaron creyendo que el milagro no llegaría a producirse nunca. No podían tener un heredero de forma natural, imaginaron, de modo que… que lo buscaron en el mismo orfanato del que papá había

sacado a mamá cuando la conoció. Me eligieron a mí y me criaron como si fuera su hija.

Se interrumpe y su voz se tensa, su mirada se clava en la mía como si intentara ver mis pensamientos, desvelar mi reacción como una carta que pudiera predecir. Pero, con su confesión, un silencio perturbador se ha apoderado de mí, tan intenso como una noche de invierno. Sus palabras se quedan flotando en el aire, como si formaran parte de la atmósfera, como si hubieran llegado empujadas por una brisa: «Me eligieron a mí y me criaron como si fuera su hija.»

Me estremezco. Pienso en todas las veces que me burlé de ella cuando éramos pequeñas, de su pelo oscuro y sus ojos grises, de su rostro tan taciturno al lado de mi madre y de mí, de que era como nuestra sombra personificada… ¿Es realmente posible que no sea una de los nuestros? ¿Una desconocida, un cuco que ha ido a parar casualmente a nuestro nido?

«Nunca tuvo nada que ver contigo. No es tu hermana.»

Finalmente, la sorpresa se apodera de mí con un traqueteo feroz.

—Lo que estás diciendo es imposible —espeto—. Te he visto adentrarte en las Tierras Grises, Essie. Papá te llevó de caza el doble de veces que a mí. Si no fueras de linaje noble, ya te habrías transformado en Fantasma una docena de veces.

Mi hermana responde moviendo de nuevo la cabeza con tristeza.

—Sí, bueno… Esto nos devuelve al desgraciado error que cometí. Y al plan de papá, con relación a ello.

Esboza un mohín. Me agarro a sus palabras como si fuesen un trozo de madera en un naufragio y las utilizó para encaramarme y protegerme del oleaje. «Concéntrate ahora en esto y olvida lo que te ha dicho antes. Eso vendrá después. Por el momento, concéntrate solamente en el aquí y ahora.»

—¿Qué plan? —me oigo preguntar.

Essie arquea una ceja.

—Me temo que no puedo compartirlo contigo, Merrick —responde con recato, y lo inesperado de su réplica basta para

hacerme volver en mí, al menos por el momento. Essie chasquea la lengua contra el paladar, una reprimenda sin palabras—. Lo que estaba tramando… tenía que morir con él o todo nuestro linaje, todo lo que nuestros antepasados han construido, todo por lo que hemos trabajado, habría perecido en su lugar —continúa diciendo, en tono siniestro—. Me basta con decir que no tenía ninguna intención de que ninguna de nosotras dos lo sucediera como Señora de nuestra casa. De hecho, estaba listo para ser él mismo quien clavara una estaca en el corazón de nuestra casa y, aun así, esperaba que yo lo *comprendiera*. —Cierra las manos en puños en sus costados y sus nudillos se vuelven blancos—. Que apoyara su causa, ¿puedes creerlo? Yo…

Como si estuviera cortando el tallo de una flor, se para en seco y sus labios forman una línea fina. Dueña de sí misma, incluso en estas circunstancias.

—No importa —dice con un brusco desdén—. Discutimos, y aquella misma noche ya supe lo que tenía que hacer. —Hace un gesto de asentimiento, serena y sin disculparse—. De modo que dediqué un par de días a prepararlo todo y luego le escribí una nota diciéndole que quería hacer las paces. A la mañana siguiente, partimos los dos, muy temprano, a visitar la tumba de mamá.

De repente lo entiendo, entiendo el significado tácito de sus palabras: «Lo que estaba tramando… tenía que morir con él.»

—Lo mataste. Lo empujaste a la niebla.

La afirmación parece provenir de otra persona. Me he quedado inmóvil, como si estuviera unida a mi cuerpo por finos hilos.

—Le di descanso eterno cerca de su esposa, la mujer que más amaba en este mundo —me espeta Essie. Claramente, mi comentario la ha irritado—. Fui más amable con él de lo que él fue alguna vez con nosotras.

Cierra los ojos. Su pecho se llena de aire, lo suelta. Cuando está más calmada, vuelve a abrir los ojos y sus irises de color pizarra se clavan una vez más en los míos.

—Hacer pasar su muerte como un suicidio fue sencillo. Más complicado fue idear los motivos de mi desaparición. Había varios cabos sueltos que necesitaba atar, partes de la trama de papá

pendientes de cerrar, pero, para entonces, ya me había proclamado a mí misma su heredera, su depositaria. No podía salir corriendo a dar vueltas por la provincia porque los preparativos para mi nominación ya estaban en marcha. —Essie murmura para sus adentros, un sonido frío y calculador que me pone la piel de gallina —. No, tenía que desaparecer por un tiempo y, por suerte, Ames se presentó como el candidato ideal para mi secuestro imaginario. No le había contado nada a nadie sobre nuestra relación, claro está. Escondí bien todas esas cartas idiotas que me mandó antes de que cualquier miembro del personal de la casa pudiera verlas e iniciar los rumores. «Cásese conmigo o afronte las consecuencias de su elección…» Anda que no.

Ríe, como si los intentos de intimidación por parte de Ames le resultasen débiles y graciosos.

—Pero entonces me dije: ¿Y si resulta que no es simplemente un chico mezquino que escupe veneno para sentirse más importante? ¿Y si sus amenazas fueran seguidas por algún tipo de acción… como hacer desaparecer de su alcoba a la archidoncella? —No espera a que le dé mi respuesta antes de continuar—. Sería matar dos pájaros de un tiro, por decirlo de algún modo. Mi supuesta desaparición me daría el tiempo necesario para ocuparme de los asuntos pendientes de papá y Ames recibiría su merecido por haberme fastidiado tanto. Las distintas piezas de la historia estaban allí y simplemente necesitaba alguien a quien contárselas. Entonces, tú volviste a casa.

Me mira más fijamente y el orgullo se apodera de su expresión.

—Escribí el diario para colocarte por el camino adecuado, para guiarte hacia Killian, a quien ya me había asegurado de instilar previamente una historia sobre mis *incidentes*, pero tú, Merrick, lo hiciste mucho mejor de lo que me esperaba. Francamente, me has dejado anonadada averiguando la verdad sobre las brechas, llevando a Ames a confesar el papel jugado en los ataques. Sabía que la puesta en escena de mi reaparición era arriesgada, pero con la argumentación que preparaste contra los Saint…

Se queda mirándome con expresión agradecida, fascinada casi, como si yo acabara de surgir de entre las nubes, como si fuera un

ser divino. Los dedos de los pies se me agarrotan en el interior de las zapatillas, un dedo gélido me recorre la espalda.

—Por mucho que Ames se esfuerce en negar haberme secuestrado, nadie lo creerá, ni siquiera los más fieles aliados de su madre —prosigue Essie, aproximándose—. Siempre estaré en deuda contigo, Merrick.

Apenas me doy cuenta de que la distancia entre nosotras se estrecha y de que mi hermana me coge la mano que tengo libre. El contacto es un débil zumbido en la periferia de mi conciencia. Aunque deseo soltarme, lo deliberado del gesto de Essie me advierte que es mejor no hacerlo, que rechazarla equivaldría a fallar una prueba y recibir un castigo que no estoy preparada para recibir.

Me humedezco los labios, que se me han quedado secos mientras ella hablaba, y digo, desafiándola:

—¿Y ahora qué, ahora que nos has salvado a todos del supuesto plan de papá? ¿Fingimos que nunca le pusiste una mano encima? —Me cuesta impedir el tono de reproche en mi voz—. ¿Qué tú y yo compartimos la misma sangre?

Essie sonríe, alegre y victoriosa.

—Ahora empieza nuestro reinado. ¿Es que no lo ves? —enuncia eufórica—. En solo un par de días me convertiré en la Señora de la Casa Darling y, cuando lo haga, me aseguraré de que nunca más tengas que suplicar por la compañía de un hombre como Fitz Vannett. —Me coge con fuerza y me clava las uñas—. Podrás tener todo lo que quieras y a quién quieras —afirma con entusiasmo—. Podrás tener a Killian Moran, si así lo deseas. Te proporcionaré una dote tan descomunal que podrías casarte con un campesino que encontraras en la calle y seguir siendo aún una de las mujeres más ricas de Sussex.

Alejo la imagen de Killian que llena de repente mi visión, el brillo de color zafiro de su ojo por debajo de la puerta. «Si se marchara de aquí, la seguiría adondequiera que fuera.» ¿Cómo sería mi vida si aceptara esta oferta? ¿Sabiendo que no tendría que sacrificar ni dinero ni seguridad, que, independientemente de dónde decidiéramos ir, el dinero siempre estaría ahí para allanarnos el camino?

La idea es demasiado tentadora para pensar en ella. Si lo hago, estoy segura de que caeré y por eso, para evitarlo, dirijo de nuevo la atención a mi hermana.

—¿Y qué te hace estar tan segura de que no le contaré a Cressida nada de todo esto? —pregunto—. ¿Que te guardaré el secreto?

La sonrisa de Essie no se apaga, aunque brilla con menos intensidad después de mi pregunta.

—¿Contarle qué, querida? —dice, ladeando la cabeza con curiosidad—. ¿Qué has encontrado una carta de Ames con un pedacito roto? ¿Unas cuantas hojas con cuatro garabatos? —Suelta otra carcajada y el alma se me cae a los pies—. No hay nada sospechoso en todo eso. Y, por lo que se refiere a lo que acabo de confesarte… Siempre será tu palabra contra la mía. Estoy segura de que saldría ganando yo y, aun en el caso de que, por algún giro raro del destino, ganaras tú…

Me suelta y se aparta unos centímetros para poder mirarme a la cara. Situada donde está, en paralelo a mí, con su rostro de tez clara y su pelo negro, podría ser perfectamente un dibujo al carboncillo de mí.

—Sería ejecutada, Merrick —continúa sin rodeos. Esbozo una mueca de dolor—. Asesinada. —Pronuncia la palabra con fuerza y sus facciones se endurecen al darle énfasis—. Eso sin mencionar que nuestra casa jamás volvería a ser la misma. Tal vez conseguirías que te nominaran como Señora, pero nuestra reputación habría quedado más que mancillada, y no sería más que cuestión de tiempo que las demás casas se encargaran de librarse de la mancha que les supondríamos. —Se queda pensando, dejando que sus palabras se filtren como el agua en la tierra, dejando que la atmósfera se cargue con ellas—. Lo que hice, lo hice en parte para protegerte —prosigue pasados unos momentos—. ¿Puedes mirarme ahora a los ojos y decirme si de verdad me deseas muerta?

Habla en voz baja, y la rabia, el desafío y la tristeza se entretejen dentro de mí al escuchar su pregunta. Me obligo a responderla, a decir algo, lo que sea…, pero, al final, lo único que

soy capaz de hacer es bajar la vista, un gesto que de por sí ya es una admisión suficiente.

Essie suelta el aire, satisfecha.

—Lo que imaginaba —murmura. Me sobresalto cuando descansa la palma de la mano en mi mejilla y me acuna por la barbilla—. Eres una buena hermana. Mejor de lo que me merezco, pero tenemos toda una vida por delante para poder compensártelo.

Me da unas palmaditas, como si yo fuese un perro, y entonces, antes de que me dé tiempo a reaccionar, baja la mano y arranca la nota de entre mis dedos.

—Mejor guardar esto en buen recaudo —continúa, doblando el papel en un cuadradito y guardándoselo en el interior del corpiño. Avanza de nuevo hacia mí y me estampa un beso en la frente. El roce de sus labios me marchita, me seca como la sal—. Gracias, querida —añade en un ronroneo—. Te quiero muchísimo.

Después de eso, se marcha y me deja con su habitación vacía y sus palabras de despedida dando vueltas y más vueltas en mi cabeza, como una bailarina haciendo piruetas de puntillas.

«Te quiero muchísimo.»

CAPÍTULO TREINTA

A pesar de tener un nombre muy pomposo, las audiencias de nominación son poco más que una fiesta, una especie de coronación y baile combinados en una única velada hedonística. Tradicionalmente, la noche da comienzo con un baile público organizado por la casa que recibirá la nominación y que está abierto a todos los habitantes de la provincia. Después, a medianoche, el Consejo Mortal se encierra con el nominado en una sala privada donde se delibera hasta el amanecer y se sopesan los méritos del potencial heredero. El evento termina justo antes de la salida del sol, cuando el nominado triunfante se presenta en público, engalanado con el atuendo oficial de su casa, y los miembros del Consejo Mortal desfilan detrás de él o ella como una bandada de gansos, para culminar con la ceremonia del Derramamiento de la primera sangre delante de todo el mundo.

Cuando la fuente de vida del nuevo Señor queda vertida en la tierra de su provincia, el título se hace oficial y pasa a ostentar el gobierno de la casa.

Flexiono mi mano enguantada mientras me dirijo al salón de baile de Norland y estudio la elegante seda que la cubre como una segunda piel, del azul claro del agua, el complemento perfecto para mi vestido. El confeccionado por madame Villette, el que durante unos días se había adaptado a mis medidas, ha sido modificado rápidamente para que lo utilice mi hermana. Imagino que la tela de

color carmesí se despega para dejar al descubierto la piel rosada de debajo, como quien descama un pez, y me pregunto si la tierra percibirá a su nueva líder en el sabor ferroso de la sangre de mi hermana, si la gente se revelará bajo su mano desconocida o si se inclinará agradecida hacia ella, como las ovejas que se congregan en torno a un pastor benévolo y dejan caer en el olvido el recuerdo de anteriores gobernantes.

«Le di descanso eterno cerca de su esposa… Fui más amable con él de lo que él fue alguna vez con nosotras.»

El tacón del zapato se tuerce bajo mi peso y mis pasos titubean al recordar las palabras de Essie. Durante los dos días que han transcurrido desde la confesión de mi hermana, me siento mal cada vez que pienso en ella; es como si mi cuerpo se transformara de pronto en el de un animal de presa, listo para salir huyendo. Hace unos momentos, mientras me vestían, mis criadas han puesto mala cara al ver la nueva coloración cetrina de mi piel, las ojeras moradas que adornan mis ojos. Evidencias de los días que paso mirando continuamente detrás de mí, de las noches interrumpidas por docenas de viajes hasta la puerta de mi habitación para verificar una vez más si está bien cerrada con llave.

Hay todavía mucho que desconozco: para empezar, qué estaba urdiendo mi padre, en qué consistía ese plan que Essie temía tanto que prefirió matarlo antes que permitir que saliera adelante. O, igual de desconcertante, cómo es posible que, si de verdad Essie no es de linaje noble, haya podido transitar todos estos años por las Tierras Grises sin convertirse en Fantasma.

Sus palabras vuelven de nuevo a mis pensamientos: «Me eligieron a mí y me criaron como si fuera su hija.»

Hasta el momento, no he mencionado a nadie nada de lo que sucedió entre Essie y yo en su habitación aquel día. No es que no me haya planteado hacerlo —he pensado tantas formas posibles de contárselo a Tom y Cressida que han acabado formando una caótica telaraña en mi cabeza—, pero conspirar conmigo misma es un pecado privado, una herida infligida a mí y solo a mí, incapaz de hacer daño a los demás.

«Sería ejecutada, Merrick.»

«Asesinada.»

—No —murmuro en voz alta.

Se me encoge el estómago como rechazo a las palabras de mi hermana. Independientemente de que sea o no de mi sangre, no voy a ser yo la que le haga otra vez daño a Essie. Pienso en el verano pasado, en el aire caliente, húmedo y dulce como el aliento de una vaca que me envolvió cuando dejé Norland para huir a Nueva Londres. Si no la hubiese abandonado entonces, si Essie no hubiese tenido que enfrentarse sola a nuestro padre, quién sabe lo distintos que habrían sido estos últimos meses. Tal vez habríamos podido discutir entre las dos lo que había reconocido mi padre, tal vez no habría muerto nadie.

Quizás todo sea culpa mía. Y, de ser así, ¿cómo puedo obligar a Essie a sufrir las consecuencias, por el simple hecho de estar atada a una cadena que yo comencé?

—Presentamos a la archidoncella Merrick Darling, hija del fallecido lord Silas Darling y de lady Artemis Darling, Señores de Sussex.

Estoy tan inmersa en mi confusión interna que no soy consciente de que he llegado a la puerta del salón de baile hasta que un criado pronuncia mi nombre y las dobles puertas se abren para mí. Cruzo el umbral por instinto y el salón cobra vida de repente.

Estoy en lo alto de un descansillo, del que descienden en espiral, como un par de lenguas gemelas, dos escaleras para acceder a la planta. El salón de baile es como un océano abarrotado de gente que se extiende delante de mí. Todo el mundo se ha vuelto a mirarme y sus bocas abiertas me recuerdan las de un banco de peces.

Ver a toda esta gente, expectante y deseosa, me produce repulsión, igual que me la produciría sostener una vela y tener que enfrentarme a docenas de ojos minúsculos y brillantes, bichos que acechan invisibles en la oscuridad. ¿Quién son todos estos desconocidos? Se me acelera el pulso al contemplar sus ojos en la penumbra, al considerar los pensamientos ocultos que guardan en

secreto, como polillas estrujadas en manos de un niño. Todos sus anhelos.

¿Estará mi hermana entre ellos? Lo dudo. En general, el nominado no aparece en público en la audiencia hasta que el debate del Consejo Mortal ha finalizado y emerge entonces de su resplandeciente crisálida no ya como un simple depositario, sino como un Señor de la casa perfectamente formado. Lo más probable es que esté en la biblioteca de mi padre —donde tendrá lugar la parte nocturna de la audiencia—, preparándose para defender su candidatura. Sin embargo, no puedo evitar buscar entre los asistentes su mirada de halcón, inteligente y evaluadora, a la espera de mis fallos.

«Ahora empieza nuestro reinado. ¿Es que no lo ves?» «Podrás tener todo lo que quieras y a quién quieras.» Cuando haya pasado esta noche, tendré todo lo que anhelaba cuando viajé a Nueva Londres: libertad, poder, dinero suficiente para poder casarme por amor, o para no casarme, si es eso lo que prefiero. Pero la promesa de Essie, a pesar de su dulzura, sabe amarga en mi boca. ¿Cómo voy a poder disfrutar de lo que mi hermana me ofrece sabiendo las vidas que ha costado hacerlo posible? ¿La sangre que se ha derramado?

La sangre de mi padre. Siento una oleada de náuseas. Si vomito aquí, delante de toda nuestra provincia, todo el mundo verá que algo va mal…

Uno de los asistentes rompe filas con el resto y sube por la escalera que queda a mi derecha con una sonrisa alegre dibujada en su atractivo rostro: Tom, que viene a escoltarme hasta abajo. Cuando llega a mi lado, acepto el brazo que me ofrece y clavo los dedos en su bíceps para apoyarme mientras me acompaña abajo. Los asistentes aplauden con cortesía, pero, cuanto más me acerco a ellos, más lascivas me parecen sus sonrisas, más discordantes y estridentes me resultan sus animados gritos de júbilo. Me recuerdan a una manada de bestias aullando para hacerse con su presa.

Me distraigo fijándome en mi entorno. Norland luce con toda su gloria y resplandece con una majestuosidad que hacía siglos que no veía. Como una chica de pueblo en un cuento de hadas, a la casa le

han lavado la cara y ha emergido la belleza oculta que ocultaba debajo. Los suelos de madera, normalmente llenos de polvo, se han pulido hasta sacarles brillo y, por encima de mi cabeza, el trío de lámparas de araña está limpio de telarañas y parpadea con la luz de un centenar de velas.

La multitud se separa cuando Tom y yo llegamos abajo y se cierra de nuevo a nuestro alrededor, engulléndonos. Reconozco algunas de las caras que me rodean como pertenecientes a gente de linaje noble, pero la inmensa mayoría de los invitados me resultan desconocidos. Muchos van vestidos con sencillez, con vestidos y pantalones humildes que resaltan como llagas en contraposición con los elaborados atuendos del resto. Plebeyos, sin lugar a duda. Sus miradas son las más duras de todas, de piedra y acero que se clavan en mi cuerpo como puñales afilados.

Tom va haciendo las presentaciones, cada una más forzada que la anterior, hasta que por fin consigo excusarme y soltarme de su brazo. En busca de un refrigerio —mis pensamientos cortan como el cristal y ansío la confusión que siempre brinda el alcohol para apagarlos—, me abro paso hacia el lado opuesto del salón de baile, donde veo una fila de criados con bandejas con bebidas.

—Si me permite, archidoncella.

Al oír una voz pegada a mi oído, me vuelvo hacia la derecha. A escasa distancia, un hombre con chaqueta ajustada y chaleco de tonalidad verde bosque extiende un brazo hacia mí para ofrecerme una copa de champán amarillo pálido. Sostiene en la otra mano una copa idéntica, con la condensación derramándose como el rocío por el costado. Su pelo, de color miel oscura, está peinado en ondas sueltas y las cicatrices atraviesan el lienzo de su cara, una de ellas descendiendo hacia la columna orgullosa de su cuello para desaparecer bajo el nudo de su corbata de seda de color esmeralda.

—¡Oh! —No estoy muy segura de sí mi exclamación es de sorpresa o de satisfacción, aunque más probablemente sea una combinación de ambas cosas. Me vuelvo para mirar mejor a Killian. Me observa con una expresión inescrutable. Sin el uniforme de centinela se le ve distinto, no necesariamente mejor, pero sí más

suelto, como si las prendas que suele llevar le apretasen un poco y ahora fuera más capaz de respirar—. Brandon. Yo…

—Esta noche estoy aquí como Killian Moran —me interrumpe con una sonrisa avergonzada dibujándose en sus facciones, como si reconocerlo lo inquietase, aunque solo un poco. Mueve la cabeza en dirección a la muchedumbre, que sigue empujándose como un banco de peces—. Mi tío abuelo Albion asiste a la velada, y he imaginado que preferirá que no lo aborde vestido con el uniforme de una casa rival.

Frunzo el entrecejo y sigo la dirección de su mirada.

—¿Abordarlo? —pregunto, aceptando la copa que me ofrece—. ¿Para qué?

Killian se ruboriza y tira con timidez del nudo de su corbata. Estar de nuevo en su presencia, después de tantos días sin vernos, me genera una oleada de calidez que atenúa el abrasivo golpe de mi sentimiento de culpa. Los recuerdos de nuestro encuentro a altas horas de la noche se despliegan en mi abdomen, lentos y decadentes, como cintas de seda esparcidas sobre un tocador.

—Servirlas a su hermana y usted ha sido un privilegio —empieza a decir de manera vacilante, y el rubor asciende por su cuello.

La energía nerviosa que exuda es magnética y me lleva a desear acercarme más a él, pasarle una mano tranquilizadora por la frente. Recuerdo que, la mañana después de haber cabalgado hasta el Nido, me desperté casi al amanecer con el sonido de sus pasos alejándose por el pasillo, con los dedos todavía metidos por debajo de la puerta de mi habitación. De no haber sido por la vela que yacía de lado en el suelo, de no haber sido por el eco de la voz de Killian en mi cabeza, por la claridad de la historia que me había contado, tan imposible de inventar, casi habría creído que toda aquella conversación no había sido más que un sueño febril, producto de mis ansiedades.

Una oleada de sensaciones me recorre las venas, una combinación de anticipación y de vergüenza. Aquella noche apenas nos tocamos —no hubo más que un roce de dedos—, pero el deseo que se despertó en mi interior fue tremendamente intenso,

tremendamente distinto a cualquier cosa que hubiera experimentado antes, incluso al deseo ardiente de los besos de Ames. Con Killian, la emoción había sido… más densa, quizás. Más pesada, había seguido pegada a mí como la miel durante días, me había envuelto en ámbar.

Sigue hablando y me arranca de mis recuerdos.

—Pero… la otra noche, tuvo razón al decir que me niego a mí mismo. —Sujeta el tallo de la copa con más fuerza, su mandíbula se tensa—. No puedo seguir huyendo de mi familia. Debo enfrentarme a ella, enfrentarme a mí mismo o, como mínimo, a ese yo que dejé en Kyrie. —La sonrisa reaparece, melancólica ahora—. Tal vez así podré por fin mejorarlo.

Parpadeo, incapaz de comprender qué me está diciendo.

—¿Se marcha?

Me siento humillada por la cadencia quejumbrosa de mi voz y más aún por las lágrimas que noto brotar en mis ojos y que arden en mi cavidad nasal. Mi reacción es patética, pero, por encima de todo lo demás, la idea de su partida es como esa moneda de plata adicional que se coloca en la balanza y desequilibra todo el sistema. Se despliega ante mí, como una premonición, una visión sombría del futuro: Killian será el primero en marcharse en cuanto termine la audiencia de nominación de Essie y, después, se irán Tom y Cressida, con su trabajo completado, y solo quedaremos aquí mi hermana y yo, persiguiéndonos como el perro y el gato por Norland.

Al ver mi inquietud, Killian se acerca y retira con elegancia la copa de mi mano temblorosa.

—Merrick…, perdóneme —se disculpa con la preocupación evidente en sus facciones—. No era mi intención incomodarla. Mire, ¿por qué no vamos…?

Me arrastra para sacarme del salón de baile a través de las puertas acristaladas del muro exterior, que dan acceso a la terraza. A diferencia de la del Nido, nuestra terraza está combada y medio desmoronada, y la hiedra se enrosca en las columnas de piedra de la barandilla como un espía de hojas verdes dispuesto a escuchar lo que vayamos decir.

Bajamos las escaleras y Killian me conduce por los terrenos de Norland, no se detiene hasta llegar a un pulcro bosquecillo de manzanos, hacia el fondo de los jardines. Olvidado cualquier intento de decoro, me dejo caer en un banco instalado entre dos árboles y me froto los ojos, dando rienda suelta a mis lágrimas.

—Merrick.

Las manos de Killian localizan mis rodillas. Cuando levanto la vista, descubro que me mira con ansiedad, que está arrodillado en la hierba y que el morado del atardecer enmarca su figura. Nos miramos a los ojos y entre nosotros salta una chispa, el chasquido de un rato, algo que detiene mis sollozos y humedece hasta tal punto mis emociones que me ayuda a engullirlas.

—Estoy bien —afirmo, mordiéndome el labio. El bochorno que me provoca mi exhibición supera a toda velocidad mi pánico—. Lo siento, no sé muy bien qué me ha pasado. Supongo que simplemente es que le estoy agradecida por todo lo que ha hecho por mí. No sé cómo voy a poder recompensarle algún día por toda su generosidad.

Killian baja la barbilla, la sugerencia de un gesto de asentimiento.

—Debe saber —responde con voz ronca— que ha sido un placer, todo.

Me quedo sorprendida ante la ternura de su expresión, en cómo parece que esté absorbiendo todos los detalles de mi persona, en cómo parece que sea la primera vez que me ve. Antes de que me dé tiempo a replicar, tose y aparta la vista.

—Sé que no debería decir esto —continúa con las manos posadas aún en mis rodillas. Tiene la cabeza agachada y, en consecuencia, no puedo verle la cara, oculta como queda por las sombras del anochecer, mientras que su pelo está moteado por la luz perlada de la luna—. Ya ha dado usted su respuesta, lo sé. Pero… no soy tan fuerte como cree que soy —murmura—. No puedo…

Suelta el aire y levanta la vista para mirarme a los ojos. Su mirada es maliciosa, me devora por entero, y sus pupilas están dilatadas como pozos sin fondo.

—No voy a medir mis palabras. Si alguna vez ha sentido ni que sea una fracción de lo que yo he sentido estas últimas semanas, si es así, le ruego, por favor…, que venga conmigo a Kyrie —añade con voz ronca—. Mi orgullo ha dejado de existir; se lo suplicaré si es necesario. Temo… Temo lo que pueda pasarme cuando la deje. Temo caer…

Se incorpora un poco y sus manos ascienden por mis piernas, rozan mis muslos a través del tejido. Su abrazo es inesperadamente delicado; siempre había imaginado que su contacto sería áspero, tosco y entrecortado, como la caricia chapucera de un niño. Sin embargo, Killian me abraza como si lo hubiera hecho toda la vida, como si mi físico le resultara familiar, como si todo fuera tan fácil como abrazar a un ser querido cuando vuelves a casa.

Bajo la cabeza, estudiándolo. Tiene la boca entreabierta y su rostro muestra un salvajismo que no había visto antes, su expresión parece infinita, jamás podría alcanzar sus límites. Sin apartar la mirada, levanta con cautela la mano hasta mi mejilla. Recorre con el pulgar el perfil de mi barbilla hasta llegar a mi boca, y el delicado movimiento lleva implícita una pregunta.

—Merrick —repite.

—Killian…

Mi voz se quiebra cuando pronuncio su nombre, pero, a pesar de eso, Killian me suelta de inmediato, se levanta y se aparta bruscamente. Su retirada provoca una oleada de deseo en mi estómago y el resto de mi cuerpo se sacude en señal de protesta, aplacando la reacción y alejándola. Me duele la cabeza como si tuviera resaca.

—No puedo ir con usted —admito. Las lágrimas reaparecen y enturbian mi voz, como si estuviera hablando bajo el agua. Tengo la piel en llamas, la penumbra del atardecer se ha vuelto de repente demasiado luminosa y el beso del aire en mi nuca resulta de pronto intenso—. No quiero darle falsas esperanzas ni hacerle daño, pero Essie… me dijo que…

Me interrumpo y escondo la cara entre mis manos. Oigo el crujido de las hojas del suelo cuando Killian se acerca para sentarse

a mi lado, lo bastante cerca como para percibir su presencia. Un peso a mi lado que es un consuelo, aunque no me toca.

—¿Qué sucede? —pregunta con premura—. ¿Qué le dijo su hermana?

Y, como si acabara de abrirme una puerta, todo sale en torrente de mí. Le explico que fui a buscar a Essie a su habitación, que encontré las notas en el armario. La confrontación que tuvimos después; cómo, a pesar de mí misma, no pude delatarla, no pude hacer otra cosa que inclinar la cabeza como haría un criado ante su amo. Cuando se lo he contado todo, cuando todas mis fechorías quedan flotando como miasmas en el ambiente, me armo de valor y me arriesgo a mirar a Killian. Durante todo el tiempo que estado hablando ha guardado silencio y ahora permanece sentado con la mirada fija en los árboles que tiene delante; sus facciones me resultan ilegibles.

—Una huérfana… —dice finalmente. Hay un estremecimiento de sorpresa en su tono de voz, pero, por lo demás, suena tranquilo, calmado, y, al oírle pronunciar esa palabra, me recorre una sensación que me lleva a liberar el aire que he contenido. Killian descansa los codos sobre las piernas y su frente se arruga en una expresión de concentración—. Debe de estar equivocada. ¿Cómo podría haber sobrevivido todo este tiempo a la niebla si no fuese de linaje noble? Yo mismo la he visto adentrarse en las Tierras Grises… Es imposible.

Me encojo de hombros y me aproximo algo más a él.

—Eso mismo le pregunté yo, y lo único que me dijo fue que mi padre tenía algún tipo de plan. No me explicó en qué consistía, pero deduzco que tenía que ver precisamente con su inmunidad. —Experimento otra oleada de odio hacia mí misma, más potente que la primera, que amenaza con superarme cuando recuerdo aquella conversación y mi posterior silencio. Todo me parece más siniestro ahora que lo he reconocido en voz alta, como si con ese silencio no hubiera intentado tanto proteger a Essie como asegurar mi destino. Con un escalofrío, me vuelvo hacia el tronco del manzano más próximo, como si pudiera trepar a él, esconderme en su copa—. Debe de odiarme —asumo con tristeza.

—No —replica firmemente, casi enojado. Estrecha la distancia que nos separa cogiéndome por el brazo y volviéndome con cuidado hacia él—. Míreme, Merrick —me ordena con voz grave, sincera—. No le odio. Solo ha intentado ayudar a su hermana, lo cual es una cualidad muy noble.

Me tiembla la boca ante su sinceridad, su compasión, siempre tan a mi alcance, como un pozo que desborda agua.

—A mi falsa hermana, querrá decir, la que mató a mi verdadero padre y nunca será castigada por ello —replico, sacudiendo la cabeza—. Y Ames… podrían colgarlo por el crimen que le hemos atribuido, Killian, por secuestrar a una archidoncella. —De pronto, noto como si tuviera una piedra en la garganta al imaginarme el atractivo rostro de Ames, flácido y roto, y su cuerpo balanceándose en la horca—. Lo que hizo es espantoso, seguro, pero ¿de verdad se merece *morir*?

Killian arruga la nariz.

—Ames estará bien —dice y, a continuación, de un modo algo más forzado, continúa—: Seguro. Estos juicios no son más que otro tipo de juego político. Los Saint saldrán de ello con una amonestación menor, en el peor de los casos. —Me mira de reojo—. Por mucho que no me guste, sabe muy bien que será así.

Le sostengo unos instantes la mirada antes de apartar la vista y hundir la punta del zapato en la tierra.

—Supongo, de todos modos, que da igual —admito—. De no ser él quien fuera a ser juzgado, sería ella. Y…

—¡Merrick!

Me quedo rígida al oír que llaman mi nombre y levanto la cabeza en busca del origen del grito. A lo lejos, las ventanas de Norland House derraman una luz mantecosa y me relajo al instante cuando vislumbro la forma iluminada que hay en la terraza, envuelta en un vestido amarillo que reconozco enseguida. La figura deambula de un lado a otro con nerviosismo, como si buscara alguna cosa o, mejor dicho, como si buscara a alguien.

—¡Cressida! —exclamo, volviéndome hacia Killian—. Debe de querer que entre. Seguro que la audiencia ya ha empezado.

Killian abre la boca, como si se dispusiera a protestar, pero, pasado un segundo, hace un gesto de asentimiento y se levanta en silencio. Me ofrece la mano. La acepto, pero retraso el levantarme y tiro con delicadeza de él.

—Espere… Vayamos por el otro lado —sugiero, moviendo la cabeza en dirección al ala izquierda de Norland House, que está escasamente iluminada al quedar más alejada de la zona de la celebración—. Podemos ir por la entrada de las cocinas. Necesito… unos minutos más para serenarme.

La mirada de Killian se dulcifica y flexiona la mano, sin soltármela.

—Por supuesto —acepta en voz baja—. Lo que necesite.

Ignoro el vuelco que me da el corazón al oír sus palabras y, cuando me levanto, me resulta difícil soltarle la mano. Su contacto es una fuerza que mantiene a raya mis ansiedades.

La mirada de Killian encuentra la mía y la tensión florece de nuevo entre nosotros. Inspiro aire, le presiono la mano y me suelto.

Sin decir palabra, nos dirigimos hacia la parte lateral de la casa y el zumbido de las conversaciones del interior sube de volumen a medida que nos acercamos. La puerta que da acceso a las cocinas está abierta y, a diferencia de lo que ha sucedido en el resto de la mansión, aquí no se ha hecho limpieza. Cajas vacías y sacos se apilan de cualquier manera junto con restos de verdura y curruscos de pan húmedo, restos de los preparativos de la fiesta, sin la menor duda.

Contengo la respiración cuando pasamos por delante de un montón de residuos especialmente malolientes y fijo la mirada en su mohoso contenido. Mis pasos vacilan cuando mi atención se centra en una caja de madera rota, con los listones astillados, y, más concretamente, en el símbolo grabado en su interior.

—Killian. —Al oír que lo llamo, se detiene y mira por encima del hombro. Le indico con un gesto que se acerque y señalo la marca—. ¿Ha visto eso?

Un sello negro en forma de corona marca la madera marrón, y las líneas del carboncillo son lo bastante definidas como para distinguirse incluso de noche. La forma es idéntica a la que vi en el

fondo del baúl que encontramos en el orfanato del Sagrado Corazón y a la marca gemela que descubrí en los papeles de mi padre, que supuse que habría utilizado para distinguir los productos destinados a obras de beneficencia. Me acerco al montón de basura y estudio con atención la marca. ¿Qué hace aquí, entre la basura de la cocina, una caja destinada a donaciones?

Killian se acerca y mira con mala cara los desechos.

—¿El qué? —pregunta—. ¿Esa caja? Da la impresión de que sirvió en su momento para almacenar flor de brezo. —Me mira—. ¿Tiene alguna importancia?

Lo miro, descolocada por su inesperada respuesta.

—¿Flor de brezo? —repito—. ¿La que se utiliza en el té? ¿Por qué está tan seguro?

Killian me mira, confuso.

—Reconozco el símbolo… Esa corona —responde despacio, pronunciando las palabras como si estuviera tan perplejo por mi respuesta como yo lo estoy por la suya—. En Kyrie utilizamos el mismo sello para marcar las cajas de flor de brezo. Mi padre me hizo supervisar un par de veces la entrega de todos los productos que llegaban a casa. Decía que era importante saber cuánto se invertía para mantener alimentada a la familia. —Arquea las cejas—. ¿Por qué lo pregunta?

Su confianza me hace dudar. ¿Habré confundido la marca de la caja con la que vi en el Sagrado Corazón? Está muy oscuro, pero recuerdo esa imagen con claridad, y no hay duda de que era igual a la que vi en la correspondencia de mi padre.

—No… —Retrocedo, avergonzada—. Supongo que me he equivocado. Aunque es extraño… Juraría que vi una marca idéntica a esta en el baúl que encontramos en Shoreham-by-Sea, en el orfanato. —Miro a Killian y me siento aliviada cuando su expresión se ilumina al entender qué le estoy diciendo—. Di por sentado que la marca era para identificar los envíos de beneficencia, pero… ¿no le parece raro que mi padre enviara una caja de flor de brezo a un orfanato? Es un producto caro, sí, pero también es un lujo trivial… No se puede alimentar niños con ello. —Me quedo un instante en

silencio para poner orden a mis pensamientos—. ¿Sabe si la flor de brezo tiene algún beneficio para la salud?

Killian frunce el entrecejo, concentrado.

—No que yo sepa —responde un segundo después—. Llevo bebiendo ese té desde que era niño, como todos los de linaje noble hacemos. —Se queda mirando la caja de madera un buen rato antes de volverse de nuevo hacia mí—. El orfanato… —dice, y se me acelera el corazón cuando veo que sus ojos se iluminan: una idea—. ¿Verdad que ha dicho antes que su hermana estaba también allí aquella noche?

Inspiro hondo.

—Sí, tiene razón. Me comentó que tenía cosas que hacer allí. Lo había olvidado. —Busco en mi memoria los detalles de nuestra conversación, pero todo está confuso, amortiguado por la sorpresa de la confesión—. ¿Cree que podría estar relacionado con el baúl?

—Mmm…

Killian no responde, solo murmura, pero intuyo en él una respuesta, atascada como una piedra en su garganta. Lo miro fijamente.

—Adelante.

Killian suelta el aire antes de hablar.

—Lo más probable es que no sea nada, pero hablar de la flor de brezo me ha recordado… —Sacude la cabeza y centra su atención en mí—. En Kyrie, mi tío abuelo tenía la costumbre de acompañar siempre la cena de sus centinelas con una taza de té de flor de brezo —empieza a contar, encogiéndose de hombros—. Una recompensa, por así decirlo, por el trabajo bien hecho. Creo que lo hacen también en otras casas. Los centinelas de aquí me contaron que su padre solía hacerlo, pero que, cuando su hermana tomó el relevo, acabó con lo de la taza de té por las noches, argumentando que era un gasto innecesario y que la casa tenía que conservar sus recursos. La decisión enojó bastante a los centinelas. Creo que incluso hubo un par que se quejaron a su padre, pero falleció menos de una semana después, de modo que el tema se cerró sin ser solventado. —Agacha la cabeza y se rasca el cogote—. Como he

dicho… No tiene importancia —repite medio riendo para disculparse —. No debería haberlo sacado a relucir.

De pronto, algo se ilumina en mi cabeza, un fragmento de mi conversación con Essie que había ignorado y que ahora vuelve a la luz con las palabras de Killian. «Cometí un error… Cuando papá descubrió lo que había pasado, se puso furioso.» La historia de Killian… Parece un desliz menor, eso de revocar el privilegio del té, pero ¿sería posible que hubiera algo más? ¿Un segundo significado que no queda a la vista, como un objeto que queda más allá del alcance de un espejo, que está allí, pero no queda reflejado?

—No, me alegro de que lo haya hecho —respondo, obligándome a volver al presente—. Killian…, ese plan del que me habló mi hermana —continúo con cautela—. Fuera lo que fuese lo que mi padre estaba tramando, la única razón por la que Essie lo descubrió fue porque él se enfadó con ella, así empezó todo… Dijo que había cometido un error, cuya importancia no comprendió en ese momento, y que mi padre la convocó para hablar con ella. —Me arriesgo a mirarlo y encuentro sus ojos clavados en mí—. Suena ridículo, pero ¿podría estar ese error relacionado con el té?

Contengo la respiración y parte de mí teme que ignore por completo mi pregunta, pero Killian asiente y su expresión se vuelve contemplativa.

—Quizás —responde—. Como he dicho, a los centinelas no les gustó nada la decisión de negarles la flor de brezo. Entiendo que su padre quisiera tener a sus hombres satisfechos, pero no puedo imaginar cómo un error menor como este podría estar relacionado con el supuesto plan de lord Silas, algo por lo que su hermana afirmó que estaba dispuesta a matar con tal de impedir que el plan prosperara.

Sigo la mirada de Killian y observo la marca en silencio. Pasado un momento, giro sobre mí misma y echo la cabeza hacia atrás para contemplar el imponente volumen de Norland por encima de mí, las ventanas iluminadas por el resplandor de centenares de velas. Dentro, el Consejo Mortal debe de estar ya debatiendo la nominación de mi hermana, preparándose para declararla la próxima Señora de Sussex.

La heredera del hombre que acabó enterrando y que, por el momento, he permitido que se salga con la suya.

Me vuelvo hacia Killian.

—Yo tampoco puedo imaginármelo. ¿Por qué no se lo preguntamos directamente?

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Las voces en disputa de los miembros del Consejo Mortal arremeten contra mí como una ola en cuanto abro las sólidas puertas de la biblioteca de mi padre —construidas en madera pulida y talladas con un motivo de rosales trepadores y esbeltas formas de zorros asomando entre las flores— y hago mi entrada, seguida de Killian. Al otro lado, la estancia tiene un resplandor dorado y las superficies de caoba brillan con una suave tonalidad ambarina, alterando la penumbra opaca del recuerdo. Paredes cubiertas de libros con lomos brillantes amplifican el efecto al capturar toda la iluminación y extenderla sobre las encuadernaciones de cuero, de tal manera que, cuando cruzo el umbral, tengo la sensación de haber dejado la noche atrás y haberme adentrado en un ruborizado amanecer.

Igual que el resto de Norland, la biblioteca se ha transformado para la audiencia y se ha convertido en una criatura nueva vestida con la piel de su predecesor. El fuego arde en el vientre de candelabros de bronce en forma de cuenco repartidos por toda la sala, y de los depósitos de incienso que cuelgan sobre las llamas asciende un humo perfumado. Allí donde solía haber unos pocos sillones con tapicería ajada, hay ahora doce tronos de obsidiana alineados junto a la pared; sus formas cuadradas me recuerdan a una dentadura podrida que esboza una sonrisa siniestra. Diez de ellos están ocupados por figuras vestidas con túnicas de color carmesí, que parecen ondularse con el parpadeo de la luz y poseen

una intensidad y un brillo que me recuerda a la sangre. Dos de los tronos están vacíos.

Mi mirada se clava en el primer trono vacío —el de la Casa Saint, cuya ocupante sigue confinada en su casa a la espera de un juicio mucho menos amigable que este— y se desplaza a continuación hacia el segundo trono. El trono de mi padre.

O el que fuera el trono de mi padre, mejor dicho.

Essie está de pie en el centro de la biblioteca, de espaldas a Killian y a mí. Lleva sus largas ondas negras peinadas en un caos de rizos en espiral sujetos mañosamente en lo alto de la cabeza y un pasador de plata en forma de zorro adorna la masa de color ébano. Debajo, su cuello marfileño y elegante se prolonga hasta el vestido que le cubre los hombros, pero se hunde lo suficiente como para dejar al descubierto un cuarto creciente de su espalda; sus omoplatos sobresalen de su piel como cabezas de hacha.

Luego, por supuesto, está el vestido en sí, el mismo que, no hace tanto tiempo, Cressida hizo confeccionar a madame Villette para mí. Mi hermana luce un vestido con varias capas, una prenda de seda de color rubí con una segunda pieza diáfana encima, de encaje carmesí más oscuro con capullos de rosa meticulosamente cosidos sobre la delicada tela. El conjunto hace que parezca una espada con punta de seda, la suma de una postura rígida con un vestido elegante: una dama y un rey al mismo tiempo.

Sigo todavía en la entrada de la sala, observándola, cuando la consejera que ocupa la silla derecha central —lady Hyacinth, de la Casa Ballantine, una mujer de tez olivácea, ojos de color avellana y mirada irónica, rasgos comunes a todos los Ballantine y que no dejan ninguna duda sobre su identidad— desvía su atención del entretenido debate el tiempo suficiente como para mirar por encima del hombro de mi hermana hacia la puerta junto a la que estamos apostados Killian y yo. Mis pensamientos se despliegan como una bobina de hilo cuando la Señora se levanta y sus ropajes se hinchan como una nube a su alrededor. La diadema de plata con motivos de hojas de hiedra que luce en la cabeza brilla de forma intimidatoria bajo la luz. Debajo de su bondadosa fachada, su expresión es dura. Curiosa.

—Un momento, señores —dice. La conversación se acalla bajo su orden, como el agua de un lago que se calma de repente—. Parece que la candidata tiene una contendiente.

Un murmullo recorre el resto del Consejo y el movimiento de sus formas emula una bestia con múltiples extremidades cuando fijan su atención primero en mí y luego en Killian. Con sus sombras alargadas por la luz del fuego, sus túnicas rojas y sus diademas plateadas, parecen casi dioses; sus miradas me constriñen como un cepo que se cierra alrededor de mi cuerpo. La presión se intensifica cuando mi hermana también se vuelve y sus ojos grises encuentran los míos. A diferencia de los de los demás, los movimientos de Essie son suaves, contienen una elegancia líquida, son los de una serpiente preparándose para atacar.

—Merrick —dice con voz dulce cuando me ve—. Qué sorpresa. Debo admitir que no pensé que tuvieras valor.

Me enfurezco, asqueada, pero, antes de que me dé tiempo a recomponerme, Essie carraspea para aclararse la garganta y se vuelve de nuevo hacia los miembros del Consejo.

—Señores, por favor, les ruego que me disculpen por la interrupción de mi hermana —continúa con frialdad—. Creo que se ha sentido demasiado cómoda ostentando el título de depositaria durante mi ausencia. Ahora, si podemos continuar con el acto…

—No estoy aquí por el título. —Mis palabras emergen por fin. Avanzo con la barbilla levantada, un gesto desafiante—. Disculpen esta intrusión, señores. Jamás se me ocurriría interrumpir este acto, pero no puedo permitir que continúen sin saber que están siendo engañados. —Cojo aire y me preparo para continuar—. Mi hermana ha estado mintiéndoles a todos.

Se produce una segunda ronda de murmullos, más potente esta que la primera. La consejera menuda, la que ocupa el trono situado más a la izquierda, lady Florabelle Carrington, suelta una carcajada burlona y dirige su nariz afilada hacia Essie y hacia mí.

—¿Mintiéndonos? —repite brevemente—. ¿Sobre qué?

—Sobre si al chico de los establos le gusta más ella o su hermana, sin duda. —Lord Percival Warchild, que es solo unos años mayor que Essie y que yo, se recuesta en su trono con una sonrisa

lacónica extendiéndose en sus labios carnosos—. No tenemos tiempo para rivalidades infantiles, niña —añade, agitando perezosamente la mano hacia mí. Los anillos brillan en sus dedos, con piedras preciosas grandes como bayas—. Lárgate.

Algunos de los otros consejeros —incluyendo entre ellos a Albion Tudor, que he visto antes que observaba con atención a Killian con una expresión zorruna imposible de analizar— ríen ante el comentario de lord Percival. Los demás cambian de postura en sus tronos, con miradas curiosas y ligeramente molestas, pero, en general, tranquilas. Unos tronos más allá de lady Florabelle, lord Reginald Ibe disimula un eructo.

Su indolencia hace que la rabia me presione las costillas. ¿Son *estos* nuestros líderes, los estimados señores cuya principal responsabilidad es proteger todo El Humo? Me recuerdan a un grupo de excursionistas en pleno verano, atontados por el sol y algo achispados después de la merienda, observándonos a mi hermana y a mí como si no fuéramos más que una molestia, un par de moscas que dan vueltas en círculo por encima de sus cabezas.

Entre tanto, un rubor similar a un sarpullido se ha apoderado de las mejillas de Essie y las ha oscurecido hasta alcanzar un color rosa intenso. Está medio vuelta hacia mí y su expresión no muestra ahora ni el más mínimo indicio de que se esté divirtiendo. Intuyo que se está preparando para la batalla. Su mirada se afila, ha desenfundado la espada.

—Sí, Merrick —responde entonces Essie—. Deberías saber de sobra que no tiene sentido traer a esta cámara una difamación de este calibre sin pruebas que la sustenten, que estoy segura de que no tienes, puesto que tu afirmación es indiscutiblemente falsa.

Habla en voz baja, pero no tanto como para que yo no alcance a oírla. Sus ojos grises se posan todo el rato en mí y emiten una señal de alarma.

«¿Puedes mirarme ahora a los ojos y decirme si de verdad me deseas muerta?» Me estremezco y el recuerdo de sus palabras se filtra en mí como agua cenagosa.

—Oh, querida hermana —replico—. Resulta que sí las tengo. — Me armo de valor, fuerzo mis piernas a seguir avanzando y me

acerco a los miembros del Consejo, procurando en todo momento mantenerme lejos del alcance de Essie—. Por favor, señores, les ruego que me escuchen —imploro, llevándome las manos al pecho —. Mi padre no nominó a mi hermana como su depositaria. De hecho, le dejó explícitamente claro que nunca deseó que gobernara.

Por primera vez, vislumbro un rastro de miedo en los ojos de Essie, un gusano oscuro que serpentea en ellos, y se me forma de repente un nudo en la garganta. Si sigo hablando, e independientemente de cuál sea el resultado esta noche, perderé para siempre a mi hermana. Nunca jamás me permitirá darle la mano cuando me siente junto a su cama ni me abrirá cuando llame a la puerta de su habitación; nunca jamás podré recurrir a su fría sabiduría para contrarrestar mi temperamento audaz. Me quedaré, a todos los efectos, completamente sola.

Por otro lado, hable o no, en cierto sentido podría decirse que mi familia lleva mucho tiempo muerta. Mi hermana no es mi hermana; no hemos sido más que flores de papel que han brotado de una rama estéril, inconscientes de nuestra falsedad, sustentándonos con la ilusión de nuestra grandeza.

—Antes de su fallecimiento, mi padre le comunicó a mi hermana que tenía un plan. Un plan que, según me confesó mi hermana, ella desaprobaba. —Trago saliva y me obligo a sostenerle la mirada a Essie—. El error que cometiste, Essie, tiene que ver con la flor de brezo, ¿verdad? —suelto mi farol—. Nuestro padre había estado enviando cajas con flor de brezo al pueblo y, para compensar la pérdida, tú restringiste las reservas que nos quedaban en casa. Cuando nuestro padre lo descubrió, se puso furioso. El té era más importante para él, para su plan, de lo que tú te imaginabas. —Me pongo colorada cuando veo, por el rabillo del ojo, que lady Florabelle se inclina hacia delante. Soy tremendamente consciente de los vacíos que contiene mi relato, pero ahora que he empezado, no puedo parar—. Cometiste un error fatal al negárselo a los centinelas, un error tan condenable que llevó a nuestro padre a revelarte el resto del plan —continúo, centrándome en mi hermana—. Te contó la verdad, que nunca serías la Señora de nuestra casa, y, por esa razón, lo mataste.

Essie se ha quedado blanca. Un silencio letal ha inundado la estancia, roto tan solo por el sonido de unos pasos que corren por el pasillo de fuera. El sonido aumenta de volumen cuando los pasos se aproximan a las puertas de la biblioteca y se desvanece poco después.

Mi hermana es la primera en reaccionar. La ira es patente en sus facciones, tan potente que quema como ácido sobre mi piel. Abre la boca —para reprenderme, no me cabe la menor duda—, pero antes de que pueda hablar, se oye un rumor de insatisfacción detrás de ella.

—Un momento… ¿Que lord Silas informó a sus hijas de lo del té? —Lord Percival se inclina hacia delante y sus nudillos se curvan por encima de los rutilantes reposabrazos de azabache del trono. Frunce el entrecejo, pero, sorprendentemente, no dirige su enojo hacia mí, sino que mueve la cabeza hacia lado y lado, como un dedo acusador que señala a los demás señores—. ¡Jurasteis todos guardarme el secreto!

Aparto la mirada de Essie. Acabo de revelar que mi hermana mató a mi padre, ¿y lo primero que comenta un miembro del Consejo está relacionado con *el té*? Me preparo para tomar de nuevo la palabra, pero, antes de que me dé tiempo, el Señor sentado al lado de lord Percival —Clare Ireland, de la Casa Queensbridle, creo— se recoloca las gafas y mira legañosamente a su vecino.

—Eres imbécil —le espeta arrastrando las palabras—. Que ellas se hayan enterado de esto tiene que ser más reciente, aunque debo admitir que eso me parece menos preocupante que la idea de que Silas estuviera distribuyendo flor de brezo a los plebeyos. ¿Sabemos si alguno de ellos está al corriente de las propiedades protectoras de la planta? —Chasquea la lengua—. Lo *último* que necesitamos es que decenas de plebeyos anden chismorreando por ahí sobre un té que te hace inmune a las Tierras Grises. ¿Os imagináis el histerismo?

Me quedo paralizada. ¿Un té que te hace… *qué*? Miro por instinto a Essie. Mi hermana me está mirando con rabia silenciosa, sin que se note en su rostro el asombro que a mí me embarga, casi como si las palabras de lord Clare no la hubieran sorprendido en

absoluto, como si no fuera la primera vez que las oye, como si ya las hubiera asimilado.

Pero eso es imposible. Lo que lord Clare *está diciendo* es imposible.

—Estoy de acuerdo, Clare. —Lady Lavinia Cachemar, una de las aliadas más fieles de mi padre, suspira en su trono y se pasa una mano agotada por la frente—. Silas debió de ablandarse después de la muerte de Artemis —añade, dirigiendo una mirada a sus compañeros—. Ya os alerté, cuando contrajeron matrimonio, de que él estaba profundamente enamorado de ella. Una unión como esa jamás se habría permitido en tiempo de nuestros antepasados, lo dije, pero todos vosotros, con vuestras ideas *modernas* sobre el amor, invalidasteis mi opinión. —Clava la uña en el reposabrazos de su trono—. Es imperativo que, ahora mismo y con rapidez, detengamos la difusión de esta información. —Se inclina hacia delante y su mirada gélida se fija en mí—. Tú, la menor de Silas… ¿A quién más le habló sobre el té antes de su muerte? Necesitamos una lista detallada… y demos las gracias al Sangrador de que muriera antes de hacer más daño.

—No se lo pidas a ella… No sabe nada, es la hermana a la que necesitamos…

—… ese imbécil enamorado de una campesina, siempre supe que su hermano habría sido mejor Señor…

—… Ianthe debería haber acabado con todos ellos…

Los señores explotan en una acalorada discusión, pero apenas escucho nada. Miro a Killian y veo que el pánico se apodera de sus facciones, el mismo pánico que brota dentro de mí, un miedo similar a un amanecer que de repente lo ilumina todo. «Un té que te hace inmune a las Tierras Grises.» Estoy segura de que no he entendido bien el comentario que acaba de hacer lord Clare. No puede haber dicho esto… No puede ser…

Pero, mientras pienso eso, la escena empieza a cobrar vida y, finalmente, lo entiendo.

Entiendo por qué mi hermana, que supuestamente fue adoptada en un orfanato y carece de sangre de noble linaje en sus

venas, no ha sido corrompida aún por la niebla. Entiendo por qué sigue siendo humana y no se ha convertido en Fantasma.

Entiendo por qué mi padre se puso furioso cuando descubrió que Essie había dejado de dar a nuestros centinelas su ración diaria de té de flor de brezo, un error cuya gravedad, según ella misma dijo, no entendió hasta que mi padre se lo explicó todo. Essie no era consciente de que, negando el té a nuestros hombres, estaba amenazando mucho más que la relación que pudiera tener con ellos: estaba poniendo en riesgo su inmunidad.

Entiendo incluso por qué el señor Birks, nuestro antiguo mayordomo, anduvo buscándome después de que el cambio empezara a hacer efecto en él, por qué insistió en que mi padre le debía algo, una promesa que no había cumplido aún en el momento de su muerte.

«Lo que estaba tramando… tenía que morir con él o todo nuestro linaje, todo lo que nuestros antepasados han construido, todo por lo que hemos trabajado, habría perecido en su lugar.» Las palabras de mi hermana… ahora las entiendo con claridad; veo su verdad con la misma nitidez con la que veo mi cara reflejada en un espejo. ¿Cuál es la raíz de nuestra casa, sino nuestra excepcionalidad? Nuestra capacidad para adentrarnos allí donde otros no pueden, de viajar a la Niebla y salir de ella y gobernar por encima de aquellos que no pueden hacerlo.

¿Qué otra cosa podría destruirnos si no la eliminación de esa bendición? ¿De ese don?

¿Es posible que sea verdad? ¿Que mi padre supiera que, aparte de ser de linaje noble, existe otra manera de resistir el maleficio de las Tierras Grises… y que, para mantener su poder, mi hermana decidiera matar a mi padre por ello?

Noto la piel pegajosa, el pulso me ruge en los oídos. ¿Ha sido alguna vez real nuestra inmunidad o ha sido siempre una mentira? ¿Fueron los antepasados que he estado admirando toda mi vida simplemente unos impostores?

—Idiota. —La voz de mi hermana es una navaja que se clava limpiamente en mí. Se acerca, con las manos cerradas en puños en sus costados—. ¿Te consideras muy noble? ¿Estás satisfecha con…?

El grito es el primero de un coro, un aullido en tono soprano. Vibra contra la puerta y recorre la biblioteca —un estremecimiento, un chillido— antes de estamparse contra el suelo en un clímax parecido al romper de una ola, al impacto del agua fría en la cara. Lo sigue un segundo, igual de penetrante, y luego, un tercero.

El sonido me hiela la sangre y avanza lentamente por mis venas como témpanos de hielo. Por debajo de las puertas de la biblioteca aparecen volutas de una sustancia blanca y humeante, dedos fantasmagóricos que se extienden hacia nosotros. Los zarcillos marfileños serpentean por el suelo, se distancian y vuelven a entretejerse como el agua del río que se separa al encontrar una roca. En cierto sentido, es un espectáculo bellísimo, la dulce llamada de una mujer atrayéndote hacia ella.

No es humo.

¿*Niebla*? Mi cabeza se mueve con dificultad, como la luna cuando aparece lentamente en el cielo. *Imposible*. ¿Cómo podría haber llegado hasta aquí, tan lejos como estamos de nuestras defensas?

Como si hubieran recibido una señal, las puertas se abren de golpe y un hombre, vestido con uniforme gris y charreteras rojas —un centinela, veo—, entra corriendo. Se me encoge el cuerpo al ver que, detrás de él, el pasillo ha desaparecido, engullido por un grueso banco de blanco. Va desde el suelo hasta el techo, sofocante como nieve recién caída, y nos separa del resto de la casa como si una mano nos tapara los ojos.

No. Retrocedo un paso, por instinto, y mis pensamientos se escapan como la yema de un huevo roto.

—Se-señores. —El centinela se detiene para recuperar el aliento y se lleva las manos a las rodillas. Oigo la madera que rasca contra la piedra del suelo cuando los señores se levantan de sus tronos, algunos de ellos empujándolos con fuerza como consecuencia de su sorpresa—. Tienen que marcharse ahora mismo, todos —continúa el centinela, jadeando—. Las Tierras Grises… han irrumpido en la casa.

—¿Cómo? —Mi hermana levanta la voz por encima de la oleada de murmullos y pasa por mi lado en dirección a las puertas. A pesar de la escena que se despliega ante nosotros, su rostro luce tranquilo

y sereno, su rabia encerrada—. No es posible… Tiene que haber un error.

El centinela levanta la cabeza para dirigirse a ella; sus hombros se siguen moviendo con el esfuerzo de la respiración.

—Centinelas Saint, archidoncella —afirma—. Un grupo cerca de las farolas del acantilado, suficientes para superar sin problemas a la vigilancia que tenemos allí apostada. Uno de nuestros hombres los vio desde la casa y fue a dar la alarma, pero ya era demasiado tarde. —Hace una pausa y… ¿son imaginaciones mías o sus ojos se fijan en mí por un instante antes de volver enseguida a mi hermana? —. El archidoncel Ames iba con ellos.

Ames. Una extraña sensación de vértigo se apodera de mí al oír su nombre, como si mi cabeza, mis extremidades, todo mi cuerpo se hubiera fundido. Killian y yo estábamos fuera hace menos de media hora, me gustaría poder decirle al centinela. ¿Cómo podría habérsenos pasado por alto este supuesto ataque de los Saint?

«Porque estabas mirando hacia el otro lado», es la respuesta que me doy al instante. Killian y yo estábamos en la zona del huerto, en esa parte de la finca que se extiende en la parte posterior de la casa y que acaba convirtiéndose en bosque. La parte delantera de Norland, sin embargo, da al acantilado, donde una línea de farolas permanece encendida para protegernos de la niebla que llega desde el mar.

«La biblioteca da a los acantilados.» Sin ser consciente de mis movimientos, cruzo la estancia en dirección a las ventanas que cubren la pared posterior. Elijo una al azar y abro las cortinas.

Un blanco lechoso presiona los cristales y late con delicadeza, como el vientre de un gato gigantesco, mientras se restriega con pereza contra la casa. La niebla emite un zumbido horroroso, como el chirrido de millones de grillos. El terror se apodera de mí, puro y antiguo, como un aullido de emoción, cuando veo que la niebla que tengo delante se separa y aparece una mano humana para golpear el cristal. Pum, pum. La mano aporrea la ventana con insistencia, como si exigiera que le dejaran entrar, y sus uñas largas y desiguales traquetean contra el vidrio.

Vuelvo a correr las cortinas y me aparto. El miedo ha formado un nudo palpitante en mi garganta. Vienen los Fantasmas. Los Fantasmas están *aquí*.

—Sálvanos, Guardian de la Luz —suplica lady Lavinia.

Su cara está tan pálida que parece esculpida en mármol. Tras sus palabras, se escucha un nuevo grito en el pasillo, esta vez seguido por un ruido sordo que me cala en los huesos, como el de un cuerpo siendo arrastrado por el suelo. El centinela sale corriendo de la biblioteca y desaparece en la niebla armado con su matafantasmas. Me estremezco al oír dos disparos, después un grito.

¿Del centinela? ¿O de un Fantasma?

Sea como sea, si no hago algo pronto, los monstruos como el que acabo de ver al otro lado de la ventana vendrán a por nosotros.

El mundo se transforma en miel, los segundos parecen estirarse hasta alcanzar una duración imposible. Giro en círculos sobre mí misma, buscando un milagro, una vía de escape, un pasadizo secreto por donde poder huir todos de esto. Mejor aún, para retroceder en el tiempo, para matar a *esto* antes de que pueda llegar.

No lo encuentro, pero mi mirada se fija en una cosa.

Paso a toda velocidad por delante de mi hermana y corro hacia la izquierda, hacia donde está el candelabro ceremonial más próximo con su fuego encendido. El calor me abrasa la mejilla, el metal es pesado y engorroso de manejar. Me inclino sobre él, aplicándole todo el peso de mi cuerpo.

El candelabro parece estremecerse, se tambalea sobre su base y entonces, con un ruido ensordecedor, se vuelca y cae al suelo.

Como un perro hambriento, las llamas que contenía emergen y corren a toda velocidad por el suelo de madera. Cuando llegan a la librería más próxima, dudan un instante antes de encaramarse con facilidad a la estructura y besar los lomos de los libros almacenados en su interior.

Uno a uno, como si fueran velas, se encienden.

Retrocedo y miro a mi alrededor: la biblioteca de mi padre empieza a arder.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El nuestro es un país asfixiado por la niebla, renacido del fuego. Sin embargo, llevamos el nombre de *El Humo*.

De pequeña, me esforzaba a menudo por entenderlo, por comprender por qué mis antepasados eligieron esta característica tan poco impresionante e incluso insulsa de nuestra tierra para celebrarla de forma tan grandiosa. En comparación con la fiebre anaranjada de nuestras farolas, en comparación con la melancolía blanca de la niebla, ¿a quién se le ocurriría buscar el hilo gris que serpentea en el horizonte? ¿Quién se pararía a considerar la capa de ceniza que, como un sudario, cubre el lugar de un incendio y no los huesos que yacieran debajo?

Sin embargo, ahora lo entiendo. Después de la cuchillada caliente del fuego, el humo es el testimonio de la pérdida, un recordatorio de que el renacimiento siempre llega precedido por la muerte. Es un recuerdo carbonizado que te tizna los dedos de negro, serpentea alrededor de tu oído y te habla en un susurro sobre la violencia de la resurrección.

Somos El Humo porque somos los segundos, porque existimos eternamente a la sombra de los que estuvieron antes que nosotros, de las gentes y los lugares que quemamos para poder resurgir de sus brasas moribundas.

Y acabo de enviar a otro a la tumba.

Norland House grita cuando las llamas lo devoran y, en su grito de agonía, oigo el aguijón de la traición. Ruge como una bestia gigantesca. Atrapada en su interior, soy insignificante y minúscula, un parásito que ha asesinado a su anfitrión.

Como una ráfaga de viento, el fuego culebrea y salta de una librería a otra hasta que me quedo rodeada por un halo de llamas. La biblioteca adquiere un color dorado bajo su luz, la tonalidad estridente de una naranja madura. Su corazón late sobre mí, la acumulación de todos los días de verano que he conocido, del calor rojizo de un horno y la sensación gruesa y lanuda de una hoguera que arde con demasiada fuerza.

Allí donde están situados los tronos, el humo cubre las figuras de los señores de las casas, que tropiezan entre ellos en su intento de distanciarse del fuego. Tengo la sensación de que podría empujarlos hacia él con un simple pestañeo, de tan frágiles que me parecen ahora. De tan *débiles* que son.

—¡Corran! —les grito—. El fuego retendrá a los Fantasmas, pero no por mucho tiempo. ¡Si quieren vivir, salgan rápidamente de aquí!

Como si mis alaridos los hubieran despertado, se apresuran a obedecerme y se mueven como una masa de extremidades tambaleantes. Pasan dándose empujones por delante de Essie, de Killian y de mí, y cruzan las puertas que dan acceso al pasillo para desaparecer entre la niebla. Algunos intentan taparse la nariz y la boca con pañuelos o con los codos, pero, la mayoría, se lanza sin protección, con los ojos abiertos de par en par como cervatillos asustados.

—Merrick…

Killian me alcanza y el roce de su mano me hace estremecer, como si mi piel estuviera en carne viva. Su voz suena tensa, y la alarma se hace patente en la premura con la que pronuncia mi nombre: «No tenemos mucho tiempo.»

Hago un gesto de asentimiento y me vuelvo hacia mi hermana. Essie está paralizada a mi lado, viendo, con la expresión aterrada de un conejo delante de un zorro, como la niebla la envuelve en su tela de araña.

Con cuidado, la agarro por el brazo y me mantengo firme cuando veo que me rechaza.

—Tenemos que irnos, Essie —le digo—. El señor Brandon te ayudará. Killian…

Muevo la cabeza hacia Killian para indicarle que sujete a mi hermana por el otro brazo, pero, en el segundo en que sus dedos se cierran sobre el brazo, Essie cobra vida, como si se despertase de un sueño profundo.

—¡Apartaos de mí! —espeta entre dientes, soltándose de Killian y de mí.

Respirando con dificultad, se aparta como si acabáramos de quemarla y se dirige con torpeza hacia la puerta de la biblioteca y la niebla que entra por ella.

Killian y yo intercambiamos miradas de preocupación. Le indico con un gesto que se quede dónde está y me acerco con cuidado a mi hermana, levantando las manos de mí para pedirle calma.

—Essie, por favor…

Otro grito en el pasillo taladra la neblina. Esta vez no es el chillido desesperado de un ser humano, sino un zumbido resonante, el aullido predatorio de una criatura presa en las garras de su sed de sangre. Es como si una placa de hielo se resquebrajara en mi pecho. Instintivamente, me giro en la dirección del alarido, y otro grito sale de mí cuando me cae un peso encima y me tira al suelo.

—¡Merrick!

Killian salta a por mí justo en el instante en que vislumbro la forma borrosa de mi hermana cuando pasa corriendo por nuestro lado y sale por la puerta. *Me ha empujado*. Cuando asimilo lo que ha hecho, me siento como si me hubiese atravesado una flecha. Entre tanto, Killian tira de mí y me ayuda a incorporarme. Essie ha oído el Fantasma y me ha empujado hacia él a modo de cebo para garantizarse la huida.

—¿Está bien? —pregunta Killian.

Me examina en busca de una posible herida, pero me cuesta concentrarme en él debido al calor cada vez más intenso del fuego. Las llamas forman un bosque denso que va aproximándose, y la ceniza y los fragmentos de papel chamuscado flotan ante mis ojos

como hojas caídas de un árbol. Su presencia es omnipresente, como una mano que me presiona la boca y me abrasa el esófago.

Aparto a Killian e intento olvidar el dolor de la traición de mi hermana.

—Sí —respondo con decisión—. Vámonos de aquí.

Un paso. Detrás de mí, oigo el gemido de una librería que, acto seguido, se derrumba en el suelo con la fuerza de un árbol caído. El crujido de las cubiertas de cuero de los libros me recuerda al de piel humana desgarrándose.

Un par de pasos más y ya estamos fuera, en el pasillo. El fuego ha llegado también hasta aquí y muerde ya los bordes de la moqueta. Su potencia arde en la zona del pasillo en la que nos encontramos, que, por el momento, se mantiene libre de niebla. Por lo que puedo ver en ambas direcciones, no hay absolutamente nadie. Aunque es difícil decirlo, los bancos de niebla parecen más espesos en uno de los dos extremos del pasillo —hacia la parte delantera de la casa, que las Tierras Grises ya deben de haber engullido—, de modo que echo a andar en dirección contraria, mirando por encima del hombro para asegurarme de que Killian me sigue.

Nos enfrentamos a otra oleada de blanco en cuanto doblamos la esquina. La niebla se filtra por las paredes como humo. Me tambaleo y choco con Killian cuando, delante de nosotros, aparecen de repente dos formas oscuras, envueltas en niebla que brota como sudor de sus cuerpos.

Fantasmas. Me tambaleo, inestable, sobre mis pies. A escasos metros delante de mí, acechan un par de bestias con trajes negros hechos trizas, como si hubieran sufrido una emboscada de camino a un baile. Sus brazos cuelgan en sus costados y sus manos terminan en uñas largas y sin cortar que se abren paso a través de maltrechos guantes de seda. Hundidos en sus caras grisáceas, los ojos ciegos se desplazan hacia la izquierda, luego hacia la derecha, como dos lunas blancas y vacías.

Una de las criaturas olisquea el aire. Separa sus labios finos y llenos de ampollas y suelta un grito que recuerda al de un cerdo encerrado, como si hubiera intuido la proximidad de una presa.

Me quedo boquiabierta de terror. Por impulso, empujo a Killian para volver por donde hemos venido. Entonces, el segundo Fantasma empieza a avanzar a tientas, con la boca contorsionada en un aullido y su carne supurando hedor a sudor y sangre. Le responden otros gritos en algún lugar de la casa, gemidos de víctimas, tal vez, o los de una manada preparándose para la caza. Los alaridos vibran en el aire, cadenciosos y discordantes, cada vez más potentes, cada vez más cerca.

«¿Cuántos habrá? ¿Cuántos más llegarán?»

Las acciones que llevo a cabo a continuación son como la respiración, actos reflejos, imposibles de detener. Me armo de valor y me abalanzo sobre los Fantasmas, me agacho para pasar por debajo de sus brazos extendidos y salgo por el otro lado. Justo como esperaba que hicieran, las bestias dan media vuelta al intuir mi proximidad y apartan su atención de Killian para volcarla hacia mí.

—¡Merrick!

Su grito me alcanza la garganta, desesperado y furioso…, pero ya es demasiado tarde.

—¡Corra! —le grito y echo a correr por el pasillo.

Rugiendo, los Fantasmas avanzan a tropezones detrás de mí y sus cuerpos se abren paso entre la niebla.

Sigo corriendo. La neblina blanca me arde en la nariz, llega a mis pulmones y empiezo a toser. Aunque no me atrevo a mirar atrás, oigo el eco de las pisadas de los Fantasmas persiguiéndome; suenan como un tambor funerario, me siento como si estuviera marchando hacia mi propia muerte.

Entonces, a pocos metros por delante, capto una brecha en la niebla. Bifurcándose del pasillo por el que estoy corriendo, hay otro, más estrecho, fácil de pasar por alto y relativamente libre de niebla. Sin detenerme a pensarlo, me meto por allí, pego la espalda a la pared y noto el olor químico de la adrenalina llenándome la garganta.

Por un momento, el mundo se reduce a mi persona y la oscuridad claustrofóbica que me envuelve, al sonido mamífero de mi respiración, como el jadeo de un caballo. Mi pulso se acelera cuando

los Fantasmas se acercan y se ralentiza cuando pasan de largo de mi escondite y continúan su avance por el pasillo.

El gemido agudo de pánico de mis oídos se aplaca y se transforma en un zumbido. Justo cuando me concedo un momento para soltar el aire, las sombras que se dibujan en el pasillo en el que me encuentro se alteran y Ames Saint emerge entre ellas, derribándome.

Con un gruñido, me estampo contra el suelo. Un estallido de agonía oscurece mi visión y convierte a Ames en una silueta que se cierne sobre mí. Pero ahora ya conozco su tacto. Sus dedos se deslizan sobre mí con gravedad propia, como si estuviera poniéndome piedras en los bolsillos, impulsándome hacia abajo. Sisea en mi oído, y su aliento es fruta podrida, es chocolate amargo, es todos los lujos llevados hasta el punto de descomposición.

—Te he encontrado. —Su voz suena ronca y rasposa, sus labios húmedos se pegan casi a mi cuello—. Odio estas peleas de amantes en las que nos vemos envueltos, querida. ¿Qué te parece si nos besamos y nos reconciliamos?

Las gotas de sudor que cubren la frente de Ames resbalan sobre mis hombros y dejan senderos salados sobre mi piel. Me retuerzo y, con malos modos, me fuerza a volverme hacia él y me sostiene la cara para obligarme a mirarlo a los ojos.

—¿Te ha gustado mi truco de salón? —pregunta, señalando la bruma que inunda el pasillo más allá de donde estamos, con volutas de niebla incolora que avanzan por el suelo hacia mí—. Odio haber tenido que estropearte la velada, pero considero que es un precio justo que pagar después de lo que me hiciste, ¿no te parece? ¿Sabes qué? He dejado de ser el depositario de mi madre. Como castigo por mis fracasos, me desposeyó del título justo después de que te presentases en el Nido. Y pensar que los Darling os pusisteis tan nerviosos por cuatro miserables brechas, por la muerte de unos pocos campesinos. —Suelta una carcajada y su aliento amargo me produce un hormigueo en la nariz—. Estaba siendo *misericordioso*. Durante todo ese tiempo podría haber hecho cosas *mucho peores*.

Me presiona las mejillas con más fuerza, una caricia violenta. A continuación, me inmoviliza en el suelo con todo el peso de su

cuerpo.

—Tú… Tú… —Toso. Tengo la boca seca y la lengua me parece de plomo—. Nos has condenado a los dos.

Ames sonríe, y es como si me clavase una espada. Su mano izquierda se mueve y de pronto noto algo frío y duro pegado en el cuello. Una pistola… su pistola.

—Tal vez sea cierto —responde—, pero creo que es mejor asegurarnos de que sea tu caso, ¿no?

Presiona el cañón con más fuerza contra mi piel y la sensación de dolor estalla; el latido de mi corazón es como un pajarillo atrapado que revolotea por delante de la punta del arma. El miedo me invade y me lleva al borde de la locura.

Cierro los ojos justo en el momento en que el peso de Ames desaparece y un crujido repugnante, como de un hueso roto, corta el aire. Temblando, consigo sentarme. A mi derecha, una segunda figura tiene a Ames inmovilizado en el suelo y veo sangre brotando de la herida que se acaba de abrir en su sien. Ames gimotea bajo la presión del otro hombre, un gemido triste, como de un gatito perdido.

—Killian.

Pronuncio su nombre y lo dirijo tanto a la oscuridad como a él, pero Killian me oye y gira la cabeza hacia mí. Su mirada se suaviza cuando encuentra la mía y la sensación de alivio oscurece su ojo castaño y llena de luz su gemelo azul. Su boca se entreabre, prepara una respuesta.

Pero entonces, Ames se agita detrás de él y estampa un puñetazo en su hombro. La confianza desaparece de su rostro cuando empiezan a pelear entre ellos para hacerse con el control. En la penumbra, veo que Ames localiza de nuevo su pistola y se dispone a disparar.

Grito, pero mi voz se pierde bajo el sonido estruendoso de un disparo. Mi visión se nubla, todo se vuelve confuso. Cuando me despejo, Killian está de pie y Ames tendido en el suelo, con la mandíbula desencajada y la cara vuelta en mi dirección. De su boca brota sangre, un río rojo y serpenteante; tiene los ojos abiertos, sin parpadear, una mirada vacía.

Está muerto.

Me quedo a la espera de que algún tipo de emoción se apodere de mí —remordimiento, quizás, o sentimiento de culpa—, pero lo único que siento es una dolorosa sensación de vacío en el estómago. Me incorporo, tambaleante, me acerco y deslizo la mano por encima de sus párpados para cerrarle los ojos. La piel está todavía caliente, ruborizada con el tinte rosado de la juventud, y la ilusión es tan convincente que casi espero que Ames se agite bajo mi mano, que se despierte de pronto como un príncipe de cuento de hadas que un beso devuelve a la vida.

Una sustancia húmeda empapa mi zapato y me moja el pie. Me levanto y una oleada de asco se apodera de mí cuando veo el charco granate que empieza a formarse alrededor del cuerpo de Ames, brillante como vino derramado. Verlo y sentirlo caliente en mi pie rompe al instante la ensoñadora fachada; parpadeo y deja de ser un príncipe, deja de ser un chico.

No es más que un cadáver.

De forma espontánea, sus palabras vuelven a mí: «Podría haber hecho cosas mucho peores.» En cierto sentido, sé que su afirmación contenía algo de verdad; sé que lo que hizo lo hizo por su madre, por su casa. Pero entonces pienso en aquel hombre y su familia en la casa invadida por los Fantasmas, pienso en aquel corte de color rubí que le atravesaba el cuello y mi corazón vuelve a endurecerse.

¿Cuántos ciudadanos habrán muerto como consecuencia de los juegos de los señores? ¿Cuántos más morirán si Essie se sale con la suya? ¿Si el Consejo se sale con la suya?

Levanto la vista y me encuentro con la mirada de Killian. Respira con dificultad y tiene el matafantasmas de Ames todavía en la mano.

Como si de pronto recordara dónde está, me ayuda a incorporarme por completo y tira de mí para salir rápidamente del estrecho pasillo y entrar en una habitación que por suerte y, al menos por el momento, sigue libre tanto de niebla como de humo. Necesito un momento para reorientarme, pero, cuando lo hago, veo que estamos en la que mi madre solía denominar *habitación magenta*, un espacio compacto, tipo sala de estar, y la única zona de la casa que mi padre declaró como exclusivamente de ella después

de que se casaran. Mi madre la utilizaba para recibir a sus amistades cuando Essie y yo éramos pequeñas. Recuerdo haberme puesto mil veces de puntillas para mirar por el ojo de la cerradura y ver en su interior mujeres riendo y paredes empapeladas con bellas tonalidades cereza, la característica que daba nombre a la estancia.

Killian cierra la puerta y nos refugiamos en la habitación. Por mi posición, justo cruzado el umbral, se ve obligado a extender el brazo a mi alrededor para cerrarla; mi cuerpo queda aprisionado entre él y la madera de la puerta.

Se me encoge el estómago cuando guarda la pistola de Ames en la cinturilla del pantalón y me repasa con la mirada.

—¿Ha sufrido algún daño? —pregunta.

Levanta la mano para acariciarme con suavidad el cuello, muy sensible aún en el punto donde el cañón de la pistola me ha presionado. Su tacto es como una descarga que me impide percibir nada más allá del lugar donde su piel y la mía se encuentran. Aprieto los dientes y aparto la vista.

—No —le aseguro—. No son más que unos arañazos. Me pondré bien.

Me dispongo a separarme de él, pero me tambaleó cuando una repentina oleada de vértigo se apodera de mí y mis piernas amenazan a doblarse como palillos bajo mi peso. La adrenalina que me ha impulsado hasta este momento se ha retirado finalmente y ha dejado mis músculos temblorosos y exhaustos, mi cabeza llena a rebosar.

—Merrick…

Killian se acerca y me sujeta por los hombros a través de las mangas del vestido. Su dedo se engancha en un desgarrón del tejido, un jirón minúsculo del que no me había percatado, como una boquita entreabierta. Me quedo rígida cuando, como el agua que gira en círculos alrededor de un desagüe, la punta del dedo recorre el borde deshilachado de la tela y conecta con la carne que queda al descubierto debajo.

Un escalofrío recorre como un murmullo mi piel, muy leve, pero sé identificarlo. Nuestras miradas se cruzan con naturalidad, como si fuésemos cómplices en algo, como si nos hubieran pillado a los dos

con las manos en la masa y estuviéramos esperando si el otro lo dice. Al otro lado de la puerta oigo el eco débil de los gritos, huelo la promesa carbonizada del fuego aproximándose, pero, estando tan cerca de él, el caos que reina en Norland parece curiosamente lejano, como si el resto de la casa y esta habitación existieran en dos hojas de papel, pegadas la una a la otra, pero distintas, separadas.

Soy la primera en romper la situación de punto muerto en la que nos hemos quedado.

—Gracias —digo con la boca seca—. Por volver a por mí.

Su carcajada, retumbando en su pecho, me pilla desprevenida. Su mirada sigue sin apartarse de la mía, y esta forma de mirarnos resulta curiosamente íntima. Es como si el más mínimo cambio en sus emociones quedara al descubierto, es como ver un perro tumbado en el suelo panza arriba.

—Por favor —replica, y las palabras salen de su boca con una franqueza jocosa—, ahora, precisamente, ¿sigue insistiendo en mantener las buenas formas? Sabe muy bien que no me quedaba otra elección.

El deseo se enciende en la boca de mi estómago y su contacto y sus palabras abren algo de repente, un espacio vacío por debajo de mi abdomen. El esfuerzo que tengo que hacer por mantenerme apartada de él es asombroso, me siento como si me asomase al hueco de una escalera y estuviera luchando contra la atracción de arrojarme por él.

—No… No quiero que haga esto —confieso a media voz—, preocuparse tanto por mí…, volver para salvarme…, porque tiene la obligación de hacerlo. Quiero que tenga posibilidad de elegir.

Se mueve hacia mí, un centímetro, quizás más.

—¿Es eso lo que quiere?

Me quedo en silencio, quieta, arraigada a su contacto. Lentamente —como un helecho que se despliega, como el paso de las estaciones—, abro la mano y enlazo los dedos con los de Killian. Tiro de él hacia mí. Me resulta natural, sentir esta sed de él, anhelar su luz.

Sus labios rozan los míos con tanta suavidad al principio que no estoy segura de si me lo estaré imaginando. Pero, entonces, sus

brazos me enlazan por la cintura, me atrae con delicadeza hacia él y sé, con toda seguridad, que la pregunta entre nosotros siempre iba a responderse así, de esta manera. Se me escapa un suspiro cuando ladeo la cara hacia él y el beso se intensifica.

Su olor, a lluvia y a sal, inunda mi nariz. Intuyo su miedo en la forma en que me abraza, siento sus dudas cuando traza la curva de mi cuello y enlaza con un dedo un mechón de mi cabello. No está del todo seguro de que esto sea buena idea.

Tampoco yo.

Mis manos se abren paso debajo de su chaqueta, se envuelven en el tejido del chaleco. Con cuidado, como si fuera un diente de león recogido entre sus manos, como si la menor ráfaga de viento fuera a romperme, Killian me empuja con más firmeza contra la puerta y su torso sigue pegado al mío. Se cierne sobre mí y, cuando llena la totalidad de mi campo de visión, su forma se vuelve infinita y elemental: es calor, es luz, es todas las cosas cálidas, es una colección de sensaciones que se presionan contra mí. Su boca, húmeda y fría, me localiza de nuevo, una y otra vez, y, cuando sus dedos encuentran mi piel, siento que mis límites se desdibujan, que una tormenta llega a su apogeo.

Un jadeo se escapa entre mis dientes y se vuelve más ronco cuando oigo un grito en el lejano pasillo principal, el alarido de un Fantasma. Al escucharlo también, el peso de Killian se aleja de mí y el tenue aire del interior llena el espacio entre nosotros. Con los brazos apostados a ambos lados de mi cabeza, jadea también y su respiración cosquillea mi nariz. Sus ojos brillan y tienen una mirada salvaje, el azul resplandece como una piedra preciosa.

Sacude la cabeza para apartarse el pelo de la cara, se aleja de la puerta y traga saliva.

—Tenemos que irnos —afirma con naturalidad, aunque el tono áspero como el papel de lija de su voz delata su inestabilidad—. Ven aquí, te llevaré en brazos si estás demasiado débil para caminar. Los centinelas están reuniendo a todos los invitados en el césped de delante de la casa, donde han montado una barricada de antorchas. No durará mucho tiempo, pero tendría que bastar para contener la niebla mientras montamos a todo el mundo en los carruajes.

Se dispone a cogerme en brazos, pero, ruborizada aún por el calor que desprendía su piel, rechazo el ofrecimiento.

—Essie —digo, serenándome—. Y Cressida y Tom… ¿Sabes si han conseguido salir?

Su sutil estremecimiento, como un tartamudeo en su expresión, me dice todo lo que necesito saber.

—He… He estado entrando y saliendo, buscándote —responde, poco convencido—. La última vez que he estado fuera no los he visto por allí, pero eso no significa nada. Estoy seguro de que habrán salido.

Con cautela esta vez, vuelve a tenderme la mano, pero yo ya estoy dirigiéndome a la puerta, ignorando los gritos de protesta de mi cuerpo exhausto y de mis pulmones repletos de humo.

—Tú concéntrate en mi primo y Cressida —le indico por encima del hombro—. Y yo iré a buscar a Essie. No podemos dejarla aquí.

Las facciones de Killian se oscurecen.

—Merrick, el fuego está devorando Norland a mayor velocidad incluso que la niebla —dice, protestando—. Si uno no acaba contigo, lo hará el otro. Y tu hermana… Recuerda que quería *sacrificarte*, como si fueras un animal. O menos incluso que eso. No le debes absolutamente nada.

—Tú tampoco me debes nada a mí, pero has arriesgado tu vida para venir a buscarme —replico—. Es justo lo que has dicho… En esto, no… no tengo otra elección. —Me acerco a él y su calor me envuelve como una manta suave y conocida. Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Killian, una vez me dijiste que deseabas mi libertad. Permíteme ser libre en esto.

La reacción de Killian es inmediata: retrocede, como si acabara de hundirle un dedo en una herida aún reciente. La rabia enciende sus facciones, luego el arrepentimiento, después la resignación. Sensaciones que se quedan allí solo un segundo, antes de dejarse arrastrar como escombros atrapados por una corriente y desaparecer, dejando a su paso la nada.

Cuando suspira, dubitativo y a regañadientes, sé que he vencido. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, se inclina y

deposita en mis labios un beso delicado. Cuando se aparta, siento un cosquilleo, como si una mariposa aleteara pegada a mis labios.

— Sobrevive a esta noche —su voz es un murmullo, un secreto susurrado a mi oído—, y lo que sea que pienses que he hecho por ti servirá para que considere tu deuda más que pagada.

Se aparta y sus palabras se marcan en mí como un sello sobre cera caliente. Cuando Killian se dispone a abrir la puerta, algo retumba en mi pecho —un segundo latido, frágil como el hielo en primavera— y, de pronto, deseo volver a tocarlo, deseo que me prometa que esta no va a ser la última vez que lo vea. Como si hubiera leído mis pensamientos, Killian se queda inmóvil un instante y su mirada recorre el perfil de mi figura dibujada sobre la oscuridad.

Entonces, tal y como le he pedido que haga, gira el pomo y sale corriendo.

* * *

Norland House se está muriendo.

Igual que un insecto cavador, el fuego ha devorado primero sus entrañas, ha despojado las estancias de su suntuoso mobiliario, ha hecho burbujear el papel que cubría sus paredes y ha hecho estallar las arañas de cristal. Allí donde la niebla ya se ha disipado, el suelo aparece cubierto de cadáveres, tanto de humanos como de Fantasmas. Los cuerpos están cubiertos de hollín, con las caras tan desfiguradas que resulta casi imposible decir cuáles son monstruos y cuáles no.

Aunque, claro está, en el transcurso de la noche me he cruzado con varios monstruos, y ninguno de ellos tenía las facciones de un Fantasma.

Ahora, el fuego ha volcado su atención en el esqueleto de Norland. El crujido de la madera al derrumbarse retumba por encima de mi cabeza. Partes enteras del suelo de la casa ceden para dar paso a agujeros enormes y la madera astillada forma dentaduras aserradas a su alrededor.

El aire seco me abrasa los pulmones cuando lo aspiro y mi tráquea se transforma en un desierto, reseco y agrietado. Me detengo brevemente para coger aire y me recuesto en el umbral de una puerta, uno de los pocos que el fuego aún no ha tocado.

He buscado en vano a Essie en la planta de abajo. Cuando he terminado de registrar el primer piso de la propiedad, las llamas la han devorado por completo, alzándose como paredes delante de todas las salidas y haciendo la huida imposible. Sin ningún lugar adónde ir, me he visto empujada hacia la segunda planta. Las tarimas del suelo arden bajo mis pies y me calientan las suelas mientras avanzo renqueante, sin ningún destino concreto en mente.

Una bruma nubla mis pensamientos y amortigua mis sentidos. No sé si es humo o niebla; pero, sea lo que sea, se apodera de mí. En nuestra casa no hay una tercera planta a la que poder ascender cuando el fuego se apodere de donde estoy. Ya no tengo adónde huir.

Y nadie vendrá a salvarme.

¿Habrá conseguido escapar Essie? La pregunta me ataca con urgencia. A pesar de todo lo que ha hecho, la idea de que pueda haber muerto me consume cada vez que lo pienso. Si sobrevive, podré justificar un final así para mí misma, quizás incluso encontrarle cierta poesía. Intenté arrebatarle Norland, y ahora Norland me arrebatará la vida.

Una brisa fresca me acaricia la cara. Me vuelvo y parpadeo para limpiar mis ojos de humo. A mi derecha veo una habitación de invitados limpia, libre aún de fuego y de niebla. Tiene un pequeño balcón y sus puertas abiertas dejan entrar algo de aire.

Con la esperanza floreciendo en mi pecho, cruzo la estancia y emerjo al exterior, medio borracha por la gran cantidad de humo que he inhalado. Por encima de mí, el cielo es negro e infinito, la luna es un ojo que me mira sin emoción. Resulta difícil creer que, de haber tenido éxito la audiencia de nominación, en pocas horas el Consejo estaría escoltando a la recién proclamada Señora hasta el exterior de la mansión para pasarle el cuchillo por la palma de su mano y derramar su sangre en la tierra. Entonces, la rueda de nuestra provincia empezaría a girar una vez más, discurriendo por líderes y

estaciones, pero conservando siempre el orden gracias a su eje central: nuestra casa.

A mis pies, los jardines de Norland están cubiertos por una capa de niebla tan pura y brillante como una primera nevada. Humo de color carbón sale por las ventanas rotas de la casa y el ambiente tiene el sabor amargo del hollín. La sangre de los Darling se derramará hoy sobre esta tierra, aunque no irá seguida por una resurrección, sino que nuestro linaje quedará unida a nuestras tierras en las cenizas.

El crujido de una tabla del suelo de la habitación interrumpe mis pensamientos y me eriza el vello de la nuca. Percibo un movimiento detrás de mí. Hay alguien, estoy segura. Detecto unos pasos cautelosos, una aproximación sigilosa.

—Observando tu imperio, ¿verdad?

La temperatura cae de repente y un cuchillo gélido se clava en mi pecho. Con la musculatura transformada en hierro, me vuelvo hacia la voz.

Entre las puertas abiertas de acceso al balcón veo a mi hermana. El elegante vestido de Essie ha quedado reducido a poco más que una colección de andrajos que se mantienen unidos por pura casualidad y que cuelgan de su delgado cuerpo como los harapos lo harían del cuerpo de un vagabundo. Marcas de quemaduras salpican sus guantes largos, algunas con ascuas todavía encendidas, como si alguien hubiera fumado un puro y hubiera utilizado el cuerpo de mi hermana a modo de cenicero. Sin embargo, lo que más me perturba es su rostro. Essie me mira con un odio manifiesto en sus ojos, su piel es pálida y cérea, indistinguible de la de los cadáveres que he visto por los pasillos.

—Essie.

Retrocedo por instinto y mi espalda topa con la barandilla del balcón. El metal me presiona y el pulso me retumba en los oídos.

Essie cruza el umbral y sale.

—¿Sabes? Nuestro padre amaba esta casa como si fuera una hija… ¿O debería decir que la amaba más que a sus hijas? —dice, señalando a sus espaldas el ruinoso cascarón de nuestra mansión—.

No le gustaría nada ver lo que has hecho con ella. Ni lo que me has hecho a mí, aunque dudo que eso le importara tanto.

Gruñe entre dientes y se encoje cuando una ráfaga de aire irrita una zona en carne viva de su brazo. El viento arrastra nuevos sonidos que me llaman la atención: gritos amortiguados, el remoto relincho de un caballo. Al instante, mi cuerpo se relaja un poco. Se trata de la barricada que han montado los centinelas; estoy en el lado contrario de la casa y no puedo verla, pero imagino que están resistiendo.

Me encaro a mi hermana y echo los hombros hacia atrás para exhibir más confianza de la que en realidad siento.

—Ven conmigo —le propongo—. Los centinelas están evacuando a los invitados. Si conseguimos llegar allí, podremos escapar, Essie. —Le tiendo la mano para invitarla a cogérmela—. Podemos sobrevivir a esto.

Pero Essie se limita a soltar una carcajada y a acercarse un poco más. Huele a madera carbonizada, un olor acre y amargo.

—Oh, hermanita mía, qué ingenua llegas a ser —responde en tono burlón—. ¿No has visto aún suficiente para entenderlo? Sobreviva a esta noche o no, no hay futuro para mí. Y tampoco para ti, después de lo que has hecho. —Esboza una mueca—. ¿Por qué no pudiste simplemente mostrarte agradecida, Merrick? ¿Simplemente darme las gracias por salvar nuestra familia, nuestra forma de vida? —Sus palabras están cargadas de resentimiento, son como fango coagulado—. ¿Crees que, si papá hubiese contado a los plebeyos la verdad sobre el té de flor de brezo, le habrían dado las gracias? ¿Crees que lo habrían elogiado por su altruismo? — Niega con la cabeza, y una risa torcida escapa entre sus dientes—. No, a estas alturas ya nos habrían llevado a todos a la tumba… y de un modo mucho menos amable que yo, te apuesto lo que quieras. Pero, aun así, fuiste capaz de… de permitirlo.

Veloz como un gato, Essie se abalanza sobre mí y me inmoviliza contra la barandilla del balcón. Grito cuando el hierro se clava en mi carne y el dolor es tan agónico que me quedo unos instantes sin ver nada. Essie me presiona el hombro con una mano y con la otra me aprieta el cuello como un torno.

—¿Cuánto tiempo? —Toso, desesperada por seguir hablando—. ¿Cuánto tiempo hace que existe esta cura?

Suelta otra carcajada, desgarrada y rota.

—Siempre ha existido una cura, imbécil —responde Essie en tono burlón y mirándome con desdén—. Tal vez no desde el principio, pero, como mínimo, desde hace más de un siglo. Desde que los de linaje noble empezaron a casarse entre ellos y con ello, comenzaron a diluir la fuerza de sus linajes y a hacernos inferiores, ha habido elementos defectuosos: aquellos que no heredaron los dones de sus padres. —La mano de Essie estrecha la presión sobre mi cuello y el flujo de aire que entra en mi cuerpo se reduce a un simple goteo—. ¿De verdad crees que las casas habrían renunciado a sus privilegios cuando esto empezó a suceder? —continúa con voz empalagosa—. No, se dedicaron a difundir rumores sobre centinelas que sufrían el cambio para desalentar la procreación errónea, incluso permitieron que algunos lo sufrieran de vez en cuando, como cuentos aleccionadores para espantar a las familias y obligarlas a comportarse. Pero, para todos los demás… —baja la voz hasta convertirla en un susurro de reverencia— existe la flor de brezo.

Trago saliva y noto que mi garganta se mueve contra su mano como si fuese una piedra.

—¿Y eso solo lo saben los señores? —pregunto, recordando la discusión en la biblioteca de mi padre.

Essie hace un gesto de asentimiento y la amargura da color a su expresión.

—Es más limpio así —responde—. Los centinelas reciben dosis rutinarias, una medida de precaución, como ya te habrás dado cuenta, pero, para todos los demás, el té es simplemente… té. Una mezcla exclusiva, por supuesto, difícil de conseguir y que generalmente solo está disponible para los de linaje noble, pero, aun así, algo que casi todos bebemos a diario. Sin ese té, quién sabe si la inmunidad de los de linaje noble seguiría existiendo o si, para muchos de ellos, su don ya se habría esfumado a estas alturas. —Sonríe con sorna y su boca forma una curva sin alegría alguna, la forma de una hoz—. Mejor mantenerse ignorante, si quieres saber mi opinión.

Por suerte para mí, Essie está tan ensimismada con su relato que, por un momento, la presión en torno a mi cuello se afloja. El aire entra en mis pulmones y me aclara las ideas.

—Silas, claro está, fue demasiado generoso —espeta—. Demasiado… negligente al permitirme asumir la responsabilidad sobre los centinelas sin contarme la necesidad de su dosis diaria de té. —Esboza un mohín—. Cuando se enteró de que muchos de sus hombres habían empezado a sufrir el cambio, se puso furioso. Pero, en realidad, la culpa fue única y exclusivamente de él, y los centinelas… no perdieron ni un minuto en correr a quejarse de mí. No hubo ni un solo hombre leal a mí entre todos ellos. —Suelta una carcajada burlona—. Cuando Silas murió, cuando me nombré a mí misma su depositaria, me planteé volver a proporcionarles su estimado té, pero… me apetecía castigarlos un poco más.

El estómago se me revuelve de asco cuando veo que Essie esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Sé que fue cruel por mi parte —continúa, y la satisfacción se hace evidente en su voz—. Pero… ¿acaso no me merecía un poco de venganza después de lo que me habían hecho? ¿Después de todo lo que esta familia me ha hecho?

Abro la boca, preparada para lanzarle otra pregunta, pero la confesión de Essie parece acabar con cualquier medida de contención que la retuviera. Se acerca un poco más, hasta que su pecho entra en contacto con el mío, e incrementa de nuevo la presión.

—Es mejor que todo termine así —gruñe, y sus labios ensangrentados escupen gotas de saliva—. Con todo lo que sabemos, el Consejo jamás nos habría permitido gobernar… Habríamos sido un riesgo demasiado grande. Mejor, entonces, que muramos juntas, como archidoncellas, que vivir en la desgracia.

Flexiona los dedos y mi pulso es como un pajarillo debajo de ellos.

Me estoy asfixiando, abro la boca para coger aire, pero no me entra nada. El mundo se vuelve confuso, flota a mi alrededor con dibujos inacabados. Me concentro en la sensación de los dedos de Essie presionando mi tráquea, en su aliento fétido golpeándome las

mejillas. Gruñe y me aprieta con más fuerza el cuello, siento náuseas.

—Essie —consigo decir—. Detrás de ti… un Fantasma…

Retrocede y la sorpresa altera sus facciones.

—¿Qué…?

Su voz se eleva hasta convertirse en un chillido confuso cuando levanto el brazo libre hacia su cara y le araño las mejillas y el cuello. Me suelta, con un alarido, y se lleva las manos allí donde la he herido. Con la otra mano, busca a tientas la barandilla del balcón y sus piernas se doblan bajo su peso.

El tiempo se ralentiza, me supera como una ola que tira de mí hacia el fondo. Observo, como si estuviera fuera de mi persona, cómo la barbilla de Essie se dirige hacia un lado y sus ojos se clavan en los míos. Me pierdo en el gris de sus irises, siempre tan calmados antes, como un lago en invierno, pero que ahora rebosan terror.

Se produce un chasquido, como el de una cuerda que se rompe, y entro de nuevo en mi cuerpo justo en el momento en que mi hermana salta por encima de la barandilla y cae, precipitándose hacia el suelo como un gorrión con las alas cortadas. La niebla es una nube que se separa a su alrededor. Me armo de valor a la espera del sonido del impacto, pero no llega. En cambio, las Tierras Grises se alisan por encima del lugar por donde ha desaparecido su cuerpo, y el silencio reaparece, la quietud, estancada y pesada, de la muerte.

Me derrumbo sobre el suelo del balcón, sola, mientras Norland House arde a mi alrededor.

EPÍLOGO

Dos semanas después.

Cloud Abbey, sede de la Casa Faulk, se aposenta en la cima de una colina y preside sus tierras con la elegancia majestuosa de una reina. Desde la ventana de mi habitación, en el lado occidental de la mansión, observo la puesta de sol, veo cómo se acerca al horizonte y cómo su luz crepuscular baña la casa con un resplandor bronceado, como si fuese una antorcha. Para los pueblos de los alrededores, la finca debe de parecer un ente inamovible, un punto fijo que forma tanta parte de Norrin como los ríos que lo atraviesan y el mar en el que desembocan, y que monta guardia sobre las aguas.

Las casas se han vestido siempre con los ropajes de los dioses, han fingido inmortalidad. Sin embargo, después de ver caer la mía, ahora sé que las casas no son perennes. Sé que pueden morir.

Llevo quince días aquí, encerrada en una habitación de invitados de la mansión familiar de Cressida, convertida en una curiosa combinación de refugiada e invitada. Gracias al trabajo de Killian y los demás centinelas Darling, la inmensa mayoría de los asistentes a la audiencia de nominación —incluyendo los diez señores presentes — escaparon sanos y salvos de Norland House. Pero, a pesar de que el incendio que yo misma inicié fue suficiente para mantener a raya las Tierras Grises, tuvo un coste impresionante para nosotros.

Norland, la casa que hicieron suya mis antepasados, la sede desde donde reinaron todos los Darling nacidos el último siglo, ya no existe, y tampoco existe mi título.

Debería haber sido enterrada con ambas cosas y lo habría sido de no haber conseguido Killian atravesar el infierno y llegar al balcón del segundo piso poco después de que yo enviase a mi propia hermana a la tumba. Killian me salvó la vida, pero eso no bastó para evitar la caída de nuestra casa. En este sentido, al menos, mi hermana tenía razón. Fueron necesarios solo dos días después del suceso que los periódicos apodaron como *la Mortaja* para que el Consejo Mortal declarara que el linaje Darling se había mostrado incapaz de cumplir con los deberes que había jurado y decidiera, casi por unanimidad, disolver Sussex y dividir sus tierras entre las casas vecinas. Solo Elodie Faulk se mostró contraria a tal decisión.

Hasta el momento, los Faulk se han mostrado bastante hospitalarios: me han dado de comer, me han prestado vestidos del guardarropa de las cinco hermanas de Cressida y han despedido a las visitas que rondan como moscas el perímetro de Cloud Abbey, pero, aunque todavía no lo he comprobado, estoy segura de que incluso su caridad tiene un límite. Imagino que pronto lo cruzaré y, entonces, ¿qué? Norland House ya no existe y no puedo irme allí, tampoco hay pretendientes que me ofrezcan su mano. Solo poseo mi descubrimiento, y todas las casas están haciendo todo lo que está en su poder para impedir que lo difunda. Incluso la abuela de Cressida, cuya bondad es la única razón por la que no estoy ahora en la calle como una mendiga, se niega a comentar conmigo el asunto del té. Mi único intento de abordarlo, el día de mi llegada a Cloud Abbey, quedó rematado con su gélida insistencia de que yo estaba confusa, y me dejó muy claro que en la Casa Faulk la confusión no tenía cabida.

Me planteé, entonces, comunicar directamente al pueblo la noticia de la flor de brezo, dejar que corriera la voz entre la gente, que creciera como la mala hierba a los pies de las casas, pero sin pruebas y con mi reputación hecha jirones… mis palabras sonaban endebles incluso para mí. De modo que decidí no decir nada.

Así es como, dos semanas después de la caída de Norland, me encuentro descansando en la sala de estar de los Faulk, dando puntadas a un aro de bordar, cuando Cressida viene a visitarme. Va vestida de viaje, con guantes de terciopelo oscuro hasta el codo y el sombrerito con volantes atado aún bajo la barbilla. No sé si entra o si sale.

—Me alegro de ver que te mantienes ocupada —anuncia, mirándome desde el umbral de la puerta mientras sigo con mi bordado. No estoy segura de si el arco que forma su fina ceja es de sarcasmo o de lástima. Se adentra en la sala—. Una mente en tiempo de duelo sufre cuando se la deja inactiva o, al menos, es lo que he descubierto en mi caso.

Levanto los ojos de la labor para echar un vistazo a su conjunto —encaje negro y elegancia por todas partes, el gemelo perdido del modelo que llevó cuando murió mi padre— y la culpabilidad recorre mi cuerpo como sangre caliente. El fantasma de Essie ha estado obsesionándome desde la noche de la audiencia de nominación, la imagen de su cara cuando cayó se antepone a la negrura de mis párpados cuando me pongo a dormir. En mi recuerdo, durante su caída, su cara está pálida y su expresión es de sorpresa, de incredulidad por mi traición.

A veces tengo la sensación de que nunca volveré a sentirme limpia, de que no soy más que una fruta podrida arrancada de mi árbol familiar, que no sirve para nada excepto para ser tirada a la basura.

—Venía a hablar contigo, Merrick. —Cressida da otro paso hacia mí y me devuelve al presente—. Perdóname por no haber podido pasar mucho tiempo contigo estas últimas dos semanas. Ha sido… —baja la cabeza— abrumador, por decir poco.

Me encojo de hombros y su disculpa me produce sensación de incomodidad.

—Es lo que acabas de decir —replico, apartando la vista—, todos hemos estado de duelo.

—Sí, bueno… —Cressida cambia de tema—. Uno de tus centinelas vino a visitarme el otro día, mientras estaba en Nueva Londres. Killian Brandon, o Moran, mejor dicho. ¿Lo recuerdas?

Tenía cosas fascinantes que contarme acerca del ataque sufrido durante la audiencia de nominación… y sobre el papel que jugó tu hermana en todo ello, ¿puedes creerlo?

Me arde la piel, como si tuviera ascuas bajo la carne. *Killian*. No he vuelto a verlo desde aquel día —he oído, por encima, que su padre lo ha reclamado de nuevo en Kyrie—, pero se ha convertido en una presencia familiar durante mis horas de vigilia, sus palabras ocupan ese espacio que se extiende entre el sueño y la realidad y se quedan allí, como ideas flotantes, cuando me despierto del todo. «Sobrevive a esta noche y lo que sea que pienses que he hecho por ti servirá para que considere tu deuda más que pagada.»

El cebo de Cressida cede el paso a un anzuelo, un afilado gancho de interés que me atraviesa el corazón. Me tiene enganchada.

—¿Hablaste con Killian? —pregunto—. ¿Qué te dijo?

—La verdad —responde simplemente Cressida. Me mira de reojo y sus pómulos se ven afilados como espadas—. Sobre tu hermana, sobre quién era y la verdad que pretendía enterrar, que las casas le han ayudado a enterrar.

Vuelco de nuevo mi atención en la labor, pero los dedos me tiemblan al coger la fina aguja. En las semanas transcurridas desde la nominación, he ocultado los actos de Essie dentro de mí, he dejado que se descompongan como el moho, se han convertido en una mancha de humedad que solo veo y siento yo, como si guardándolos en mi interior pudiera deshacer el golpe mortal que le asesté.

—No importa —respondo, dejando a un lado el aro de bordar para poder mirar más directamente a mi prima política—. Las casas me han dejado claro que es mejor mantener bajo tierra los secretos de Essie. Aun en el caso de que intentara desenterrarlos, solo servirían para desacreditarme… Sería inútil.

Cressida inspira hondo, su escepticismo es evidente.

—Podría ser el caso —replica—. Killian, sin embargo, opina lo contrario.

Cressida estrecha la distancia entre nosotras, extrae una carta de entre los pliegues de su vestido y me la entrega. Es un sobre del

color de las agujas de pino, de papel grueso y caro, con un lacre intacto de color rojo sangre en el centro. Miro a Cressida en busca de su aprobación y rompo la cera deslizando el dedo a lo largo de la solapa del sobre. El papel del interior es como nata cuando lo acaricio, suave y fresco.

Miro la carta y empiezo a leer.

«Merrick:

»Antes de su fallecimiento, tu padre tenía más amigos de los que te imaginas. Warden Savager, de la Casa Cael, ha accedido a apoyar nuestra causa… y hay más que lo respaldan. Saben que tú has empezado y quieren ayudarte a terminarlo.

»No hemos llegado todavía al final. Estamos solo al principio.

»Con admiración,

»Killian

»P. D. He cambiado los términos de tu deuda. Que sobrevivas ya no me basta… Tengo que volver a verte.»

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro se escribe solo, y mucho menos el mío. *Hijas de la niebla* no existiría sin los inagotables esfuerzos del siguiente grupo de gente. El tiempo, la fe en mí y la ayuda que me han brindado son mucho más de lo que me merezco, y es un honor tener la oportunidad de reconocerlos a todos ellos en estas páginas.

En primer lugar, gracias a Krista Marino, que significa para mí mucho más de lo que se imagina. Krista, viste la historia de Merrick en mi caótico primer borrador, un escrito que se aguantaba con pinzas, mucho antes de que yo fuera capaz de vislumbrarlo, y es gracias a ti que por fin encontré las herramientas necesarias para dejarla en libertad. Me has enseñado a ser mejor escritora y mejor editora; pero lo más importante de todo es que eres una persona maravillosa y me considero tremendamente afortunada por haberte conocido. Espero que podamos disfrutar de muchas más noches Álamo en el futuro y te doy las gracias por haber empezado *Mujeres desesperadas* para así poder comentarla conmigo. Te prometo que, a cambio, empezaré a ver *La mansión de Lisa Vanderpump* ahora mismo.

Imposible hablar sobre los comentarios editoriales sin darle también las gracias a Arianne Lewin, mi fiel socia en las trincheras durante casi un año, creo, en el que estuvimos trabajando para convertir este *libro* en un libro de verdad. Ari, gracias por haber dicho tan amablemente que no a todas mis malas ideas y por tener

paciencia conmigo al teléfono a la espera de que emergiera alguna buena. Me ayudaste a encontrar el corazón del relato cuando pensaba que lo había perdido y, por eso, no me cansaré nunca de expresarte mi agradecimiento.

Siguiente: sin un agente que le consuele, una escritora no es más que una chica triste que no para de llorar con las reposiciones de *Las chicas Gilmore*. Gracias, Sarah Landis (de verdad, Sarah, eres mi heroína) por escucharme, por aconsejarme y por cuidar como nadie de mi libro. Tu sabiduría podría llenar un centenar de novelas tan extensas como esta y, si me dijeras que me arrojara por un barranco, te diría que me parece un magnífico rumbo profesional y lo haría.

Gracias a mi séquito de Delacorte Press (Beverly, Wendy, Kelsey, Hannah, Bria, Alii y Rebecca) por apoyarme a dar este paso y todos los demás. Gracias en especial a Ali por leer mi primera versión de la historia e iluminar mis días con tu trabajo, y a Beverly por sus infinitos consejos y liderazgo. Ha sido una bendición hacer esto con vosotras a mi lado.

Un millón de gracias también para mi extensa familia en RHCB: Tamar Schwartz, un ser humano excepcional y la mejor directora editorial del planeta; Colleen Fellingham, siempre capaz de ver lo que yo no veo; Ken Crossland, por hacer tan bello este interior; Liz Dresner y Trisha Previte, por la cubierta de mis sueños (así como por nuestras charlas con un martini); Barbara Marcus, Judith Haut, Gillian Levinson, Nicole Yeager, Kortney Hartz, Erica Henegen, Sarah Pierre, Kris Kam y la totalidad de los departamentos de publicidad y *marketing* de RHCB; Joe English y el formidable equipo de ventas de RHCB; y a muchísimas personas más. Gracias a todos los que tuvieron un momento para escribirme una palabra amable sobre este libro, significa un mundo para mí. También, mi más sentido agradecimiento a Molly Powell y Hodderscape por llevar *Hijas de la niebla* a tierras extranjeras y cuidar de mi libro con tanta excelencia, y a Hannah Vaughn, Joe Veltre, y el equipo de Gersh por guiarme por las también tierras extranjeras de Hollywood.

Gracias a Amélie Wen Zhao, Erin A. Craig, Ava Reid, Allison Saft, Sophie Kim, Emily Thiede, Gabi Burton y A.M. Strickland por dedicar

vuestro tiempo a leer y apoyar mi trabajo, y por compartir el vuestro con el mundo.

Ahora, gracias a todos los que habéis estado a mi lado desde el principio. Gracias a Cathy Berner, que me enseñó a amar los libros y que amó el mío incluso cuando yo estaba hecha un mar de dudas. Gracias asimismo a mi compañera de escritura, Isabel Banta, por permanecer a mi lado desde el primer borrador hasta el último, por las horas de *La isla de las tentaciones*, las risas, tus opiniones y, sobre todo, por tu amistad. Eres mi gemela de cumpleaños y un regalo haberte conocido.

Gracias a Mallory Abrenica, mi primera y eterna amiga; a mis chicas de Georgetown, Avery Beam y Meredith Rasmussen, con las que bebería un té helado Long Island e iría de karaoke todas las noches de la semana; y a Merlyn Miller, que hace que en Nueva York me sienta como en casa; os quiero a todas intensamente. A mis FYSA, gracias por permitirme unirme a vuestro rebaño, por las noches de póker y las cenas de sushi, por los viajes al norte del estado, por hacerme reír y por hacerme feliz. Intento disfrutar de las buenas cosas de la vida; la amistad que tengo con todas vosotras es una de las mejores de todas ellas. Por último, a todos mis amigos, lejanos y cercanos, que me han brindado su tiempo cuando lo necesitaba, que han creído en mí, que me han desafiado y me han hecho madurar: sois demasiados para nombraros a todos, pero me habéis hecho mejor persona y mucho más interesante. Espero que este libro haya merecido la espera.

Estas últimas menciones son las más duras. Resulta imposible plasmar en palabras todo lo que mi familia me ha dado y ha hecho por mí. Mamá, papá, gracias por siempre empujarme a dar un paso más allá de mis límites, bien en cuanto a mi traslado a Nueva York o en cuanto a escribir una novela, y gracias por enseñarme a ser valiente. Me siento muy orgullosa de ser vuestra hija. Andriana, gracias por ser una de mis mejores amigas, además de ser mi hermana, y por no cansarte nunca de mí. Y, Milo, gracias por tu interminable creatividad y por tu humor, que me inspira cada vez que hablamos. Os quiero a todos y os prometo que no hay ningún personaje del libro que esté inspirado en vosotros.

George Saunders dijo una vez: «El amor simplemente existe, y tú estás casualmente en su camino.» Gracias por estar en mi camino, por vuestra paciencia, comprensión y por entenderme tan bien. Gracias a vosotros, sé que la vida puede ser amable*. Seni seviyorum*.

Para concluir: gracias, Jane, distanciada de mí por varios siglos, pero cuya obra me encontró cuando más la necesitaba. Contar historias es nuestra forma de hablar con los muertos; espero que, si estuvieras aquí para leer esta novela, disfrutaras con mi interpretación de las tuyas.

Hijas de la niebla

The monstrous kind © 2024, Lydia Gregovic
Esta edición se ha publicado gracias a un acuerdo con
Sterling Lord Literistic y MB Agencia Literaria

Traducción: ©Isabel Murillo, 2025
Ilustración de cubierta y mapa: ©Christin Engelberth
Diseño de cubierta: Liz Dresner
Adaptación de cubierta: Book&Look
Revisión: Agencia Yerro

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664,
08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2025
ISBN: 978-84-450-2083-8 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente

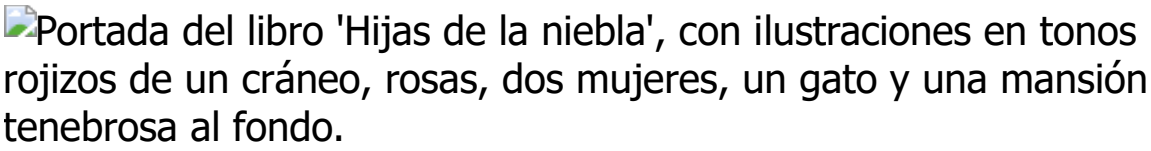
prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es


Portada del libro 'Hijas de la niebla', con ilustraciones en tonos rojizos de un cráneo, rosas, dos mujeres, un gato y una mansión tenebrosa al fondo.